

## LA MACROPULSION

Todos los impulsos y bipulsiones que hemos tratado corresponden al plano analítico de los motivos. Vimos los múltiples elementos de la motivación, pero con un enfoque desintegrado, y aislando los distintos hechos cuya afirmación o negación interesa a la intencionalidad. Sin embargo, la ley general tiene un plano de su actividad que corresponde a la integración de motivos, a la visión de conjunto de los hechos. En este plano se mueve la macropulsión. Los valores absolutos, aquí, no son hechos sino “macrohechos” o hechos globales. Se trata de **situaciones** a buscar o evitar. Tales situaciones son concebidas en su configuración global como un solo hecho, pero en su composición son conjuntos de hechos simples.

Para nuestro encuadre, un **hecho simple** sería a grandes rasgos lo que dura un estado concreto de placer o displeacer, ejemplo: todo lo sucedido durante la satisfacción de un impulso, o el disgusto causado por un único estímulo o motivo. En cambio, lo que llamaremos **hecho global**, es una situación delimitada en el espacio y tiempo, dentro de la cual se incluye un conjunto de hechos simples. Los hechos globales, para ser tales, deben ser delimitados en su configuración espacial y temporal, deben tener un comienzo y un fin relativamente definidos. Cuando la situación es indefinida en su duración, ya no es un hecho global sino una **condición virtual**. Por ejemplo, “ser médico” es algo que no permite ser encerrado en el espacio y tiempo como un hecho único, sino que es una condición virtual, indefinida en su duración. En cambio asistir a una fiesta o abstenerse de ello es hablar de un hecho global, puesto que permite ser encerrado en la representación mental como un hecho “compacto”, definido en su consistencia y duración aproximada.

En realidad no hay límites exactos entre lo que es un hecho simple, un hecho global y una condición virtual. Dirigirnos a nuestro comedor y sentarnos exclusivamente a comer, podríamos definirlo como un hecho simple. Pero concurrir a una “cena” sería ya un hecho global. La noción sintética de ello integra un conjunto de hechos simples. Por otro lado, plantearse una

estaría de cinco o seis meses en “otro país” sería todavía un hecho global, por ser algo definido en su consistencia y duración aproximada, y captado en la subjetividad con una noción globalizadora de todas las vivencias supuestas dentro de ese hecho delimitado. Pero está al “borde” de ser una condición virtual, como sería por ejemplo “vivir” en ese país indefinidamente. Por lo tanto, se trata de una continuidad que va desde los hechos simples, pasando por los globales y siguiendo hasta las condiciones virtuales.

Aunque se trate de una continuidad que impide delimitar exactamente los puntos de separación, igualmente existe la diferencia cualitativa entre esos tres tipos de metas que interesan a la intencionalidad. Esto es lo mismo, por ejemplo, que la diferencia cualitativa entre la mañana, la tarde y la noche. En los instantes intermedios es imposible captar el punto exacto de la separación. Sin embargo, al alejarnos de esos límites confusos aparecen bien distinguibles las tres cosas. Lo mismo sucede con todos los cambios cualitativos determinados por cambios cuantitativos graduales.

Entonces, por un lado están los hechos simples, que son actos concretos que no permiten ser divididos en sus componentes, ejemplo: beber un vaso de agua. Por más que descompongamos ese hecho en los movimientos parciales, en este enfoque psicológico todo el acto de beber, desde que comienza hasta que concluye, es sin dudas un solo hecho simple. Inclusive si son dos vasos seguidos corresponderían al mismo acto: beber. Los hechos globales, por su parte, son los que reúnen varios hechos simples en una sola configuración global concebida como un único hecho, ejemplo: asistir o no a una reunión, presenciar un espectáculo deportivo o artístico, sumarse a una excursión, participar o no en un juego de salón, etc. Luego, las condiciones virtuales son por ejemplo: tener un buen trabajo, contar con condiciones de seguridad ante los peligros, poseer salud, etc.

Las condiciones virtuales, o trascendentes en relación a los hechos concretos, serán tratadas a partir del siguiente capítulo. La macropulsión, que es lo que ahora estamos analizando, se mueve todavía en el nivel de los hechos sin más trascendencia que su propia presentación o evitación. Los núcleos contrarios de este mecanismo son: **hecho global placentero** - **hecho global displacentero**. Tales conceptos se refieren a lo que entendemos por “situación agradable” o “situación desagradable”. Pero no usaremos el término: situación, ya que se presta para varios sentidos. A veces se refiere a hechos simples, otras a hechos globales, o también a condiciones virtuales.

La macropulsión se forma con dos impulsos cabecera, que fijan su atención en el hecho global en su conjunto; éstos son los impulsos de gozo y de

conservación. El hecho global es concebido en una sola noción sintética del promedio anímico que promete. Cuando el producto anímico es concebido como placentero, surge el **deseo** del imp. de gozo, que trata de lograr la afirmación del hecho global; y cuando el promedio anímico anticipado por esa imagen resulta displacentero, aparecerá el **temor** hacia el hecho global, y por ello se procurará evitarlo.

Los muchos placeres o displaceres de los hechos simples incluidos bajo el contorno de los hechos globales pueden ser de los más diversos impulsos o bipulsiones. Por eso, además de los dos impulsos cabecera, la composición de la macropulsión puede contar con la participación rotativa de cualquier impulso o bipulsión. Prácticamente todos los impulsos y bipulsiones se mueven con regularidad en el marco del funcionamiento integral de la macropulsión. Al ser ésta una tendencia que reúne e integra dinámicamente los diversos motivos, con gran frecuencia los impulsos y bipulsiones se ven incluidos bajo su movimiento. El sujeto rara vez se orienta hacia una meta en que sólo tenga lugar un hecho simple aislado, sino que la mayoría de las situaciones que se manejan en las continuas decisiones son hechos globales, que se componen de variados hechos simples, de interés para los distintos impulsos y bipulsiones.

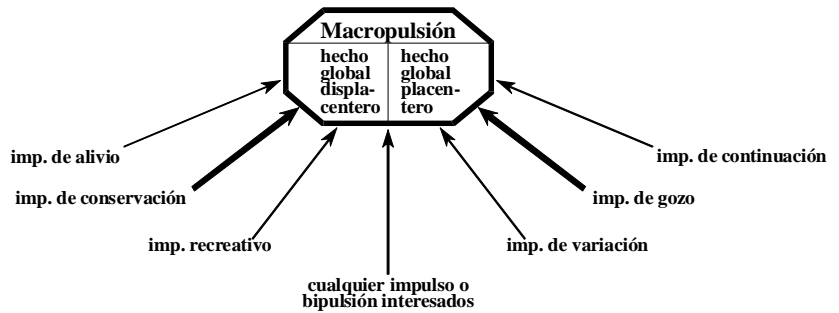
El hecho global es captado por el sujeto en una noción que apunta al promedio anímico que implica introducirse en él. No se distinguen mayormente los placeres y displaceres que van incluidos en su balance anímico integral. No obstante, suelen “asomarse” algunas imágenes de los hechos simples más importantes que van inmersos en el hecho global. Ejemplo, la representación mental de la asistencia a una fiesta puede estar matizada por imágenes fugaces de una mujer que asistirá, y en la que el sujeto varón está interesado. En otro de los invitados quizá lo que aparece con más relevancia en su representación es la idea de las sabrosas y abundantes comidas que habrá. Un tercero verá la posibilidad de lucir su flamante vestimenta. De todas maneras, el interés de la macropulsión está centrado en el promedio anímico integral de placer-displacer que promete cada hecho global.

En esta tendencia, el funcionamiento de la ley de la decisión se manifiesta con gran claridad. Muchas veces los hechos globales contienen ventajas a las que responde el deseo y desventajas que promueven el temor. Pero luego del balance o lucha entre las opciones, se impondrán las ventajas y el deseo sobre el temor y las desventajas, o viceversa. Ello hará que la voluntad sea finalmente empujada a afirmar el hecho global apenas favorable al placer, o bien se concluirá en evitarlo por resultar displacentero en el producto final del análisis. Sin embargo, lo más corriente es que no se presenten tales

conflictos con un equilibrio tan pronunciado de ventajas y desventajas en relación a un mismo hecho global.

Además de los impulsos cabecera, hay otros cuatro que están presentes con frecuencia en la estructura motivacional de la macropulsión: recreativo, de variación, de alivio, y de continuación. El recreativo, con su aburrimiento, fomenta el interés por introducirse en hechos globales entretenidos (por lo general actividades). El de variación, con el tedio o hartazgo, favorece la búsqueda de nuevas actividades o situaciones. El de alivio procura abandonar los hechos globales displaceros. Y el de continuación trata de fomentar la continuidad de los placenteros.

Estructura de la macropulsión:



Los hechos globales no sólo son buscados o evitados en sí mismos por parte de la macropulsión. Al estar conectados con todo el sistema del movimiento psíquico, pocas veces son concebidos en forma aislada por su sola naturaleza agradable o desagradable. Muchas veces se evita un hecho global placentero porque hay otras cosas que hacer, o por ser excluyente con otros valores. En otros casos el sujeto se somete a hechos globales desagradables por ser un medio inevitable para otros fines. No obstante, cuando las demás circunstancias son neutras, o se anulan entre sí, funciona plenamente la macropulsión, buscando o evitando hechos globales según su sola oferta anímica.

En el organismo social primario, esta tendencia trata fundamentalmente sobre las actividades sociales que se desea o no realizar. Observemos cuáles serían las actividades, además del trabajo, cuya afirmación puede interesar al primitivo:

- 1- Juegos y deportes
- 2- Paseo, excursión, expedición

- 3- Arte (poesía, plástica, música, danza, dramatizaciones)
- 4- Rituales, ceremonias tribales
- 5- Reunión, charla, planes, debates de opiniones, comentarios, humor (fogón)
- 6- Fiestas (las mismas son hechos globales que pueden abarcar variadas actividades y situaciones, como hechos globales menores incluidos bajo su contorno)

Esas actividades, más algunas otras, rellenan el día de la tribu. También son las que reemplazan ocasionalmente al trabajo cuando éste se torna innecesario. Como ya vimos, tales actividades son elementos integradores que favorecen la continua unidad física y espiritual de la tribu. Además, contribuyen a mantener activos a los sujetos, lo que asegura el mantenimiento de las capacidades.

Al ser tan importantes las funciones de tales actividades, debían ser agradables para los primitivos. Por eso forman un conjunto de regulares hechos globales placenteros que interesan a la macropulsión. Debe tenerse en cuenta que solamente se nombraron **géneros** de actividades o situaciones sociales, pero dentro de cada uno hay una infinidad de variedades posibles.

### **1. El trabajo y las actividades sociales complementarias**

El conjunto de aquellas actividades sociales tiene la capacidad natural de suplantar al trabajo productivo de la tribu en los diversos aspectos. No sólo aseguran la unidad de los sujetos y el mantenimiento de las capacidades de rendimiento frente a la naturaleza, sino que además contienen el conjunto de elementos anímicos y motivacionales que funcionan durante el trabajo común, haciendo posible, por tanto, cubrir las necesidades psicológicas que el trabajo en su forma natural satisface normalmente.

Anteriormente habíamos dicho que el trabajo, como actividad social fundamental, constituye, desde un grueso enfoque, el gran objeto de satisfacción de las necesidades superiores del hombre. Esto es así porque todo el sistema motivacional que distingue al hombre del resto de animales se desarrolló alrededor del trabajo productivo del conjunto. Por eso, dicha actividad vital de la tribu reúne, en estado natural, una diversidad de funciones psicológicas que se presentan combinadamente durante su desarrollo. El propio trabajo es un deporte, un arte, una ciencia, un juego, un paseo, una expedi-

ción, una aventura. Sin embargo, al ser siempre probable la aparición de épocas favorables, donde las facilidades de alimentación, junto a otras comodidades eventuales, hacen apenas necesario el trabajo de la tribu, se torna indispensable la existencia de actividades capaces de reemplazarlo, cubriendo el vacío que su ausencia (parcial o total) deja. Así, aquellas actividades de entretenimiento se encargan de suplantar al trabajo cuando éste no es necesario. Tales actividades, según decíamos, no sólo aseguran la unidad física y espiritual de los miembros de la tribu, y el mantenimiento de las capacidades globales de rendimiento, sino que están capacitadas para movilizar plenamente las funciones psicológicas que se despliegan en forma natural durante el trabajo de la tribu. Dichas funciones, que el trabajo reúne haciéndolas converger y fusionarse durante su desarrollo, son rescatadas por esas actividades complementarias o reemplazantes, donde cada una se encarga de acentuar determinadas funciones parciales. De tal modo, lo que va unido durante el trabajo (“deporte”, “arte”, etc.) es separado por aquellas actividades, que acentúan cada función parcial. Entre todas ellas aseguran el despliegue de las funciones psicológicas esenciales que acompañan habitualmente al trabajo en su forma natural.

Este fenómeno estaría basado, entre otros elementos, en la flexibilidad funcional de la bip. del rendimiento personal, la cual puede separarse del trabajo y trasladar su mecanismo a otras actividades, donde funcionan plenamente sus “pesados” valores absolutos: buen rendimiento - mal rendimiento. Ello permite que la bip. del rendimiento personal se despliegue con todo su vigor en el marco de las actividades artísticas, recreativas, deportivas, educativas, etc.

El trabajo, en su forma natural, es como un abanico cerrado, que lleva comprimidas las funciones psicológicas; mientras que las actividades recreativas, artísticas, deportivas, etc., forman el abanico abierto de esas mismas funciones psíquicas. Se trata de una armoniosa combinación entre el trabajo, como sintetizador de las funciones, y las actividades complementarias o reemplazantes, que toman esas mismas funciones más analíticamente o por separado. Así, cuando la tribu debe trabajar se cierra el abanico de motivaciones, las que se fusionan apoyando la actividad laboral, para abrirse luego en las diversas actividades de entretenimiento. Por ejemplo, las bipulsiones artística, de la lucha moral, y racional, se encuentran formando parte de la misma motivación que impulsa a la mejor producción en el trabajo. La artística se halla presente en el interés por la belleza y perfección de la tarea que se realiza; la de la lucha moral se encuentra en la disputa sobre quién lo hace mejor; la racional se manifiesta en los intercambios de ideas y pro-

puestas ante un determinado problema o dificultad. Estas motivaciones, que van juntas durante el trabajo, son rescatadas o aisladas por el arte, el deporte, y las “reuniones”, respectivamente, como actividades o situaciones que acentúan por separado aquellos aspectos de la motivación.

Si bien el trabajo en su forma natural promueve el entusiasmo y el saludable funcionamiento psíquico de los miembros de la tribu, aquellas actividades que son su reemplazo o complemento natural generan también un continuo entusiasmo y favorecen igualmente el óptimo funcionamiento psíquico. Inclusive llegan a superar a aquél en cuanto a la capacidad de favorecer el entusiasmo y el nivel anímico de vida. Por ello, un ideal natural de toda tribu es lograr condiciones de seguridad y facilidad para la satisfacción de las necesidades más básicas, de modo de prescindir lo máximo posible del trabajo productivo, para volcar la atención a la variedad de actividades sociales que lo reemplazan naturalmente, y que constituyen conjuntos de hechos globales placenteros. En otros términos, espontáneamente se tiende a crear las condiciones que hagan posible disminuir el trabajo y aumentar el juego, el deporte, el paseo, los fogones, el canto, el baile, la fiesta en la tribu.

El hecho de ser más placentero vivir bajo esas condiciones, que en relación a una situación de trabajo continuo, significa un premio natural para la tribu en su conjunto. Tales condiciones de vida implican que todo está bien en esa tribu, y que se encuentra en las mejores posibilidades de sobrevivencia y reproducción. Por tanto, al tratarse de una situación favorable para la vida, debía provocar un estado anímico promedio favorable al placer, de modo que se fije como un ideal a lograr por toda tribu. De lo contrario, si la situación de facilidades materiales para una tribu significara un estado con promedio displacentero para los sujetos, no surgiría el ideal de su logro, que impulse a trabajar para crear esas condiciones tan favorables para la sobrevivencia. Por tal motivo, era necesario que las actividades reemplazantes del trabajo fueran capaces de igualar y de superar inclusive a este último en cuanto al nivel de entusiasmo de vida y felicidad social. Gracias a ello, se desarrolla un fuerte interés en el trabajo tendiente a lograr las más óptimas condiciones materiales de vida, como el único medio para disfrutar de aquello.

El universal atractivo que tienen los campamentos escolares, o de grupos juveniles, etc., respondería a que constituyen verdaderas “copias” de la vida de la tribu en sus días afortunados. Cuando se realiza un campamento, se cuenta por lo general con las premisas que permitan la seguridad material para todo el contingente. De esa forma, los días se cubren de variadas acti-

vidades sociales, las cuales no son más que las reemplazantes naturales del trabajo: deportes, juegos, paseos, expediciones, ceremonias grupales, arte, humor, fogones.

Los primitivos no podían lograr por mucho tiempo esas condiciones ideales de vida. Para ellos era como un espejismo que se esfumaba rápidamente luego de ser alcanzado. Ese ideal servía principalmente, en los hechos, como una motivación más para el **trabajo**. El propio interés por lograrlo empujaba a trabajar para crear las condiciones materiales favorables para ello.

Hoy, en cambio, existen condiciones materiales que nos acercan a la posibilidad realista de aquel ideal. Bajo la premisa de la justicia económico-social definitiva, que tarde o temprano deberá ser lograda por los trabajadores de todo el mundo, y a medida que se vaya logrando una mayor libertad en relación a las exigencias del trabajo productivo, con el desarrollo de la producción maquinizada y automatizada, toda la sociedad podrá participar activamente y como protagonista de las diversas actividades recreativas, artísticas, deportivas, científicas, turísticas, educativas. Tales actividades, organizadas adecuadamente, pueden ofrecer el campo apropiado para la satisfacción de las necesidades superiores del hombre, además de proveer un profundo entusiasmo de vida. Pero mientras siga siendo indispensable el trabajo productivo durante gran parte del tiempo disponible de cada uno, la atención deberá centrarse, primero, en reorganizar las condiciones de la vida laboral, para que el trabajo recupere su forma natural, es decir, para que vuelva a ser un arte, un deporte, un juego, una ciencia, simultáneamente. El problema actual es que en general no se da una ni la otra. No se cuenta con el abanico abierto de actividades sociales, ni con el cerrado de una adecuada forma del trabajo que favorezca el saludable despliegue de las funciones psicológicas. La infelicidad general y la enfermedad mental serían, en gran medida, el resultado de ello.



## VALORES VIRTUALES E IDEALES

### 1. Los aparatos

Entramos aquí en el más alto de los niveles cualitativos en los que actúa la ley general del psiquismo. Los elementos organizadores del nivel son: valor **virtual** positivo - valor **virtual** negativo. Los valores virtuales son condiciones estables que se busca o evita **ser, poseer o que “haya”**.

Llamaremos **aparatos** a los complejos mecanismos de la intencionalidad que tratan sobre el movimiento de los valores virtuales, procurando la afirmación de los positivos y la evitación o supresión de los negativos.

Habrían seis aparatos de necesario desarrollo:

Aparato	Valor virtual absoluto negativo	Valor virtual absoluto positivo
1- Etico	defectos en las personas, grupos, animales u objetos; que las cosas no sean como deben ser, que sean lo contrario a lo que deben ser, o a lo deseable ↓ muestras de disconformidad, desprecio, desestima, muestras de desagrado hacia los defectos o forma inadecuada de ser las personas, grupos o cosas	virtudes en las personas, grupos, animales u objetos, que las cosas sean como deben ser, o como es deseable que sean ↓ muestras de estima, aceptación, conformidad, aprecio, reconocimiento, muestras de agrado hacia las virtudes o forma adecuada de ser las personas o grupos, etc.
2- De la moral personal	poseer defectos, ser de los peores, carecer de virtudes o cualidades positivas	poseer virtudes, ser de los mejores, carecer de defectos significativos, ser virtuoso

3- De la moral grupal	defectos grupales, condiciones deshonrosas para el grupo, atributos de humillación grupal, ser “nosotros” de los peores	virtudes grupales, condiciones morales de honor para el grupo, dignidad grupal (tribal, etc.), cualidades o atributos de orgullo grupal, ser de los mejores en virtudes grupales
4- Del bienestar personal	condiciones materiales de vida personal desfavorables, malestar personal	condiciones favorables de vida personal, facilidades, bienestar personal
5- Del bienestar grupal	condiciones materiales de vida desfavorables para el grupo (tribu, familia, comunidad, etc.), malestar grupal o social	condiciones materiales de vida favorables para el grupo, bienestar grupal o social
6- De la integración general	infelicidad	felicidad

Los aparatos surgen del orden, disposición, secuencia, combinación, globales del funcionamiento de los impulsos y bipulsiones; son el producto de la organización de la actividad de los impulsos y bipulsiones que los forman. Sólo agregan la función integradora de la abstracción, que reúne infinidad de hechos bajo un par de conceptos que son los valores virtuales absolutos. Aquí la ley general se vale de la abstracción previendo el promedio anímico futuro que implica vivir bajo unas u otras condiciones virtuales.

### 1- Aparato ético

En lo que tratemos sobre los aparatos debemos tener presente que todo está centrado en lo virtual de los valores o condiciones. Lo que aquí interesa a la intencionalidad son las cualidades de las cosas, lo estable de las condiciones. Los hechos concretos son concebidos sólo en función de lo virtual; son interpretados como medios para la obtención de los valores virtuales, o como muestras de su posesión.

El aparato ético, al igual que las bipulsiones homónimas, es fundamentalmente un mecanismo de respuesta. Pero a diferencia de aquéllas, trata sobre las **cualidades estables** positivas o negativas de las cosas; principalmente

sobre las virtudes y defectos de las personas o grupos. En principio, se produce un agrado o simpatía como actitud estable hacia un sujeto (o grupo) con virtudes o cualidades positivas, lo que se manifiesta luego en las muestras concretas de aprecio, valoración o estimación hacia él. Por el contrario, quien posee defectos considerables en sus valores personales provoca un desagrado y una actitud de disconformidad relativamente estables en el aparato ético, a lo que siguen las muestras de menosprecio o desestima. Este mecanismo actúa también sobre la propia persona. Es el responsable de la autoestima y autodesestima, como respuestas a las propias virtudes y defectos. Ello ocurre en forma refleja y automática con la sola evaluación del grado de virtudes y defectos personales; es el elemento ejecutor de la conformidad o disconformidad consigo mismo. Tal mecanismo de autorrespuesta ética funciona también en relación al grupo al que se pertenece. Luego de la evaluación del grado de virtudes o defectos del grupo, surge la respuesta automática de “autoestima” o “autodesestima” hacia el propio grupo.

El “esqueleto” del aparato ético es la función de estimar o no estimar y dar muestras de cada actitud afectiva. En el concepto: **estima**, incluiremos todo lo que se entiende por valoración, aprecio, reconocimiento, admiración, amor, cariño, conformidad, simpatía. En todos los casos se trata por igual de una actitud afectiva positiva hacia un sujeto, grupo, animal u objeto, como **forma estable de aprobación**. La **desestima** es el concepto general que hará referencia a todo lo contrario a aquello.

Las diferentes formas de lo que entendemos por estima o desestima en sentido general, tienden a adaptarse a los distintos tipos de virtudes y defectos. Así por ejemplo, el reconocimiento, admiración, se vuelcan mayormente hacia las virtudes referidas a los valores de la actividad: habilidad, capacidad, etc.; mientras que el aprecio, cariño, responden más a las virtudes que hacen a los valores de la relación: bondad, generosidad, lealtad, humildad, etc.

Si bien las virtudes y defectos son determinantes de la orientación de la estima-desestima, tiene lugar no obstante una estima básica hacia algunos pocos entes, que está dada por la sola relación objetiva que éstos tienen con el sujeto. Así, la estima hacia la condición fraternal (hijos, padres, hermanos) es algo que viene como ya dado. También la estima a sí mismo y hacia el grupo al que se pertenece son prácticamente incondicionales. Sin embargo, más allá de esa estima básica, queda en manos de las virtudes y defectos que se perciban en esos entes, el quantum de estima hacia ellos. Inclusive, en algunos casos, la gravedad de aquello concebido como defecto puede generar una desestima tal que llega a anular la propia estima básica.

El aparato ético es el encargado de evaluar y “etiquetar” a la gente; es el que hace notar las virtudes y defectos de las personas, grupos, animales u objetos; el que lleva a admirar y apreciar las virtudes, y a criticar y despreciar los defectos; el que hace sentir atracción o simpatía por unas personas o grupos, y rechazo por otros.

Una de las funciones del aparato es la de favorecer el mecanismo de la **selección sexual** durante la evolución de la especie. En el hombre, las virtudes de la persona del sexo opuesto constituyen un elemento determinante de la mayor o menor atracción. Ello tiene la máxima expresión en el enamoramiento, el cual es una forma especial y superlativa de estima, que se moviliza fundamentalmente ante sujetos del sexo opuesto que son vistos como poseedores de las más preciadas virtudes. Aunque se dé el enamoramiento entre cualquier par de sujetos, al ser las virtudes de la persona un importante conjunto de atributos para la atracción, aparece una tendencia a que los más virtuosos sean tomados con más frecuencia como objeto-sujeto del enamoramiento. Eso lleva, en resumen, a una mayor reproducción. Por tanto, el enamoramiento, además de favorecer la mayor reproducción en general, constituye un mecanismo **acelerador** de la selección sexual. Gracias a él, la tribu que lo posee va aprovechando con más rapidez los cambios genéticos que sustentan las virtudes útiles para la sobrevivencia grupal.\*

Otra función del aparato ético es la de complementar y posibilitar la actividad de los aparatos morales. A nadie le importaría poseer virtudes si no fuera por el placer que producen la estima o valoración social y la autoestima hacia las propias virtudes. Tampoco se evitarían los defectos personales o grupales si no fuera por el displacer de la desestima social y la autodesestima hacia los defectos.\*\*

---

\* Muchas veces tiende a atribuirse a la belleza y encanto físicos el fuerte atractivo que termina desencadenando el estado de enamoramiento. Pero en general es menor de lo que parece la influencia de la belleza física o “anatómica” concreta como virtud parcial. Lo que sucede es que en los signos o manifestaciones externos (gestos, miradas, forma de los movimientos, tono de las expresiones, usos personales) se reflejan muchas cualidades de la persona, siendo esto lo que más influiría al respecto.

\*\* Las muestras de estima o desestima no siempre son intencionales. A veces un sujeto tiene una determinada actitud o conducta que no lleva el propósito de dar esas muestras a otro individuo, pero este último percibe igualmente una u otra actitud afectiva hacia él. En tales casos, no funcionaría en aquél la segunda fase del aparato, por no haberse propuesto exteriorizar sus sentimientos. Sin embargo, quien es aludido responde anímicamente de la misma forma que si fueran muestras intencionales. Inclusive ese tipo de manifestaciones no intencionales suelen ser más significativas para el destinatario. Un ejemplo de esto está dado cuando se habla bien

Una última función es la de apoyar los ideales de los otros aparatos. El aparato ético no tiene ideales propios definidos, pero al promover el “deber ser” de las cosas, se convierte en un empuje para todos los ideales.

## 2- Aparato de la moral personal

Lo que aquí interesa básicamente al sujeto es ser apreciado, reconocido, valorado, y recibir muestras de esa estimación, conformidad, aprecio o valoración hacia su persona. También se quiere todo eso en relación a la autorrespuesta afectiva que resulta de la evaluación sobre sí mismo. Por otro lado, se trata de evitar la disconformidad, la falta de aprecio, la indiferencia, el rechazo, la desvalorización, así como las muestras de tal disconformidad, subestima, indiferencia, desprecio o desvalorización hacia la propia persona; a lo que se suma el interés de evitar todo ello con respecto a la evaluación sobre sí mismo. Para lograr esos propósitos, sólo queda dar motivos que generen la estima y autoestima, y eviten la desestima y autodesestima. Esto consiste necesariamente en la posesión de virtudes y la ausencia de defectos considerables.

Así como la aprobación o felicitación concretas ocurren cuando se realiza un acto bueno, la estimación o valoración surgen como respuesta a las virtudes personales. Lo mismo con respecto a la desaprobación concreta hacia el

---

o mal de un sujeto que se halla ausente, y luego éste toma conocimiento de esas opiniones referidas a sus cualidades personales, sintiéndose halagado o humillado según lo positivo o negativo de aquellas expresiones. Otro caso se da, por ejemplo, cuando se deben seleccionar algunos sujetos de un grupo. Aquí, los que son seleccionados percibirán la estimación hacia sus cualidades, y los no seleccionados verán desestimadas las suyas. Esto, a pesar de no haber quizá ninguna intención al respecto por parte de quien elige.

Este fenómeno, por el que existe una facilidad natural para percibir la estima o desestima que se tiene hacia sí, con cierta independencia de las intenciones de ser expresadas por parte de quienes vivencian tales sentimientos o actitudes, tiene la función de asegurar la **objetividad** de esos parámetros afectivos en el medio social, para que cada sujeto sepa acerca del estado de sus cualidades personales según la conformidad o disconformidad globales que generan en el entorno social. De lo contrario, si no existiera esa facilidad para percibir directamente la estima o desestima, con independencia de las expresiones intencionales, y donde el mecanismo dependiera únicamente de las muestras o manifestaciones intencionales de tales afectos, existiría el riesgo de una falta de correspondencia entre lo que se “dice” y lo que se siente o piensa, lo que haría ineficaz el mecanismo del aparato ético, en su función de servir de elemento orientador para los aparatos morales.

acto malo, en relación a la desestima o desvalorización hacia los defectos personales. Se trata de una réplica de los mecanismos ético-morales de las bipulsiones, pero aplicados al plano de las cualidades estables.

Si tomamos, por ejemplo, las cualidades: valentía-cobardía, encontraremos que son valores virtuales buscados y evitados respectivamente por el aparato de la moral personal. Lo que se busca en este nivel no es realizar un acto valiente, sino **ser** valiente. Pero la valentía, como cualidad personal estable o virtual, sólo surge de las relaciones cuantitativas de **actos** valientes y cobardes concretos. Cuando el sujeto tiene más conductas valientes que cobardes, y si consideramos constante el “peso” de cada una, entonces será valiente. Y si es más frecuente que tenga actos cobardes, será cobarde. Por lo tanto, las cualidades: valentía o cobardía surgen de la distribución cuantitativa de actos valientes y cobardes.

Puede objetarse, a lo que se acaba de afirmar, que no sería la distribución cuantitativa de actos positivos o negativos correspondientes lo que determina la presencia o ausencia de las virtudes o defectos personales, sino que estas cualidades estarían dadas por las disposiciones o condiciones internas del sujeto, y no por la evaluación externa de sus actos. Sin embargo, si bien las disposiciones internas constituyen un elemento siempre presente en los sujetos, y aunque son susceptibles de ser modificadas o desarrolladas en diferentes grados, no son ellas en definitiva las que hacen que un individuo posea determinadas cualidades. Si alguien, por ejemplo, es considerado poseedor de habilidad, pero luego todos los demás mejoran y lo superan, dejándolo rezagado, veremos que dejará de ser un sujeto hábil, y probablemente pasará a ser calificado de torpe. También sucedería lo mismo si a ese individuo lo trasladamos a otro medio social donde todos son mejores que él. De tal forma, el sujeto deja de poseer una cualidad positiva y adquiere la negativa a pesar de mantenerse invariables las disposiciones o condiciones internas con las que contaba cuando era hábil. Las mismas disposiciones internas que daban el sustento a su habilidad son las que hoy lo dan a su torpeza.

Los elementos que hacen a la presencia (y a los grados de calidad) de los valores son naturalmente relativos al contexto social. Por eso, los mecanismos determinantes de las cualidades personales se hallan fundamentalmente en el exterior del individuo. El promedio social de la calidad de los valores determina, en principio, que las conductas que se alejen hacia los extremos correspondan al valor positivo o negativo. Luego, según la distribución cuantitativa de los actos concretos del sujeto dentro de esa realidad social (mayor o menor frecuencia con que realiza actos allí considerados positivos

o negativos), surgirá el promedio favorable o desfavorable. En el ejemplo, el sujeto será calificado (y autocalificado) hábil o torpe, según sea positivo o negativo el resultado del balance global de los actos concretos que en ese medio social son hábiles o torpes.

Si tomamos como ejemplo el ser un sujeto “de palabra” o cumplidor de los compromisos, veremos que la posesión o ausencia de tal virtud depende de la mayor o menor proporción de veces en que el sujeto cumple sus compromisos. De acuerdo a la distribución cuantitativa de los casos concretos en que el individuo cumple o no con su palabra, y según sea favorable o desfavorable ese producto en relación al eventual promedio social, será o no un sujeto de palabra.

Siguiendo con el ejemplo de la valentía, decíamos que el aparato de la moral personal motiva a ser valiente. Pero esa cualidad virtual sólo puede lograrse a través de actos valientes y evitando los cobardes. Por ello, la conducta valiente, que es el fin de la bip. de la valentía, es simultáneamente un medio para el aparato. En ese acto concreto se hallaría, por un lado, el interés intrascendente de la bipulsión de la valentía. A ella solamente le interesaría el placer moral por el hecho bueno (valiente) en sí mismo. Pero se encuentra también presente el interés y la fuerza motivadora del aparato de la moral personal. Como éste motiva a **ser** valiente, ve en el **acto** de valentía un medio inevitable para su finalidad trascendente o virtual. Así, si el sujeto percibe que con esa conducta logra reafirmar o mejorar su valentía, sentirá, luego del hecho, un placer moral consistente en la mezcla de la autoaprobación por el acto concreto, más el sentimiento de autoestima por ser valiente o por haber mejorado en grado de valentía.

El aparato de la moral personal tiene un trabajo paralelo al de las bipulsiones, a las que organiza, integra y dirige. Así como el aparato empuja a ser valiente, lo mismo sucede con los valores virtuales surgidos de la actividad de la mayoría de las bipulsiones, es decir, se trata de ser hábil, eficiente, responsable, cumplidor, justo, inteligente, bondadoso. En otras palabras, se buscan todos los valores virtuales positivos surgidos de la actividad de las bipulsiones derivadas de la bip. moral global. Tales cualidades positivas son valores virtuales **parciales** del aparato de la moral personal. Los valores virtuales **totales** son los productos surgidos de la síntesis integral del conjunto de valores virtuales. Dicha síntesis es la **virtud** global como valor total positivo, o la **defectuosidad** (en sentido global) como valor total negativo. Esos valores sintéticos se refieren a lo que entendemos por “buen individuo” o “mal individuo”, “sujeto valioso” o “de poco valor”. Por lo tanto, lo que persigue en definitiva el aparato es el **ser virtuoso** como síntesis. La virtud

sintética puede ser entendida como la ausencia de defectos, o bien la posesión de todas las virtudes, o el promedio altamente favorable de virtudes y defectos. Ello hará que los otros estimen al sujeto, a través de sus respectivos aparatos éticos.

Si bien hay una diversidad de virtudes parciales posibles, de lo que se trata fundamentalmente es del promedio, o del balance general y su producto sintético integral. Quien tiene que dar muestras de estima o valoración a otro individuo, no hace muchas distinciones sobre la composición de ese cúmulo de cualidades personales, sino que valora a la persona o no según el promedio global de virtudes y defectos. Por ello, el aparato de la moral personal, aunque busque el “ser valiente” como vimos en el ejemplo, lo hace sólo como un paso parcial, ya que con eso no alcanza. También procurará el ser hábil, inteligente, responsable, etc., “pensando” en el promedio.

Es indispensable tener presentes en estas relaciones las categorías de análisis-síntesis. El análisis es la descomposición de algo en sus elementos parciales; y la síntesis, el conjunto global surgido. El sujeto busca, entonces, poseer aquellas virtudes parciales, pero como componentes del análisis, con vistas al producto sintético de su persona.

Por otro lado, no sólo interesa poseer valores positivos y evitar los negativos, sino que también interesa el quantum de cada uno. Así por ejemplo, se puede ser hábil o muy hábil, algo injusto o muy injusto; es decir, todos los valores tienen su gradación interna. Cada virtud o defecto puede existir en grado **mínimo, mediano o máximo**. En base a esos tres grados en que puede presentarse cada cualidad, se obtiene la siguiente escala de siete grados, que es la que se maneja comúnmente. Ejemplo:

torpeza			neutralidad	habilidad		
pésimo	muy malo	malo	regular	bueno	muy bueno	excelente

La calificación respecto al grado de habilidad-torpeza, que un sujeto tendrá en el concepto que los demás se formen de él, dependerá del producto que resulte del número de actos hábiles y torpes, más el grado o “peso” de cada uno. De lo estadístico de tales conductas, surgirá su ubicación en la escala de siete grados. Tal escala es la separación cualitativa que se emplea espontáneamente en la práctica para hacer los “cortes” de lo que es una continuidad. Es lo que permite decir que un individuo es hábil, muy hábil, o



excepcionalmente hábil, o bien, que es torpe, muy torpe, o extremadamente torpe.

Los grados: pésimo, muy malo, malo, regular (o neutro), bueno, muy bueno y excelente, constituyen la constante para todos los pares de valores. Estas gradaciones de la calidad de los valores tienden a presentar una regularidad en cuanto a la distribución del número de casos. La mayoría se ubica alrededor de la neutralidad, abarcando el bueno y malo. Luego, unos pocos caen en el muy malo o muy bueno, y los menos frecuentes corresponden al pésimo o excelente. También, algunos muy raros casos llegarían a sobresalir los límites del pésimo o del excelente. Sin embargo, no es necesario considerar a esos casos excepcionales fuera de la escala de siete grados, sino que serían lo peor dentro de lo pésimo, o lo mejor dentro de lo excelente. En otros términos, al tratarse de una continuidad, cada uno de los siete grados tiene a su vez diferencias internas de calidad. Así, será distinta la calidad de un valor que se califica de muy bueno luego de dudarse entre el bueno y el muy bueno, que si la duda previa fue entre el muy bueno y el excelente. Por eso lo “sobresaliente”, por ejemplo, seguiría incluido en el excelente; se trata de la máxima excelencia, es lo que está en el borde derecho del esquema.

No todas las bipulsiones generan con su actividad virtudes y defectos personales, sino solamente las comprendidas bajo el mecanismo por el que se tiende a afirmar lo bueno o aprobable y negar lo malo o desaprobable en general, o sea, las abarcadas por la bip. moral global. Sin embargo, la mayoría de las bipulsiones son alcanzadas por ese mecanismo, generando respectivos pares de valores virtuales, que son las virtudes y defectos absolutos.

Las virtudes y defectos no tienen el mismo “peso específico”. Algunas cualidades tienen mayor importancia que otras para determinar la valoración integral o sintética de la persona. Esto respondería, entre otras razones, a que los valores de las bipulsiones más complejas llevan contenido un conjunto de otros valores. Así por ejemplo, se busca con gran interés ser capaz, destacado, o de los “buenos” en la actividad que se realiza, y evitar ser un inútil o inepto. Al implicar un conjunto de otros valores, la capacidad o eficiencia en la actividad es quizá la máxima virtud, y lo que naturalmente tiene una alta valoración social. Luego, el heroísmo, la racionalidad, son valores particulares que, al encerrar otros valores componentes, adquieren también un mayor peso en su influencia sobre la virtuosidad global del sujeto.

De todas maneras, en este campo es donde la cultura puede ejercer su influencia en relación a la acentuación o minimización de la valoración hacia determinadas cualidades personales. Sin embargo, nunca llegaría a

anular completamente su valoración. Aunque cierta orientación cultural tienda a contrarrestar la importancia de algún valor absoluto, siempre funcionarían en mayor o menor grado la estima-desestima espontáneas por las virtudes y defectos absolutos.

Hay que recalcar que estamos hablando de los valores absolutos, sin importar los relativos. De lo que estamos tratando es, por ejemplo, la sobrevaloración o minimización de la belleza física en su peso neto, pero no nos interesa ahora lo que cada cultura establece como los rasgos que hacen a los modelos de belleza. Más allá de la gran diferencia entre los valores relativos de belleza, estamos tratando, en el ejemplo, la mayor o menor valoración absoluta al hecho mismo de la belleza física.

La flexibilidad en el grado de acentuación o minimización de las valoraciones en relación a los valores absolutos sería algo favorable para la efectividad de los roles que pueden haber en la tribu. Según el rol del sujeto se acentuará más uno u otro valor, descuidándose un poco los otros. Al individuo se lo aprecia y reconoce, especialmente, por los valores acentuados que sustentan el rol. Sin embargo, no debe descuidar los otros valores, ya que si posee defectos que caen el “pésimo” o “muy malo”, pueden invalidar sus virtudes, produciéndose la desestima a la persona. Es decir, un solo defecto, si es grave, puede “vetar” todo el sistema de virtudes, desmoronando la “estantería del espíritu”. Por ello, se tratará de mantener esas “cualidades descuidadas” en la neutralidad o en el bueno, mientras que el muy bueno o excelente corresponderán a las virtudes que sostienen el rol.

Los defectos que invalidan al resto de posibles virtudes son fundamentalmente los referidos a los valores de la relación: maldad, soberbia, deslealtad, etc.; mientras que los defectos en las cualidades de la actividad (torpeza, ineficiencia, etc.) por lo general no invalidan la estima que puede resultar del resto de virtudes. Esto tendría su explicación en el hecho de que es más perjudicial para la tribu la irresponsabilidad, el engaño, la deslealtad, o la traición, que la torpeza, la ingenuidad o la ineficiencia. Un sujeto ineficiente afecta al grupo solamente en la proporción de lo que debiera producir, pero un individuo irresponsable, deshonesto, o traidor, puede provocar graves daños colectivos.

El aparato de la moral personal procura continuamente la posesión o el mejoramiento de las virtudes y negar los defectos. Esto es lo que se entiende por “tendencia a la superación”, o a la “perfección”. La virtud, o ser virtuoso, es el **ideal absoluto** del aparato; es la **síntesis** que reúne a todas las virtudes parciales. Si suponemos un mínimo equilibrio del funcionamiento de los valores absolutos (contemplando las diferencias naturales de “peso

específico”), la virtud sería algo así como el desarrollo integral y equilibrado del conjunto de virtudes personales que la componen.

Supongamos que la virtud, como síntesis, es la cima de una pirámide. Al bajar un paso en el análisis, veremos que hay “cúmulos” de valores virtuales parciales agrupados por un concepto común. Por ejemplo, la honestidad, honradez o “persona de bien”, es un cúmulo de valores que agrupa: rectitud moral, responsabilidad, abnegación, justicia en el obrar, cumplimiento de compromisos, franqueza, lealtad. Luego, la listeza, audacia, o el “ser listo”, es un agrupamiento de valores virtuales que estaría formado por habilidad, valentía, inteligencia, creatividad. Ser noble es la reunión de la bondad, altruismo, equidad, humildad, respetuosidad. El compañerismo, o el ser buen compañero, cubre la humildad, sinceridad, generosidad, lealtad. La sabiduría incluye inteligencia, conocimientos, racionalidad; etc. Estos agrupamientos son como bloques que comprenden conjuntos de valores. Su composición sería relativamente variable según la cultura. En una cultura puede haber un concepto que reúne un determinado conjunto de virtudes, mientras que en otro lugar se emplea un término que reúne otras virtudes parciales (o defectos si es el cúmulo negativo), y que podría diferir con respecto a los agrupamientos de valores que maneja aquella cultura.

Al bajar un paso más en la pirámide, desintegramos los bloques de valores. Ahora nos encontramos con los pares aislados de valores virtuales surgidos de cada bipulsión independiente. Estos son más analíticos, son la descomposición de los cúmulos de valores virtuales.

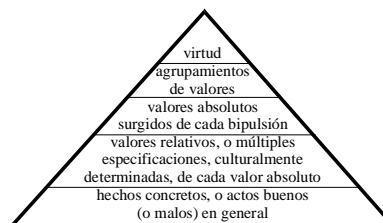
Pero el análisis continúa bajando en la pirámide. Esos pares aislados de valores virtuales se ramifican en una gran cantidad de valores virtuales relativos o adquiridos, más específicos aún. Por ejemplo, la habilidad es sólo la virtud sintética que nuclea una gran gama de habilidades distintas. Tales habilidades específicas son los valores adquiridos o relativos, que llevan contenida a la habilidad en general como valor absoluto; son las formas particulares y concretas en que se presenta la habilidad.

La ramificación de los valores absolutos, en una diversidad de valores relativos más especificados, tiene lugar paralelamente en el resto de valores parciales que comparten con la habilidad la misma altura o nivel en la pirámide. O sea, existe una infinidad de virtudes y defectos relativos y específicos, que llevan el contenido de las virtudes y defectos absolutos. Por ejemplo, dentro de lo que es belleza o fealdad, puede haber una cantidad innumerable de rasgos específicos que se consideran virtudes o defectos según criterio de una cultura. Pero siempre llevan la esencia de la belleza o fealdad como valores absolutos. Luego, dentro de la capacidad o incapacidad de rendimiento, hay también una diversidad de virtudes o defectos específicos

posibles, y relativos a cada tipo de actividad; ejemplo: un locutor puede tener el defecto de no pronunciar correctamente algunas palabras, o un profesor puede poseer la virtud de motivar a los alumnos durante las clases. Así, la capacidad o incapacidad de rendimiento, como valores virtuales absolutos, se ramifican en una variedad de valores relativos más específicos o particularizados.

Por último, lo más analítico de todo, y que contacta con el piso de la pirámide, está dado en los miles de hechos concretos.

Gráficamente:



Luego de llegar al piso, comenzamos a subir ordenadamente. Siguiendo por la rama de la habilidad, nos centramos, por ejemplo, en la **habilidad para cazar**. Lo más analítico que encontramos son los actos hábiles y torpes durante la cacería. El producto promedio de lo sucedido con el sujeto en las diversas jornadas de cacería hará que sea torpe, neutro o hábil para la caza. Supongamos que ese producto sintético es: habilidad muy buena para cazar. Luego, esta síntesis es agrupada junto a los productos sintéticos de las otras habilidades (o “torpezas”) específicas, surgiendo la nueva síntesis más abarcativa de habilidad en general. Así, la habilidad para la caza es la síntesis en relación al análisis de los hechos concretos ocurridos en las jornadas de cacería. Pero esa habilidad específica sintética, al juntarse con las otras habilidades específicas, ya promediadas, pasa a formar parte del análisis en relación a la nueva síntesis mayor de habilidad en general.

Luego, la habilidad en general, como síntesis de todas las habilidades parciales, se junta con el arrojo o valentía en general, la inteligencia, etc., para formar la síntesis mayor: listeza, como un cúmulo sintético de valores. De ese modo, la habilidad en general es la síntesis en relación a las habilidades específicas, y a la vez es parte del análisis en relación al agrupamiento mayor de valores.

En el pasaje del análisis a la síntesis mayor siguiente se van renovando las estadísticas, y modificando el lugar en la “tabla” de siete grados, según los datos parciales de los otros sectores.

Finalmente, ese cúmulo sintético de valores se junta con los otros bloques similares (honestidad, compañerismo, etc.) ya promediados, dando la síntesis final del grado de virtud o defectuosidad globales del sujeto, quien será considerado, en el “juicio final”, un individuo pésimo, muy malo, malo, regular, bueno, muy bueno o excelente. Tal producto es la síntesis global del conjunto de virtudes y defectos.\*

Tenemos, entonces, que la virtud y la defectuosidad personales son los valores virtuales **totales** del aparato de la moral personal. Los valores **parciales** son los valores virtuales surgidos de la actividad de las bipulsiones. El valor total positivo constituye el **ideal absoluto** de cada aparato. Por ello la virtud es el ideal absoluto del aparato de la moral personal. Aquí es válido todo lo visto en los impulsos y bipulsiones sobre lo esencial, necesario, constante, o el contenido común a todos, y el fenómeno, lo casual, variable, o la forma diferente. Ese ideal absoluto es lo compartido por todos, pero cada cultura o subcultura tendrá un sistema de valores relativos cuya síntesis dará la virtud, o el ser un sujeto valioso, estimable o virtuoso.

Los ideales de los aparatos no tienen un límite de aspiración. Siempre tienden al excelente. Si no se puede lograr eso, se busca al menos lo máximo posible. Por ello, el aparato de la moral personal empuja en principio a ser un sujeto excelente. Esto promete la seguridad de una máxima estima social y autoestima.

Veamos, para finalizar, en qué consiste la función del aparato. Considerando que todas las virtudes, para ser tales, deben pasar por la realización de **actos concretos** positivos o buenos, y dado que todos los actos buenos llevan al beneficio común y a la sobrevivencia de la tribu, la gran energía motivacional del aparato de la moral personal está volcada en pleno hacia la realización de conductas útiles a la sobrevivencia grupal. Por lo tanto, la tribu que cuente en sus miembros con este importante motor, que impulsa a

---

\* Antes de que los bloques o cúmulos de valores virtuales se junten para dar la virtud sintética, se distribuirían agrupándose en dos grandes bloques, que corresponderían al resultado de cada uno de los dos campos generales de valores que habíamos distinguido: de la **actividad** y de la **relación**. Así, el ser un sujeto “destacado” o “brillante” sería la expresión de la síntesis de los valores de la actividad; y el ser una “buena persona” haría referencia a la síntesis del conjunto de valores de la relación. Por su parte, la virtud global, como síntesis máxima, sería lo que entendemos por “individuo excelente”, “valioso”, o bien, **virtuoso**. De tal manera, si nos representamos aquella pirámide del esquema, tendremos que entre el espacio de los cúmulos de valores virtuales y la virtud sintética se formarían esos dos últimos “bloques de bloques”, que al integrarse terminarían en la virtud-defectuosidad globales.

cada uno a realizar siempre lo mejor, se aleja enormemente de otra tribu que no lo posea.

### 3- Aparato de la moral grupal

Como se podrá apreciar, nos encontramos en las más elevadas alturas de la montaña motivacional del psiquismo. Es fuerte el viento que aquí corre, y se hace más escasa la visibilidad en medio de las nubes. Pero no nos queda más que seguir, porque son pocos los pasos que nos separan de la misma cumbre del espíritu.

El aparato de la moral grupal funciona bajo la continua actividad del M.I.F.M. El grupo en su conjunto es el yo global del sujeto. Esto es lo que rellena la otra parte de la autoconciencia de cada individuo. La fuerte y continua identificación fraternal y moral con la tribu hace que se repita el aparato de la moral personal, pero aplicado a la tribu. Se busca que ésta posea virtudes o motivos de orgullo y honor grupales, y que no tenga defectos o motivos de humillación para el grupo.

Las cualidades que se desean para la tribu son similares a las que busca el individuo para su persona, aunque obviamente difieren en ciertos aspectos y matices, dada la diferente naturaleza de ambos entes. Lo que se quiere, por ejemplo, es que la tribu sea valiente, soberana, heroica, eficiente en el trabajo productivo, amable, justa. Todo ello se sintetiza en el valor total de dignidad y honor tribales. A su vez, se procura evitar toda cualidad que de lugar a calificativos deshonrosos para el grupo.

En la actualidad, las condiciones honrosas para el grupo, como valor virtual, son las que un sujeto busca al desear, por ejemplo, que su club deportivo sea el campeón, o el mejor.

El placer o displacer, aquí, son al mismo tiempo morales y espirituales. Las condiciones de honor grupal llevan a una estima o valoración externa hacia el propio grupo y a la “autoestima” u orgullo grupales, como formas de placer moral. A la vez, como la tribu (o agrupación, etc.) es el objeto con el que se da una fuerte identificación fraternal, ocurre también el placer espiritual por algo que es bueno para ella.

En el aparato de la moral grupal, al igual que en todos, se presentan las mismas relaciones vistas sobre el análisis y síntesis de los valores virtuales. Se buscan valores parciales, pero siempre en función de la síntesis final del ideal absoluto. En este caso, se aspira a las condiciones de máxima dignidad y honor tribales. El “excelente” está expresado en el ideal de **grandeza tribal**, en la posesión de cualidades o virtudes que sean motivo de máximo orgullo grupal, es decir, en el conjunto de valores positivos de una tribu.

Hay que aclarar que esa grandeza es el ideal absoluto, pero varían los ideales relativos. Lo que varía es aquello específico que en cada lugar significa la grandeza de los valores tribales.

En estado natural, "la tribu" es el yo en grande compartido por el conjunto de individuos. Para ella se quieren los atributos más elevados y los máximos honores. En ese plano es donde se despliegan las naturales expresiones de orgullo por parte del individuo, al creer y manifestar que pertenece a la mejor tribu. Aunque esto carezca a veces de mucha objetividad, es algo favorable a la sobrevivencia, porque contribuye a mantener siempre la más alta valoración hacia la tribu y a trabajar continuamente por su beneficio.

También funcionaría el aparato de la moral grupal con relación a los distintos subgrupos de la tribu (familias, gens). Esto sería algo útil a la sobrevivencia. Al desarrollarse un interés por la buena imagen del propio grupo, se favorecería la emulación o contradicción interna en el plano moral, lo que significaría un importante estímulo para el mejor funcionamiento del organismo social.

Pero la función principal del aparato estaría dada con respecto a la tribu en su conjunto. Para comprender esa función es necesario penetrar en las relaciones entre las tribus. En primer lugar, siempre han existido relaciones entre éstas. Sería absurdo suponer que dentro del pleno conocimiento del medio ambiente y de todos los animales de la zona, etc., los primitivos no tuvieran ningún contacto con las otras tribus. Por otro lado, los seres humanos que existían al momento de concluir la transformación del mono en hombre eran iguales a nosotros en la plenitud de los caracteres esenciales, por lo que debían tener una disposición hacia las otras tribus, similar a la que tiene lugar hoy entre los diversos grupos humanos.

En aquellas condiciones de vida, donde en términos generales había un normal desarrollo de los valores, existirían predominantemente relaciones de respeto y equidad entre las tribus vecinas. Las hostilidades o guerras serían siempre excepcionales en aquellas condiciones. Las guerras corresponden más a la historia de las clases sociales y al enfrentamiento de los nuevos intereses económicos que a la vida de los primitivos. En estado natural nadie es hostil con los extraños cuando éstos no muestran la menor intención de afectar los propios intereses. Por el contrario, durante la casi totalidad del tiempo debían entablarse relaciones cordiales entre las tribus, en un marco de justicia y respetuosidad, puesto que ello era lo útil para la sobrevivencia de la especie. Si bien el núcleo del afecto se vuelca hacia el grupo de personas con las que se convive, también es extensivo a los grupos circundantes (exceptuando obviamente los eventuales casos de enemistad). Ese fenómeno ocurre espontáneamente entre los grupos de personas que viven en zonas

rurales, más cercanas a las condiciones naturales, y también se ve en la fraternidad natural que desarrollan muchas tribus y pueblos en la actualidad. De todas formas, también existe el natural fenómeno de la rivalidad que surge espontáneamente entre grupos humanos. Pero esto se encuadra fundamentalmente en el plano de la emulación o rivalidad moral, y es precisamente de lo que trataremos enseguida respecto a las funciones del aparato de la moral grupal.

Si bien las tribus que existen en la actualidad ofrecen datos que algunas veces son de utilidad para la explicación de las funciones esenciales del psiquismo humano, en general es poco lo que pueden aportar al respecto. Las decenas de miles de años de evolución que han experimentado las distintas culturas, desde la aparición del organismo social primario, hacen que los datos que nos pueda brindar el estudio de las diversas tribus actuales tengan prácticamente el mismo grado de utilidad-inutilidad que nos puede ofrecer el análisis de las costumbres o formas de vida en cualquier sociedad moderna, o de la historia conocida (que es siempre reciente con respecto al organismo social primario, el cual es anterior inclusive a la propia aparición y diversificación de las razas humanas). Tanto las sociedades “civilizadas” como los “salvajes”, contienen por igual la historia de un largo desarrollo cultural paralelo y de similar complejización respecto a nuestro foco de atención, que en este caso es la vida del organismo social primario o tribu humana primigenia y sus similares coetáneas.

Dado que los restos materiales o arqueológicos no pueden proveer suficientes datos como para deducir el modo del funcionamiento de los sutiles elementos psicológicos, sólo podemos aproximarnos a la vida de las tribus humanas primitivas basándonos en la distinción de lo que era o no útil a la sobrevivencia del organismo social y de la especie en su conjunto. Al ser aquella tribu humana primigenia la que, gracias a sus mejores aptitudes generales para la sobrevivencia, se impuso junto con sus tribus descendientes sobre el resto de sus similares, generalizando su tipo, nada puede ser más apropiado a los fines de reproducir en todo lo posible los elementos esenciales de la vida primitiva, que usar el “método” de la selección natural, que rescata lo útil y elimina lo perjudicial para la sobrevivencia individual, de la tribu y de la especie.

Si queremos explicar el funcionamiento de las tribus primitivas en sus relaciones externas, debemos elegir el trozo más representativo de su vida normal y no lo que es la excepción. Aquellos casos excepcionales (guerras) son algo para lo que toda tribu debe estar preparada. Pero sólo de la misma forma que debe estarlo para afrontar posibles desastres naturales (aluviones, huracanes, incendios, terremotos) y otras amenazas trágicas, como sería, por



ejemplo, el ataque de animales depredadores. A diferencia de quienes ordenan la guerra en nuestros tiempos, que se aseguran de que sus seres queridos y ellos mismos no corran serio peligro, para los primitivos la guerra es una de las posibles tragedias que amenazan la seguridad de los más indefensos seres queridos de la tribu. Nadie puede tener interés en ella por sí misma. Sólo cuando a causa de malos entendidos o de circunstancias incontrolables la misma ya está declarada, no queda otra alternativa que afrontarla. Allí pasa a ser peor la consecuencia material, moral y espiritual de no hacerlo. Pero la guerra como fenómeno aparece como una imposición externa, no deseada por sujetos más o menos sanos o normales. Cada tribu sólo está dispuesta a responder al ataque. Los eventuales enfrentamientos responderían principalmente a que cada una de las partes interpreta que ha sido agraviada por la otra. Lo útil a la vida es contar con cierta capacidad de defensa, pero volcar el grueso de las energías al trabajo y no al hostigamiento contra el resto de tribus.

Si bien quienes hicieran eso último lograrían probablemente buenos resultados y asegurarían su alimentación por un determinado tiempo, ese método no podía prosperar en la vida primitiva, ya que se agotaría por sí mismo. La razón principal de ello es que el nivel de la capacidad productiva de los primitivos sólo daba, a lo sumo, para el mero sustento de los propios productores, por lo que siempre sería muy limitado el material a saquear, en relación al desgaste general que supone aquello como método de vida. A esto se agrega el tener que vérselas con el repudio generalizado por parte de las tribus perjudicadas, logrando estimular la alianza de éstas en la propia contra. Por eso, siempre se verán favorecidas a los fines de la sobrevivencia las tribus que vuelquen las energías al trabajo, respetando a las otras en el marco de lo que sería una especie de derecho natural, sostenido tanto por los valores morales y espirituales como por la propia conveniencia material recíproca.

Distinto es el caso cuando no se trata ya de las tribus primitivas; es decir, cuando avanzamos varios miles de años adelante con respecto al organismo social primario, y donde la productividad media del trabajo es ya potencialmente superior a los requerimientos del consumo vital de quienes producen, allí comienza pues la historia de la “civilización humana”, donde aquel método encuentra material disponible (plusproducto), apareciendo luego, sobre esa base, el Estado esclavista basado en la fuerza, como nueva forma sistemática de saqueo continuo. Pero esto es ajeno a lo que nos ocupa ahora, que es la época del organismo social primario, época en la que se ubicaría lo que podemos considerar como la forma de vida natural del hombre, donde la

igualdad de condiciones y la justicia de las relaciones debían funcionar forzosamente.

Debemos combatir nuestros prejuicios, y nuestra mente cargada de falsas historietas de “indios malvados”, para comprender la vida de los primitivos. Un ejemplo de tales obstáculos es la errónea suposición de que aquéllos eran salvajes animales con forma humana que se movían por “instinto”. La sorpresa al respecto que se deriva de lo tratado hasta aquí es que ellos debían constituir algo así como el modelo de desarrollo de lo que se entiende por esfera espiritual, valorativa o axiológica del hombre.

Desde el punto del organismo social primario, nos trasladamos ahora unos cuantos miles de años hacia atrás. Ubiquémonos en el momento en que las tribus contaban con miembros casi humanos y casi iguales a nosotros en cuanto a las funciones psicológicas esenciales. En el marco de la lucha objetiva por la sobrevivencia grupal, la primera “alianza” entre tribus ocurre en el plano del intercambio de favores. Bajo la premisa de un normal desarrollo de valores morales y espirituales, no podía desaprovecharse la posibilidad de una mutua ventaja con el intercambio de asistencia ocasional. Si dos tribus, bajo un marco de justicia o equidad, intercambian esa asistencia ocasional, ambas contarán con una importante ventaja común en relación al resto. Por tanto, sobrevivirán, reproduciendo la costumbre en sus tribus hijas. Esto se propagará geométricamente a lo largo del tiempo, hasta llegar un momento en que las “mil tribus” en existencia aprovechan por igual la posibilidad del mutuo beneficio. (Este mecanismo habría constituido una premisa para el posterior desarrollo del intercambio formal de bienes.).

Sin embargo, una vez que las mil tribus que existen comparten el mecanismo, la ventaja deja de ser tal. De allí en adelante, la sobrevivencia sólo quedará librada a la eficiencia laboral de cada organismo social particular. Como ese mecanismo de intercambio de favores debe ser siempre equitativo, ninguna tribu puede pedir más de lo que da. Por ello, las nuevas situaciones apremiantes de una tribu muy adeudada ya no serán solucionadas por la ayuda de otra. De ese modo, aquel mecanismo se convierte en un factor constante. Aunque es imprescindible para cada tribu, no puede ser una ventaja para ninguna. Así, cuando otra vez el alimento no alcance para todas, sobrevivirán las tribus más eficaces para el trabajo productivo.

La segunda ventaja común entre dos o más organismos sociales es la “alianza emulativa” en el plano moral. Supongamos que una determinada tribu comienza a interesarse por tener una buena imagen en el concepto que de ella se formen las otras. Cuando dicha tribu se reproduce en forma secundaria, dando otras similares, se formará un grupo de tribus que com-

parten esa motivación. El interés compartido por esas tribus, en relación a la buena imagen, es complementado por el aparato ético. Los miembros de cada tribu sienten aprecio, estima, admiración, o desprecio, desestima, hacia las otras tribus en su conjunto. Como en cada una produce placer moral y espiritual el escuchar palabras halagadoras respecto a las propias cualidades grupales, y displacer moral-espiritual oír calificativos humillantes o deshonorosos para la tribu, se desarrollará un interés por las virtudes grupales y la buena imagen de la tribu. Eso llevará a que todos trabajen para el mantenimiento de una imagen favorable, y para evitar todo motivo de deshonor o humillación grupales.

Como las virtudes valorables para una tribu tienden a ser precisamente las cualidades positivas para la sobrevivencia, el interés por la buena imagen de la propia tribu motiva, por tanto, a realizar actos favorables a la sobrevivencia. Entre las virtudes de una tribu figura especialmente su capacidad y efectividad en el trabajo, sus logros al respecto, las condiciones de bienestar que sea capaz de conseguir gracias a sus cualidades y capacidades, lo que es siempre admirable a los ojos de las otras tribus, y digno de ser reconocido e imitado. En aquella situación de vida, donde tal cosa es vivenciada o sentida como lo más **importante**, y donde además es la **actividad** en la que “están” todos, sin dudas la capacidad laboral de una tribu debía ser su máxima virtud. No obstante, aquello alcanza el total de virtudes grupales posibles; es decir, a una tribu se la reconoce o no según la imagen global que desencadena en las otras. Si por ejemplo es egoísta, injusta, etc., tendrá en contra a las otras. Esto no sólo lleva a un desprecio general, sino que además a ninguna le conviene estar rodeada de enemigos, dado que, entre otras cosas, significa quedar excluida de aquella ventaja común del intercambio de favores.

Esas pocas tribus que comparten el interés moral por ser mejores y evitar el deshonor de ser una tribu menospreciada por sus valores se hallan con un elemento a favor respecto al resto. Cuentan con una importante motivación agregada, que no sólo empuja en forma directa a mejorar el funcionamiento global, sino que además significa una nueva causa o ideal común, que favorece la identificación grupal y la unidad espiritual. Todos tienen ahora un nuevo motivo que impulsa a trabajar mancomunadamente en lo que es positivo para el organismo social. Si comparamos las pocas tribus que comparten la emulación o contradicción moral, con el resto de sus similares, encontramos una ventaja en las primeras. Por tanto, luego de muchos años de selección natural, las “mil” nuevas tribus sobrevivientes serán las que comparten el mecanismo emulativo como ventaja común.

Pero, nuevamente, al ser algo compartido por todos, ya no es ventaja para nadie. Y como el alimento es limitado, otra vez, la sobrevivencia de unas tribus y la extinción de otras quedará en manos de la eficiencia particular de cada una para el logro de los medios de subsistencia.

Aunque esos dos sistemas de alianzas naturales (fraternal y moral) no sean ventaja para ninguna tribu, por ser compartidos por todas, sería sin embargo una desventaja el no poseerlos. En esto no hay ninguna diferencia con respecto a la razón de ser de cualquier función, capacidad o rasgo compartidos por todos los miembros de una especie. O sea, lo que en principio surge como una ventaja, luego se generaliza, dejando de ser tal. Pero igualmente sigue siendo útil e imprescindible, por implicar una desventaja el carecer de ello.

#### **4- Aparato del bienestar personal**

Los conceptos bienestar-malestar, como valores virtuales absolutos, serán utilizados siempre para lo que entendemos por condiciones materiales de vida. Tales valores comprenden, para nuestro encuadre, todo lo que interesa al individuo a nivel de las condiciones virtuales exceptuando lo moral y espiritual. Así, se incluye, por ejemplo, salud, facilidades para satisfacer las necesidades o gustos, tener motivos de diversión o buen pasar, no tener mayores problemas, etc.

En el aparato del bienestar personal también se da aquel proceso de análisis-síntesis de las diversas condiciones de vida, hasta llegar al par de valores integrales que hacen a la conformidad o disconformidad globales con las condiciones de vida personal. Esos valores virtuales totales son las nociones de bienestar o malestar sintéticos como condiciones estables. Aquí se van agrupando aspectos de la vida del sujeto, que van convergiendo desde lo más pequeño, para subir gradualmente en síntesis mayores, tomando distintos sectores de la vida, hasta terminar en el producto sintético máximo, que caerá en algún lugar de la escala de siete grados de bienestar-malestar. El individuo, en su reflexión sobre el particular, verá que sus condiciones de vida personal son pésimas, muy malas, malas, regulares, buenas, muy buenas o excelentes.

El ideal absoluto del aparato es, entonces, el bienestar personal como valor total positivo. El excelente estaría dado en lo que se entiende por dicha o felicidad en el sentido restringido de la palabra, o sea como sinónimo de máximo bienestar en las condiciones materiales de vida individual.

En estado natural, los intereses materiales fundamentales de cada individuo son los mismos que los de cada compañero, por lo que el interés personal coincide casi totalmente con el grupal. Así como en los casos donde el grupo intenta encontrar alimentos está presente el empuje surgido del hambre de cada uno, del mismo modo, cuando se desea tener “facilidades de alimentación”, como condición virtual estable, son inseparables el interés individual, material, de ese valor, y el interés espiritual por algo que es bueno para los compañeros. Casi todo lo que hace al bienestar individual es lo mismo que lleva al bienestar grupal (seguridad ante los peligros, vivir cerca de una fuente de agua, etc.). En el estado natural de la tribu, es muy poco lo que queda de elementos propiamente privados como partes del valor total de bienestar personal. No obstante, es positivo que cada uno ande bien en sus asuntos personales. Esto hace que todos se lleven mejor, que haya buena disposición de ánimo para el trabajo, etc.

### 5- Aparato del bienestar grupal

Dada la estrecha identificación fraternal con el conjunto de compañeros de tribu, se desarrolla naturalmente un interés por el bienestar de ellos. Los valores: bienestar-malestar sociales o grupales son los valores virtuales totales o sintéticos del aparato. El interés del individuo es aquí **espiritual**. Lo que es bienestar o malestar materiales para los compañeros de la tribu, es bienestar o malestar espirituales para el individuo identificado.

En este aparato también se van agrupando los valores parciales, integrándose en síntesis mayores, hasta arribar a la noción global del grado de bienestar o malestar sociales. Entre los valores parciales se cuentan por ejemplo: seguridad del grupo ante los peligros, facilidades para lograr los medios de subsistencia, buenas relaciones entre todos, salud en los miembros del grupo, que existan motivos de alegría para la tribu, etc. En realidad los valores virtuales parciales del aparato son mayormente relativos y adaptados a las diversas circunstancias y condiciones de vida en que se encuentre el grupo. Sin embargo, cualesquiera sean los valores parciales, éstos se van agrupando en sectores, terminando en los valores absolutos de bienestar o malestar grupales. En otras palabras, más allá de la variabilidad de los valores virtuales parciales, el ideal absoluto del aparato es siempre el mismo: bienestar social o del grupo. Eso es lo compartido por todos los sujetos normales que se identifican en lo fraternal con algún grupo humano.

La utilidad del aparato del bienestar grupal es algo que se observa a “simple vista”. Como la selección natural actuó tomando tribus enteras, solamente sobrevivieron aquellas en cuyos miembros se desarrollaba un fuerte interés por el bienestar del conjunto.

En el aparato del bienestar grupal, el “excelente” está expresado en el concepto de felicidad social, o máximo bienestar de la tribu, la comunidad, el pueblo, o del eventual grupo social con el que se establece la identificación fraternal.

La identificación con una agrupación humana no sólo tiene lugar con grupos reunidos en el espacio (sentimientos “localistas”), sino que también se da naturalmente entre conjuntos de individuos que aunque no se hallen reunidos físicamente, comparten intereses o una misma condición o situación. En el organismo social primario, al no haber clases sociales, por cuanto funcionaba lo que sería un comunismo primitivo, la unidad se presentaba simultáneamente en los dos aspectos fundamentales: 1- convivencia física o territorial. 2- intereses comunes. Ello hacía de la identificación con la tribu un sentimiento unificado. Hoy en cambio se “abren” las dos cosas. Por un lado están los sentimientos localistas, espontáneos en su desarrollo, y por otro los generados por el interés común, los cuales no siempre coinciden con aquéllos. De allí que las identificaciones de mayor importancia en los tiempos modernos sean de dos tipos: 1- regionales, nacionales, etc. 2- partidos y/o movimientos políticos.

## **6- Aparato de la integración general**

La felicidad-infelicidad, como valores virtuales absolutos, marcan la cúspide del psiquismo. El aparato de la integración general es la síntesis de los otros aparatos, es el conjunto de ellos, constituye la integración máxima de la actividad psicológica.

Cuando tratábamos los otros aparatos, veíamos que los valores más particularizados se iban agrupando en sectores cada vez más grandes, hasta terminar en las síntesis finales de los valores totales absolutos: virtuosidad-defectuosidad personales, honor y dignidad - deshonor e indignidad grupales, bienestar-malestar personales, bienestar-malestar grupales. Dejando por ahora de lado al aparato ético, que es fundamentalmente un mecanismo de respuesta, y que difiere en su funcionamiento con el resto de aparatos, encontramos que esos cuatro pares de valores totales abarcan los grandes sectores de intereses que puede desarrollar un individuo en el plano de lo virtual. Comprenden lo individual (material y moral) y lo social (material y

moral); o en otra forma, comprenden lo material (individual y social) y lo moral (individual y social). Pero esas cuatro “montañas” de valores virtuales no funcionan independientes una de la otra, sino que pasan a formar parte del último análisis, para terminar en la síntesis mayor del grado de felicidad-infelicidad integrales.

Los valores virtuales totales de aquellos aparatos (virtud personal, bienestar social, etc.) son las síntesis o valores **totales** en relación al respectivo sector de valores virtuales parciales, pero a la vez son los grandes pares de valores **parciales** en relación a la síntesis máxima que los reúne bajo los conceptos integrales de felicidad-infelicidad. En otros términos, los ideales absolutos de aquellos aparatos, que son los fines máximos de cada uno, son al mismo tiempo los grandes medios o ideales parciales del gran aparato de la integración general. Por tanto, la felicidad, como valor virtual absoluto, consiste en la posesión conjunta de los valores virtuales positivos de aquellos aparatos.

Así como el impulso de gozo no tiene una vía propia de entrada al placer, sino que actúa valiéndose de los objetos de satisfacción de los otros impulsos, de un modo similar, el aparato de la integración general busca la felicidad a través de los valores virtuales positivos de los otros aparatos. Esto lo hace integrando, coordinando y organizando la actividad de aquéllos. El ideal integral: felicidad, no es más que el resultado positivo del balance general de los cuatro campos de valores; es el **todo bien** que surge en la vivencia del sujeto, como producto de la reflexión sobre lo que hace a su vida; es la conformidad general en todos los sectores de intereses que estructuran las aspiraciones de la subjetividad.

La felicidad como valor virtual aparece necesariamente como resultado de dos elementos: 1- la ley general. 2- la capacidad de abstracción. Al buscarse, en esencia, sólo el placer y la negación del displacer, cualquier animal que desarrolle la capacidad de abstracción, de modo que le permita concebir condiciones virtuales favorables al placer, experimentará un interés por vivir bajo tales condiciones, es decir, se interesará en la felicidad como valor virtual. Esta tendencia, que aparece necesariamente en el hombre por reunir aquellas dos condiciones, es canalizada por la naturaleza hacia lo útil para la sobrevivencia de la tribu. Como la felicidad consiste en la posesión conjunta de aquellos cuatro valores virtuales totales o ideales absolutos, la utilidad del aparato de la integración general es la de los otros, a los que reúne, integra y sintetiza.

Esos cuatro valores totales tienen una equivalente importancia para la sobrevivencia de la tribu. Por tal razón, la naturaleza estructuró el psiquismo en base a las condiciones de vida de la tribu, de modo que aquellos campos

de la vida tuvieran una similar importancia anímica en la determinación de la felicidad integral del sujeto.

La falta de condiciones ambientales favorables para el desarrollo de los valores afectaría primero que nada las funciones más complejas y sutiles de los aparatos. Cuando las condiciones generales de vida entorpecen el desarrollo moral y espiritual del psiquismo, los ideales de las personas apuntan desequilibradamente hacia el bienestar material personal. En segundo lugar vendrían los ideales de virtuosidad personal, con sus desequilibrios internos. Y muy por debajo caería el interés por ideales sociales. Pero más allá de tales desequilibrios, veremos siempre los cuatro géneros de ideales. Esta regularidad responde a que esos valores totales absolutos forman la estructura esencial de los aparatos, que son auténticas leyes del psiquismo humano.

Puede pensarse que sería no obstante siempre mayor el interés básico por el bienestar personal, en comparación con los otros valores virtuales. Pero esto sólo es así si nos limitamos a considerar cierta realidad social, como es por ejemplo el caso en la actual sociedad capitalista. Aquí, en general sí ocurre ese desequilibrio. Pero ello responde a la influencia de las propias características del sistema de vida, donde predomina la ley del egoísmo y de la selva social. Tales condiciones, evidentemente, tienden a distorsionar el funcionamiento normal de los valores. Pero ese no es el caso en la vida natural del organismo social primario y de las tribus primitivas, donde se formó el psiquismo humano. Así y todo, hay en la actualidad muchos casos que demuestran la no menor importancia anímica natural de los otros tres campos de valores. Hay veces en que se renuncia a todo bienestar personal, y hasta a la propia vida en ciertas circunstancias, en favor del bienestar de otros, o en defensa del honor personal o del grupo. Tales actos suponen un considerable (pero normal y saludable) desarrollo moral y espiritual. Esto último debía suceder indudablemente en las condiciones de vida de la tribu, y ocurre en quienes están rodeados por condiciones de vida que lo favorecen.

La utilidad del aparato de la integración general no es solamente la de los otros, de los que se forma, sino que también se observa en su accionar integrador y coordinador de ellos. El grado de felicidad-infelicidad es el resultado del promedio o balance general del estado de los otros aparatos. Si tres de éstos se encuentran en el excelente y uno en la neutralidad, el promedio general será influido por el sector más rezagado, haciendo bajar el promedio global del grado de felicidad. En tal caso, se prestará mayor atención al sector que peor anda, tratando de subirlo al nivel de los otros. Por otra parte,



cuando uno de los valores totales llega a bajar alrededor del muy malo, comienza a funcionar el “derecho de veto”. Así, aunque tres aparatos se hallen en el excelente, uno solo que se encuentre alrededor del muy malo, anula a los otros y pasa a ser el único que determina el estado general. En ese caso pasa a ser “muy malo” el estado global de felicidad-infelicidad. Ello es así, porque la felicidad consiste en el “todo bien”, mientras que la infelicidad se puede presentar con el solo: “algo muy mal”. El muy mal en uno de los campos de la vida es suficiente para impedir el estado de conformidad general. Aquí no funciona el promedio aritmético de los cuatro sectores. Sólo funciona cuando no hay ningún sector importante que se encuentre sumergido en el valor negativo.

Esta situación nos muestra la importancia del trabajo integrador y coordinador del aparato de la integración general, que hace que el sujeto vaya manejando paralela y organizadamente los distintos campos de su vida. Si no existieran esos mecanismos, no se prestaría una especial atención al sector de valores que se encuentra caído. Así, si hay tres valores totales en el excelente y uno en el pésimo, pero donde se promediara el conjunto aritméticamente, resultaría una cierta conformidad general como resultado del promedio, que haría decaer el interés por atender el sector que se encuentra en pésimas condiciones. Por tanto, era necesario que el sector más sumergido anule a los que se encuentran bien, y sea el que imponga la disconformidad en el estado anímico, lo que asegura que se dará toda la atención a ese campo de la vida.

Finalmente, como aquellos valores virtuales positivos se logran a través del esfuerzo y el trabajo concretos, y dado que la felicidad consiste en el logro de tales ideales absolutos, el aparato de la integración general, como síntesis de los otros, orienta toda esa energía motivacional reunida a trabajar constantemente en lo que es útil a la sobrevivencia de la tribu.



## ESTRUCTURA DE LOS APARATOS

### 1. Hechos concretos y condiciones virtuales

Las aspiraciones de la intencionalidad se orientan constantemente a dos tipos generales de metas: 1- **hechos concretos**, 2- **condiciones virtuales**. La diferencia básica entre ambos radica en lo definido o indefinido de la duración de algo, en lo estable o inestable del fenómeno. Un acto hábil, por ejemplo, es un hecho concreto porque permite ser delimitado en el tiempo y espacio, es algo que “aparece y desaparece” de la realidad, es un suceso que luego de ocurrir deja de ser al instante; después de presentarse ya no existe sino sólo como un hecho del pasado. En cambio las condiciones virtuales tienen una existencia relativamente constante. El poseer, haber o ser algo, están presentes con continuidad en la extensión del tiempo, al igual que el no poseer, no haber o no ser ese algo. Si bien las condiciones virtuales también fluctúan entre el ser y el no ser, por cuanto una cualidad que es, tarde o temprano deja de ser, y la que no es comienza a ser, no obstante, tienen una relativa estabilidad; están o no están presentes en un espacio de tiempo determinado.

### 2. Impulsos y bipulsiones que forman la estructura de los aparatos

Cuando tratábamos sobre los impulsos y bipulsiones, enfocábamos la atención solamente en los actos o hechos concretos, como metas o valores absolutos de esas tendencias. Esto era a los fines prácticos y como un modo de ordenar la tarea. Pero hay algunos impulsos y bipulsiones que, además de interesarse en hechos concretos, actúan en relación a las condiciones virtuales. La parte de esos impulsos y bipulsiones que trata sobre condiciones virtuales es la que pasa a formar la estructura motivacional de los aparatos.

Como decíamos más atrás, los aparatos surgen de la organización de los impulsos y bipulsiones. Los valores virtuales absolutos de los aparatos siguen siendo metas y valores absolutos de los impulsos y bipulsiones. Así

por ejemplo, la bipulsión espiritual, cuyos valores absolutos son: lo positivo y lo negativo para el O.M.I.F., no sólo trata sobre los **hechos concretos** favorables o desfavorables al O.M.I.F., sino que las **condiciones virtuales** de bienestar o malestar estables del grupo también significan lo positivo o negativo para el O.M.I.F. Tales condiciones virtuales provocan el placer o displacer espirituales respectivamente. Por ello, en el caso del aparato del bienestar grupal vemos claramente la presencia estructural de la bip. espiritual. Otro ejemplo es el caso de la bip. moral global. Una parte de ésta se orienta a los hechos concretos o actos buenos y malos en general, y la otra es la que trata sobre las virtudes y defectos como condiciones virtuales. Es decir, aquella primera parte es la que da lugar al resto de bipulsiones que tratan sobre actos o actitudes concretos; mientras que la otra parte de la bip. moral global se vuelca a lo virtual (virtudes y defectos). Los valores absolutos generales de la bip. moral global son siempre lo bueno o aprobable y lo malo o desaprobable. Luego, como las virtudes y defectos son cualidades buenas y malas del sujeto respectivamente, dichas virtudes y defectos son también formas particulares de lo bueno y malo en general. Así, esa derivación de la bip. moral global que trata sobre cualidades virtuales pasa a formar la estructura del aparato de la moral personal. Es la parte que va por “encima” de las bipulsiones y sus actos concretos, ocupándose de las virtudes y defectos surgidos de su actividad.

Para analizar la composición de los aparatos, debemos distinguir primero dos aspectos generales de tal composición. Uno se refiere a la estructura concreta de los valores virtuales absolutos, o sea, a los impulsos y bipulsiones que están presentes en forma directa en esos valores y en el interés con respecto a ellos (a éstos corresponden los ejemplos vistos). El otro aspecto se refiere a la organización y coordinación del funcionamiento de otras tendencias motivacionales que, aunque no formen parte del interés directo en relación a los valores virtuales de los aparatos, tienen no obstante una actividad subordinada a los fines de éstos. Por ejemplo, la bip. de la responsabilidad social tiene una buena parte de su actividad que está naturalmente subordinada a los fines de los aparatos sociales. El deber consiste en muchos casos en el cumplimiento de aquello que significa un medio para el logro de los ideales sociales. La bip. de la responsabilidad social se va ocupando de los hechos concretos que son pasos parciales en relación a los ideales de bienestar social o de honor y dignidad tribales. En este ejemplo vemos que si bien el cumplimiento del deber, como acto concreto, no forma parte de la estructura directa de los valores virtuales de los aparatos sociales, se encuentra sin embargo subordinado a los fines de ellos. Su actividad se

halla en gran parte librada a lo que **debe hacerse** en cada caso para favorecer el logro de dichos ideales. Otro ejemplo es el caso de las bipulsiones ética-seriedad y ética-gravedad. Aunque las mismas no participen directamente en la estructura de los valores virtuales de los aparatos, se movilizan resguardando los intereses de estos últimos. Son las que responden condenando a quien atenta contra los valores virtuales positivos que se poseen, y las que gratifican a quien contribuye a reafirmarlos. Así por ejemplo, cuando alguien ofende el honor de la tribu, o atenta contra las condiciones de bienestar del sujeto, se movilizará la bip. ética-seriedad, o gravedad, respondiendo agresivamente a ese ataque hacia los valores positivos de los aparatos. Por el contrario, si se reciben tributos hacia el honor de la tribu, o una contribución a las condiciones de bienestar, aquellas bipulsiones responderán gratificando o retribuyendo los honores hacia quien contribuyó a reafirmar los valores positivos de los aparatos.

Entonces, por un lado están los impulsos y bipulsiones que tienen una parte de su actividad volcada al plano de las condiciones virtuales, y que son los que dan lugar a la estructura directa de los valores virtuales de los aparatos. Y por otro, encontramos muchos componentes motivacionales que, aunque no formen parte directa del interés esencial con respecto a los valores virtuales de los aparatos, se subordinan y organizan funcionalmente bajo la órbita de su movimiento.

En base a tal distinción, analizaremos primero los impulsos y bipulsiones que tienen una parte de su actividad referida a las condiciones virtuales, y que son los que dan forma a la estructura motivacional directa en relación a los valores virtuales de cada aparato. Luego veremos el resto de tendencias cuya actividad, volcada a los hechos concretos, se encuentra naturalmente subordinada a los fines de los aparatos, formando parte de su funcionamiento integral.

Al final del capítulo (pág. 285) se muestra un esquema de la estructura de los aparatos, que resume lo que analizaremos a continuación.

Entre los impulsos y bipulsiones que dan lugar a la estructura directa de los valores virtuales absolutos y al interés esencial en relación a ellos, hay algunos que se hallan presentes en todos los aparatos por igual; son éstos los impulsos de conservación, de alivio, de gozo, de continuación, de recuperación, y las bipulsiones anticipatoria y estética.

Los **impulsos de conservación, de alivio, de gozo y de continuación**, que son los representantes más directos de la ley general, cumplen en los aparatos las cuatro funciones centrales de la intencionalidad en su lucha contra las fuerzas contrarias. El de conservación es el encargado de **evitar**

los valores virtuales negativos, cuya posesión es siempre fuente de displacer. El de alivio trata de **salir** del estado displacentero que significa la presencia de los valores negativos. El de gozo tiende a **lograr** los valores virtuales positivos, que son deseados por implicar la seguridad de placer correspondiente. Y el de continuación trata de **mantener** los valores virtuales positivos, fomentando su continuidad por ser fuentes de placer.

El **imp. de recuperación** se ve movilizado cuando se produce la pérdida o deterioro del nivel de valores virtuales que eran habituales. Por ejemplo, cuando el sujeto ve que sus virtudes no son como antes, aparecerá la nec. característica del impulso, que motivará hacia la recuperación de aquel nivel que era habitual. También, si las condiciones materiales de vida, que se habían tornado habituales, comienzan a deteriorarse, aparecerá la nec. del impulso, por lo que se tratará de recuperarlas. Así, al lograr volver a la “normalidad”, se produce la satisfacción del imp. de recuperación, desapareciendo su nec. (sentimiento de carencia de lo habitual).\*

La **bip. anticipatoria**, como recordaremos, tiene a cargo todas las reacciones anímicas placenteras o displacenteras que se anticipan a otros hechos concretos productores de placer o displacer. Entre esas reacciones, los sentimientos de éxito y fracaso, o alegría del logro y frustración, serían las más importantes. Pero se incluyen también en la bipulsión todas las reacciones de placer, o alegría, conformidad, etc., que anticipan otros hechos placenteros, y toda amargura, disgusto, disconformidad, anticipatorios de lo malo o displacentero en general. Los valores virtuales de los aparatos encierran siempre una gran cantidad de hechos concretos futuros implicados bajo esas condiciones estables. Por eso, los sentimientos de alegría y conformidad por los valores positivos que se poseen, así como el disgusto, amargura y disconformidad por los negativos, son reacciones anímicas anticipatorias de toda la serie de hechos concretos favorables o desfavorables respectivamente, que tales condiciones estables anuncian.

Por último, decíamos que la **bip. estética** tiene también una presencia generalizada en los valores virtuales de todos los aparatos. Ello es así, porque los valores virtuales positivos y negativos están siempre asociados al placer y displacer respectivamente. Tal asociación hace que los valores positivos

---

\* Correspondería también al impulso de recuperación el eventual interés de los aparatos por la libertad, la justicia social, y otras condiciones naturales de vida, que aparecen como valores sólo cuando se hallan ausentes por determinadas circunstancias. La libertad, por ejemplo, entendida como ausencia de opresión por parte de otros hombres, es una condición natural de la vida humana, que se transforma en una meta a lograr sólo cuando se encuentra ausente.

provoquen por sí mismos un placer estético o contemplativo en el sujeto; mientras que la sola presencia de los negativos provoca un displacer estético. En otros términos, aquella asociación hace que los valores virtuales adquieran una relativa autonomía en su capacidad de producir placer o displacer estéticos. Así, los valores positivos adquieren cierta belleza, y los negativos aparecen como algo feo o desagradable a la sola contemplación (concreta o a través de la representación mental).

Los cinco impulsos y las dos bipulsiones vistos se hallan presentes generalizadamente en el movimiento de los valores virtuales absolutos de todos los aparatos. Veremos ahora el resto de los componentes directos de cada uno, los que obviamente se suman a aquéllos.

### **Aparato ético: defectos-virtudes ajenos**

Un componente esencial de este aparato es la **bip. ética global**. Esta es la responsable de las reacciones de agrado por lo bueno y desagrado por lo malo ajenos, aprobando lo bueno y desaprobando lo malo. Dicha bipulsión, como ya vimos, da lugar a tres bipulsiones particulares que se ocupan de responder ante las conductas ajenas en cuanto hechos concretos buenos o malos. Pero hay otra parte de la bip. ética global que se vuelca hacia las condiciones virtuales o estables, es decir hacia las virtudes y defectos ajenos como formas de lo bueno y malo. Esta parte es la que da lugar al aparato ético. Así, las virtudes ajenas provocan un agrado o conformidad estables hacia quien las posee, lo que se manifiesta en las muestras concretas de estima, valoración, aprecio, como segunda fase del aparato ético. Por su parte, los defectos ajenos provocan una disconformidad o desagrado estables, que se expresan en la segunda fase del aparato a través de las muestras de desestima o desvalorización.

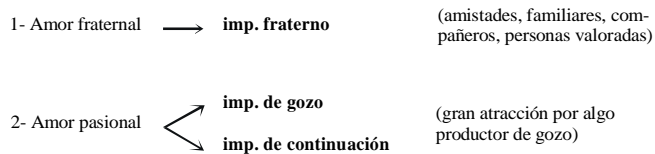
Debemos tener en cuenta que el aparato ético, al ser una forma particular, derivada hacia lo virtual, de la bip. ética global, lleva a su vez contenidos a los distintos componentes motivacionales que forman a dicha bipulsión. De ese modo, la primera fase del aparato, que consiste en el agrado o desagrado ante las virtudes o defectos ajenos, está sustentada por: 1- la bip. estética, que se halla presente en las reacciones de placer o displacer ante las virtudes o defectos, los que aparecen como bello-feo respectivamente. 2- el placer o displacer (por lo general anticipatorios) que resultan del beneficio o perjuicio que significan para el observador determinadas cualidades o atributos ajenos. 3- la bip. espiritual, que responde con placer o displacer ante las

cualidades ajenas que implican lo favorable o desfavorable para el O.M.I.F. del observador. Por otro lado, la segunda fase del aparato, que consiste en las expresiones de estima o desestima a través de las muestras concretas de dichos sentimientos, se forma con los impulsos fraterno y de agresión, que son los ejecutores de tales manifestaciones, como formas de aprobación o desaprobación globales respectivamente. También el imp. de comunicación participa aquí con su nec. de manifestar la conformidad o disconformidad con ciertas cualidades ajenas.

Hay que recordar que los componentes mencionados acumulan a su vez la esencia de otros elementos motivacionales. Así por ejemplo, la bip. estética, como uno de los componentes de la bip. ética global (y por tanto del aparato ético), se forma con varios impulsos, tales como los de gozo y de continuación, que buscan vivenciar el placer que produce lo bello (virtudes); los de conservación y de alivio, que tratan de negar el desagrado por lo feo (defectos); el de curiosidad, que se encuentra presente en el asombro y la admiración estética ante determinadas cualidades ajenas. Así, si vamos desintegramos los componentes del aparato ético de lo más complejo a lo más simple, veremos la diversidad de elementos que se han ido organizando en el marco de su estructura.

Por otra parte, corresponderían también al aparato ético los sentimientos de máxima estima en forma de amor, fraternal o pasional, y de máxima desestima como odio o aversión. Tales sentimientos tendrían siempre el sustento motivacional de alguno de los elementos nombrados como componentes del aparato.

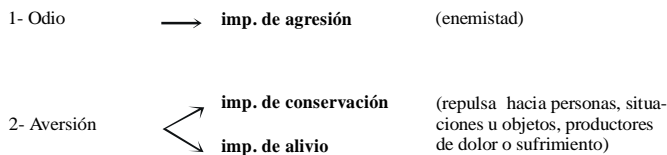
Esa máxima estima tiene dos formas de manifestarse, y cada una de ellas cuenta con respectivos impulsos en los que se apoya:



En el estado de enamoramiento se juntan el amor fraternal por la valoración a la persona con el amor pasional surgido de la gran asociación al goce del objeto-sujeto.

Por otro lado, también hay dos formas complementarias de máxima desestima, sustentadas por impulsos antagónicos en relación a aquéllos:





Puede pensarse que a estos sentimientos, o actitudes, afectos, como formas especiales y superlativas de estima o desestima, no sería adecuado considerarlos bajo el calificativo de “éticos”. Sin embargo, se trata básicamente de respuestas afectivas hacia las virtudes y defectos ajenos, o a lo **bueno-malo** de los atributos que se perciben en las personas o cosas. Por ello, aunque algunas formas de estima-desestima, según pareciera, no correspondería concebirlas como respuestas éticas, cumplen no obstante una clara función ética, puesto que sirven para motivar al otro (o a sí mismo cuando se trata de la autoestima o autodesestima) a desarrollar o mejorar las virtudes y a procurar la negación de los defectos. La sola situación por la que se estima al virtuoso y se desestima a quien posee defectos importantes es la condición que estimula a los sujetos a desarrollar adecuadamente sus cualidades personales o morales en general.

Una situación similar se presenta con el caso, por ejemplo, de la habilidad-torpeza respecto a su calificativo de “moral”. Los actos hábiles y torpes no aparecen en un principio como elementos morales en el sentido habitual de la palabra. Pero el placer-displacer respectivos que provocan la aprobación-desaprobación hacia esos valores (o la autoaprobación-autodesaprobación) son esencialmente morales, por el hecho de ser producto de lo bueno o malo de la propia conducta.

### **Aparato de la moral personal: defectos-virtudes personales**

Entre los componentes motivacionales que hacen a la estructura del aparato se destaca en primer lugar la **bip. moral global**. Como ya vimos en el ejemplo de más atrás, dicha bipulsión tiene en el interés por la posesión de virtudes y la ausencia de defectos una de sus formas de manifestarse. Tales cualidades son respectivamente atributos buenos y malos del sujeto.

La división de la bip. moral global, por la que una parte de su interés se vuelca a los hechos concretos, dando forma a una gran parte del sistema de bipulsiones, y la otra se orienta hacia las virtudes y defectos, se basa en las dos formas que tiene el impulso de aprobación de obtener satisfacción. Una

es la aprobación o felicitación por un acto bueno, y la otra las muestras de estima como forma de aprobación global hacia la persona. Como recordaremos, el imp. de aprobación forma una de las cabeceras de la bip. moral global. Es el impulso que tiene en lo **bueno** propio la meta absoluta que lleva a su satisfacción. Por tanto, la bip. moral global, que lleva contenido al imp. de aprobación en su interés por lo bueno, se divide en aquellas dos formas generales de lo bueno: actos concretos (acto hábil, justo, etc.) y virtudes personales. Lo primero lleva al placer de la aprobación y autoaprobación espontáneas hacia la conducta concreta, y lo segundo a la estima social y autoestima como aprobación y autoaprobación estables. Por otro lado, la parte negativa, que es la desaprobación y autodesaprobación por lo malo, también se “abre” simétricamente a aquello; es decir, se da por una parte la desaprobación y autodesaprobación hacia los actos malos concretos, y por la otra la desestima y autodesestima por los defectos personales, como formas estables de lo malo. De tal manera, la parte de la bip. moral global que trata sobre las cualidades personales estables es la que da lugar al funcionamiento del aparato de la moral personal.

Otro componente directo del interés por las virtudes personales y la negación de los defectos es el **aparato ético**. Este es el que hace sentir la conformidad o disconformidad consigo mismo según virtudes y defectos propios. Los sentimientos de autoestima o autodesestima son producto de una combinación ética-moral. Primero se da la respuesta ética de conformidad o disconformidad ante la evaluación sobre sí mismo, a lo que sigue la correspondiente reacción espontánea de placer o displacer morales. La parte ética es la estimadora o desestimadora, y la parte moral es la que recibe la estima o desestima provenientes de ese mecanismo ético automático. Pero ambas fases son prácticamente simultáneas; forman el único sentimiento de autoestima o autodesestima.

Un tercer componente directo del interés por las virtudes y la negación de los defectos personales es la **bip. de la lucha moral**. Esta bipulsión no sólo trata sobre los hechos concretos (ganar-perder, hacerlo mejor o peor, etc.), sino que también actúa plenamente en el plano de las condiciones virtuales. En este nivel sus valores absolutos aparecen como **ser mejor - ser peor**. El “motor agregado” que significa la bip. de la lucha moral, para el movimiento de todos los valores con motivaciones morales, se presenta también en el aparato de la moral personal. Aquí, el ser mejor - ser peor llevan contenidas a las virtudes y defectos, que se someten al manejo dinámico de la bip. de la lucha moral. En este plano, las virtudes y defectos son los “materiales” en disputa. La bip. de la lucha moral aporta el ser “mejor” o “peor”,

como mecanismo vacío, mientras que las virtudes y defectos constituyen el “en qué” se es mejor o peor, o sea, forman los elementos sobre los que actúa el mecanismo.

El aspecto fundamental sobre el que trata la bip. de la lucha moral es, aquí, lo cuantitativo de las virtudes, lo diferencial del grado en que se las posee. El interés por poseer virtudes y no tener defectos ya está “sobrentendido”. Ahora la cuestión central se refiere al ser **más** virtuoso o **menos** virtuoso. Esta lucha puede ser clasificada de diversas formas:

1- Social o individual. Es social cuando el planteo se refiere a quién es mejor o peor; y es individual cuando se trata de mejorar y de superarse a sí mismo.

2- Por virtudes parciales o en relación a la virtud global o sintética. Es decir, la lucha puede referirse a una virtud aislada, ejemplo: quién es más hábil para determinada tarea, o bien, puede tratar sobre el ser mejor o peor individuo en el total de aspectos.

3- Implícita o expresa. Es implícita cuando la espontánea emulación lleva necesariamente a desarrollar un interés por ser de los mejores, o el mejor si se puede, evitando ser de los peores, o ser peor que determinado sujeto. Y es expresa cuando se ponen a prueba los valores en un claro desafío o juego, para “ver” quién es mejor.\*

El **imp. sexual**, y en especial cuando se encuentra en un prolongado estado de insatisfacción, puede ser también un importante componente motivacional del aparato de la moral personal. Al constituir las virtudes o defectos personales un factor determinante del mayor o menor grado de aceptación sexual, aquel impulso motiva frecuentemente al desarrollo de virtudes y la negación de defectos. Sin embargo, no haría falta nombrar a este impulso entre los componentes del aparato, por el hecho de haberlo incluido en su momento en la bip. moral global, a la que ya se mencionó como componente esencial de aquél. O sea, debemos dar por descontada la presencia, en el aparato, de los elementos que forman a dicha bipulsión, entre los que se encuentra frecuentemente el imp. sexual, al procurar la

---

\* El ser mejor en grado de virtudes nada tiene que ver con el turbio concepto de “superioridad” (humana, etc.). Ser mejor significa básicamente ser fuente de agrado para quienes así califican al sujeto o grupo. Las cosas son mejores o peores según gusten o no a quien las valora. Una comida es mejor que otra porque es más sabrosa y del agrado de quien la califica así. Por ello, el deseo de ser mejor es el deseo de ser algo bueno, algo agradable para los otros. Sólo por eso se es mejor. El mejor en virtudes es el mejor en “bondades” personales. En cambio el “superior” es algo enfermizo, hostil, desagradable, es el **peor**.

aceptación sexual a través de lo “bueno propio” en general; en este caso en su forma virtual: virtudes personales.

Hay varios casos análogos a este, donde no se menciona algún componente motivacional de una tendencia compleja, por el hecho de dar por descontada su presencia allí, cuando sí se nombró previamente a otro elemento componente en el que aquél va incluido.

#### **Aparato de la moral grupal: defectos-virtudes grupales**

La **bip. moral grupal** es la que da lugar en forma directa a la estructura del aparato. Como recordaremos, dicha bipulsión tiene como valores absolutos: lo bueno o malo del propio grupo. En esos valores generales se incluyen, obviamente, las virtudes y defectos, o condiciones virtuales honrosas y deshonorosas respectivamente, como formas particulares de lo bueno y malo del grupo. Así, esta parte de la bip. moral grupal, que trata sobre lo virtual o estable de los valores, es la que da vida y movimiento al aparato de la moral grupal.

En el de la moral grupal se halla también presente el **aparato ético**, que es el que hace sentir conformidad o disconformidad con “nuestras” virtudes o defectos, como producto de la evaluación sobre lo que es honroso o motivo de orgullo, y lo deshonroso o humillante del propio grupo.

Finalmente, la **bip. de la lucha moral** actúa también sobre las virtudes y defectos grupales. Es la responsable de la emulación y el interés por ser la mejor tribu o grupo, dando la máxima vitalidad y dinamismo al aparato. La bipulsión de la lucha moral es como un “acelerador” de las motivaciones morales. Por ello, en el aparato de la moral grupal es el elemento que multiplica el interés por el mejoramiento de las virtudes grupales.

#### **Aparato del bienestar personal: malestar-bienestar personales**

En este casi no hay agregados con respecto a los componentes que son comunes en la estructura motivacional directa del interés en relación a los valores virtuales absolutos de todos los aparatos (imp. de conservación, de alivio, de gozo, de continuación, de recuperación, y las bipulsiones anticipatoria y estética). Sólo se agregaría el impulso de variación, que a menudo

responde con el hartazgo o nec. de cambio ante determinadas condiciones estables de vida personal que se han tornado monótonas o rutinarias.

Como ya dijimos, en el aparato del bienestar personal se incluyen todos los intereses del sujeto exceptuando los morales y espirituales. El aparato abarca condiciones materiales favorables o desfavorables para la mayoría de los impulsos, así como para lo que interesa a las bipulsiones no morales ni espirituales y a la macropulsión.

El hecho de que el aparato se ocupe de todos los valores virtuales relacionados a esos intereses, es algo que nos puede hacer creer que aquel conjunto de tendencias no morales ni espirituales también formarían parte directa del aparato del bienestar personal. Pero no es así por lo siguiente. En principio, los aparatos son mecanismos activos y en movimiento. Los componentes de su estructura motivacional son siempre impulsos y bipulsiones igualmente en movimiento. Por eso, si un sujeto, movido por su interés en el bienestar personal, decide, por ejemplo, instalar un sistema de calefacción en su casa, y lo hace en pleno verano, adelantándose a los fríos de invierno, ello no implicará que el imp. de calefacción esté motivando esa conducta. Si suponemos que en el momento que lo decide, el sujeto no siente el menor frío como nec. del impulso, ello quiere decir que su imp. de calefacción no se halla movilizado, por lo que la correspondiente tendencia dirigida se encuentra inactiva. Sin embargo, aquel individuo tiene un decidido interés en instalar la calefacción y no se detiene hasta lograrlo.

Los impulsos responsables de esa conducta serían básicamente los de gozo y de conservación, que son los dos representantes más directos de la ley general. Dicha ley, como sabemos, es la tendencia constante de la intencionalidad a afirmar el placer y negar el displacer, y que además se propone lograr el máximo placer y el mínimo displacer posibles. Los impulsos de gozo y de conservación son los ejecutores permanentes de esa aspiración absoluta de la intencionalidad. Por tanto, ellos son lo que “miran” el futuro, procurando constantemente promover las condiciones de vida más favorables, que aseguren el máximo placer y el mínimo displacer posibles. De tal forma, esos impulsos son los que, en el ejemplo, se interesan en que haya calefacción. Ello es lo que garantiza la presencia del placer de la calefacción y la negación del displacer del frío para el invierno, y para los otros inviernos. Luego, el imp. mediador y la bip. anticipatoria, que son apoyos generales para todas las metas de la intencionalidad, verán en la instalación del sistema de calefacción una meta a lograr, apoyando ese interés.

Los impulsos de gozo y de conservación se valen de las vías de entrada al placer y displacer de los otros impulsos, anticipándose a ellos, en base al

mero interés en la afirmación del placer y la negación del displacer en general. En el ejemplo que traemos, estos impulsos “consideran” la cantidad de placer y displacer que pueden producir la calefacción corporal y el frío respectivamente, y actúan según ello. Pero sólo están operando en base a las vías de entrada al placer y displacer de otro impulso, lo que no implica que en ese interés esté presente dicho impulso.

Lo mismo con respecto al interés del aparato del bienestar personal por las “facilidades de alimentación”, o por la “seguridad sexual”. Si un sujeto se preocupa por esos valores virtuales luego de haber ingerido alimentos en abundancia, o cuando el imp. sexual se halla satisfecho, los impulsos alimenticio o sexual no estarán presentes en aquellos intereses virtuales. Se tratará de los impulsos de gozo y de conservación, que al manejar siempre la realidad para asegurar el máximo placer y el mínimo displacer futuros, “consideran” nuevamente las vías al placer y displacer de aquellos impulsos, de modo de asegurar que sean fuentes de placer y no de displacer (insatisfacción) futuros.

En los únicos casos en que los otros impulsos pueden estar ocasionalmente presentes en los intereses virtuales del aparato del bienestar personal, es cuando se encuentran eventualmente insatisfechos y movilizada su T.D. Así por ejemplo, el interés por las facilidades de alimentación, como condición virtual, puede estar reforzado por la propia tendencia dirigida del imp. alimenticio cuando éste se halla en estado de nec. Sin embargo es poco lo que puede influir al respecto. Cuando dicho impulso está movilizado, lo que le interesa básicamente es comer “ahora” y opíparamente; mientras que aquel interés virtual por las “facilidades de alimentación” corresponde fundamentalmente a los impulsos de gozo y de conservación, que “piensan” en el placer y displacer futuros, **deseando** el primero y **temiendo** el segundo respectivamente.

Los impulsos de gozo y de conservación son prácticamente la misma ley general en forma de impulsos. Al ser dicha ley la unidad de sus dos tendencias parciales: afirmadora del placer y negadora del displacer, y al ser esos impulsos las formas más representativas de ello, constituyen por tanto los dos brazos con que la intencionalidad maneja casi todos sus asuntos. Tales impulsos se superponen prácticamente a todos los intereses de la motivación.

Entonces, aunque el aparato del bienestar personal abarca todo lo que en el plano virtual se relaciona con las tendencias materiales, o no morales ni espirituales, sus componentes motivacionales directos son sólo los impulsos y bipulsiones mencionados más atrás, o sea, los que son comunes en todos los aparatos, más el imp. de variación; a lo que se agregaría la posible parti-

cipación ocasional y rotativa de algún impulso movilizado, que puede sumarse al interés por determinada condición virtual favorable para su satisfacción.

### **Aparato del bienestar grupal: malestar-bienestar grupales**

El único componente que se agrega a los compartidos por todos los aparatos, pero que aquí es el fundamental, es la **bip. espiritual**. Vimos ya que esta bipulsión divide su tarea entre el plano de lo concreto, donde trata de afirmar los hechos favorables y negar los desfavorables para el O.M.I.F., y el de las condiciones virtuales. Esta última parte de la bipulsión da lugar al aparato del bienestar grupal.

### **Aparato de la integración general: infelicidad-felicidad**

Los **aparatos de la moral personal, de la moral grupal, del bienestar personal y del bienestar grupal**, forman los cuatro grandes pilares que sostienen la estructura del aparato de la integración general. Este último no es más que la síntesis o el conjunto de los otros. Por tanto, lleva inmersos en su composición a todos los elementos que forman la estructura de cada uno de ellos.

La actividad de este aparato no es otra cosa que la integración, coordinación y organización del funcionamiento de los aparatos que lo componen. Todos los ideales que se fijan éstos van convergiendo hacia la felicidad. No hay ideales que escapen al orden mayor del aparato de la integración general. Cualquier ideal particular lleva siempre el auspicio del aparato supremo, que lo concibe como un paso para la felicidad integral del sujeto.

Dentro del mundo de elementos motivacionales que forman al aparato, se destacan con gran relevancia los **impulsos de gozo y de conservación**. El de gozo es el responsable del **deseo** de la felicidad y del logro de todos los ideales que llevan a ella, puesto que las condiciones de felicidad son las que aseguran la abundante presencia del placer material, moral y espiritual. El imp. de conservación, por su parte, es el que responde con **temor** hacia las condiciones de infelicidad. Por tanto, evita siempre los valores virtuales negativos, o “anti-ideales”, que son seguras fuentes de displacer material, moral o espiritual.

Como podremos notar, la altura donde se halla este aparato se ubica por encima de las nubes que en algún momento nos dificultaban la visión. Aquí, en la cumbre del espíritu, no hay ya obstáculo alguno que nos impida ver con toda claridad la esencia de la ley general. La felicidad-infelicidad, a

pesar de ser los valores que se encuentran en las máximas alturas del psiquismo, vuelven a mostrar con notable transparencia la presencia de la ley general en su lucha contra las fuerzas contrarias. Esos valores supremos expresan en forma directa la tendencia absoluta de la intencionalidad. Es por ello que las principales figuras del psiquismo: los impulsos de gozo y de conservación, se encuentran en la cabecera del aparato, mostrando en qué consiste la aspiración esencial de la materia subjetiva.

Aunque hayamos abandonado las nubes, a las que podemos ver flotando debajo nuestro, continúa aún el fuerte viento aquí en la cima de la mente. Es este el viento vivo del alma humana, que sopla con su eterna persistencia desde la infelicidad hacia la felicidad.

### 3. Componentes funcionales de los aparatos

Hasta aquí hemos tratado sobre los elementos que componen la estructura directa del interés absoluto por afirmar los valores virtuales positivos y negar los valores virtuales negativos. Ahora observaremos los componentes motivacionales que vuelcan su accionar hacia los hechos concretos, pero que subordinan naturalmente su actividad al movimiento integral de los aparatos, formando parte de ellos en lo funcional. De tales componentes veremos los fundamentales.

En principio, las **bipulsiones anticipatoria y estética** se hallan, también en el plano de lo concreto, apoyando la conducta orientada hacia los fines de todos los aparatos. Donde más se acentúa la participación de esas bipulsiones es en lo que hace a la persecución de los ideales. La primera es la encargada de todas las reacciones de placer o displacer anticipatorios, como respuestas al acercamiento o alejamiento del logro de los ideales. Entre esas reacciones, las principales son: el sentimiento de éxito por el logro de los ideales y la amargura del fracaso en ello. Luego, la bip. estética es la que experimenta constantemente fantasías consistentes en la representación mental de todo aquello que implicaría el logro del ideal, evitando a su vez las imágenes de lo que supondría el fracaso. Estas dos bipulsiones no serán nombradas en la composición funcional de los aparatos, considerando constante su presencia en ellos.

#### Aparato ético

Las **tres bipulsiones éticas y la bip. de la enseñanza** actúan en el plano de lo concreto aconsejando, corrigiendo, sugiriendo, alentando, amenazando, premiando o insultando, en vistas a que los demás desarrollen o mejoren



sus virtudes. Las respuestas de aprobación o desaprobación hacia los actos ajenos concretos, o el enseñar algo específico, con frecuencia llevan contenida la finalidad mediata de que el otro **sea** mejor. En otras palabras, lo que ocurre a nivel de los hechos concretos se realiza en función de lo virtual o trascendente de la finalidad perseguida por el aparato ético.

### **Aparato de la moral personal**

La **bip. moral global**, en su parte volcada a los actos concretos, así como las **bipulsiones derivadas de ella**, organizan su actividad bajo los fines globales del aparato; es decir, los actos concretos de esas bipulsiones responden a lo que hay que **hacer** para **poseer** virtudes, o bien para **ser** un individuo valorable por sus cualidades.

La **bip. de la lucha moral**, en su parte volcada a los hechos concretos (ganar-perder, o hacerlo mejor-peor), tiene un importante papel en el funcionamiento del aparato de la moral personal. Es la que constituye el campo de prueba para las virtudes y defectos. Los valores de la actividad tienen allí el más firme parámetro indicador, que permite saber en qué lugar de la realidad se está ubicado. Así, si un sujeto cree tener un grado excepcional de virtudes, o si cree que es el mejor en determinada cualidad o capacidad, sólo su triunfo o el “hacerlo mejor” en aquello de lo que tratan las supuestas virtudes es lo que demostrará la veracidad de esa suposición. Mientras que si es aventajado o derrotado, podrá saber, gracias a ello, que su nivel no era como creía, lo cual lo motivará a desarrollar más sus virtudes. En otros términos, la parte concreta de la bip. de la lucha moral es un “centro calificador” de virtudes. El ganar muchas veces en un juego, por ejemplo, convierte automáticamente en hábil a un sujeto; mientras que el ser perdedor es, según el caso, un título de torpeza. Por ello, el aparato de la moral personal tiene en el ganar-perder una constante fuente actualizadora de la “tabla” de valores virtuales.

Las **bipulsiones ética-seriedad y gravedad** se “turnan” para responder agresivamente hacia quien atenta contra los propios valores virtuales positivos o contribuye a generar los negativos; gratificando a quien contribuye a reafirmar los positivos o a poner fin a las propias condiciones virtuales negativas. En el aparato de la moral personal, el ataque a los valores consiste en la ofensa, humillación, degradación. Esto provoca un intenso displacer, que ingresa por la vía de la desaprobación. O sea, el insulto es en esencia una forma de desaprobación o rechazo, pero tan intensa y frontal que pro-

duce un profundo disgusto, a lo que sigue la respuesta agresiva de la bip. ética-seriedad o gravedad. Por el contrario, cuando se reciben honores o elogios, que son lo opuesto a la ofensa, significan una contribución o reafirmación de los propios valores positivos o virtudes. Por ello, según el caso, se responderá retribuyendo los honores.

### **Aparato de la moral grupal**

La parte de la **bip. moral grupal** que vuelca su actividad hacia los hechos concretos actúa constantemente orientada hacia la realización de actos grupales positivos o destacados. Tales actos concretos constituyen el camino por el que se llega a la posesión de virtudes grupales en el plano de la estabilidad de los valores. También, esos hechos positivos del grupo sirven como muestras de la posesión de virtudes, o como una consolidación de las mismas. De tal modo, los actos concretos de la conducta moral del grupo se subordinan a los fines virtuales del aparato.

La **bip. de la responsabilidad social**, y sus derivadas, tienen también una actividad subordinada a los intereses morales del grupo. Con frecuencia, el llamado del deber queda librado a lo que haya que hacer para favorecer los ideales de dignidad y honor tribales (o grupales). Así, la **bip. de la abnegación** empuja a realizar esfuerzos y actos de servicio que tiendan a favorecer el logro de dichos ideales. Luego, la **bip. de la lealtad** tiene un importante campo de su accionar en la subordinación a la causa común de los ideales de honor tribal. El deber de esta bipulsión consiste en la constante realización de actos consecuentes con la línea de conducta que exigen tales ideales. La **bip. de la devoción tribal** impulsa a la realización de actos individuales que impliquen ofrendas o tributos hacia el ente supremo. Tales actos, así como el honrar verbalmente al espíritu colectivo, contribuyen a reafirmar los valores de dignidad y honor tribales. La **bip. del heroísmo**, que reúne a su vez otras formas del deber, subordina naturalmente su actividad a todo lo relacionado con el honor de la tribu.

La **bip. del rendimiento personal** (junto con todas las bipulsiones que funcionan bajo su orden) subordina también su actividad a los intereses del aparato. El buen o mal rendimiento personal dependen, en muchos casos, de la medida en que la labor individual contribuye a las aspiraciones morales del grupo.

Las **bipulsiones ética-seriedad y gravedad** se encargan de resguardar los valores del aparato de la moral grupal. La ofensa o agravio hacia el honor de la tribu es un ataque a los más altos valores del sujeto. El fuerte displacer y la indignación que ello provoca, son seguidos por la respuesta agresiva de la bip. ética-seriedad o gravedad. Por el contrario, tales bipulsiones responden comúnmente retribuyendo los honores hacia quien contribuye a reafirmar los valores de dignidad tribal.

La **bip. de la enseñanza** se ve también subordinada al funcionamiento del aparato. Los ideales morales de dignidad y honor tribales se valen de esta bipulsión para que la educación de los miembros de la tribu se oriente hacia los fines del aparato.

La **bip. de la lucha moral**, en su parte concreta (ganar-perder, hacerlo mejor-peor, aventajar - ser aventajado), constituye el campo de prueba para las virtudes grupales. Por ejemplo, entre los clubes deportivos que se enfrentan en un campeonato, sólo el triunfo-derrota deciden sobre quién es mejor. Ser campeón es la condición virtual que significa un título de virtudes grupales; es el título de **mejor**. Pero el triunfo concreto a nivel de los hechos es por donde se debe pasar para alcanzar aquella honrosa condición virtual. Por ello, la bip. de la lucha moral, en su parte orientada al plano concreto, subordina su actividad a los fines virtuales del aparato de la moral grupal. Se procura ganar o hacerlo mejor en el plano de los hechos concretos, pero en vistas a lograr una mejor ubicación en lo virtual a través del título de ganador; o bien, se trata de ganar para demostrar que se es mejor o que se poseen determinadas virtudes.

En la vida primitiva, el aventajar - ser aventajado, o el hacerlo peor o mejor, en cuanto a logros concretos de una tribu, debían constituir los indicadores, a nivel de hechos concretos, para saber qué tribu es mejor o peor en determinadas cualidades grupales. Es probable, también, que en las buenas épocas, donde las facilidades de alimentación, etc., hacían innecesaria una gran dedicación en el trabajo, se plantearan algunos desafíos o juegos entre tribus vecinas, con un auténtico carácter deportivo. Es decir, no sólo en el interior de cada una se desarrollarían diversos juegos de ganar-perder, sino que se producirían entre aquéllas esporádicos desafíos morales, para entusiasmo de protagonistas y espectadores de las distintas tribus.

La suposición de que habrían tenido lugar esporádicamente esas competencias o desafíos de carácter deportivo entre las tribus vecinas se fundamenta, en principio, en el entusiasmo que despiertan, por ejemplo, los campeonatos entre clubes deportivos, los torneos intercolegiales o universitarios, las competencias deportivas entre poblaciones o localidades, etc. La **capaci-**

**dad natural de entusiasmo** que existe universalmente en relación a ese tipo de competencias no sería algo casual, sino que tendría la premisa de una cierta herencia primitiva sobre el particular. Por otro lado, y esto sería lo más importante, aquellos encuentros constituirían un elemento de gran utilidad para las tribus que los practicaran eventualmente. Como los mismos tendrían lugar especialmente en las épocas favorables, cuando es menos necesaria la actividad laboral, dichos encuentros servirían como un elemento más para el mantenimiento de las capacidades. Al mismo tiempo, servirían también para incentivar el interés por mejorar continuamente las habilidades. La derrota de los miembros de un tribu, por ejemplo, “informa” a éstos que no son tan buenos como podían creer, lo que los motivará a tratar de mejorar sus habilidades. En cambio, sin ese **parámetro objetivo** seguirían conformes con la suposición de que son los mejores, por lo que no habría mayores motivos para procurar un mejoramiento de sus capacidades.

Dado que en las condiciones de vida de los primitivos se hallaban presentes todas las premisas objetivas para que aquello pudiera tener lugar (desarrollo moral-espiritual, relaciones de cordialidad y respeto entre las tribus, espíritu deportivo, deseo de ser los mejores, e infinitas **posibilidades materiales** para una gran variedad de juegos o desafíos morales con carácter deportivo), las tribus que aprovecharan tales posibilidades, y en las que a la vez existiera la capacidad de sentir entusiasmo por ello, lograrían una considerable ventaja común para la sobrevivencia, en relación a otras tribus incapaces de aprovechar ese importante estímulo para el mantenimiento y mejoramiento de las capacidades globales de rendimiento.

Si bien estamos hablando de lo que sólo puede ser una suposición, lo que sí es más seguro es que hay en nosotros una cierta propensión, en muchos casos injustificada, a subestimar a los primitivos, negando en ellos lo que vemos funcionar generalizadamente en la actualidad, o que sabemos que funcionaba en la historia conocida, olvidándonos de que nuestros antecesores de la época del organismo social primario, o sea los ya humanos seres racionales, eran iguales a nosotros en la totalidad de aspectos esenciales, no habiendo motivos para creer que no sabían aprovechar las oportunidades materiales a su alcance, máxime cuando las mismas, además de posibilitar el entusiasmo, eran de utilidad para la sobrevivencia. Así como no nos resulta difícil suponer la posibilidad de que los primitivos se enfrentaran en la guerra, tampoco debiera resultarnos inconcebible otro tipo de relaciones más amistosas entre las tribus.

### **Aparato del bienestar personal**

Además de la bip. anticipatoria (éxito-fracaso, acierto-error, o toda reacción de placer o displacer anticipatorios) y la bip. estética (fantasías, realistas o no, del ideal a lograr), que son apoyos funcionales para los fines de todos los aparatos, sólo se agregarían como componentes funcionales importantes las **bipulsiones ética-seriedad o gravedad** y el **aparato ético**.

Las bipulsiones ética-seriedad y gravedad responden agresivamente ante el ataque a los valores de bienestar personal, y retribuyen a quien ayuda a reafirmarlos.

El aparato ético contribuye a los fines del aparato del bienestar personal con el repudio y la disconformidad hacia otros sujetos o grupos, cuyas cualidades negativas (maldad, egoísmo, injusticia) son concebidas como causales del propio malestar, o como obstáculos para las condiciones de bienestar personal. También se encuentra el aparato ético en el agradecimiento y las muestras de estimación y gratitud hacia quien favorece el propio estado de bienestar.

### **Aparato del bienestar grupal**

La **bip. espiritual**, en su parte referida a los hechos concretos, responde con placer o displacer espirituales ante los sucesos que signifiquen una ayuda u obstáculo, respectivamente, para el bienestar del grupo. En este nivel de hechos concretos, el placer o displacer espirituales, por lo común, tienen lugar simultáneamente con las reacciones de la bip. anticipatoria; o sea, si un hecho anuncia, por ejemplo, algo malo para el O.M.I.F., no sólo provoca un disgusto anticipatorio de lo que vendrá, sino que ese anuncio es en sí mismo algo malo para el O.M.I.F. Por eso, en tales casos el displacer espiritual surge junto a la reacción “habitual” de la bip. anticipatoria.

Las **bipulsiones de la bondad y de la generosidad** se orientan también hacia la realización de actos concretos que contribuyan al bienestar de los compañeros y del grupo en su conjunto.

La **bip. de la responsabilidad social**, así como las bipulsiones derivadas de ella, que contienen en su esencia el cumplimiento e incumplimiento del deber, subordinan regularmente su actividad, volcada a los actos concretos, a los fines virtuales del aparato. Entre dichas bipulsiones, se pueden mencionar como fundamentales a las **de la abnegación, de la justicia, de la lealtad, y del heroísmo**. Los actos de servicio, de justicia, leal, y heroico, se ven habitualmente subordinados a los fines absolutos del aparato (afirmación del bienestar y negación del malestar sociales).

La **bip. del rendimiento personal** se ajusta con gran regularidad a los fines del aparato. El buen o mal rendimiento dependen naturalmente del grado en que el trabajo personal contribuye al bienestar del grupo.

La **bip. de la enseñanza** orienta su actividad educadora e instructora, de acuerdo a lo que sea mejor para el bienestar del conjunto.

La **bip. racional** también participa aquí, por cuanto lo sensato o racional de las ideas, propuestas, proyectos o acciones de los sujetos dependen también de su adecuación a lo que sea favorable para el bienestar común.

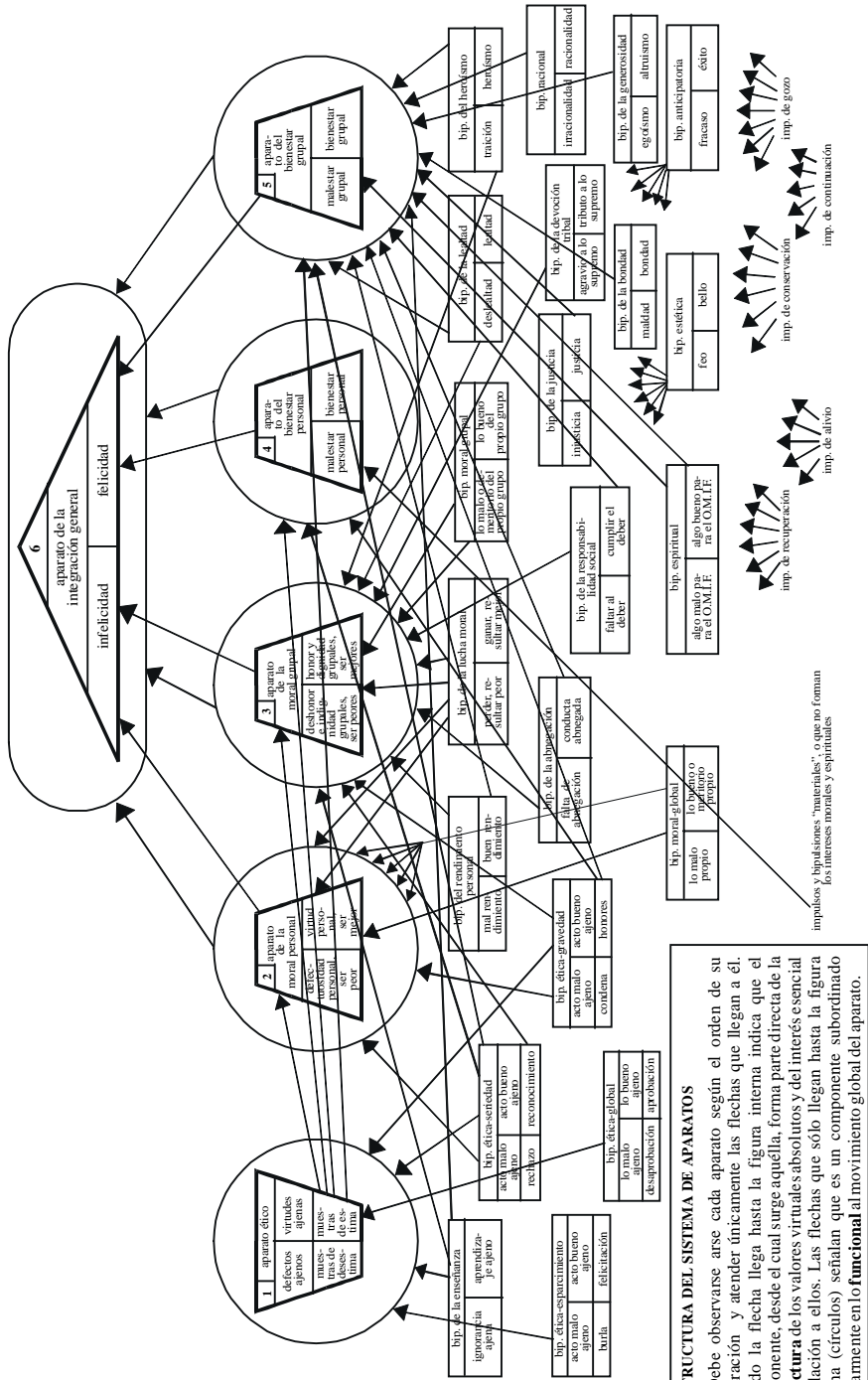
El **aparato ético** está presente cuando se considera que el bienestar grupal o social depende de las cualidades morales de otros sujetos o grupos que lo favorecen u obstaculizan.

Las **bipulsiones ética-seriedad y gravedad** responden agresivamente ante lo que atenta contra el bienestar del grupo, o retribuyendo a quien contribuye a reafirmarlo.

### **Aparato de la integración general**

Así como la estructura directa de sus valores absolutos consiste en el conjunto de los valores virtuales absolutos de los otros aparatos, del mismo modo, los componentes funcionales que subordinan sus actos concretos a los fines de aquéllos son también abarcados en el funcionamiento de este aparato de aparatos. La afirmación de la felicidad y la negación de la infelicidad son los fines absolutos que organizan y dirigen los lineamientos generales del funcionamiento psíquico y la conducta humanos.

En la página siguiente se puede observar el esquema de la estructura de los aparatos.



• ESTRUCTURA DEL SISTEMA DE APARATOS

Debe observarse arse cada aparato según el orden de su numeración y atender únicamente las flechas que llegan a él. Cuando la flecha llega hasta la figura interna indica que el componente, desde el cual surge aquélla, forma parte directa de la estructura de los valores virtuales absolutos y del interés esencial en relación a ellos. Las flechas que sólo llegan hasta la figura externa (círculos) señalan que es un componente subordinado regularmente en lo funcional al movimiento global del aparato.





## FUNCIONAMIENTO DE LOS APARATOS

### 1. Los ideales

El concepto: ideal, puede entenderse en dos sentidos fundamentales. Uno es el que se refiere a hechos concretos, como metas u objetivos específicos que se procura lograr. Tales metas son concebidas como hechos únicos que sólo admiten el éxito o fracaso concretos en su consecución. El otro sentido se refiere a las condiciones virtuales “ideales” en las que se desea vivir, sean éstas materiales, morales, individuales o sociales. El primer sentido se refiere al plano de los hechos concretos. El segundo habla de condiciones virtuales estables o trascendentes en relación a los hechos. Al ser clara la diferencia entre ambos sentidos del concepto: ideal, será necesario establecer términos adecuados a cada uno de ellos:

1- **Ideales-metas.** Este concepto hará referencia al plano de los hechos concretos; a las grandes metas u objetivos claros y específicos que se desea lograr.

2- **Condiciones ideales.** Con ello nos referiremos a los valores virtuales o condiciones estables, trascendentes a los hechos.

Los dos elementos forman parte del funcionamiento de los aparatos. Las condiciones ideales no son más que los valores virtuales positivos de los aparatos. Estos últimos trabajan constantemente para mejorar las condiciones de vida individuales, sociales, morales y materiales. Las condiciones ideales consisten en el “excelente” de aquellos valores, o en lo más cercano a ello. Pero como esas condiciones virtuales no se consiguen sino a través de hechos concretos, los aparatos se van fijando continuamente metas concretas que sirvan al logro o al mejoramiento de las condiciones ideales o valores virtuales positivos. Entre esas metas, la mayoría son pequeñas y cotidianas, y su logro significa sumar aportes al mejoramiento de los valores virtuales. Pero hay algunas que son más mediatas e importantes en su incidencia para el mejoramiento de las condiciones ideales, y a éstas llamamos **ideales-metas**. Los aparatos funcionan generando y renovando ideales-metas, per-

filados siempre hacia el mejoramiento de los valores virtuales absolutos, o bien hacia el logro de las **condiciones ideales**. Por eso, los ideales-metas son los grandes objetivos que se fijan los aparatos, como medios o caminos que llevan a lograr o a mejorar los valores virtuales positivos y/o a salir de los negativos.

Los ideales-metas, al ser esencialmente los **medios** que llevan al logro de las condiciones ideales, son siempre adquiridos o relativos, y dependen de las diversas circunstancias de vida; o sea, no hay ideales-metas concretos y específicos que sean universales o compartidos por todos los miembros de la especie. Lo único que es común a todos, en tal sentido, es el **mecanismo** de fijarse ideales-metas. En cambio las condiciones ideales, además de tener formas relativas y variables de manifestarse (cualidades o condiciones estables específicas y culturalmente determinadas que se busca ser, poseer o que “haya”), tienen las formas necesarias y constantes, que consisten en los valores virtuales absolutos de los aparatos.

Para ordenar los conceptos, diremos que los objetivos o metas que no tiendan a mejorar las condiciones de los valores virtuales no serán ideales-metas. Cuando el objetivo o meta, por más importante que sea, es un hecho en sí mismo, buscado para ser disfrutado sin más implicancias, será un mero anhelo, aspiración o deseo (por lo general correspondiente al marco funcional de la macropulsión: hecho global placentero). Solamente consideraremos ideales a las metas de los aparatos. Así por ejemplo, un ideal-meta puede ser, para un estudiante, el logro del correspondiente título profesional. Aquí se trata de un objetivo claro y concreto. Lo que se persigue es el acto de obtener el título. En el momento de lograrlo se produce la alegría del éxito por haberse conquistado el ideal-meta. Sin embargo, nadie se esfuerza años enteros por la alegría única que se produce en el acto de recibir un diploma. Lo que sucede es que se busca el título en su calidad de **puerta** que lleva a la nueva condición virtual o ideal.

Supongamos que los aparatos de la moral personal y del bienestar personal se fijaron el logro del título como ideal-meta, porque significa pasar a **ser profesional** en el plano virtual. Ello supone, por un lado, la posesión estable de un grado mayor de virtuosidad personal en relación al estado de no poseer el título. La condición de profesional encierra, según la valoración social, la posesión de virtudes tales como capacidad, conocimientos, habilidad, abnegación, inteligencia. Por lo tanto, implica la mayor probabilidad de ser socialmente estimado o valorado, y de vivenciar sentimientos de autoestima en el futuro, así como un menor riesgo de desestima y autodesestima futuras. Por otro lado, dada la realidad social, significa una condición favorable para el bienestar material futuro.

Tenemos, entonces, que los ideales-metas se persiguen como pasos para el logro o mejoramiento de los valores virtuales o condiciones ideales. Pero a su vez, las condiciones estables se buscan en función de los hechos concretos favorables que garantizan para el futuro. En otras palabras, los aparatos van de lo concreto a lo abstracto (ideales-metas→condiciones virtuales) y de lo abstracto a lo concreto (condiciones virtuales→hechos futuros favorables). En ese movimiento, los valores virtuales marcan la etapa intermedia o abstracta. Se buscan hechos concretos como medios para el logro de condiciones virtuales o abstraídas de los hechos, pero tales condiciones virtuales son a la vez buscadas como condiciones favorables para la indefinida serie de hechos concretos futuros; es decir, son buscadas, en definitiva, como garantía de ocurrir con más probabilidad en el futuro el placer y la negación del displacer.

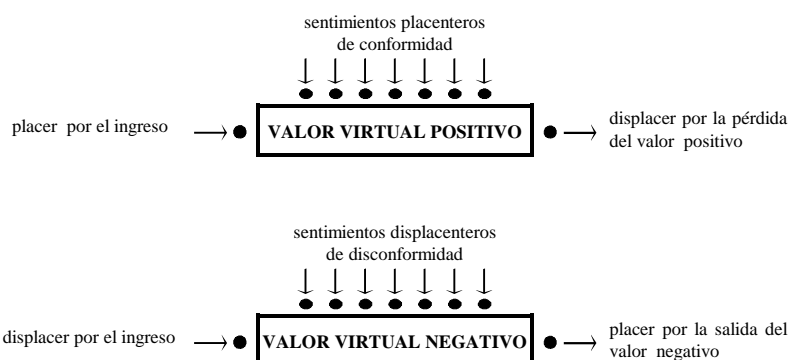
Todos los valores virtuales positivos de los aparatos, incluyendo su síntesis máxima: la felicidad, en esencia, no significan más que la garantía de placer y la negación de displacer futuros. Cuando se procura la virtud personal y la negación de los defectos, por ejemplo, se busca a través de ello las miles de reacciones concretas de placer moral por cada una de las miles de futuras muestras de estima y de reacciones de autoestima, garantizadas por la posesión de la virtud. También, se está tratando de evitar los miles de displaceres morales que implicarían las muestras o respuestas concretas de desestima y autodesestima hacia los propios defectos. Lo mismo sucede con todos los valores virtuales, los cuales son buscados o evitados pero no en sí mismos, sino en su calidad de “estaciones abstractas” entre los hechos concretos que llevan a ellas y los hechos concretos que prometen para el futuro.

## **2. Substrato anímico del movimiento de los aparatos**

Si bien los valores virtuales o condiciones estables tienen existencia continua en la extensión del tiempo, las reacciones de placer o displacer nunca pueden tener esas características, sino que son siempre concretas y de limitada duración, o sea, “aparecen y desaparecen” aunque no varíe el estado de los valores virtuales. Por eso, el “manejo anímico” de los valores virtuales se divide en tres etapas. La primera es la reacción de placer causada por el ingreso al valor virtual positivo o de displacer por el ingreso al valor virtual negativo. La segunda es la periódica reacción de placer, en forma de conformidad, que se produce cada vez que se toma conciencia de la posesión del valor positivo, o el reiterado displacer de la disconformidad ante la toma de conciencia de la posesión del valor virtual negativo. Y la tercera etapa es

la reacción de displacer por la pérdida o anticipo del fin del valor virtual positivo, o de placer por el fin o anuncio del fin del valor virtual negativo. Por ejemplo, si el valor virtual positivo es “tener una casa”, producirá placer el momento en que el sujeto hace posesión de su vivienda. Luego, el segundo momento consiste en las periódicas reacciones de placer, en forma de conformidad, que experimentará aquel individuo cada vez que reflexione sobre lo bueno que posee como valor virtual. Por último, si le anuncian que derrumbarán su casa, y le muestran las “topadoras” como prueba de que no es en broma, se producirá seguramente un fuerte disgusto en el sujeto. Por otro lado, si el valor negativo es una enfermedad, veremos también los tres momentos o etapas anímicas, pero en una distribución inversa. El ingreso al estado de enfermedad es displacentero o disgustante. Luego, el segundo momento consiste en las reiteradas reacciones de displacer, en forma de disconformidad, que tienen lugar cada vez que se toma conciencia de la condición negativa. Por último, la salida de la enfermedad (o de cualquier otro valor virtual negativo) es acompañada por un sentimiento placentero.

Esquemáticamente:



Esa distribución de las reacciones anímicas es lo que asegura el normal movimiento de los aparatos hacia la afirmación y el mantenimiento de los valores virtuales positivos y la supresión de los negativos.

Las reacciones de placer-displacer que sostienen el movimiento de los valores virtuales corresponden, como norma general, a la bip. anticipatoria. Como sabemos, esta bipulsión tiene a cargo todas las reacciones anímicas placenteras o displacenteras que se anticipan a otros hechos concretos productores de placer o displacer. Por consiguiente, el placer de la alegría por el

ingreso a la condición virtual positiva, así como el placer de la conformidad reflexiva con el valor virtual positivo que se posee, o el placer del abandono del valor virtual negativo, consisten en reacciones que anticipan o anuncian otros hechos placenteros implicados y/o la ausencia futura de hechos displacenteros. A su vez, el disgusto, disconformidad o amargura, causados por el ingreso al valor negativo, su mantenimiento, o el fin del valor virtual positivo, son reacciones anímicas que se anticipan a la serie de hechos concretos displacenteros, así como a la negación o ausencia futura de los placenteros. Esto nos muestra que la presencia de la bip. anticipatoria es una constante en el nivel de los aparatos. Como aquí la abstracción reúne grandes cantidades de hechos, aparecen continuamente las reacciones de alegría o disgusto, como anticipos del promedio placentero o displacentero que ofrecen los conjuntos de hechos concretos abarcados por las condiciones virtuales.

Además de la bip. anticipatoria, hay también otros elementos anímicos en relación a los valores virtuales. Tales elementos se presentan principalmente en el momento intermedio, el que coincide con la existencia “actual” del valor virtual positivo o negativo, es decir, el correspondiente a los periódicos sentimientos de conformidad o disconformidad con los valores virtuales que ya se poseen. En el caso del aparato de la moral personal, los sentimientos de conformidad o disconformidad con las propias virtudes o defectos son fundamentalmente de naturaleza ética-moral; ocurren en forma de reacciones de autoestima o autodesestima. En el aparato de la moral grupal, los sentimientos de conformidad o disconformidad son básicamente de naturaleza ética-moral y espiritual: reacciones de “autoestima” y orgullo por las honrosas condiciones del propio grupo o “autodesestima” por la pobreza de sus valores; a lo que se agrega el placer o displacer espirituales por algo que es bueno o malo (favorable o desfavorable en general) para ese objeto de la identificación fraternal y moral. En el aparato del bienestar personal, los sentimientos de conformidad o disconformidad por las condiciones de bienestar o malestar no tienen prácticamente “agregados anímicos”. Aquí, los periódicos sentimientos de conformidad o disconformidad son casi totalmente reacciones anticipadas de alegría o disgusto por las condiciones virtuales favorables o desfavorables, de lo que interesa a los impulsos y bipulsiones “materiales” y a la macropulsión. En el aparato del bienestar grupal, los frecuentes sentimientos placenteros de conformidad o displacenteros de disconformidad son principalmente de naturaleza espiritual: placer espiritual por ver las condiciones de bienestar del O.M.I.F., o displacer espiritual por la situación negativa en que éste se encuentra.

Además de todos estos elementos anímicos que componen los intermitentes sentimientos de conformidad o disconformidad con los valores virtuales, se suma el placer o displacer estéticos por los valores que se poseen. Los valores positivos, por ejemplo, al estar siempre asociados al placer, adquieren una relativa autonomía en su capacidad de producir placer contemplativo o estético. Así, lo que en principio provocaba un placer anticipatorio de otros hechos placenteros se convierte en algo placentero en sí mismo. El placer que producen los valores virtuales positivos ya no es sólo el anticipo de otros hechos implicados, sino que además pasa a ser de interés en sí mismo para la bip. estética.

La diferencia entre el placer estético y el placer como reacción anímica anticipada está dada principalmente en que el estético, además de ser producto de una contemplación pasiva, es tomado como fin en sí mismo. En cambio el placer o displacer anticipatorios son interpretados o sentidos como medios o anuncios de otros hechos. Pero es frecuente que las reacciones de placer o displacer ante determinados estímulos, que nacen como anticipos de otros sucesos, se vuelvan autónomos en su capacidad de producir agrado o desagrado. En tal caso, esos estímulos pasan a ser buscados o evitados en sí mismos por parte de la bip. estética, que los concibe ahora simplemente como bello o feo. Así, la asociación al placer, de los valores positivos, y al displacer, de los negativos, hace que los primeros adquieran cierta belleza contemplativa o estética y los negativos sean causales de un desagrado estético.

Más allá de la minuciosa composición anímica de los sentimientos de conformidad o disconformidad por los valores virtuales con que se cuenta, esas reacciones, surgidas de la evaluación de los valores, pueden ser de diversos grados de parcialidad, o bien totalizadoras. Cuando la atención se centra en un valor parcial y aislado, como por ejemplo: la valentía, surgirá un sentimiento de conformidad o disconformidad específicos para ese valor parcial. Lo mismo si el valor parcial es la salud, etc. Luego, cuando es mayor el sector de valores abarcado por la atención, o por el cuestionamiento reflexivo, alcanzará, por ejemplo, la situación global en que se encuentra un aparato. Si el aparato es el de la moral personal, las reacciones de conformidad o disconformidad responderán a la síntesis del grado total de virtuosidad o defectuosidad generales del sujeto. En otros términos, los sentimientos de conformidad o disconformidad quedan librados al grado analítico-parcializador o sintético-totalizador de la evaluación reflexiva sobre los valores. De ese modo, se tratará de algo parcializado y específico en extremo, o llegará a la síntesis máxima que abarca el total de aspectos de la vida, es decir, entrará en acción el gran aparato de la integración general,

resultando la conformidad general como sentimiento de felicidad, o “mal”, surgirán reiterados sentimientos de infelicidad, como reacciones de disconformidad global.

El sentimiento de felicidad, como periódica reacción concreta de placer, es la combinación del conjunto de reacciones de placer estético, moral, espiritual, etc., como vivencia única de conformidad general por la situación presente, más la profunda alegría anticipatoria por el maravilloso colorido que muestra el futuro. Por el contrario, el sentimiento periódico de infelicidad es la mezcla de los diversos tipos de displacer que forman la amargura de la disconformidad con el presente, más la dolorosa angustia anticipatoria al mirar la oscuridad que presenta la ventana del futuro.

Con respecto al aparato ético, la conformidad o disconformidad con las virtudes o defectos en las personas, grupos, animales u objetos, que consisten en reacciones de agrado por las virtudes y desagrado ante los defectos, pueden tener lugar, también, en relación a una cualidad aislada o como respuesta al conjunto sintético de virtudes y defectos. La naturaleza del placer o agrado por las virtudes ajenas es una mezcla de placer estético en sí mismo, más el placer anticipatorio de los hechos favorables que esa virtud está garantizando; mientras que el displacer ante los defectos ajenos es también la mezcla del desagrado estético en sí, más el disgusto anticipatorio del conjunto de hechos desagradables que tales condiciones virtuales negativas anuncian.

Hemos visto hasta ahora las reacciones anímicas ocurridas **alrededor** de los valores virtuales, es decir, las reacciones placenteras o displacenteras que acompañan el **ingreso** al valor o condición virtual; la conformidad-disconformidad como respuestas a la **presencia “actual”** de los valores virtuales; y las correspondientes reacciones ante el **abandono o salida** de éstos. Faltaría ver las principales reacciones anímicas que se presentan durante **el trabajo orientado hacia el logro de ideales** que se hallan alejados en algún punto del futuro.

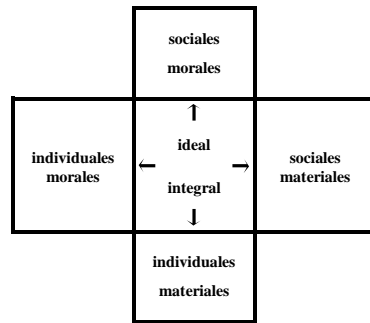
Las bipulsiones anticipatoria y estética constituyen el principal sostén de las reacciones anímicas que acompañan el trabajo orientado al logro del ideal. La bip. anticipatoria tiene a cargo las frecuentes alegrías por los logros parciales que van anunciando la cercanía del éxito final, y es la que responde con el disgusto por el fracaso parcial, que aleja la posibilidad del éxito final, o bien que acerca al fracaso definitivo. La bip. estética, por su parte, es la responsable de las intermitentes fantasías, que consisten precisamente en la representación mental de todos los hechos placenteros implicados en el ideal. Tales imágenes son buscadas como fin en sí mismo por la

bip. estética, la que a la vez tiende a evitar la representación mental de aquello que significaría el fracaso.

Durante el trabajo orientado hacia el logro de los ideales se da una continua sucesión de reacciones placenteras, que son mezclas de alegría anticipada más el placer estético por las agradables imágenes, tanto fugaces como elaboradas, de lo que implicaría el logro del ideal. Esas reacciones rellenan la mente de un continuo entusiasmo, haciendo revivir y sosteniendo el deseo del ideal. Esta sería la principal función de los “sueños” y fantasías: sostener el trabajo intenso hacia el logro del ideal. Es la función incentivadora, que hace agradable el largo trabajo orientado hacia su logro.

### 3. Clasificación de los ideales y distribución de sus elementos anímicos básicos

Vimos que hay dos tipos de ideales individuales y dos de ideales sociales: 1- materiales. 2- morales. Pero la misma clasificación admite invertir los términos y decir que hay dos tipos de ideales materiales y dos de ideales morales: 1- individuales. 2- sociales. Así, resulta la siguiente clasificación en cruz de los ideales:



Los valores virtuales absolutos de esos cuatro campos de la vida tienen, en estado natural, una similar importancia anímica en relación a los sentimientos de felicidad o infelicidad. Por ello, aunque tales sentimientos ocurran en un psiquismo particular, no podemos hablar, por ejemplo, de felicidad “individual”, sino sólo de felicidad, como vivencia globalizadora



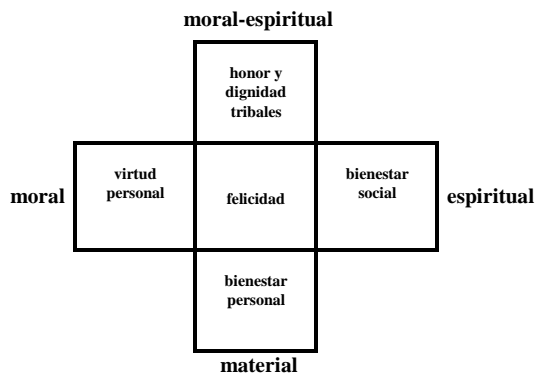
que incluye elementos morales y espirituales en relación al grupo. Dicho grupo, como objeto de la identificación, es parte estructural de la vida anímica del sujeto.

Repasemos brevemente las formas básicas del placer-displacer en relación a esos cuatro tipos de valores:

- Bienestar-malestar personales: placer-displacer anticipatorios de lo que se relaciona con los intereses de las tendencias sin motivaciones morales y/o espirituales.
- Bienestar-malestar del grupo: placer-displacer espirituales.
- Virtuosidad-defectuosidad personales: placer-displacer morales.
- Honor y dignidad - deshonor e indignidad grupales: placer-displacer morales y espirituales.

Como las condiciones de honor grupal, o la grandeza de los valores tribales, es un ideal que importaría menos a un mono que el bienestar material individual, la naturaleza debió “reforzar” el interés por aquel ideal, que en la tribu humana tenía una importancia similar a los otros para la sobrevivencia. Por ello, fomentó la capacidad de placer y displacer morales-espirituales en relación al honor tribal, para movilizar el interés por ese ideal tan alejado de las premisas motivacionales de cualquier animal. Luego, la virtud personal y el bienestar social o grupal también necesitaron ser reforzados. Por último, el interés por el bienestar material personal no necesitó refuerzos anímicos. La naturaleza dio por “sobrentendido” el interés por condiciones favorables para el conjunto de tendencias con destinos materiales individuales.

De tal modo, se da la siguiente composición anímica básica para los ideales absolutos de cada aparato:



#### 4. La contradicción fundamental del psiquismo y los aparatos

Al igual que en los otros niveles, el movimiento y funcionamiento de los aparatos depende de la sostenida contradicción o lucha entre la ley general y las fuerzas contrarias. A pesar de los esfuerzos de cada aparato por obtener los valores virtuales positivos y evitar los negativos, ambos tipos de valores contrarios se presentan en forma aproximadamente equilibrada. En el caso de los aparatos morales, ello responde, al igual que sucedía con las bipulsiones, a la propia naturaleza del mecanismo fundamental que determina los valores: el promedio social. Aunque todos sean, según nosotros, faltos de virtudes o todos muy virtuosos, igual habrá un grupo de los **mejores** que serán estimados, y otro de los **peores** que tendrán una inevitable desestima relativa (pero vivenciada o sentida como absoluta, o anímicamente concreta).

Aquel mecanismo, que corta por la mitad el promedio social sin otro parámetro, significa que todos los que queden por debajo de la línea media tratarán de estar en el lado de los mejores para lograr la estima y evitar la desestima. Pero si todos los que están en el grupo de los peores logran mejorar y pasan la línea media, colocándose entre los mejores, no quedaría “nadie” en la mitad de abajo. Esto hace que se forme automáticamente el nuevo promedio social de virtudes, es decir, la mitad caerá necesariamente en los peores. Ese grupo, nuevamente, hará todo lo posible por ubicarse encima de la línea media.

En el estado natural de la tribu, todo esto tiende a ser rotativo para los sujetos. Al haber igualdad de condiciones, de práctica, motivación, más la equilibrada influencia del azar, es continuo el pasaje de los sujetos de un lado a otro de la línea media; se da una constante fluctuación entre las condiciones contrarias. Más allá de que alguno logre perdurar más tiempo arriba de esa línea, la norma es que a todo el mundo le toque fluctuar de un lado a otro. Siempre se renuevan las figuras de la jornada. Hay constantemente un movimiento de estima-desestima relativas hacia cada uno. Inclusive cada sujeto experimenta alternadamente autoestima y autodesestima, según posea o deje de poseer determinadas virtudes, o de acuerdo a aciertos y errores de sus conductas. La misma situación se presenta en relación a los grupos, y es lo que permite el continuo pasaje de los valores de un contrario a otro, asegurando el movimiento de los aparatos morales.

El promedio social, como determinante de la calidad de los valores, y de la respuesta social correspondiente, no funciona indiscriminadamente para

todos los individuos, sino que tiene lugar, especialmente en los valores de la actividad, una adecuación de la valoración según las condiciones de cada caso. Así, si un individuo es torpe para algo en lo que no tiene la menor práctica, tendrá una respuesta social diferente que en caso de contar con la práctica suficiente. Luego, el nivel de rendimiento de un niño, por ejemplo, no será comparado con el rendimiento promedio de los adultos, sino con el de quienes comparten una edad similar. Con respecto a los valores de la relación, son más generales los criterios. Ejemplo: la evaluación de la bondad-maldad surgen del promedio global de la realidad social, sin mayores distinciones de categorías.

Aquel proceso de lucha y pasaje de un contrario a otro significa el desarrollo de una contradicción objetiva en el interior del grupo (reforzada y revitalizada por la bip. de la lucha moral, o emulación, espíritu deportivo), que favorece el **progreso** o mejoramiento en la calidad de las conductas. Para observar los mecanismos de ese progreso de la calidad de los valores, tomemos como ejemplo los valores: eficiencia-ineficiencia productiva, como cualidades de los sujetos de una tribu. El parámetro indicador que determina quién es eficiente o ineficiente consiste en el promedio social. Supongamos que se reconoce a un sujeto, que usa una determinada técnica o método, por poseer eficiencia laboral como virtud. Luego, cuando todos copian esa técnica o modo eficaz de trabajar se formará un nuevo promedio del nivel de productividad. A causa de ello, ese individuo ya no será eficiente, sino “neutro”. Sólo se considerará eficiente a quien supere el nuevo promedio de productividad. Si luego aparece una nueva técnica que supera a aquella en productividad, el sujeto que la aplique será eficiente y merecerá el reconocimiento. Pero una vez que todos adoptan ese método de trabajo, se formará el nuevo promedio de productividad. Mientras tanto, aquella técnica que dejamos atrás ya se ha transformado en ineficaz por ser menos productiva que las ahora vigentes. Por consiguiente, si aquel individuo continúa con esa técnica que hoy es ineficaz, pasará a ser improductivo, ineficiente, o inútil, lo cual lo obligará a abandonarla y aplicar las nuevas y mejores. Como se podrá apreciar, tales mecanismos favorecen el progreso productivo del conjunto en términos absolutos, lo que significa una condición sumamente ventajosa para una tribu.

Lo mismo sucede con el resto de valores, en especial los de la actividad. Lo nuevo que aparece, si es mejor que lo vigente, pasa a llamarse **bueno** (hábil, racional, etc.), convirtiéndose en **malo** (torpe, irracional) lo que ahora es simplemente peor. Se trata de un continuo progreso, que va transformando valores positivos en negativos. Es un proceso de negación de la negación, por el cual lo nuevo y mejor niega el carácter positivo de lo

anterior, y así sucesivamente. Los valores que entran y salen de esa “onda” en vigencia son los relativos. Pero los absolutos son los constantes y estructurales de la onda. Constituyen el mecanismo básico del zig-zag invariable y esencial que va haciendo pasar la serie de valores relativos.

El mecanismo del promedio también funciona con los valores no morales. En todos los casos, aquello nuevo que aparece, si es mejor, transforma en malo lo que solamente es peor. En otras palabras, el proceso descrito no sólo ocurre con las virtudes y defectos en las personas o grupos, sino que sucede lo mismo con respecto al movimiento de conformidad-disconformidad en relación al resto de valores. Si se posee un valor positivo con el que existe conformidad, basta que aparezca la posibilidad de algo mejor, para que surja la disconformidad con lo que se tiene. Como lo que se posee es peor en relación a aquello nuevo que aparece, se convierte en negativo, generando una disconformidad vivenciada como absoluta.

Este proceso contribuye a asegurar el equilibrio de la lucha entre los aparatos y las fuerzas contrarias. Gracias a ello se mantiene el movimiento de los primeros, renovando ideales. De lo contrario, si no existieran esos mecanismos, se produciría, luego de lograr el ideal, una conformidad indefinida, frenando el movimiento de los aparatos y de la conducta en general. Tales mecanismos son los que promueven el continuo progreso de los valores relativos, empujando constantemente a mejorar las condiciones de los valores virtuales que interesan al sujeto o grupo. La aparición de una posibilidad mejor, pone fin al sentimiento de conformidad con lo vigente, fijándose la nueva meta. Como se podrá deducir, se trata de algo útil para la sobrevivencia de la tribu. Significa el constante movimiento de la conducta orientado hacia el mejoramiento ininterrumpido de las condiciones de vida.

Estos procesos son auténticas leyes psicológicas. Por eso no corresponde culpar a los sujetos o acusarlos porque “nada los conforma”. Tales elementos existen porque sobrevivieron las tribus en cuyos sujetos aparecía un automático interés por mejorar las condiciones de los valores virtuales cada vez que fuera posible hacerlo; al tiempo que se fueron extinguiendo aquellas tribus donde los sujetos no contaban con la capacidad de experimentar una respuesta anímica de disconformidad con lo vigente, cuando ello era peor que la nueva posibilidad surgida.

Las leyes vistas, que aseguran el movimiento de los aparatos, y la fijación de nuevas y mejores metas, son las responsables de que un capitalista, por ejemplo, sienta una disconformidad con su situación de obtener una ganancia de 100, cuando tiene la posibilidad de ganar 300. También, ese mismo

sujeto experimentará una disconformidad por ganar 1.000 si percibe una real posibilidad de obtener 10.000, y así sucesivamente.\*

Esos mismos procesos son los que a su vez dan legitimidad a los reclamos y las luchas obreras en todo el mundo, sin importar el nivel de vida de ciertos trabajadores con respecto a otros. Si en un determinado país, los trabajadores se hallan en una situación menos apremiante que los proletarios de otros pueblos, o que ellos mismos en relación al pasado, eso no implicará que no tengan “derecho” a sentirse disconformes, cada vez que perciban la posibilidad de mejorar sus condiciones de vida y de trabajo.

Tanto en el caso del capitalista como en el de los trabajadores, no se trata aquí de evaluar si está bien o mal sentir disconformidad. La cuestión es que aquellas leyes psicológicas hacen que sea automática la disconformidad cuando se presenta una nueva posibilidad concebida como mejor o más ventajosa y a la vez realista. Estas dos condiciones: 1- certeza sobre las **ventajas** de la nueva posibilidad, 2- convencimiento en cuanto al **realismo** de la misma, hacen funcionar automáticamente el mecanismo por el que surge el deseo de su logro, que se fija como la nueva meta o ideal, junto a la aparición de la disconformidad con la situación presente. Ninguna de esas dos condiciones puede faltar para que funcione el proceso. Si una posibilidad es muy realista pero desventajosa, obviamente no despertará interés alguno. Y si algo es imposible de lograrse, tampoco se fijará como un objetivo aunque se lo vea como ventajoso. Sólo cuando lo nuevo que aparece en el horizonte es concebido como **ventajoso** y **realista**, allí se fija el deseo de su logro, apareciendo simultáneamente la disconformidad con la situación vigente, la que se transforma en mala por el hecho de ser peor en relación a aquello.

El natural pasaje de conformidad a disconformidad se da, como hemos observado, aunque no ocurra nada negativo. La sola aparición en la mente, de una posibilidad mejor, genera automáticamente la disconformidad con la situación en vigencia. Sin embargo, hay dos factores más que contribuyen a asegurar la desaparición del estado de conformidad, reemplazándolo por la disconformidad. Uno de éstos, y el más obvio, es la presencia de la adversidad. Cuando surgen nuevas dificultades concretas en algún sector importante, que empeoran la situación presente, se interrumpe el estado de conformidad, lo que moviliza la fijación de nuevas metas al respecto, poniendo en movimiento la conducta.

---

\* Esta sería la base psicológica del fenómeno que aparece como un hecho dado en el campo de la economía, por el cual todo capital muestra una tendencia indefinida a acrecentarse.

El último factor que aseguraría el movimiento y pasaje de los sentimientos de conformidad-disconformidad sería el propio **sistema de mantenimiento autónomo** (ver capítulo 5). Cuando alguien ha logrado reunir las más favorables condiciones de vida, significa que sólo posee motivos de placer y de conformidad, junto a la ausencia de todo motivo de disconformidad o displacer. Pero como las neuronas del displacer no tolerarán la situación de reposo absoluto, entrarán en actividad generando el displacer autónomo en la vivencia. Ese displacer, o angustia, ansiedad, depresión, amargura, se manifiesta en el dominio subjetivo, o consciente, reflexivo, fundamentalmente como disconformidad general. Es decir, a pesar de haberse logrado todo lo que se quería, y no tener razones para “quejarse”, surge no obstante un profundo y frecuente malestar y disconformidad global. Esta sería la última “carta” de las fuerzas contrarias, para evitar la paralización del movimiento de los aparatos. Por lo tanto, la utilidad de esa disconformidad paradójica no se limitaría al mantenimiento neuronal, etc., sino que sería algo aprovechado naturalmente para movilizar la búsqueda de nuevas metas, asegurando el movimiento de la conducta.

Entre los tres factores mencionados (1- aparición de nuevas metas mejores. 2- presencia de dificultades concretas. 3- disconformidad autónoma o paradójica), aseguran la presencia del sentimiento de disconformidad, evitando la paralización perjudicial de la conducta que tendría lugar en caso de haber una continua y pasiva conformidad.

A pesar de esta situación, el aparato de la integración general, como sintetizador de todos los ideales, apunta a algo imposible: la continua conformidad general. He aquí otra expresión de la contradicción dialéctica del psiquismo. El aparato de la integración general aspira unilateralmente al “paraíso”; mientras que las fuerzas contrarias deben hacer de barrera de contención, asegurando un cierto equilibrio de la lucha, y con ello el continuo funcionamiento de los aparatos, renovando metas e ideales.

## EL MOVIMIENTO GLOBAL DEL PSIQUISMO

### 1. Recuento de las tendencias necesarias

La ley general del psiquismo constituye la base de la intencionalidad. No puede haber ninguna tendencia particular que no contenga en su esencia el simple mecanismo que la define: afirmación del placer y negación del dis-placer. Dicha ley actúa simultáneamente en los distintos niveles en los que se encuentra organizada la estructura motivacional humana. El primero y más elemental es el nivel reflejo, donde se expresa como el conjunto de reflejos dirigidos. Luego, la organización de tales reflejos da como producto el funcionamiento de los impulsos. Estos organizan y combinan su actividad, haciendo surgir las bipulsiones. Por último, las bipulsiones y demás impulsos “libres” se organizan dando forma y movimiento a la macropulsión y a los aparatos. El número total de tendencias absolutas llegaría a 68: 23 impulsos, 38 bipulsiones, 1 macropulsión y 6 aparatos (llegarían a ser cerca de 80 si agregamos los microimpulsos y alguna “microbipulsión” dejada de lado). Esto puede parecer “mucho”. Pero esa cantidad de tendencias esenciales, junto a las leyes y mecanismos básicos que las rigen, resultan algo bastante sencillo si tenemos en cuenta lo que podría “esperarse” de este especial objeto de estudio que es el psiquismo humano.

Evidentemente, este sistema de tendencias esenciales no puede pretender ser el reflejo exacto de la realidad del psiquismo. Seguramente requerirá muchos ajustes y modificaciones. En relación a ello, lo que más puede quedar en dudas es el número de bipulsiones. Es probable que otros valores absolutos den forma a otras bipulsiones. No obstante, todo valor universal y estructural de la motivación humana que pudiera haber, sólo podría existir por haber cumplido alguna función para la sobrevivencia de la tribu. En esto la naturaleza sí es muy estricta y exacta.

Con respecto a la macropulsión, podríamos considerarla ubicada en una zona intermedia entre el tercer nivel de las bipulsiones y el cuarto de los aparatos. Sería como un puente que conecta ambos niveles. Tiene en común con los aparatos el reunir o sintetizar conjuntos de hechos simples bajo un par de contrarios organizadores (hechos globales), pero a diferencia de aquéllos, se mueve en el plano de los hechos concretos sin más implicancias que su mera presentación o evitación.

Por otra parte, en todos los niveles encontramos la unidad de la esencia y el fenómeno, lo común y lo diferente, lo constante y lo variable. El conjunto de tendencias necesarias, y sus objetos o valores absolutos, constituyen lo esencial y compartido por los hombres y mujeres de toda cultura. Pero la forma de funcionar esas tendencias, así como los tipos de metas, intereses, valores e ideales relativos, marcan el aspecto flexible de la motivación, pudiendo variar infinitamente. La colorida multiplicidad de motivos adquiridos se burla de cualquier intento de clasificación. Sin embargo, ninguno de ellos deja de llevar contenida la esencia de los objetos de satisfacción, valores o ideales absolutos. Menos aún dejan de llevar la esencia de la ley general y de la lucha que ésta libra contra las fuerzas contrarias.

En la siguiente página se muestra el esquema total de las tendencias absolutas.

## 2. Las tendencias necesarias y lo consciente e inconsciente

Debemos principalmente a Freud el concepto de inconsciente, como zona ajena a la conciencia en la que tienen lugar diversos fenómenos psíquicos.\* Pero dado que Freud no dio límites a lo que abarca ese inconsciente, ni estableció una diferencia entre lo subjetivo y lo que es puramente objetivo, dio lugar a que se interprete que todo elemento, proceso, mecanismo o función psíquicos que ocurran fuera del dominio consciente, corresponden a un ente subjetivo con vida propia y ajeno a la conciencia: el inconsciente.

Si todo aquello psíquico ajeno a la conciencia perteneciera al inconsciente, los impulsos, bipulsiones, la macropulsión y los aparatos, que en cuanto tales no son de dominio consciente, estarían obligados a ser propiedad de ese misterioso inconsciente.

Las tendencias necesarias, como frías leyes psicológicas, no son conscientes, pero tampoco son “del inconsciente”. Ni la ley general ni ninguna de las tendencias absolutas presentadas es inconsciente en el sentido de contenido subjetivo oculto. El hecho de que algo exista y funcione fuera del dominio consciente, no puede ser suficiente motivo para atribuirlo al inconsciente.

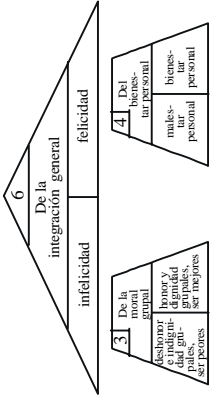
La intencionalidad, como fuerza o tendencia absoluta a afirmar el placer y negar el displacer, así como las tendencias particulares en las que se ramifica, no pueden estar basadas ni en la conciencia ni en el inconsciente. Sólo se basan en la anatomía y fisiología del sistema nervioso. Son el producto

---

\* Freud Sigmund. **Obras completas**. Amorrortu Editores. Buenos Aires. 1988



SISTEMA TOTAL DE TENDENCIAS ABSOLUTAS



APARATOS

1	Etico defectos ajenos	virtudes ajenas	1	Moral global lo bueno o demoníaco en general	6	De la estrema- ción sexual masculino femenino	11	Estética felicidad	16	Etica-gravedad acto malo ajeno	21	Antifética realizar algo bueno o bien hecho	26	De la justicia injusticia	31	De la sinceridad faltar a la verdad	36	De la honestidad conocimiento irracionalidad	
2	De la normalidad personal virtud personal ser peor	2	De la normalidad personal virtud personal ser mejor	3	De la normalidad personal virtud personal ser peor	4	De la normalidad personal virtud personal ser mejor	5	De la normalidad personal virtud personal ser peor	6	De la normalidad personal virtud personal ser mejor	7	De la normalidad personal virtud personal ser peor	8	De la normalidad personal virtud personal ser mejor	9	De la normalidad personal virtud personal ser peor	10	De la normalidad personal virtud personal ser mejor
3	De la habilidad torpeza	3	De la habilidad torpeza	4	De la valentía cobardía	5	De la humildad soberbia	6	De la agresión neces. agresiva	7	De la envidia invidia	8	De la envidia invidia	9	De la envidia invidia	10	De la envidia invidia	11	De la envidia invidia
4	De la valentía cobardía	4	De la valentía cobardía	5	De la humildad soberbia	6	De la agresión neces. agresiva	7	De la envidia invidia	8	De la envidia invidia	9	De la envidia invidia	10	De la envidia invidia	11	De la envidia invidia	12	De la envidia invidia
5	De la humildad soberbia	5	De la humildad soberbia	6	De la agresión neces. agresiva	7	De la envidia invidia	8	De la envidia invidia	9	De la envidia invidia	10	De la envidia invidia	11	De la envidia invidia	12	De la envidia invidia	13	De la envidia invidia

BIPULSIONES

1	Alimenticio hambre	1	Alimenticio hambre	2	Sexual neces. sexual	2	Sexual neces. sexual	3	De bebida sed	3	De bebida sed	4	De defecación neces. de defecar	4	De defecación neces. de defecar	5	De micción neces. de orinar	5	De micción neces. de orinar	6	De comodidad corporal	6	De comodidad corporal	7	De resaca resaca	7	De resaca resaca	8	De calefacción frio	8	De calefacción frio	9	De refresco calor	9	De refresco calor	10	Recreativo aburrimiento	10	Recreativo aburrimiento	11	De variación hurgazgo	11	De variación hurgazgo	12	De agresión neces. agresiva	12	De agresión neces. agresiva	13	Interno neces. base- fación	13	Interno neces. base- fación	14	Mediador neces. de la meta	14	Mediador neces. de la meta	15	De recuperación neces. de la recuperación	15	De recuperación neces. de la recuperación	16	De conservación temar	16	De conservación temar	17	De alivio dolor	17	De alivio dolor	18	De continuación del fin	18	De continuación del fin	19	De gozo deseo	19	De gozo deseo	20	De descanso cansancio	20	De descanso cansancio	21	De curiosidad curiosidad	21	De curiosidad curiosidad	22	De comunicación neces. de comunicar	22	De comunicación neces. de comunicar	23	De aprobación neces. de aprobación	23	De aprobación neces. de aprobación	24	De satisfacción del deseo	24	De satisfacción del deseo	25	De desmoronamiento bien en- dimitido	25	De desmoronamiento bien en- dimitido	26	De la envidia invidia	26	De la envidia invidia	27	De la envidia invidia	27	De la envidia invidia	28	De la envidia invidia	28	De la envidia invidia	29	De la envidia invidia	29	De la envidia invidia	30	De la envidia invidia	30	De la envidia invidia	31	De la envidia invidia	31	De la envidia invidia	32	De la envidia invidia	32	De la envidia invidia	33	De la envidia invidia	33	De la envidia invidia	34	De la envidia invidia	34	De la envidia invidia	35	De la envidia invidia	35	De la envidia invidia	36	De la envidia invidia	36	De la envidia invidia	37	De la envidia invidia	37	De la envidia invidia	38	De la envidia invidia	38	De la envidia invidia	39	De la envidia invidia	39	De la envidia invidia	40	De la envidia invidia	40	De la envidia invidia	41	De la envidia invidia	41	De la envidia invidia	42	De la envidia invidia	42	De la envidia invidia	43	De la envidia invidia	43	De la envidia invidia	44	De la envidia invidia	44	De la envidia invidia	45	De la envidia invidia	45	De la envidia invidia	46	De la envidia invidia	46	De la envidia invidia	47	De la envidia invidia	47	De la envidia invidia	48	De la envidia invidia	48	De la envidia invidia	49	De la envidia invidia	49	De la envidia invidia	50	De la envidia invidia	50	De la envidia invidia
---	-----------------------	---	-----------------------	---	-------------------------	---	-------------------------	---	------------------	---	------------------	---	------------------------------------	---	------------------------------------	---	--------------------------------	---	--------------------------------	---	--------------------------	---	--------------------------	---	---------------------	---	---------------------	---	------------------------	---	------------------------	---	----------------------	---	----------------------	----	----------------------------	----	----------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------------	----	--------------------------------	----	-----------------------------------	----	-----------------------------------	----	-------------------------------	----	-------------------------------	----	---	----	---	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------	----	--------------------	----	----------------------------	----	----------------------------	----	------------------	----	------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	-----------------------------	----	-----------------------------	----	---	----	---	----	--	----	--	----	------------------------------	----	------------------------------	----	--	----	--	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------

IMPULSOS

1	Alimenticio hambre	1	Alimenticio hambre	2	Sexual neces. sexual	2	Sexual neces. sexual	3	De bebida sed	3	De bebida sed	4	De defecación neces. de defecar	4	De defecación neces. de defecar	5	De micción neces. de orinar	5	De micción neces. de orinar	6	De comodidad corporal	6	De comodidad corporal	7	De resaca resaca	7	De resaca resaca	8	De calefacción frio	8	De calefacción frio	9	De refresco calor	9	De refresco calor	10	Recreativo aburrimiento	10	Recreativo aburrimiento	11	De variación hurgazgo	11	De variación hurgazgo	12	De agresión neces. agresiva	12	De agresión neces. agresiva	13	Interno neces. base- fación	13	Interno neces. base- fación	14	Mediador neces. de la meta	14	Mediador neces. de la meta	15	De recuperación neces. de la recuperación	15	De recuperación neces. de la recuperación	16	De conservación temar	16	De conservación temar	17	De alivio dolor	17	De alivio dolor	18	De continuación del fin	18	De continuación del fin	19	De gozo deseo	19	De gozo deseo	20	De descanso cansancio	20	De descanso cansancio	21	De curiosidad curiosidad	21	De curiosidad curiosidad	22	De comunicación neces. de comunicar	22	De comunicación neces. de comunicar	23	De aprobación neces. de aprobación	23	De aprobación neces. de aprobación	24	De satisfacción del deseo	24	De satisfacción del deseo	25	De desmoronamiento bien en- dimitido	25	De desmoronamiento bien en- dimitido	26	De la envidia invidia	26	De la envidia invidia	27	De la envidia invidia	27	De la envidia invidia	28	De la envidia invidia	28	De la envidia invidia	29	De la envidia invidia	29	De la envidia invidia	30	De la envidia invidia	30	De la envidia invidia	31	De la envidia invidia	31	De la envidia invidia	32	De la envidia invidia	32	De la envidia invidia	33	De la envidia invidia	33	De la envidia invidia	34	De la envidia invidia	34	De la envidia invidia	35	De la envidia invidia	35	De la envidia invidia	36	De la envidia invidia	36	De la envidia invidia	37	De la envidia invidia	37	De la envidia invidia	38	De la envidia invidia	38	De la envidia invidia	39	De la envidia invidia	39	De la envidia invidia	40	De la envidia invidia	40	De la envidia invidia	41	De la envidia invidia	41	De la envidia invidia	42	De la envidia invidia	42	De la envidia invidia	43	De la envidia invidia	43	De la envidia invidia	44	De la envidia invidia	44	De la envidia invidia	45	De la envidia invidia	45	De la envidia invidia	46	De la envidia invidia	46	De la envidia invidia	47	De la envidia invidia	47	De la envidia invidia	48	De la envidia invidia	48	De la envidia invidia	49	De la envidia invidia	49	De la envidia invidia	50	De la envidia invidia	50	De la envidia invidia
---	-----------------------	---	-----------------------	---	-------------------------	---	-------------------------	---	------------------	---	------------------	---	------------------------------------	---	------------------------------------	---	--------------------------------	---	--------------------------------	---	--------------------------	---	--------------------------	---	---------------------	---	---------------------	---	------------------------	---	------------------------	---	----------------------	---	----------------------	----	----------------------------	----	----------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------------	----	--------------------------------	----	-----------------------------------	----	-----------------------------------	----	-------------------------------	----	-------------------------------	----	---	----	---	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------	----	--------------------	----	----------------------------	----	----------------------------	----	------------------	----	------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	-----------------------------	----	-----------------------------	----	---	----	---	----	--	----	--	----	------------------------------	----	------------------------------	----	--	----	--	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------	----	--------------------------

CONTRADICCIÓN FUNDAMENTAL DEL PSICUISMO



de la actividad de los reflejos dirigidos. En otras palabras, la estructura motivacional del psiquismo humano, en su esencia, es algo plenamente objetivo y ajeno al dominio subjetivo, tanto consciente como inconsciente.

Lo consciente o inconsciente en sí mismos, como caracteres, aspectos o estados de lo psíquico, no pueden nunca ser elementos activos. Esto fue entendido por Freud, pero no logró clarificarlo suficientemente. Lo único activo es la tendencia absoluta de la intencionalidad, expresada en la ley general, así como en los impulsos, bipulsiones, etc., a través de los que funciona, los cuales tienen actividades conscientes e inconscientes integradamente. Por ello, lo consciente o inconsciente del accionar de la intencionalidad no tiene una gran utilidad explicativa desde el punto de vista funcional. Lo que sí convendría distinguir es entre la voluntad, como parte naturalmente vivencial y consciente de la intencionalidad, y el resto de la actividad intencional fuera del dominio consciente. A esto último se haría referencia cuando en algunos casos se habla de inconsciente en sentido activo. Pero la conciencia y lo inconsciente, como zonas o condiciones de lo psíquico, jamás pueden ser elementos activos. Cuando se dice, por ejemplo, que la conciencia “hace” determinada cosa, se trata en realidad de que la voluntad, como parte de la intencionalidad activa que actúa naturalmente en la zona consciente, es la que hace. La conciencia en sí misma no puede hacer nada por ser algo pasivo. Lo mismo con respecto a la inconsciencia o al estado inconsciente. En otros términos, lo activo es siempre la intencionalidad o la fuerza absoluta de la ley general y de las tendencias particulares en que se ramifica. Luego, dicha intencionalidad tiene una parte de su actividad que ocurre en el marco de la vivencia consciente, y que llamamos voluntad; mientras que la otra parte de la actividad de esa misma intencionalidad tiene lugar fuera del dominio consciente, o bien actúa en el espacio inconsciente.

El centro principal del gobierno de la conducta radica en la parte vivencial y consciente de la intencionalidad. La voluntad constituye la “cabecera” de la intencionalidad. Es la expresión, o la manifestación subjetiva, de la máxima integración de la actividad de los reflejos dirigidos.

La conciencia tiene un espacio limitado en cuanto a los datos a tener en cuenta. Por eso en ella sólo aparece lo fundamental, lo sintético de las cuestiones que serán tratadas por la voluntad. Y la parte inconsciente de la intencionalidad se ocuparía del gigantesco análisis de los miles de datos aislados que se deben integrar. La voluntad es la sintetizadora de la dirección global que tomará la conducta, mientras que el resto de reflejos dirigidos, que en su conjunto dan forma a la actividad intencional inconsciente, trabajan parale-

lamente en el análisis de los datos al respecto, así como en el control de los miles de movimientos parciales de una conducta controlada en lo global por la voluntad consciente. Si el organismo, por ejemplo, siente hambre, a lo que responde la tendencia dirigida del impulso alimenticio, tanto la voluntad como el resto de la actividad intencional ajena al dominio consciente, trabajarán coordinadamente para lograr el alimento. La voluntad consciente conducirá el grueso de las secuencias de la conducta, y la parte inconsciente rellenará el conjunto de pormenores de la misma. Este sinergismo es lo útil a la sobrevivencia. Sería perjudicial que no sea convergente y complementario el trabajo de ambas partes de la intencionalidad.

Cuando tratábamos sobre los reflejos dirigidos que sustentan la tendencia dirigida de los impulsos (cap. 5, punto 10 en adelante), observábamos que dicha tendencia dirigida responde básicamente al estado de nec. Así por ejemplo, cuando se procura lograr un determinado placer, se está respondiendo a la aparición de la nec.: deseo; o cuando se intenta evitar un dolor, se trata de una respuesta a la previa aparición del temor. Lo mismo con respecto a las diversas necs. y al interés por su satisfacción. Pero esto es plenamente válido para las conductas intencionales que tienen cierta significación o importancia anímica y motivacional. Porque en las grandes series de reflejos dirigidos condicionados (a través de la ley del efecto: repetición de lo asociado al placer y supresión de lo relacionado al displacer), que son los hábitos cotidianos y las conductas casi automáticas que realizamos a diario, tiene lugar una especie de “inercia” de las secuencias reflejas aprendidas. Dichas secuencias reflejas, que en lo esencial se hallan orientadas hacia el placer y/o hacia la negación del displacer, ocurren mayormente sin la vivencia consciente del deseo, del temor, o de las necs. respectivas precedentes, ni interviene tampoco la voluntad consciente en el empuje de la conducta. Es decir, fuera de la conducta intencional más notoria, donde los efectos buscados o evitados tienen cierta importancia anímica, y que por tal motivo se hace clara e intensa la presencia del deseo, del temor, etc., así como de la voluntad consciente como fuerza intencional vivenciada, hay una enorme cantidad de secuencias de conducta, ya condicionadas en la dirección de la tendencia general a afirmar el placer y negar el displacer, que se dan como hábitos espontáneos y de manera inconsciente.

En esas series de reflejos dirigidos condicionados, las necs. previas de cada conducta no alcanzarían a manifestarse o “sentirse”. Quizás sólo se trate de que no alcanzan a ser perceptibles en la vivencia por ser muy leves o por ocurrir en forma subliminal a ella. Pero en todos los casos, tales series de reflejos dirigidos tienen lugar bajo el control virtual de los impulsos correspondientes. Este control no consciente de la conducta permitiría que la

voluntad, como parte vivencial y consciente de la intencionalidad, tenga libertad para ocuparse de lo más importante de los propósitos intencionales, dejando los pormenores a ese manejo ajeno a la atención vivencial y voluntaria. Se trata de una serie de mecanismos que hacen a la practicidad y eficiencia de la conducta y de las constantes decisiones dinámicas en cada fracción de segundo, donde sería imposible decidir voluntaria y conscientemente cada mini-acto de la serie. Pero todas esas secuencias de conducta intencionales se encuentran siempre a la “sombra” de los impulsos y de la ley general. Es como “dejar hacer” a los reflejos dirigidos que subyacen a la intencionalidad mientras hagan lo “correcto”, esto es, mientras hagan lo que se haría igualmente en caso de ser necesaria la intervención de la atención y de la voluntad en su control. Así por ejemplo, cuando un peatón cruza la calle, lo hace evitando que lo atropellen. Esa conducta evitativa por lo general pasa desapercibida en la vivencia, es decir, se evitan los peligros inconscientemente, y sin aparecer prácticamente el temor ni la tranquilidad como su satisfacción. Sin embargo, basta que por determinado motivo el sujeto quede inmovilizado en medio de la calle, para que aparezca el fuerte temor a ser atropellado. Allí se demuestra que aquella secuencia refleja de actos se encontraba en todo momento bajo el control virtual del impulso de conservación. Pero por razones “prácticas” no era necesaria la atención vivencial y el control voluntario, hasta llegado el momento en que sí para a ser indispensable.

Decimos atención **vivencial**, y no necesariamente consciente, porque tales mecanismos son aplicables por ejemplo a un perro. Aunque éste no tenga conciencia, se puede distinguir igualmente, inclusive en el mismo ejemplo de cruzar la calle, entre la conducta evitativa “inconsciente” o espontánea, y lo que sería la respuesta “voluntaria” a la aparición del temor vivencial concreto de su impulso de conservación.

La diferencia con el animal es que en el hombre la conciencia es una cualidad nueva de la vivencia. Lo que en el animal sería sólo vivencia, en el sujeto humano es además vivencia **consciente**. La capacidad de **auto-percepción** hace que la conciencia sea como un agregado a la vivencia básica compartida con otros animales. Por eso la voluntad, en esencia, no sería estrictamente la parte consciente de la intencionalidad, sino la parte **vivenciada** de esa fuerza intencional. Sólo que en el hombre el estado vivencial es naturalmente consciente, y por eso en el caso humano se puede hablar de voluntad como parte consciente de la intencionalidad.

Por otro lado, en el psiquismo normal no hay barreras significativas que impidan la aparición en la conciencia, de todo lo que por su importancia anímica tiende a asomar a ella para ser manejado por la voluntad. El meca-

nismo que empuja hacia la vivencia consciente aquello que es anímicamente significativo es la prueba de la función suprema de la parte consciente de la intencionalidad (voluntad), de manejar integradamente y en bloque los asuntos más importantes desde el punto de vista anímico.\*

Pero todo se complica cuando el imp. de conservación se opone a la aparición en la conciencia, de ciertos contenidos que por determinadas asociaciones y condicionamientos producen un intenso displacer a la luz de la conciencia. Tal es el caso en que un contenido que cumple los requisitos para aparecer en la conciencia es impedido por el imp. de conservación, que ejerce su función general de resistencia negadora del displacer. Aquí, el otro impulso, etc., responsable de aquel contenido, tendría entonces actividades “clandestinas” importantes, determinando algunas conductas o ideas desde la zona inconsciente, y chocando con frecuencia con el imp. de conservación que procura impedirle el paso natural a la conciencia, o con el de alivio que trata de expulsar de allí a lo que logra hacerse consciente, dado el displacer que produce. Pero si no hay contenidos que a la luz de la conciencia provoquen un displacer moral, etc., muy grande, los impulsos de conservación y de alivio serán amables con los visitantes, funcionando con toda armonía el sistema de tendencias absolutas de la intencionalidad, turnándose ordenadamente para hacer uso de la voluntad consciente.

Los estados consciente e inconsciente en que actúa la intencionalidad se combinan y complementan plenamente para el logro de los fines que se fija el sujeto. Cuando se persigue una meta que supone muchos logros parciales, la voluntad consciente suele “olvidar” provisoriamente el fin, mientras se vuelca totalmente hacia el logro de una meta parcial. En este caso podríamos decir que el fin es buscado inconscientemente por la intencionalidad. Sin embargo, la idea del fin también aparece en la conciencia cada vez que ello

---

\* Hablamos siempre del estado de salud y normalidad psicológica. Porque los trastornos mentales, en muchos casos se caracterizan por no ajustarse a los postulados generales sobre el funcionamiento normal. Por eso es posible que en lo referido a lo consciente e inconsciente, así como en otros puntos tratados, encontremos casos donde no sea del todo aplicable lo que digamos.

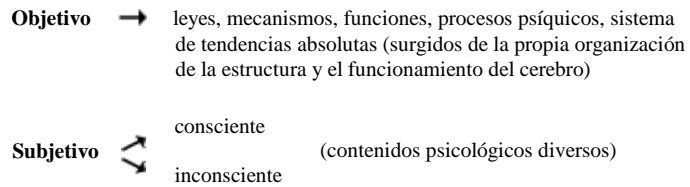
Pero esta situación es equivalente a la relación entre el estudio de la fisiología general con respecto a lo que trata la medicina. Sabemos que cada una de las muchas enfermedades o trastornos orgánicos posibles requieren un estudio específico, a modo de ciencia independiente, porque se caracterizan, precisamente, por no ajustarse a lo que “dice” la fisiología general. Sin embargo, para entender plenamente cualquier tipo de trastorno fisiológico, así como para saber qué se debe hacer para su prevención, resulta de primera importancia conocer el funcionamiento normal del organismo. Esta misma relación es aplicable al caso de la psicología general con respecto a los trastornos y desajustes del funcionamiento psíquico.

es necesario, es decir, la idea del fin aparece y desaparece del dominio consciente según sea o no necesaria su presencia allí. Aparece cada vez que se hace útil que el individuo recuerde lo que está buscando, o bien para no perder la claridad del objetivo. Pero desaparece de la conciencia cuando lo útil es volcar la atención y todos los esfuerzos a una meta parcial que no admite distracciones, y sin la cual no hay meta final alguna. Sería perjudicial que el sujeto se dedique a llenar su conciencia con las imágenes del fin, cuando el apremio de la realidad exige toda la concentración en la meta parcial.

El dinamismo de la fluctuación de la idea del fin, que pasa constantemente del estado consciente al inconsciente y viceversa, hace que carezca de sentido cualquier discusión sobre si el fin es buscado consciente o inconscientemente. Dicho fin se persigue de las dos formas. Pero no es buscado por la conciencia ni por el inconsciente, sino por el sujeto y su única intencionalidad.

El funcionamiento del psiquismo humano responde a leyes porque de ello no escapa ningún fenómeno de la Naturaleza. Pero sería absurdo creer que pueda estar dirigido por un ente subjetivo oculto que nos gobierna. La contradicción fundamental, la ley general, los impulsos, bipulsiones, aparatos, así como las regularidades de su funcionamiento, son sólo leyes objetivas del psiquismo.

Veamos en el siguiente esquema el lugar que ocupa cada elemento:



### 3. Relación entre los impulsos y las tendencias superiores

Tanto las bipulsiones más complejas como los aparatos siguen siendo, en su esencia, impulsos organizados. En principio, la ley general, que es lo más esencial de la motivación, se ramifica en los impulsos particulares, que son los caminos que llevan al placer y la negación del displacer, son las vías naturales que llevan a ello. Hablando desde un enfoque global, y dejando de lado detalles y particularidades, los núcleos de satisfacción de los impulsos marcan la esencia general de los propósitos de la intencionalidad, por ser los hechos que llevan al placer y paralelamente a la negación del displacer. Pero

luego, esas vías esenciales de entrada al placer y displacer experimentan un gran desarrollo; comienzan a extender el campo de su aparición, haciéndose presentes en las más diversas situaciones, y en relación a nuevos objetos, tanto concretos como abstractos, ampliando cada vez más el espectro de fenómenos capaces de hacerlas activar. A la vez, tales vías de entrada al placer y displacer, y los impulsos correspondientes a ellas, se combinan y organizan dando lugar a la aparición de las bipulsiones, la macropulsión y los aparatos, que implican saltos cualitativos en cuanto al nivel de complejidad en la organización del funcionamiento psíquico.

A pesar de esos nuevos niveles de la estructura motivacional humana, el placer que producen los valores positivos de las bipulsiones, o la materialización de los ideales de los aparatos, en ningún caso pueden consistir en otra cosa que no sea la activación de las vías de entrada al placer de los núcleos de satisfacción de los impulsos. Los núcleos o vías de entrada al placer, como objetos de satisfacción de los impulsos, son **géneros** de hechos, son como **“conceptos”** que incluyen una diversidad de hechos o situaciones reunidos bajo un denominador común. Por ejemplo, lo bueno o positivo para el O.M.I.F., como objeto de satisfacción o vía de entrada al placer del imp. fraterno, abarca una cantidad de formas distintas de ocurrir. Incluye desde el placer que se siente por ver que otro individuo se encuentra bien (forma más primaria del imp. fraterno), hasta el placer espiritual por el logro de los ideales sociales más importantes, como algo que es bueno para la tribu, o comunidad, etc. Ambos fenómenos son formas particulares de la misma esencia general: placer por **algo bueno para el objeto de la identificación fraternal (O.M.I.F.)**; es decir, tanto aquel individuo como la tribu o comunidad son, en cada caso, el O.M.I.F. Así, lo bueno o favorable para el objeto de esa identificación es la vía esencial de entrada al placer del imp. fraterno. Todo lo que permita ser concebido bajo esa noción genérica provoca el placer fraternal o espiritual. Esto es lo general y común en todos los casos. La diferencia está dada en que el “bienestar de la tribu”, como forma de lo bueno para el O.M.I.F., significa un mayor desarrollo y complejización de esa vía de entrada al placer.

Un caso similar se da en la bip. intelectual (y en la parte intelectual de las bipulsiones derivadas de ella). En el placer intelectual que se produce junto a la comprensión o entendimiento de los fenómenos y sus relaciones, está presente la vía esencial de entrada al placer del imp. de curiosidad; sólo que en una forma más desarrollada en relación a la curiosidad de cualquier animal. Sin embargo, se trata por igual del núcleo de satisfacción del imp. de curiosidad. El objeto de satisfacción o vía de entrada al placer del impulso es esencialmente la **asimilación de la información**. Así, tanto el

caso del animal que observa algo “raro” que aparece en su campo perceptivo, como el dominio lógico y la clarificación de un problema filosófico, son dos formas del acto de asimilar una nueva información. La asimilación de la información, como hecho esencial y genérico, es la vía al placer del imp. de curiosidad.

Sucede lo mismo con el imp. de aprobación en relación al placer del sentimiento de honor y orgullo grupales. A simple vista se parecen muy poco el interés de un niño de ser felicitado por sus padres y la aspiración de un pueblo o tribu por lograr condiciones de honor y dignidad tribales. Sin embargo, el placer moral del orgullo y honor grupales que experimentan los miembros de ese pueblo o tribu se vale de la vía de entrada al placer del imp. de aprobación. Esas formas diferentes de activarse la vía de entrada al placer del imp. de aprobación (una primaria y la otra más compleja y desarrollada) tienen algo en común, que es lo que define la mecánica esencial del impulso y su vía general de entrada al placer: la respuesta (y/o autorrespuesta) positiva o aprobatoria hacia algo propio que es bueno o que está bien. Tanto la felicitación hacia el niño por su conducta, como el reconocimiento hacia un pueblo por sus destacadas cualidades o virtudes, siguen siendo por igual dos formas del mismo contenido: **respuesta positiva o aprobatoria hacia algo propio que es bueno**. Ese elemento común es la vía esencial de entrada al placer del imp. de aprobación.

De todas maneras, tampoco podemos ignorar la diferencia entre el placer por la mera felicitación hacia un acto y el sentimiento de honor tribal. Coinciden sólo en su esencia más general; pero la esencia general no es todo. Un unicelular y un ser humano comparten la esencia general: seres vivos. Pero hay un considerable espacio que los separa en relación al nivel de organización de la materia. Ese gran desarrollo de la vía moral de entrada al placer (orgullo y honor por lo bueno de la propia tribu) se aleja significativamente de la forma más elemental del impulso, haciendo que sean ya cosas distintas el interés por la aprobación hacia una conducta ocasional y el sostenido interés de una tribu o pueblo por el mantenimiento del más alto grado de dignidad y honor tribales. En este último caso, hay en realidad muy poco interés del imp. de aprobación en cuanto tal. Sólo persiste su vía de entrada al placer, que junto a la del imp. fraterno (placer espiritual), constituyen los “materiales anímicos” que permiten que tenga lugar el placer moral-espiritual en relación al honor de la tribu. Con esas vías de placer, más las vías de entrada al displacer correspondientes, es con lo que se “maneja” el aparato de la moral grupal. Pero la actividad global de este aparato está sostenida por la interacción funcional de muchos impulsos y bipulsiones. Los impulsos de aprobación y fraterno sólo proveen sus elementos básicos o esencia-



les (nec.-T.D.-satisfacción) como un “aporte” de sus materiales anímico-motivacionales, para que el aparato de la moral grupal haga uso de ellos en su complejo funcionamiento autónomo.

Las bipulsiones, la macropulsión, y los aparatos, están basados en la organización de los impulsos, porque lo más complejo sólo puede surgir del desarrollo y/o combinación de lo más simple. Pero dichos impulsos son solamente los componentes motivacionales y anímicos esenciales de los que aquéllos se forman. Las tendencias superiores sólo son explicables desde el nivel de su funcionamiento global y atendiendo sus leyes exclusivas.

Esta situación, por la que el nivel superior tiene sus propias leyes objetivas, inexplicables desde el nivel inferior, se presenta también en la relación entre los niveles psicológico y sociológico. El organismo social (tribu o sociedades complejas) no es otra cosa que el conjunto organizado de los individuos “psicológicos” que lo componen. Pero la organización, combinación, regulación y demás relaciones funcionales de la actividad del conjunto de psiquismos individuales, hacen surgir un nuevo fenómeno que responde a sus propias leyes particulares, las cuales regulan el movimiento de las conductas de individuos y grupos. Las nuevas leyes sociológicas e históricas no pueden ser explicadas desde la psicología y sus leyes, sino sólo enfocando el nivel social en su conjunto. Los intereses económicos de las clases sociales, por ejemplo, están sin dudas sustentados por las leyes psicológicas. El dinero, como objeto del interés económico, es un medio universal para los intereses absolutos o esenciales de muchos impulsos, bipulsiones, aparatos, y de la macropulsión. Prácticamente todo el psiquismo se puede ordenar funcionalmente alrededor de él. Sin embargo, las leyes o mecanismos psicológicos nada nos explican, por ejemplo, sobre el porqué de la existencia de clases sociales, ni de la oposición de sus intereses. Esto sólo se entiende enfocando la sociedad en su conjunto, así como la historia de su desarrollo, y observando la eventual ubicación objetiva de cada grupo de sujetos en relación al proceso de producción y distribución sociales.

#### **4. Papel directriz de los aparatos**

El papel integrador y organizador de los aparatos, en relación a los impulsos y bipulsiones que los forman, lo encontramos, por ejemplo, en el trabajo del aparato de la moral personal, el cual organiza, distribuye y coordina la actividad del conjunto de bipulsiones con motivaciones morales que tratan sobre hechos concretos. Los actos concretos de cada bipulsión son “supervi-

sados” por el aparato, que en base a sus fines absolutos (afirmación de virtudes y negación de defectos personales) va regulando la actividad de las bipulsiones, para obtener el mejor promedio en el plano de la virtuosidad-defectuosisdad globales del sujeto.

Entre los mecanismos del funcionamiento de los aparatos, los **ideales** son los de mayor importancia en cuanto a su papel organizador para el resto de tendencias menores. Una vez fijados los ideales, quedan tendidos los lineamientos generales de la conducta. Así, muchos impulsos y bipulsiones despliegan su actividad en función de lo que debe hacerse en cada caso para favorecer el logro de los ideales.

El mecanismo por el que los ideales quedan fijados en algún punto del futuro estaría basado, entre otros elementos, en la propiedad del imp. de gozo de consolidar el deseo en un objeto o meta específicos. El deseo surgido ante un objeto o meta no se borra fácilmente cuando tiene cierta intensidad, sino que permanece con su mira apuntando indefinidamente hacia el objeto de su satisfacción. Y puesto que los ideales son hechos o condiciones que se **desean**, quedarían por tanto fijados gracias a ello.

Si bien una parte de la actividad de los impulsos y bipulsiones se vuelca cotidianamente a los requerimientos inmediatos o hechos intrascendentes, la otra parte se ocupa de los actos y hechos concretos que tienen que ver con el continuo aporte al mejoramiento de los valores virtuales de los aparatos. Cuando se trata del logro de ideales, esta parte de la actividad de los impulsos y bipulsiones va rodeando las líneas tendidas hacia el futuro, ocupándose de los pasos parciales que se orientan al logro del ideal.

El “marcar el paso” a las bipulsiones e impulsos, por parte de los aparatos y sus requerimientos, es equivalente a lo que sucede con las exigencias funcionales de los aparatos fisiológicos respecto a sus órganos. La actividad de cada órgano se subordina a los requerimientos funcionales del aparato en su conjunto. De igual modo, el nivel más complejo de la organización motivacional del psiquismo: los aparatos, son los que marcan el orden, la secuencia y distribución de la actividad de los impulsos y bipulsiones que los forman. Entre dichos aparatos, el de la integración general es el que ejerce la mayor influencia en la regulación de la conducta; equivale al sistema nervioso en relación al resto del organismo. Los otros aparatos organizan su actividad en base al interés general por la felicidad y negar la infelicidad. Cada uno se encarga de un sector, pero el coordinador general, y al que le interesa el conjunto de aspectos, es el aparato de la integración general.

Decíamos que una parte de la actividad de los impulsos y bipulsiones va quedando subordinada al funcionamiento de los aparatos. Un claro ejemplo, ya visto, es el caso de la bip. de la responsabilidad social. Cuando se trabaja por el logro de algún ideal social, el negarse a cumplir un acto parcial, útil para ese fin, es seguido por el sentimiento de culpabilidad por faltar al deber. Una buena parte de la actividad de la bip. de la responsabilidad social (así como de sus derivadas) queda librada al cumplimiento o no con los pasos parciales que exigen los ideales sociales. El deber consiste, en tales casos, en cumplir con el paso parcial perfilado hacia el ideal social. Esto se repite una y otra vez durante el largo trabajo orientado hacia su materialización.

En definitiva, los ideales, al ser los que regulan gran parte de la conducta, son por ello las “**causas**”; o sea, llegan a ser sinónimos de causas por el hecho real de ser las auténticas fuentes motivacionales de cada hecho o acto concreto. El interés por lograr el ideal es el que mueve y dirige la indefinida serie de acciones concretas perfiladas hacia su logro.

Digamos de paso, que el fin no “mueve” la acción como una mágica fuerza de atracción teleológica, sino que el interés y el deseo actual y vivo de aquello imaginado como posible, y disfrutado anticipadamente en la fantasía, es lo que empuja “desde aquí para allá” hacia su materialización.

El papel de los aparatos, en su regulación sobre el funcionamiento de las diversas tendencias, no sólo está dado en relación a los impulsos y bipulsiones que regularmente forman parte de la estructura y funcionalidad de cada aparato, sino que los ideales fijados organizan y regulan, también, la forma en que funcionarán otros impulsos y bipulsiones más “periféricos”. Así, si volvemos al ejemplo del estudiante, veremos que cuando este último trata de entender lo que está estudiando, actúa su bip. intelectual (además de las bipulsiones derivadas: de la inteligencia, del saber, y racional, que se acoplan casi siempre). Sin embargo, el hecho de estar actuando allí su bip. intelectual es algo subordinado y controlado por los aparatos de la moral personal y del bienestar personal, que en la hipótesis tenían en “mente” el título profesional como ideal. Los aparatos, aquí, plantean y distribuyen gran parte de las tareas a la bip. intelectual, de modo que lo que para ella en cada caso es fin en sí mismo (lograr el placer y negar el displacer intelectuales) es a la vez un medio para el ideal.

La utilización de un impulso, bipulsión, o aparato inclusive, por parte de otra finalidad, es algo generalizado en el psiquismo. Por ejemplo, si a un sujeto no le dan alimento hasta que entienda algo, el imp. alimenticio obligará a actuar a la bip. intelectual. Aquí, el acto de entender es el fin de la bip. intelectual, pero simultáneamente el medio para el imp. alimenticio.

Hay infinidad de actos que son fin en relación a un motivo y medio con respecto a otro. Pero los fines de los aparatos, al reunir grandes conjuntos de motivos, adquieren un mayor peso y pasan a ser los intereses o fines dominantes en la motivación, por lo que terminan subordinando y distribuyendo la actividad a un conjunto de tendencias menores, haciendo que los fines de éstas sean medios para aquéllos.

### 5. Los ideales comunes y su papel regulador del funcionamiento psíquico

Tanto los ideales individuales como los sociales tienen, en estado natural o normal, una similar importancia anímica para el sujeto. Pero dado que las aspiraciones fundamentales de cada miembro del grupo coinciden con las de sus compañeros, se produce una suma total de las motivaciones parciales, surgiendo en el conjunto un poderoso **interés común** que pasa a marcar los lineamientos generales de la conducta de los individuos. Los intereses comunes, y en especial las metas e ideales compartidos por todo el grupo, al imponerse por su gran peso, son los que organizan el campo más general para el despliegue de muchas funciones psicológicas. En ese campo, el sistema de bipulsiones tiene su más sostenido funcionamiento. Por otro lado, las líneas tendidas por los objetivos comunes son las que dan el marco a los ideales individuales. Estos no funcionan desvinculados de los ideales sociales, sino que se alistan detrás de ellos, organizando sus aspiraciones en relación a los fines grupales. Cuando son paralelos los intereses materiales más vitales, el aparato del bienestar personal suma sus fuerzas motivadoras al interés espiritual del aparato del bienestar grupal. Todo lo que sea materialmente favorable para el grupo será también favorable para el bienestar personal. Luego, las virtudes personales del aparato de la moral personal surgen naturalmente de las actividades y relaciones sociales promovidas por los intereses comunes. Durante los trabajos orientados al logro de los ideales comunes es cuando más se desarrollan y se ponen de manifiesto virtudes personales como responsabilidad social, eficiencia, creatividad, valentía, abnegación, etc. Tales virtudes surgen de los actos responsables, eficientes, creativos, valientes, abnegados, ocurridos durante las actividades grupales orientadas por dichos ideales. El grupo no puede estimar o valorar suficientemente las virtudes personales de sus integrantes si no son necesarias o importantes para el logro de las metas grupales. En cambio, cuando las virtudes individuales son lo más preciado, y lo que el grupo necesita de sus miembros, allí aparece la máxima valoración hacia los individuos cuyas cualidades permitieron, por ejemplo, el éxito en los ideales más valiosos.

La natural subordinación funcional de las tendencias psicológicas al timón de los intereses y las metas grupales es el resultado de la selección natural de organismos sociales. Sobrevivieron las tribus en cuyos miembros estaba así organizado el sistema de funciones psicológicas.

## 6. El trabajo: centro de convergencia motivacional

En el primitivo, casi toda la estructura de la motivación se halla organizada para converger, en definitiva, en el acto del trabajo concreto. En primer lugar, encontramos el interés de varios impulsos necesitados y movilizadas, cuya satisfacción debe pasar por el **trabajo** orientado a lograr los objetos de satisfacción. Luego, la bip. del rendimiento personal, junto a muchas otras que se ordenan bajo sus valores absolutos, tienen en el buen **rendimiento laboral** el logro de sus valores positivos. Por su lado, la bip. de la lucha moral motiva al máximo despliegue de las energías y de las fuerzas creadoras durante el **trabajo**, porque eso es lo que lleva a ganar o ser mejor en cuanto al rendimiento individual o grupal. La macropulsión, en su interés por la afirmación de hechos globales placenteros (ejemplo: fiestas nocturnas con abundante comida y motivos de alegría para todos los miembros de la tribu), impulsa a **trabajar** con entusiasmo y eficiencia para crear las condiciones materiales que lo permitan. Por su parte, el aparato de la integración general, como conjunto organizado de los otros aparatos, empuja con toda su energía motivacional hacia el **trabajo concreto**, como medio indispensable para el logro de los diversos ideales. En otras palabras, las funciones psicológicas necesarias se organizaron de tal modo, que el grueso de la estructura motivacional de los miembros de la tribu terminaba desembocando, en los hechos, en el trabajo concreto como vía fundamental hacia la sobrevivencia.

El desarrollo espiritual, moral, y todas las funciones más elevadas del psiquismo humano, como por ejemplo los ideales sociales más sublimes, existen sólo porque las tribus que poseían todo eso en mayor grado, y organizado de la forma más perfecta, tenían un mejor funcionamiento general, lo que les permitía un mejor rendimiento laboral y, en resumen, comían regularmente, a diferencia de las otras tribus que quedaban rezagadas en la lucha objetiva por el alimento limitado. Todo aquello servía al organismo social primario, en síntesis, para alimentarse y con ello sobrevivir y reproducirse. Las diversas funciones psicológicas necesarias, características de la especie, existen por haber servido de apoyo para la mayor eficiencia del **trabajo común** y la consecuente sobrevivencia de la tribu.

## 7. Unidad y superposición funcionales de las tendencias

La distinción y separación en el tratamiento de los distintos impulsos, bipulsiones, etc., obviamente, no puede implicar que sean funciones aisladas o que actúen en forma independiente entre sí. Esa separación de los motivos absolutos es sólo el **análisis** de los elementos que componen el único movimiento **sintético** e integral del psiquismo. Todo aquello se entremezcla en la realidad, con un dinamismo que hace imposible seguir de cerca a cada elemento integrante de ese turbulento movimiento psíquico.

Si, por ejemplo, hacemos la distinción entre lo que sería el fin de la bip. de la inteligencia, al procurar el placer moral-intelectual que produce el tener un acto inteligente concreto, y la finalidad del aparato de la moral personal que busca el ser inteligente como virtud parcial, sólo en abstracto podemos hacer la distinción. Todo eso forma parte de la motivación única en que se fusionan los diversos motivos, los que convergen empujando la misma conducta. Ni el propio sujeto tendrá “tiempo” para distinguir en qué medida busca el placer que le produce el solo tener un acto que se destaca como inteligente, y en qué grado influye el interés por ser considerado poseedor de inteligencia como virtud. Las dos motivaciones van juntas. Lo concreto y lo virtual del interés son paralelos y se superponen en la misma conducta práctica. Una situación análoga se presenta en relación a los componentes anatómicos y fisiológicos del organismo. Aquí tampoco se puede delimitar hasta qué órgano o célula, exactamente, se extiende la estructura o el funcionamiento de un determinado aparato o sistema, y en qué punto comienza el campo funcional de otro. Sin embargo el organismo, ajeno a estos problemas, funciona con toda su armonía “enredando” la estructura y la actividad de los diversos órganos, aparatos y sistemas.

El análisis, clasificación o separación de las distintas tendencias absolutas de la intencionalidad, sólo podemos hacerlo “arrancando” y aislando forzosamente a cada elemento parcial de la motivación. Pero en la realidad, toda la enredadera funcional del psiquismo, como producto de la actividad de la otra complicada enredadera que es el sistema nervioso, forma el único conglomerado psicológico en movimiento. Ese **conjunto** global de elementos no es más que la síntesis máxima del psiquismo, es el sujeto mismo, la vida anímica, la estructura motivacional de la subjetividad. Todo esto es la **síntesis**, que coexiste con la variedad de tendencias absolutas y el total de sus relaciones funcionales, que forman el **análisis** de lo mismo. El sujeto es el **compuesto sintético** formado por el conjunto de sus **componentes analíticos**. Es el **todo** en movimiento de sus **partes** igualmente en movimiento.

### **PARTE III**

#### **CONCLUSIONES GENERALES Y TRANSFORMACION DE LA VIDA SOCIAL**

- Organización del trabajo y las actividades sociales para su adecuación a las necesidades y tendencias absolutas del hombre.
- El socialismo científico como condición objetiva previa para los cambios en la organización del trabajo y las actividades sociales





## TRANSFORMACION DEL TRABAJO Y DE LAS ACTIVIDADES SOCIALES

### 1. El concepto objetivo de felicidad

La felicidad en sentido objetivo o absoluto se refiere al resultado positivo del balance de placer-displacer vivenciales, como promedio de un determinado período de tiempo (días, semanas, meses o años). En términos objetivos, esto es lo que debe lograr el aparato de la integración general si pretende tener éxito en su propósito magno. Más allá de las distintas estrategias o tipos de valores virtuales, si las cosas no terminan en aquella relación anímica concreta, significa haber fracasado.

Como recordaremos, las neuronas del placer y del displacer tendrían, según la distribución de su actividad, la última palabra al respecto (ver cap. 5). Esos dos grupos de neuronas, de acuerdo a lo que habíamos deducido, tendrían siempre aproximadamente la misma cantidad promedio de actividad global. Sólo variaría el efecto anímico según la distribución: duración-intensidad del monto constante de trabajo neuronal. El producto anímico más favorable consistiría en el trabajo frecuente e intermitente de las neuronas del placer en la máxima intensidad y mínima duración, y en el continuo trabajo de las neuronas del displacer en la máxima duración y la más leve intensidad. Toda alteración de esa relación implicaría alejarse de la felicidad y aproximarse a la infelicidad objetivas.

Las distintas relaciones posibles de la actividad neuronal dependen siempre de lo que suceda en la vida externa del sujeto. Aquella relación “ideal” de la distribución del trabajo neuronal ocurriría solamente con el estado de **entusiasmo**. Dicho estado no sería más que la cara subjetiva de ese modo del trabajo neuronal. El entusiasmo como estado anímico se traduciría a la actividad continua y de mínima intensidad de las neuronas del displacer (deseo, expectativa, incertidumbre, suspenso, tensión de concentración) y la paralela presentación de reiteradas irrupciones de actividad intensa de las neuronas del placer (reacciones de alegría, júbilo y “emoción”).

Como sabemos, el placer no puede ser continuo; pero el entusiasmo sí puede serlo. Es un estado concebido en la extensión del tiempo, que incluye vivencias tanto placenteras como displacenteras, y donde el propio concepto lleva implícita la referencia al promedio favorable al placer que supone ese estado.

Si bien es algo evidente la ventaja de vivir con entusiasmo, faltaría ahora lo más importante. Esto es, cómo debería organizarse la vida de la sociedad para que aquello funcione. No se puede decidir “espontáneamente” comenzar a vivir con entusiasmo. Sería absurdo suponer tal cosa. Ese estado depende de las condiciones objetivas de vida y de las posibilidades que ellas ofrezcan al respecto. De lo contrario, desde hace mucho tiempo todo el mundo viviría lleno de entusiasmo y felicidad.

## **2. Condiciones generales para el saludable funcionamiento psíquico**

La más general y básica de las condiciones sería el funcionamiento pleno del sistema global de tendencias psicológicas naturales y esenciales, el adecuado y armonioso funcionamiento de todas las tendencias absolutas. Ello implica la satisfacción regular de los impulsos; la vigorosa actividad de las bipulsiones; la existencia de hechos globales placenteros que interesen a la macropulsión; y el continuo funcionamiento de los aparatos, orientados hacia el logro de ideales. Cuando todo eso funciona, tendría lugar un significativo tono vital y un básico entusiasmo de vida. La razón de esto, estaría dada en que la más adecuada distribución del trabajo de las neuronas se habría estructurado para sostener ese modo normal del funcionamiento psíquico. Y dado que el funcionamiento pleno del total de las tendencias necesarias era lo útil a la sobrevivencia de la tribu, toda desviación o interrupción de ese modo del funcionamiento psíquico debía estar seguido por un deterioro de la calidad de vida anímica, debía ser acompañado por la disminución o pérdida del básico entusiasmo de vida.

Cuando tratábamos sobre las neuronas, contemplábamos la posibilidad de que el volumen global, promedio, del trabajo de las neuronas del placer y del displacer pudiera variar un poco; o sea, que la máxima felicidad objetiva podría no sólo depender de la distribución: duración-intensidad de la misma cantidad de actividad neuronal, sino que sería posible un margen de variación de ese monto. En caso de existir dicho margen, el máximo trabajo global de las neuronas del placer y el mínimo en las del displacer solamente se lograrían bajo la condición del armonioso funcionamiento de todo el

sistema de tendencias psicológicas esenciales, en el marco del máximo entusiasmo.

Como oportunamente se habrá notado, en el tratamiento de los distintos niveles del psiquismo arribábamos, en cada caso, a las mismas conclusiones sobre las dos condiciones sociales generales que pueden favorecer el funcionamiento psíquico: 1- seguridad e igualdad en las condiciones materiales de vida. 2- adecuada organización del trabajo y las actividades sociales.

1- La primera condición, que supone la equidad en la distribución de los bienes materiales y el paralelismo de los intereses económicos en todos los miembros de la sociedad, es la premisa que hace a la seguridad y tranquilidad para la satisfacción de las necesidades más vitales en todos los individuos. A su vez, ello ofrece el campo más básico para la fraternidad de las relaciones sociales, que es lo que lleva al sólido desarrollo y funcionamiento de las tendencias morales-espirituales. Nada de esto puede tener lugar cuando el sistema económico obliga a la lucha desconsiderada y enfermiza entre individuos o grupos por la apropiación de bienes materiales. La competencia sana y natural siempre estuvo limitada al plano moral, donde el ganador recibe el merecido reconocimiento. La competencia alrededor de los bienes económicos es extraña a la naturaleza humana. En el organismo social primario, todo lo relacionado a la distribución de los bienes materiales estaba a cargo de las funciones espirituales, de justicia, bondad, altruismo, responsabilidad social, respeto, compañerismo; mientras que lo referido a la competencia era siempre independiente de la sobreentendida distribución material equitativa. Toda competencia o “espíritu deportivo”, emulación, correspondían sólo al plano moral. Ninguna tribu primitiva podría sobrevivir de otra manera.

Por eso, no se trata de impedir la competencia en sí, como valor mal entendido por la ideología de la selva social. Al contrario, si consideramos la competencia sana, la que tiene lugar en el plano moral, encontramos que una sociedad que brinde la plena seguridad material, igualitaria, para todos sus integrantes, ofrece las condiciones objetivas más favorables para que el ambiente del trabajo y de las actividades sociales pase a ser como el de una villa olímpica gigante, donde en cada actividad se puedan desarrollar distintas competencias por el mejor rendimiento, con un carácter verdaderamente deportivo y en el natural plano moral.

2- Una vez lograda la equidad y seguridad materiales, y el paralelismo de los intereses económicos en todos los miembros de la sociedad, quedaría la transformación del carácter de las actividades sociales y el trabajo. De la adecuada organización de las actividades depende el grado de entusiasmo de

quienes participan. De esa organización depende también la posibilidad de satisfacción de los impulsos que se movilizan naturalmente en el marco de la actividad. También de ella depende el adecuado funcionamiento de las bipulsiones; tanto de las que se mueven en el marco de la actividad, como las bipulsiones de la relación humana, que circundan el desarrollo de las actividades grupales. De la organización de las actividades depende también el interés por ellas de la macropulsión. Al ser algo agradable participar en la actividad, ésta se convierte en un hecho global placentero en su integridad. Por último, la misma naturaleza de la actividad, cuando es adecuada, favorece la fijación de grandes metas e ideales en relación a ella.

Si repasamos los elementos enunciados, encontramos que el deporte es la actividad social que permite todo eso junto y en mayor grado. Esto es lo que hace decir: “mente sana en cuerpo sano”. Sin embargo la mente sana no está determinada por la sola salud corporal. Lo que más hace a la mente sana es el despliegue integrado de las distintas funciones psicológicas, que el deporte eventualmente favorece. Pero ese “monopolio” por parte del deporte, de tales funciones psicológicas esenciales, no significa que sean propiedad exclusiva de él, sino que se pueden rescatar los valiosos elementos motivacionales presentes en el deporte y aplicarlos en todas las actividades sociales, especialmente en el trabajo. Como el espíritu deportivo, o emulación, espíritu de competencia, agonística, lucha moral, no aparecieron en la estructura del psiquismo humano para “permitir” la existencia de los deportes actuales, sino porque favorecían la productividad laboral de la tribu, el traslado de los elementos esenciales del deporte a la actividad laboral y al resto de actividades no sería más que la recuperación del natural funcionamiento psicológico en el desarrollo de las mismas.

La transformación del trabajo y las actividades sociales, adquiriendo un carácter de juego deportivo o competencia moral reglamentada, tendría dos efectos positivos: 1- entusiasmo por la actividad. 2- mejoramiento de la productividad material y cultural.

Veamos un ejemplo particular. Supongamos que en el interior de una fábrica se plantea una lucha entre las distintas secciones, a modo de juego deportivo, por la mejor producción de la jornada. Como se podrá notar, no es necesaria una gran modificación en la infraestructura de la fábrica ni en la naturaleza concreta del trabajo. El cambio se produce fundamentalmente en los elementos “invisibles” de la actividad. Solamente se agrega un reglamento de juego, más los métodos objetivos como criterio de triunfo, y la determinación de los premios para los ganadores.

Tal como hoy se ven los trabajadores de una fábrica, así mismo se verían en aquel caso; sólo que mientras trabajen, lo harían pensando en ganar el

juego-trabajo. El estado de ánimo puede variar de un extremo a otro aunque la posición del cuerpo y la forma de los movimientos sean los mismos. Cuando un sujeto experimenta un gran entusiasmo por una actividad en la que otro siente un continuo desagrado, la diferencia se debe sólo a los distintos contenidos psicológicos que acompañan el mismo acto material. Por ello, la misma actividad puede pasar de ser tediosa y detestable a ser fuente de entusiasmo (sin excluir la conveniencia de transformar las condiciones y la propia naturaleza de muchos trabajos).

Siguiendo con el ejemplo de la fábrica, supongamos que además de la disputa por el triunfo en la jornada, se está desarrollando paralelamente una competencia reglamentada entre las mismas secciones, por la mejor producción global del mes, y donde habrá un premio mayor para la sección ganadora.

Aquella primera lucha por el triunfo en la jornada tendría características de juego. En cambio el ganar la competencia mensual, como objetivo mediato, se acerca más a lo que entendemos por ideal. Otro elemento que puede ser una importante meta es el récord de producción de una sección, tanto en la jornada como en el mes, lo que tendría también un premio especial.

Los premios serían materiales en principio. Pero como junto al premio material se agrega inevitablemente el premio moral, ello permitiría ir disminuyendo el premio material, en la medida en que aumenta la proporción moral del premio, hasta que la motivación moral adquiriría con el tiempo una total autonomía, tal como la tiene el deporte (el deporte “sano” o natural, y no el que es objeto de los negocios). Esa autonomía moral de la motivación estaría ayudada, también, por aquel fenómeno por el cual cada sector de la actividad social desarrolla un sistema propio de valoraciones; es decir, se valora siempre la capacidad de rendimiento y demás virtudes individuales y grupales de quienes comparten el mismo ámbito de la actividad. Es natural que se tienda a creer que la actividad más importante es aquella en la que se halla ocupada la atención del sujeto. Las personas más admiradas corresponden por lo general al ámbito de la actividad social en la que está inmerso el interés del individuo. Pero es obvio que esto es relativo a las valoraciones. No obstante, es algo positivo el sentir que es importante la actividad que se realiza. Este fenómeno era útil en la tribu, porque favorecía el máximo interés por el buen rendimiento en cualquier actividad que eventualmente fuera necesario realizar.

Es importante no mirar el ejemplo que estamos analizando, desde la ideología y los intereses hoy dominantes en la realidad del capitalismo. Las valoraciones vigentes son muy degradantes con respecto al trabajo produc-

tivo concreto de los trabajadores. Porque si hay una actividad social que es la más importante de verdad para la sociedad, es el trabajo propiamente dicho, el que crea todos los bienes y riquezas: el trabajo productivo.

Por otra parte, la aplicación de ciertos intentos de competencia laboral, que conocemos, no tienen, como es sabido, la finalidad de “favorecer a los trabajadores”, sino que constituyen, más bien, la imposición de juegos macabros tendientes a aumentar la explotación y las ganancias, y que profundizan la angustia de quienes sólo aspiran a la subsistencia. Por eso, para que tenga algún sentido, debemos mirar siempre el ejemplo desde la nueva sociedad, desde la igualdad esencial de todos los hombres, desde la previa existencia de la primera y más básica de las condiciones generales de la sociedad, definida más arriba, que era el paralelismo de los intereses económicos y la justa distribución de los productos del trabajo. Esto supone necesariamente el socialismo científico, el predominio real de los intereses y la voluntad de los trabajadores, y donde no haya lugar para ninguna clase de “amigos del trabajo ajeno”. En tales condiciones, serían los propios trabajadores quienes decidirían, en última instancia, lo que conviene o no hacer con respecto a las condiciones de trabajo, en función de sus intereses y los de toda la sociedad (en el capítulo siguiente trataremos sobre todo lo que hace a esta importante condición de la vida social).

Existen todas las premisas para el desarrollo de la máxima valoración por ese trabajo y su nuevo carácter. Así como el triunfo en el ámbito de cada deporte es algo tan valorado a pesar de ocurrir todo en el “aire”, o sea sin dejar ningún producto concreto, mucho más valorable puede ser el triunfo en lo que además tiene un valioso producto social.

Siguiendo con el ejemplo, supongamos ahora que toda la fábrica está participando paralelamente en una competencia productiva contra el resto de fábricas similares de la región. Esta lucha se resuelve, por ejemplo, cada tres meses. El criterio de triunfo, nuevamente, es la mejor producción global de la fábrica ganadora en esos tres meses, con los premios correspondientes. Finalmente, se estaría desarrollando al mismo tiempo una competencia anual entre las distintas regiones.

Volvamos a los trabajadores de la sección de la fábrica. Estos se hallan en sus habituales puestos de trabajo. Pero ahora encontramos que la misma actividad que realizan en un momento dado, sirve simultáneamente para varios fines. El mismo acto de operar una máquina con eficiencia, por ejemplo, sirve para contribuir con la sección a la que se pertenece, en vistas al triunfo del grupo en la lucha por la producción de la jornada. También es útil para el triunfo de la sección en la disputa mensual. Luego, sirve para

contribuir con la fábrica para su victoria contra sus similares. A la vez, el mismo acto de operar correctamente la máquina es algo que ayuda al triunfo de la región. A ello se agrega el interés por el mejor desempeño personal, que puede determinarse objetivamente según la actividad. También, el interés por superar algún récord de producción, individual o grupal. Y por último, el interés por trabajar con eficiencia en algo que tiene la más alta importancia social, y cuyo producto se vuelca equitativamente al beneficio de toda la sociedad. Todo eso motivaría conjuntamente a operar la máquina de la mejor forma, en un marco de entusiasmos por la actividad.

### 3. Aplicaciones en las diversas actividades

Este sistema es aplicable prácticamente a todas las actividades sociales. Sólo hace falta hacer **expresa y reglamentada** la natural emulación que tiene lugar en todas las actividades, es decir, organizar claramente las condiciones y reglas de juego, de modo de canalizar de la forma más provechosa y saludable esa emulación universal. La misma se manifiesta necesariamente en las diversas actividades sociales, pero de la forma más enfermiza por no existir las condiciones adecuadas para su natural manifestación. En tal sentido sólo quedaría exceptuado el deporte, donde la lucha moral es por definición expresa y reglamentada.

Como ejemplo de otra actividad donde todo aquello es aplicable, tenemos la propia actividad científica. Además de las investigaciones independientes de cada científico, se pueden presentar problemas concretos a cada centro de investigación, con una fecha de presentación de los trabajos o hipótesis al respecto. En tal caso, deberían crearse métodos adecuados de evaluación que escojan los trabajos ganadores, aunque ninguno haya solucionado definitivamente el problema científico en cuestión (mejores hipótesis, etc.), o sea, se obtendría necesariamente el centro de investigación ganador, así como los galardones individuales. Aquí también puede funcionar en toda la sociedad aquel "círculo de círculos" de competencias combinadas y ordenadas según los distintos niveles. Lo que se debería tratar es que se presenten con cierta frecuencia los resultados, parciales y finales, que son los que mantienen la plenitud de la motivación y el entusiasmo. Ello favorecería el mejor rendimiento, o producción científica en este caso, y a su vez contribuiría a evitar la situación por la que un investigador debe esperar largo

tiempo para saber cuál fue la suerte que corrieron sus ideas. Es como si un jugador tuviese que esperar varios años para saber si entró o no la pelota que lanzó al arco.

Otra actividad donde el sistema es aplicable es la educación en general. Por ejemplo, se pueden distribuir en el aula varios grupos que compitan por el promedio de las calificaciones de los miembros de cada grupo. Así, cada sujeto desarrollaría un compromiso con su grupo, de modo de no ser el responsable del bajo promedio grupal. También, de esa manera cada uno se preocuparía por enseñar lo que sabe a sus compañeros. A la vez, se mantendría el interés por el reconocimiento a la mejor calificación individual. En realidad sólo así habría un verdadero reconocimiento, tanto por parte de los favorecidos compañeros de grupo como por todos, al tratarse de una clara disputa donde el **triunfo concreto** es lo que está en juego. Por otro lado, pueden agregarse periódicos concursos, donde los distintos grupos ofrezcan exposiciones o conferencias en equipo sobre los diversos contenidos de las asignaturas, obteniéndose puntajes o calificaciones especiales para los ganadores, así como para los segundos y terceros puestos, etc., los que pasarían a promediarse con los puntajes generales. Paralelamente a ello, toda el aula se estaría preparando para la competencia contra otros cursos similares, por el promedio en calificaciones de exámenes masivos. Aquí, el curso ganador sería el que logre el mejor promedio general, surgido de las calificaciones de jueces imparciales (junta de profesores, u otros métodos objetivos). A su vez, todo el establecimiento educativo participaría en competencias mayores donde se pondría en juego el “honor del colegio”.

Por otra parte, a nivel de quienes cumplen funciones directivas, éstos no serían ajenos al entusiasmo general. El “material emulativo” existe en abundancia. En los cargos de conducción, cada director o jefe de cualquier institución, sección, área, etc., siempre trata de evidenciar un buen desempeño. Pero ahora la prueba del grado de capacidad directiva o de conducción quedaría expresada en el triunfo del sector a su cargo. Los directivos disfrutarían el triunfo de su grupo o sector como un auténtico logro, es decir, como sucede con todo entrenador de un equipo deportivo triunfador, así como con los dirigentes de un club deportivo. En el caso de estos dirigentes, no sólo se disfrutaban las victorias de los propios equipos por identificación con ellos y con el club, sino que tales triunfos reafirman los valores de capacidad directiva. Por lo tanto, en la suerte que corra la propia sección, la fábrica, colegio, centro de investigación científica, estaría en juego la propia capacidad directiva y el conjunto de cualidades que ello implica, lo que quedaría expresado en la evidencia de los resultados.



Esta situación haría posible, también, que quien desempeñe funciones directivas no aparezca como una hostil autoridad en relación a sus dirigidos, con intereses y aspiraciones contrarios o desvinculados respecto a éstos, sino que al haber **claras metas comunes**, se convertiría en un verdadero compañero de tareas, compartiendo plenamente las aspiraciones de todo el grupo. Ello favorecería las relaciones entre los sujetos, así como el más óptimo funcionamiento grupal. Los directivos cumplirían, pues, la verdadera función de líderes, recuperándose la forma natural del liderazgo, que es inconcebible si no hay relaciones de compañerismo e interés común entre el eventual líder y el resto del grupo.

La actividad artística, por su parte, también ofrece las condiciones adecuadas para la aplicación del sistema. Los concursos de música, baile, pintura, poesía, etc., que vemos en la actualidad, y que tienen un verdadero carácter de lucha moral entre los participantes, por la calidad estética de la obra, son una prueba de las posibilidades que ofrece el arte como actividad.

Esta situación no significaría, como puede parecer, una “degradación” con respecto a las motivaciones propias del arte. Se trataría sólo de la creación de una nueva fuente de posibilidades, donde muchos artistas verían diversificadas las oportunidades de poner de manifiesto sus dotes y habilidades, sin que ello sea opuesto o excluyente en relación al resto de motivaciones presentes en la actividad artística.

Con respecto a los trabajos o actividades en que aparenta ser más difícil la aplicación de ese carácter de la actividad, sería no obstante siempre aplicable. Si no hay criterios o parámetros objetivos que determinen el triunfo, queda siempre la posibilidad de jueces competentes que definan los resultados. Inclusive en muchos deportes no hay métodos objetivos que decidan el resultado, pero todo se soluciona con la palabra de jueces que dan su fallo irrefutable. Todo lo que hace falta es la presentación clara y frecuente sobre quién ganó. Cuando esto no está presente, la emulación continúa en lo subyacente, perturbando las relaciones entre los compañeros de tarea, o entre colegas, etc. Por el contrario, si hay juegos expresos, cuyos resultados se presenten con nitidez en el ambiente, todo ello se invertiría.

Hay quienes tampoco serían ajenos al sistema: los ancianos. Al tener una larga experiencia en el ámbito de la actividad realizada durante años, nadie mejor que estas autoridades morales de la sociedad para cumplir la entretenida y valorable tarea de jueces (sin que ello impida la posibilidad de participar en las diversas actividades).

Además de funcionar el carácter de lucha o competencia moral en las distintas actividades sociales, demás está recalcar la importancia del deporte propiamente dicho. Al respecto, se pueden organizar variadas competencias

deportivas, así como juegos de cualquier tipo, entre los mismos grupos, regiones, etc., que se enfrentan por el rendimiento en las actividades productivas o culturales. De esos juegos se obtendrían resultados paralelos, que podrían promediarse con los obtenidos en las actividades laborales o culturales, o bien funcionar desvinculados como posibilidad alternativa de triunfo.

#### **4. Ventajas del sistema desde el punto de vista psicológico**

La forma exacta de la organización de las actividades es algo que escapa a toda posibilidad de descripción. Habría una infinidad de detalles técnicos que sería necesario contemplar en cada caso. Pero lo que nos debe interesar por ahora es lo esencial, es decir, los elementos comunes, o que estarían presentes por igual en todas las actividades, y que según veremos favorecerían el armonioso desenvolvimiento de las funciones psicológicas. Observemos cuáles serían las ventajas en relación al funcionamiento psíquico:

1- Muchos impulsos tendrían el campo más propicio para su normal satisfacción:

El imp. de aprobación tendría su natural manifestación, tal como la tiene en el deporte, donde es lo más habitual el deseo de tener una labor destacada, que será reconocida con todas las muestras de afecto y aprobación hacia el autor. En cambio, en el resto de actividades actuales el impulso se mueve frente a las más negativas condiciones, que hacen prácticamente imposible su natural satisfacción.

El imp. fraterno tendría su satisfacción en todo aquello que sea positivo para los diversos grupos de interés común, con los que se trataría de contribuir en todo momento. Esto, sobre la base de la identificación fraternal con cada grupo al que se pertenece, y con cada uno de los compañeros (colaboración, compañerismo, amistad, metas comunes).

El imp. recreativo, dado el carácter que tendrían las diversas actividades, encontraría indudablemente nuevas posibilidades para lograr su satisfacción.

El imp. de variación vería su satisfacción en el fin del tedio o hartazgo generados por la monotonía de los trabajos. Dicha monotonía sería reemplazada por el colorido de los nuevos matices de la actividad.

El imp. de agresión tendría menos posibilidades de movilizarse hacia el sadismo o la destrucción, al decaer el nivel general de severas frustraciones.

Por el contrario, se movilizaría con una orientación constructiva en la lucha con espíritu deportivo, satisfaciéndose junto al éxito en el logro de las metas. La agresividad con orientaciones socialmente enfermizas, como por ejemplo la que es causada por la envidia hacia las virtudes ajenas, quedaría reducida a su mínima expresión. La envidia, como sentimiento hostil, surge de la propia frustración. El presenciar en otro sujeto lo que uno no tiene causa el displacer de la frustración. Es el impacto de la obligada toma de conciencia de la propia carencia. (El sentimiento de “injusticia” se diferencia de esto en que el otro es concebido como el real causal y culpable del propio malestar). Pero si nadie está seriamente frustrado, no habría motivos para que aparezca una envidia enfermiza. Por tanto, se podría valorar y reconocer con gran pureza las virtudes ajenas. El natural agrado estético y admiración por las virtudes no serían obstaculizados por la propia frustración; menos aún cuando las positivas cualidades de un compañero, por ejemplo, además de ser motivo de orgullo para el grupo, son de especial importancia para el logro de las metas comunes.

El imp. de recuperación lograría el reencuentro con el estado de **entusiasmo**, que las condiciones y exigencias de la vida social quitan a la mayoría de los sujetos cuando llegan a adultos. Por otro lado, se recuperarían los grados normales de valoración o aceptación estables hacia el individuo como miembro del grupo, o en cuanto al normal reconocimiento a la persona, por ser cada uno un elemento importante para los fines grupales. También, y lo que es de suma importancia, se recuperaría en gran medida la forma natural del trabajo, donde las diversas funciones psicológicas se desenvolverían armoniosamente durante su desarrollo, siendo aquél nuevamente un juego, un deporte, un arte, etc., simultáneamente.

El imp. de curiosidad desarrollaría un constante interés por las novedades acerca de los múltiples resultados. Los comentarios y especulaciones cubrirían la atmósfera de las actividades. Digamos de paso, que la expectativa, suspenso, incertidumbre, “interés”, como componentes del estado de entusiasmo, característico en todo juego, se forman con una buena parte de sentimiento de curiosidad. (Otros elementos importantes son: el **temor** ante el probable carácter negativo de la sorpresa, y el **deseo** de la posible naturaleza positiva del incierto resultado).

El imp. de comunicación se vería también favorecido. Los intereses comunes más estrechos, y el acercamiento afectivo promovido por ellos, fortalecerían el compañerismo y la amistad, facilitando la fluidez de la comunicación interpersonal.

El imp. mediador sería el encargado de las frecuentes y profundas alegrías y estados de júbilo, inexistentes en la actualidad de los trabajos y las actividades sociales. La alegría es un placer que anticipa o refuerza el logro de otro objeto o hecho placentero. Pero al no estar ese hecho u objeto placentero, tampoco aparecen las reacciones de alegría y júbilo que lo anticipan y refuerzan.

Por último, el imp. de gozo también depende de la existencia de hechos placenteros que movilicen el deseo. En tal sentido corre la misma suerte que el imp. mediador. Pero cuando existe la real posibilidad de lograr hechos placenteros, allí aparece el sostenido deseo de su logro. En esa situación de continua oferta de gozo natural no habría necesidad de recurrir a métodos desesperados (excesos, adicciones, desviaciones) tendientes a lograr algún motivo de placer.

Hemos visto, así, **diez** impulsos que tendrían una regular y saludable satisfacción. El único impulso importante que quedaría al “desnudo” sería el sexual. Su natural satisfacción no se vería garantizada con la seguridad y equidad materiales o económicas ni con la adecuada organización de las actividades; sería el único que no alcanzaría a ser cubierto por alguna de esas dos condiciones generales de la sociedad. Al respecto, sería necesaria una labor educativa y preventiva que tienda al objetivo de asegurar que el arribo a la maduración biológica de la sexualidad sea acompañado por el comienzo de una normal y regular actividad sexual, que es para lo que se encuentra adaptado el psiquismo sano. De todas maneras, es de suponer que la propia transformación de la vida social tendría también una repercusión favorable al respecto, aunque en forma más indirecta y como producto del cambio cultural consecuente.

2- Al existir un campo de variados compromisos comunes y de importantes metas grupales, que serían objetivos claros y específicos, comenzaría a “girar” con toda su armonía el sistema de bipulsiones. En tales condiciones, se haría vigoroso el funcionamiento de los valores, tanto de los que corresponden directamente a la actividad (habilidad, inteligencia, creatividad, conocimientos, espíritu de sacrificio, capacidad de rendimiento, etc.) como de los valores de la relación humana, que rodean y matizan el desarrollo de las actividades grupales (lealtad, respeto, justicia, humildad, cumplimiento de compromisos, etc.).

Entre las bipulsiones, las que tendrían una participación más directa y relevante serían las de la lucha moral, moral grupal, y del rendimiento personal. La bip. de la lucha moral constituiría el “escenario general” para el movimiento de los valores. Se cargaría con un caudal de valores, que queda-

rían “amarrados” del triunfo-derrota. Así por ejemplo, el buen rendimiento, como valor, quedaría “prendido” del triunfo. Y puesto que el buen rendimiento incluye muchos otros valores componentes (labor inteligente, hábil, creativa, abnegada, etc.), el propio triunfo implicaría la aparición conjunta de todos esos valores. Por otro lado, alrededor de la posibilidad de la victoria grupal se desarrollaría un gran interés de la bip. moral grupal. El triunfo del grupo significaría “buen rendimiento grupal”. Por tanto, irían allí encajados los diversos valores positivos de la conducta grupal. Cuando es considerable el grado de identificación con el grupo al que se pertenece, el “honor” de cada uno de sus miembros queda naturalmente depositado en el resultado grupal.

Como se puede notar, las bipulsiones moral grupal y del rendimiento personal funcionarían subordinadas a la mecánica de la bip. de la lucha moral. Alrededor de los diversos resultados de triunfo-derrota, grupales o individuales, aquéllas se movilizarían con el máximo dinamismo y con su importante peso motivacional, arrastrando al conjunto de valores menores que ellas reúnen, los que quedarían librados al resultado de la lucha.

Por otra parte, el interés por el resultado individual no sería algo desvinculado con respecto a los fines grupales. En los campeonatos de equipos deportivos, por ejemplo, cada jugador procura en principio tener el mejor desempeño en vistas al triunfo grupal. Pero además del interés por colaborar con los fines grupales, funciona simultánea y paralelamente el interés por ser el goleador individual del campeonato, o ser el mejor jugador del partido, etc.; es decir, se trata de dos motivaciones paralelas y complementarias, que convergen naturalmente empujando al mejor rendimiento del conjunto.

Casi todas las actividades sociales permiten la identificación y el reconocimiento a los sujetos destacados (o en este caso ganadores) en lo individual. Por ello, al combinarse adecuadamente el interés por el triunfo grupal con el deseo de ganar en lo individual, se crearía el campo más favorable para que una diversidad de valores y motivaciones funcionen con su máximo esplendor bajo el marco de la bip. de la lucha moral o espíritu deportivo, donde todos serían protagonistas, y no sólo espectadores o aficionados como sucede con la gran mayoría en la actualidad.

El fenómeno del fanatismo deportivo en todo el mundo sería la expresión de dos necesidades fundamentales. Una, la de identificarse con algún grupo, sentir que se pertenece a él, que se tienen metas comunes. La otra, la necesidad de lucha o competencia moral, o con carácter de juego deportivo, que es inherente al psiquismo humano, y que las condiciones generales de vida de nuestro tiempo hacen que su práctica sea casi imposible para la mayoría de los sujetos. Pero el fanatismo deportivo (junto a otros) sólo puede satisfa-

cer parcialmente aquellas necesidades. Nunca se pueden satisfacer plenamente cuando el sujeto es eternamente espectador. En cambio, con la nueva organización de las actividades sociales y el trabajo, se podría ser protagonista de apasionantes competencias, individuales y grupales, en aquello que a la vez tiene la máxima importancia para la sociedad (actividades laborales, científicas, educativas, etc.).

3- La macropulsión es, como vimos, el mecanismo por el que el sujeto busca vivir hechos globales placenteros y evita los displacenteros. Entre los hechos globales que más interesan a la macropulsión se destacan las actividades a realizar. Por tanto, si las actividades, además de ser tareas de gran utilidad social, pasaran a ser verdaderos entretenimientos, significarían una gran oferta para el interés esencial de la macropulsión.

4- Ese mismo campo social favorecería el funcionamiento de los aparatos:

El aparato ético evaluaría las cualidades de los individuos y grupos en base a los resultados de triunfo-derrota en las actividades. Esos seguros indicadores que tendría la función del aparato harían que su actividad valoradora (y estimadora-desestimadora) se ordene bajo criterios objetivos. La utilidad de esto no radica solamente en facilitar la actividad del aparato ético, sino que ello organizaría y daría orientación a la actividad de los aparatos de la moral personal y de la moral grupal. El triunfo-derrota constituirían un parámetro o indicador objetivo para la evaluación de los valores. Como los participantes tendrían igualdad de condiciones y posibilidades, los resultados hablarían por sí mismos sobre las capacidades y cualidades de los grupos e individuos. El triunfo de un grupo, por ejemplo, sería la prueba de virtudes tales como: buen funcionamiento grupal, inteligencia en las estrategias y tácticas, laboriosidad, habilidad, etc. Así, cada grupo o individuo encontraría en los triunfos concretos la existencia de metas claras como ideales morales.

El éxito en esos ideales-metas, individuales o grupales, es automáticamente “proveedor” de virtudes. En el caso del deporte, por ejemplo, resultar campeón o triunfador significa la adquisición automática del conjunto de virtudes que hacen a ese título. El título de ganador o campeón lleva encerrado un correspondiente conjunto de cualidades positivas o virtudes. Aunque un grupo gane por azar, de todas formas recién allí se convierte en un grupo hábil, inteligente, capaz, etc. Esto es así, porque el aparato ético trae preparado el mecanismo de reconocer al triunfador, descontando que el que gana es el mejor en el grado de las cualidades que sirven para ganar (lo cual tiende a ser así en general). El que evalúa no necesita “verificar” esas cualidades. El triunfo ya le dijo todo lo que quería saber. Ahora sólo reconoce y admira al ganador. La propia condición por la que existe ese “práctico”

mecanismo lleva sin dudas a favorecer el interés por el triunfo. Por eso, gracias al orden objetivado que tendrían las valoraciones, los aparatos de la moral personal y de la moral grupal verían en los triunfos correspondientes los más claros ideales.

Los ideales morales son los que mantienen el entusiasmo y la motivación en todo deportista. Siempre hay ofertas de títulos de campeón que orientan las aspiraciones individuales o grupales. También los récords se fijan como grandes aspiraciones o ideales-metas. Todo ello es lo que, por ejemplo, mantiene el entusiasmo en una aparentemente monótona sesión de entrenamiento. Pero lo que hace que no sea monótona es la reiterada imagen o representación mental del acto de lograr el ideal-meta y la nueva condición virtual que se consigue con ello. Esto es lo que está presente continuamente en la sesión de entrenamiento. Allí se vive a cada momento disfrutando anticipadamente el ideal.

Con respecto a los aparatos del bienestar personal y del bienestar grupal, esas condiciones de vida, donde tendría lugar un entusiasmo general por el trabajo y las actividades sociales, significarían el logro de una buena parte de lo que entendemos por bienestar personal y social. Pero, obviamente, estos aparatos no paralizarían su actividad, sino que continuamente aparecerían nuevos ideales de bienestar, compartidos por toda la sociedad, y orientados siempre hacia el ininterrumpido mejoramiento de la vida (además de los ideales de bienestar que hacen a los aspectos de la vida particular o privada).

Por último, el aparato de la integración general, como síntesis de los otros aparatos, tendría el mejor campo para orientar su actividad hacia las renovadas metas que lleven a lograr o a mejorar la felicidad. Habrían diversos ideales, que no sólo serían accesibles o posibles de ser alcanzados y disfrutados, sino que además mantendrían constantemente un elevado entusiasmo de vida durante el propio trabajo orientado hacia su logro.

Como se podrá observar, la felicidad objetiva de que hablamos abarca los dos momentos del proceso por el que los aparatos tratan sobre los ideales que hacen a la felicidad: 1- conformidad pasiva luego del logro del ideal. 2- disconformidad activa y entusiasta durante la que se trabaja por su logro. En otros términos, incluye todo el tiempo que duran las reacciones de alegría por el éxito en el logro de los ideales-metas, más la conformidad con los valores conquistados; y también comprende la propia actividad de los aparatos desde la fijación del ideal hasta su logro. Así, se incluyen los dos momentos de la rueda y los siguientes dos momentos sucesivos, es decir, abarca el continuo giro de la rueda. De los dos momentos del proceso, el

más importante para la felicidad objetiva es, paradójicamente, la felicidad **sentida** mientras se lucha y trabaja para lograr la felicidad. No obstante, el logro de la meta no puede faltar de ningún modo, al igual que la situación en que se la disfruta intensamente.

5- En caso de lograrse una alta valoración por los resultados, éstos despertarían un gran interés, que se traduciría al estado de **entusiasmo**. La propia incertidumbre de un resultado por el que existe un gran interés lleva a generar un estado de expectativa, suspenso, deseo, etc., así como frecuentes reacciones de placer, producto de la continua representación mental de un resultado positivo que puede presentarse con cierta probabilidad.

Entre otras actividades o situaciones, el juego con carácter de lucha (ganar-perder), así como el trabajo orientado al logro de ideales, son elementos que promueven de manera significativa el estado de entusiasmo. Ello respondería a los factores comunes que contienen ambas situaciones, que serían precisamente los causales del entusiasmo. Uno de esos factores es el deseo de una **clara meta** (ganar y lograr el ideal respectivamente). Otro es la **lucha** como esencia común; o sea, existen obstáculos o elementos en contra que tienden a impedir el éxito o a que se produzca el fracaso, por lo que se desarrolla la máxima motivación para vencer los factores en contra y obtener el éxito. Por último, hay una **incertidumbre** del resultado; están presentes las posibilidades de éxito o fracaso.

Pero una condición básica para que tenga lugar ese entusiasmo es la **mediana dificultad en el logro de la meta**. Si un jugador gana siempre, o, por el contrario, pierde siempre, desaparece el entusiasmo y el interés por el juego. Lo mismo con respecto a los ideales. El entusiasmo no está presente si el logro del ideal es prácticamente imposible; tampoco si todo es fácil y no hay nada a qué aspirar, es decir aquí directamente no habría ideales ni entusiasmo al respecto. En resumen, no hay entusiasmo si la meta es muy difícil, muy fácil, o si no hay meta alguna. Sólo se produce plenamente cuando la meta es de mediana dificultad. Este es el punto de equilibrio que moviliza el conjunto de reacciones anímicas que dan lugar al continuo tono emocional del entusiasmo.

El entusiasmo generado por el trabajo orientado hacia el logro de ideales es más estable y abarcativo en relación al promovido por un juego de resolución inmediata. Los estados de entusiasmo generados por los juegos de la jornada serían como satélites que giran alrededor de un planeta, mientras que el entusiasmo por el trabajo hacia ideales sería el planeta que gira en la órbita mayor. En el caso del modelo del equipo deportivo, el estado anímico de los jugadores que se enfrentan en un partido es el cotidiano entusiasmo del momento. Pero durante el resto del día sobrevive el continuo entusiasmo



sostenido por la esperanza de obtener el título de campeón de la temporada, o de lograr un importante récord, o la posibilidad de ser el goleador individual del campeonato.

La misma relación estaría presente en el ejemplo de la fábrica, al igual que en todos los campos de la actividad social. El entusiasmo por el juego-trabajo de resolución inmediata estaría girando alrededor de la órbita mayor del entusiasmo promovido por las metas más grandes y más anheladas.

Esa forma de la actividad anímica, promovida por el trabajo orientado hacia los ideales, más los estados de entusiasmo “satélites” surgidos durante los juegos de resolución más inmediata, rellenarían entre ambos la plenitud del mejor movimiento de la vida anímica.

### 5. Ventajas del sistema en relación al progreso de la productividad material y cultural

La competencia, emulación, etc., como contradicción dialéctica “encarnada” en el hombre, es un elemento fundamental para el progreso de la productividad en las actividades sociales. A causa de ese beneficio concreto, la selección natural permitió la sobrevivencia a las tribus que poseían tales mecanismos de competencia moral.

La aplicación de aquel “círculo de círculos” de competencias morales productivas en la sociedad, significaría el movimiento continuo de un sistema de contradicciones, bajo el natural espíritu deportivo. A primera vista, tal sistema nos habla del progreso global del rendimiento en las actividades laborales y culturales que podría tener lugar con su aplicación.

Como el psiquismo se encuentra adaptado para la lucha por el logro de las más diversas metas, es durante esa lucha donde se produce la máxima motivación y el más vital entusiasmo. Durante la lucha por lograr metas, especialmente de mediana dificultad, es cuando se generan las máximas energías de la motivación y el florecimiento de las fuerzas creadoras del hombre. Por tanto, aquellas luchas reglamentadas, con carácter deportivo, donde a causa de las propias características de la justa deportiva **las metas serían naturalmente de mediana dificultad**, constituirían el campo más apropiado para el mejor desarrollo de las potencialidades de rendimiento y realización humana.

Es sabido que el deportista despliega las máximas energías que puede un ser humano. Sin embargo, sus notables esfuerzos tienen lugar en el marco de un gran entusiasmo. Esto es así, porque las condiciones objetivas del deporte

(lucha, mediana dificultad de la meta, incertidumbre del resultado) son las más favorables, no sólo para el máximo despliegue de las energías, sino paralelamente para el mejor estado anímico.

Como sabemos, en términos generales la naturaleza solamente permite el buen estado de ánimo en lo que es útil a la sobrevivencia. Luego, como el despliegue de las máximas energías de los miembros de la tribu era quizás lo más útil de todo, evidentemente tal cosa debía estar acompañada por el más favorable de los estados de ánimo. En otros términos, sobrevivieron las tribus cuyos miembros sentían un mayor entusiasmo durante la lucha y el esfuerzo del trabajo tendiente al logro de los bienes materiales (que son los mismos con los que se logran los bienes morales: buen rendimiento, ser mejor, etc.; y espirituales: beneficio para la tribu).

En definitiva, si están organizados adecuadamente los elementos y detalles técnicos de aquel sistema de competencias morales productivas, estaría asegurado un importante incremento de la **motivación**.

Las contradicciones o luchas en todos los niveles de la actividad social favorecerían, entonces, la máxima motivación o el máximo despliegue de las energías humanas. Sin embargo, tal aumento de las energías de la motivación no sería la única fuente de progreso productivo que promovería el sistema. El aumento de la motivación, desde un nivel medio en el que lo podríamos considerar actualmente, hasta el nivel máximo, implicaría un progreso en el nivel productivo pero sólo la primera vez, puesto que una vez que la motivación se ha estabilizado en la “meseta máxima”, ya no puede haber un nuevo progreso a causa de un imposible aumento de la motivación. Por eso, una vez logrado el máximo de energías motivacionales, y de haberse producido el correspondiente aumento de la productividad, de allí en adelante la motivación se transforma en un factor constante. Todo nuevo progreso comienza a depender del mejor **aprovechamiento** de las mismas energías de la motivación, es decir de la aplicación de las mejores **técnicas** o **métodos**. El progreso ulterior dependerá solamente del progreso de las técnicas o métodos que permitan el cada vez mejor aprovechamiento de ese mismo esfuerzo, concentración, voluntad creadora, etc., que es ahora un factor constante.\*

Aquel primer incremento de la productividad, determinado por el aumento de la motivación, no sería un auténtico progreso, sino sólo un aumento

---

\* Al hablar de mejores técnicas o métodos, debe entenderse todo aquello que signifique lo más avanzado en un momento dado, sin distinguir el campo de su aplicación. Se trata de todo cuanto sea novedoso y eficiente en cada ramo de la actividad, y que de un modo u otro haga al progreso y desarrollo de la sociedad.

“bruto”, a modo de ventaja básica. El verdadero progreso sería el ulterior, el experimentado por la aplicación de las nuevas técnicas, que se irían desarrollando en el marco de las contradicciones o competencias productivas. Tales luchas constituirían el gran motor que funcionaría a toda máquina, haciendo mover intensamente el **interés** por inventar y/o aplicar las mejores técnicas o métodos, en vistas al triunfo individual, grupal o regional.

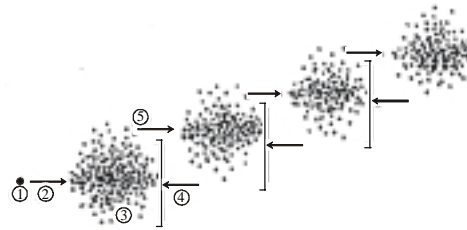
Esa relación entre el quantum de la motivación y el progreso de las técnicas es algo que se ve claramente en el caso del deporte. El triunfo deportivo siempre exige el máximo esfuerzo. Pero como en general los deportistas aplican por igual el esfuerzo máximo, el resultado pasa a depender de las nuevas y mejores técnicas deportivas (sistemas de entrenamiento, estrategias y tácticas de juego, perfección del calzado a utilizar, etc.) y no ya de la motivación. Sin embargo, no podría haber **interés** por inventar, desarrollar y/o aplicar las mejores técnicas sin la premisa de la máxima motivación, surgida del movimiento de la **contradicción** o competencia deportiva.

## 6. La ley universal del progreso

Para que tenga lugar el progreso de algo, deben haber en principio dos fuerzas opuestas. Una es la fuerza creadora y la otra la destructora de lo creado. Tomemos como ejemplo la evolución biológica. Cuando una especie se reproduce en abundancia, estamos en presencia de la fuerza creadora o afirmadora. Por su parte, la adversidad de la naturaleza constituye la fuerza destructora o negadora, que tiende a eliminar a esos nuevos individuos. Sin embargo no elimina a todos, sino sólo a los peores, mientras que los mejor capacitados, gracias a sus adecuadas aptitudes, vencen la fuerza negadora y logran sobrevivir. Los mejores, únicos sobrevivientes, establecen el nuevo punto de partida desde donde se originará la siguiente reproducción o generalización de individuos similares; es decir, la fuerza creadora tiene ahora un punto de partida más elevado. Los nuevos descendientes serán, en su conjunto, de mejor calidad adaptativa que en la reproducción anterior. Pero otra vez, la renovada fuerza destructora o negadora de la naturaleza tiende a eliminar a estos individuos; pero sólo eliminará a los peores. Los que nacieron con algunas ventajas lograrán vencer la adversidad, sobreviviendo y reproduciendo su género. Nuevamente, de los múltiples hijos algunos heredarán rasgos superiores a los propios padres, otros tendrán rasgos de inferior calidad, y la mayoría será de un nivel similar al punto de partida. Así, la fuerza destructora eliminará con el tiempo a todos menos a los más

aptos, los que marcarán el nuevo y más alto punto de partida, y así sucesivamente.

Esquemáticamente:



1- punto de partida inicial. 2- fuerza creadora o afirmadora. 3- producto de la reproducción variada y al azar, promovida por la fuerza creadora o afirmadora. 4- fuerza destructora o negadora, que elimina lo malo y lo mediano. 5- nuevo punto de partida desde lo que sobrevive.

Si imaginamos retirar la fuerza negadora, desaparecería el progreso en la orientación unilateral del cambio paulatino. En tal caso, el proceso tendería a ser horizontal, reproduciéndose prácticamente el mismo nivel del punto de partida inicial. En cambio, al haber una fuerza negadora se va eliminando lo malo, elevándose paso a paso el nivel de lo vigente.

Esos mecanismos de la ley del progreso no son exclusividad de la evolución biológica, sino que son leyes universales de toda evolución. La evolución biológica es sólo un caso particular de la ley. La misma está presente, por ejemplo, en el progreso de las ideas. Aquí, la crítica es la fuerza destructora o negadora. Desde el punto de partida del nivel de conocimientos que tiene un sujeto, surgirá la variedad de nuevas ocurrencias (fuerza creadora). Cada una de esas nuevas ideas deberá enfrentar la fuerza de la severa crítica (o autocrítica) que tiende a eliminarlas o desecharlas. Así, la crítica destruirá grandes cantidades de hipótesis “hijas”. Pero las ideas que tengan el mayor peso lógico resistirán el embate de la crítica y sobrevivirán; o sea, las únicas ideas sobrevivientes serán las mejores. Estas marcarán el nivel del nuevo punto de partida para la siguiente variedad de nuevas ocurrencias. Y otra vez, la severidad de la crítica irá al choque frontal contra cada una de las ocurrencias “hijas”, destruyendo todas las que carezcan de un cierto nivel lógico, sobreviviendo las más resistentes, y repitiéndose continuamente el mecanismo del progreso. En cambio si alguien, contrario a aceptar la crítica y/o autocrítica, no promueve la eliminación de ideas propias que son malas desde el punto de vista lógico, continuará con el mismo punto de

partida, y con una reproducción “horizontal” del mismo nivel, sin experimentar el mecanismo del progreso.

La ciencia y la religión son los mejores modelos, opuestos, de lo que hablamos. La ciencia continuamente emite nuevas ideas en abundancia, a lo que le sigue la severa fuerza negadora de la crítica (basada fundamentalmente en las evidencias de la verificación práctica), que elimina todo lo malo, dejando “vivo” lo que se defiende a sí mismo por su fuerza lógica. Lo que sobrevive marca el nuevo y más alto punto de partida para la infinidad de nuevas hipótesis, de las que sólo sobrevivirán las mejores, y así sucesivamente. La religión en general es lo contrario. Sus contenidos no son objeto de crítica ni discusión. Ello hace que el mismo nivel de contenidos se reproduzca horizontalmente durante siglos, sin experimentar aquel mecanismo.

Un último ejemplo de la ley del progreso es precisamente el que nos interesa ahora: el progreso de las técnicas. El mecanismo esencial es el mismo que en los ejemplos anteriores. De la variedad de técnicas que existen en un momento dado, sólo sobreviven las más eficaces y el resto se elimina. Luego, desde el punto de partida de las técnicas sobrevivientes surge la nueva reproducción. Durante la reproducción o generalización, en toda la sociedad, de una técnica eficaz, algunos aplican modificaciones. Estas favorecerán a unos y perjudicarán a otros. Nuevamente, la fuerza negadora eliminará con el tiempo a todas las técnicas malas y medianas, sobreviviendo las mejores, las que establecerán el nuevo y más elevado punto de partida para la siguiente reproducción o generalización, y así sucesivamente.

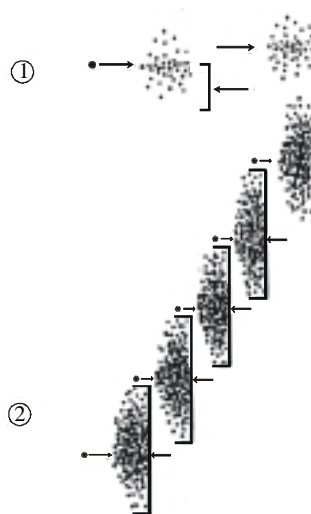
La fuerza negadora, en este caso, está dada en el propio mecanismo de elegirse necesariamente lo mejor y de despreciarse lo peor. Consiste en lo excluyente de lo que quedará. Hay espacio para unas pocas técnicas: las mejores. Es como si las técnicas lucharan por ocupar ese espacio excluyente. Cada técnica “aspirante” hace de fuerza negadora para el resto. La propia limitación del espacio es el factor adverso para cada aspirante a ocuparlo. Sólo sobrevive la mejor técnica y el resto se elimina.\*

---

\* Estos procesos de unidad y lucha entre dos fuerzas contrarias generales, como son las fuerzas creadora y la destructora de lo creado, constituyen el mecanismo básico de lo que se manifiesta como ley de negación de la negación. Es decir, todo el proceso en su conjunto se desarrolla como un movimiento espiralado ascendente, o como un zig-zag en elevación, por el cual lo nuevo niega a lo viejo, y a su vez lo más nuevo y mejor vuelve a negar o desplazar a lo que antes era nuevo y bueno pero que pasó a convertirse en malo, y así sucesivamente. Por otra parte, en este mismo marco ocurre el funcionamiento de la ley de los cambios cuantitativos y cualitativos. El proceso de paulatino cambio o transformación unilateral de lo que va progresando va experimentando saltos cualitativos en el camino: nuevos órganos y funciones en la

## 7. Factores de los que depende la aceleración o desaceleración del progreso

Lo acelerado o desacelerado del progreso depende de la intensidad de la lucha entre las fuerzas afirmadora y negadora. Ello significa que será más acelerado el progreso mientras la fuerza afirmadora o creadora sea más **abundante** en su producción, y la fuerza destructora o negadora tenga a su vez la máxima **severidad**, dejando en pie sólo lo mejor de lo creado.\* A esto se agrega la condición de la máxima **rapidez** de ese proceso; es decir, que la reproducción por parte de la fuerza afirmadora no solamente sea abundante sino también inmediata, y que la fuerza destructora, además de tener la máxima severidad, actúe rápidamente en su tarea eliminadora. Veamos los dos gráficos que siguen. En el primero hay poca abundancia de la fuerza creadora, poca severidad de la destructora, y lentitud en el proceso. En el segundo caso tenemos una gran abundancia de la fuerza creadora, la máxima severidad de la fuerza negadora, y rapidez en el proceso. En ambos casos el progreso está expresado en la altura alcanzada en la unidad de avance horizontal (tiempo):



evolución biológica; descubrimientos en el caso de la ciencia; inventos en la evolución de las técnicas.

\* Esa severidad de la fuerza negadora nunca debe llegar al punto de eliminar todo; o sea, siempre debe ir quedando algo de lo creado. De lo contrario es obvio que se interrumpe automáticamente el proceso.

## 8. Condiciones para la aceleración del progreso en el rendimiento del trabajo y las actividades sociales

En base a lo visto se rescatan tres factores generales de los que depende la aceleración del progreso en la productividad material y cultural:

1- Abundancia de la fuerza creadora. Esto es, la invención continua de variadas técnicas, métodos, tácticas, estrategias, tendientes a mejorar el rendimiento productivo y cultural. Es evidente que de la multiplicidad de pruebas surgirán con más frecuencia nuevas técnicas eficaces.

2- Existencia de un criterio ágil que permita la rápida y segura identificación de las mejores técnicas o métodos.

3- Rapidez con que las técnicas más ventajosas, o identificadas como las mejores y seleccionadas por ello, se generalizan o reproducen en toda la sociedad, desplazando a las menos eficaces.

Estos elementos no son más que la adecuación a los pasos o etapas regulares del mecanismo del progreso. Por eso, la aceleración de dicho progreso sólo depende de la amplitud y rapidez de tales pasos.

Para que tenga lugar esa amplitud y rapidez es indispensable la premisa de otra contradicción más básica o primaria, como fuerza motriz que ponga en movimiento el máximo **interés** por inventar, seleccionar y aplicar lo que es eficaz. Tal contradicción básica o motriz consistiría, entonces, en el desarrollo de las múltiples y equilibradas luchas o competencias morales en el marco de las actividades sociales y el trabajo. La propia existencia de una situación objetiva de contradicción o lucha entre grupos e individuos, alrededor del triunfo, significaría la condición estimulante para el desarrollo del máximo interés en la invención, renovación y selección de las técnicas a aplicar.

La amplitud y rapidez de aquellas fases del progreso (1- gran producción de la fuerza creadora, 2- severidad de la fuerza negadora, que elimine todo lo malo y lo mediano dejando sólo lo mejor, 3- rapidez en la reproducción o generalización de eso bueno que sobrevive y en la eliminación del resto) estarían presentes con la aplicación del sistema de contradicciones del que hablamos:

1- Al haber un interés por ganar en las competencias individuales, grupales o regionales, en todos los órdenes de la actividad social, habría constantemente un deseo de crear o inventar nuevas técnicas o métodos que lleven al triunfo. Esa motivación haría multiplicar las fuerzas creadoras en todos los niveles.

2- El criterio ágil para la rápida y segura identificación de las mejores técnicas o métodos surgidos, y eliminación de los peores, sería el **triunfo**. El triunfo reiterado de un individuo, grupo o región, sería la prueba de la supremacía de las técnicas, métodos, planes, estrategias, que permitieron su mejor producción material o cultural y con ello su victoria.\*

3- El interés por el resultado movilizaría la más rápida generalización o reproducción de las mejores técnicas y la inmediata eliminación de las menos eficaces. Nadie seguiría aplicando los viejos métodos cuando ello es sinónimo de fracaso.

## 9. El ejemplo de Grecia

En base a lo que estamos tratando, podemos deducir que el sorprendente progreso y florecimiento cultural de la Grecia antigua habría sido permitido en gran medida por la aplicación espontánea de estas leyes. Allí existía un espíritu deportivo o agonístico manifiesto en las actividades culturales. La lucha en el plano moral trascendía la esfera del deporte propiamente dicho, haciéndose extensiva al marco de las diversas actividades.\*\* Según tenemos entendido, se realizaban, por ejemplo, importantes competencias en las diversas artes, y hasta certámenes matemáticos de gran interés público. En un ambiente así, donde las actividades contienen un carácter de juego deportivo, o de lucha moral **expresa**, más la elevada valoración e interés por el triunfo, el progreso sería algo necesario de ocurrir. Aunque desde el punto de vista técnico no sea muy ordenada la organización de las actividades, aquellas condiciones significan siempre un gran estímulo para la creatividad y el progreso en general.

El experimento natural de Grecia sería también una prueba de las ventajas y los positivos resultados que podría tener ese carácter del trabajo y las actividades sociales. Claro que en el caso griego todo ese progreso y florecimiento se limitaron a la producción cultural, y gracias al sostén del trabajo productivo de los esclavos, excluidos de todo beneficio.

---

\* El triunfo, como práctico y seguro resultado-guía, indicador de lo que es o no eficaz, significaría un reemplazo, en todo sentido superador, de la ganancia económica, como elemento que cumple con esa función en el capitalismo.

\*\* Diem Carl. **Historia de los deportes**. Luis De Caralt Editor. Barcelona 1966. Pág. 126-127



## 10. La unidad de lucha y cooperación

Para observar lo que sería la adaptación de las motivaciones del trabajo al funcionamiento psicológico natural durante la actividad, analizaremos paralelamente una tribu primitiva y una fábrica en la que tiene lugar el nuevo carácter de la actividad. Tanto la tribu como la fábrica se encuentran en plena actividad laboral; la tribu repartida en subgrupos que se separan, y la fábrica especialmente organizada en varias secciones o plantas que realizan un trabajo similar. Focalicemos al mismo tiempo la atención en un individuo de la tribu y en un trabajador de alguna de estas secciones, donde ambos desarrollan un gran interés por el mejor rendimiento laboral. Veamos algunos elementos motivacionales que componen ese interés por el mejor desempeño:

1- El deseo por destacarse en lo individual. Eso llevará al reconocimiento hacia el sujeto por parte de los compañeros del subgrupo de la tribu, o de los compañeros de la sección de la fábrica. También, la labor individual destacada puede convertir al sujeto en la figura eventual de la tribu, o de la fábrica toda (récord de producción, etc.).

2- El buen desempeño personal es movido también por el interés de colaborar con el subgrupo de la tribu, o con la sección de la fábrica, para lograr el triunfo en la emulación contra el resto de subgrupos o secciones.

3- Paralelamente, está presente el interés de colaborar con la tribu en su conjunto, o con la fábrica toda, en procura del éxito de la tribu contra la adversidad de la naturaleza, o del éxito de la fábrica en la competencia contra sus similares de la región.

De tal manera, encontramos simultáneamente: una **lucha** contra el resto de individuos por ser el mejor en lo individual; una **lucha** entre el subgrupo propio contra el resto de sus similares por el mejor desempeño subgrupar; y por último una **lucha** entre la tribu contra la adversidad, o entre la fábrica contra el resto de establecimientos similares.

Pero al mismo tiempo que se lucha, se está **cooperando** con los compañeros del subgrupo o sección, para lograr el triunfo grupal como meta común. También, el propio subgrupo se encuentra **cooperando** con los subgrupos rivales en relación a los fines de la tribu o fábrica en su totalidad.

Dado que la lucha y la cooperación son relativas al efecto considerado, simultáneamente se coopera con los propios contrincantes. Un subgrupo lucha contra los otros en relación al efecto de triunfo o derrota entre ellos. Pero a la vez, las mismas energías que cada subgrupo vuelca hacia su respectiva tarea para vencer a los otros son las que se suman y convergen en

favor del producto global de la tribu o fábrica. Así, en relación al efecto de aumentar la producción global de la fábrica para vencer a las otras, las secciones están **cooperando** mientras luchan entre sí; y mayor será la cooperación para tal fin mientras más intensa sea la lucha por el triunfo interno. Lo mismo con respecto a la tribu. Los subgrupos enfrentados en forma emulativa, más cooperan con el logro del máximo producto global para la tribu mientras más intensa sea la lucha moral por ser el subgrupo más exitoso o productivo.

Tal simultaneidad objetiva de los fenómenos de lucha y cooperación tiene su correlato a nivel de la estructura motivacional y de las reacciones subjetivas. En relación a lo que es lucha está la fuerza del interés **moral**, y en lo que hace a cooperación se encuentra presente la motivación **espiritual**. Pero como simultáneamente se está luchando y cooperando con los propios compañeros, al mismo tiempo actúan las tendencias morales y espirituales: ganar o ser mejor, y beneficio para el conjunto, respectivamente.

La adaptación del psiquismo a la dialéctica de la lucha y la cooperación unidas en el mismo hecho es la adaptación de la motivación humana a las leyes objetivas de la realidad, a la necesidad de contradicciones internas, sin que ello sea excluyente con respecto a la cooperación y colaboración, sino un refuerzo complementario para la máxima eficiencia del conjunto.

### 11. Leyes de la dialéctica, trabajo y psiquismo

Durante la evolución de la especie, y en el marco de la lucha objetiva por la sobrevivencia de la tribu, el trabajo se fue desarrollando en su forma, ajustándose cada vez con más precisión a las condiciones o exigencias objetivas de las leyes de la dialéctica, en especial a la ley de la contradicción interna, o unidad y lucha de contrarios, de modo que ello permitiera la máxima productividad posible. Es decir, fueron sobreviviendo las tribus que se iban ajustando de la manera más perfecta a las condiciones o exigencias de tales leyes. Al seleccionarse las tribus que gracias a esa forma de trabajar eran las más eficaces en el logro de los medios de subsistencia, se fueron seleccionando, obviamente, los psiquismos que en su estructura esencial venían mejor adaptados para esa forma eficaz del trabajo (espíritu deportivo o emulación, entusiasmo por aquella forma de trabajo, etc.). Así, tenemos la siguiente relación: la forma del trabajo de la tribu se ajustó a las exigencias de las leyes de la dialéctica para la máxima productividad. El psiquismo, por su parte, se formó ajustándose a esa forma del trabajo. Por carácter transitivo, el psiquismo se estructuró adaptándose a aquellos mecanismos dialécticos.

Pero por determinadas circunstancias, inherentes al desarrollo histórico de la sociedad, la forma del trabajo se desvió de aquella adecuación a las exigencias de las leyes dialécticas. Por tanto, el psiquismo se ajusta como puede a ese trabajo, desviándose junto con él. Esa desviación de la forma del trabajo y del modo del funcionamiento psíquico, con respecto a aquellas condiciones de las leyes dialécticas, tiene hoy dos efectos negativos: 1- poco progreso de la calidad del rendimiento laboral y cultural (en relación a lo posible). 2- disconformidad con la forma del trabajo y ausencia de todo entusiasmo.

Las leyes de la dialéctica no se pueden modificar; corresponden al “almacén lógico” de la realidad. Luego, la estructura esencial del psiquismo y su sistema de funciones necesarias, al menos por ahora, tampoco es modificable. Lo único que queda para transformar es el trabajo y su forma de organización, o sea, volverlo a adecuar a las exigencias objetivas de las leyes dialécticas y a las necesidades funcionales del psiquismo. El adaptar el trabajo a aquellas condiciones dialécticas implica adaptarlo al psiquismo. O también, adaptar el trabajo a los requerimientos funcionales del psiquismo, significa su ajuste a las exigencias de las leyes de la dialéctica para la mejor productividad. Tal adecuación de la forma de organización del trabajo y de toda actividad social tendría dos efectos positivos: 1- progreso de la productividad material y cultural. 2- entusiasmo por la actividad, florecimiento de las fuerzas creadoras, salud mental y mejoramiento de la vida social en general.

## 12. Sobre la aplicación del sistema

La forma concreta de la organización de las actividades es algo que quedaría librado a las investigaciones de las ciencias sociales y a las experiencias prácticas al respecto, así como en última instancia a la creatividad de los propios trabajadores y de quienes participen en las diversas actividades. Pero en principio encontramos que es incalculable la cantidad de combinaciones posibles sobre las distintas competencias o certámenes individuales y grupales.\*

---

\* Un tipo de competencia que podría tener lugar en forma paralela a la de los ejemplos presentados consistiría en la división de **bandos** en cada ramo de la actividad social. Esto, en virtud de que no sólo existen sentimientos localistas, sino que también se da la identificación con agrupaciones cuyos miembros, a pesar de estar física o territorialmente separados, se ven unidos en lo espiritual y moral por intereses, causas o aspiraciones comunes.

También es inimaginable la cantidad de formas del aprovechamiento de la tecnología moderna. Los progresos alcanzados en los campos de la informática y las comunicaciones servirían para el inmediato registro y difusión de los múltiples resultados parciales y totales en todos los órdenes de la actividad social.

En relación a la aplicación del sistema, hemos observado muchas ventajas sin hallar desventaja alguna. Sin embargo, no se puede esperar que sea fácil hacerlo funcionar en la práctica. En el intento aparecerían sin dudas obstáculos y dificultades de diversa naturaleza. Quizá un obstáculo importante radique en nuestros propios valores relativos y costumbres. Los diversos valores, intereses, gustos, hábitos, arraigados en nuestros afectos, traen una “inercia” relativamente definida en su curso, lo que contribuye a que aquellas imágenes aparezcan como ajenas a nosotros o carentes de gran atractivo.

El tema de la orientación de los valores es tal vez el que requiera el más delicado tratamiento. Si no hay una valoración positiva por el nuevo carácter de la actividad, tampoco puede haber interés ni entusiasmo ni progreso. Tal valoración hace interesante a toda actividad. No puede haber interés o entusiasmo en un juego, por ejemplo, en el que da lo mismo ganar o perder. Las valoraciones son las que hacen que no sea lo mismo.

Hay varios elementos que pueden contribuir a desarrollar esa valoración. Como la difícil tarea es crear una valoración que no existe, dichos elementos deberían combinarse y aplicarse simultáneamente. Una ventaja básica que encontramos es que nadie tendría que hacer nada nuevo. Todo tendría lugar sobre la base de las mismas actividades que realiza cada uno, y que se deben cumplir de todas maneras. También se cuenta con la ventaja del mecanismo por el cual se desarrolla en general una cierta valoración espontánea por el ámbito de la actividad social que cada uno realiza. Por último, está el hecho de que todo el mundo espera la oportunidad de ver valoradas sus capacidades y esfuerzos. Pero para eso es indispensable la creación de un adecuado **campo social** que permita recuperar el marco y las condiciones naturales que lo favorecen.

Uno de los elementos generadores de valoraciones sería el premio material. El mismo movilizaría el interés por ganar desde un principio. Luego, la carga moral ligada al triunfo-derrota iría creciendo en su proporción con el desarrollo de las competencias. Ello permitiría ir disminuyendo el premio material, hasta lograrse una autonomía moral del interés en relación a los resultados, similar a la que se desarrolla en el deporte, donde la motivación, como se sabe, llega fácilmente a su “meseta máxima” aunque no haya otro interés que el moral.

Otro elemento sería la correcta organización de los detalles técnicos de la actividad. Para que se valore la actividad, la misma debe contar con algo que sea interesante en sí mismo (posibilidades de lograr grandes metas, adecuada proporción de la influencia del azar en los resultados, ausencia de monotonía, frecuencia en la presentación de los resultados parciales y totales, posibilidades de crear estrategias, etc.). Cuando la naturaleza de la actividad es variada y entretenida, lleva por sí misma a su valoración.

Un último elemento estaría dado en la labor educativa que tienda directamente a favorecer la valoración, dada la importancia social que podría tener la aplicación del sistema.

El nuevo carácter de las actividades seguramente “prendería”, y tal vez con gran fuerza, en los niños, adolescentes y jóvenes. En los más adultos se haría quizás más difícil, dada la mayor consolidación de los valores relativos, gustos y hábitos de vida en general, que hacen aparecer como absurdo, ridículo, o estúpido, aquello que contrasta con las propias costumbres. No obstante sería posible también la asimilación del sistema por parte de los mayores y en forma inmediata, puesto que no sería necesario un cambio muy grande en la forma de vida. Por supuesto que en ningún caso sería obligatorio participar; pero se puede aceptar como entretenimiento, sabiéndose que el ganar o perder no son lo más importante. Sin embargo, sabemos lo que pasa cuando, por ejemplo, un grupo de amigos, ya maduros, decide practicar por un rato algún juego o deporte. Todos saben que la “idea” es entretenerse y pasar un momento agradable. Ninguno sentirá una gran humillación si pierde. A todos les da lo mismo cualquier resultado. Pero todo eso pasa al olvido cuando el desarrollo del juego es el que dirige los afectos. Allí se produce una turbulencia del movimiento anímico, y nada interesa más que el resultado.

De todas formas, no hay dudas de que es poderosa la influencia de los valores relativos, o gustos, costumbres, cuando se han consolidado en una determinada orientación. Pero ello no implica, obviamente, que sean elementos inmutables a los que las nuevas generaciones deban ajustarse necesariamente, sino que son transformables en su totalidad.

Aunque se ha enfatizado el carácter de lucha o competencia moral que tendría el trabajo, ello no significa que el mismo se reduciría a ser solamente un juego o deporte. Lo presentado es sólo el esquema general de la organización de las actividades, donde el carácter de lucha reglamentada es un elemento esencial de dicha organización; es el “esqueleto” del sistema. Pero además de ser un juego y un deporte, el trabajo sería también, entre otras cosas, un arte y una ciencia. Un arte porque se evaluaría la calidad del tra-

bajo, la belleza y perfección de la obra; es decir, no ganarían sólo quienes más producen en términos cuantitativos, sino que el triunfo, según las condiciones y posibilidades que ofrezca cada actividad, sería además para el individuo o grupo cuya obra, trabajo o producto, tenga mejor calidad, más belleza, más armonía y perfección.\* Por otro lado, sería también una ciencia, en el sentido de que el interés por el triunfo motivaría a desarrollar ideas, investigaciones y nuevos conocimientos tendientes a mejorar la productividad y la calidad del desempeño en cada una de las actividades laborales y culturales.

Por otra parte, el hecho de desarrollarse competencias o luchas morales en las actividades laborales, científicas, educativas, etc., no implica, como puede parecer, que se viviría “cegado” por un obsesivo interés en ganar, y sin importar cómo “salga” el trabajo. Por el contrario, los ganadores serían aquellos que desarrollen el máximo interés y la mayor dedicación en la tarea. No debemos concebir separados el triunfo-derrota de los demás valores, sino que se ganaría precisamente en el quantum de los otros valores. Si un educador, por ejemplo, se opone a todo lo propuesto, afirmando que no se trata de ganar, sino de educar con responsabilidad y pensando en la formación de los alumnos, no se puede dejar de estar de acuerdo. Sólo que el triunfo, en este caso, correspondería a quien educa con más responsabilidad y más se preocupa por la formación de sus alumnos. Ganaría el mejor educador, el que más objetivos pedagógicos logra. En otras palabras, y paradójicamente, ganaría el que menos piense en ganar y más en educar (ese triunfo del educador sería la expresión del triunfo de sus alumnos; surgiría del mayor grado en que éstos alcancen los distintos objetivos educativos).

La misma situación se presenta en todas las actividades. Siempre se triunfaría en el quantum de aquello que es lo más valorado. Si la actividad es la ciencia, por ejemplo, no se impondrán quienes sólo piensen en “ganar”, desatendiendo los contenidos de sus investigaciones. Quienes ganen serán aquellos que más piensen en tales contenidos, tratando de realizar un buen trabajo científico.

El interés por el triunfo sería sólo una fuerza motivacional agregada, que impulsaría a realizar el trabajo de la mejor forma posible. Pero en el dominio consciente, en la “mente”, existirían fundamentalmente los contenidos, objetivos, dificultades, propios de la actividad. El deseo de ganar no pertur-

---

\* En el caso de los trabajos que generan bienes de consumo, los propios consumidores podrían ser los “jueces” encargados de evaluar su calidad; ya sea calificando expresamente los productos, o bien en los hechos, simplemente escogiendo los mejores

baría en absoluto la responsabilidad de hacer bien un trabajo que sirve al beneficio social, sino que multiplicaría el interés por hacerlo cada vez mejor. De cualquier manera, está claro que nada puede haber de malo en que el trabajo sea vivido como un juego o entretenimiento, máxime cuando ello hace más eficiente la tarea.

Digamos, por último, que el sistema propuesto, y que quizás con justa razón pueda parecer que no es “gran cosa”, no es la conclusión o la aplicación única y necesaria de todo lo tratado anteriormente sobre el psiquismo. Se trata solamente de algo surgido como una deducción o derivación, ni remotamente sospechada al comienzo del desarrollo teórico, que de acuerdo a los distintos argumentos podría servir para mejorar el funcionamiento psíquico. Pero, indudablemente, la vida humana, y sobre todo en nuestra época, es más que eso. Hay diversos aspectos de la vida que poco tienen que ver con la forma en que se organicen las actividades.

Sin embargo, tampoco debemos “exagerar” con respecto a las posibilidades de la vida psicológica. En realidad el psiquismo humano, en su esencia, tampoco es “gran cosa”. El cerebro, que es el órgano cuya actividad sostiene toda la vida psicológica, no tiene mucho a qué aspirar, además de la estimulación de un grupo de sus células y la inhibición de otro. ¿Qué más puede pretender un órgano?. Por eso, si encontramos una manera de hacer que ese órgano, así como el psiquismo que es el producto de su actividad, funcionen saludablemente, cabe entonces preguntarnos: ¿qué más podemos pretender?.

### 13. Salud mental

Con respecto a las causas de la enfermedad mental, se hace válida la analogía con lo que sucede en relación a los problemas cardíacos. Por más variadas y complejas que sean las distintas formas de los trastornos cardíacos, la causa general, exceptuando los pocos casos en los que hay una anomalía genética, es siempre la misma: el funcionamiento antinatural del corazón, o bien la falta del modo de funcionar para el que se encuentra adaptado. Todos los factores conocidos como causales de los trastornos cardíacos (obesidad, tabaquismo, sedentarismo, estrés, etc.) contribuyen por igual, en definitiva, a que el corazón no funcione de la forma natural para la que viene preparado.

En el psiquismo ocurre algo parecido. A pesar de la variedad y complejidad de los distintos tipos de trastornos mentales, la causa general o común a todos ellos, exceptuando los pocos casos de anormalidad innata o de

agentes fisiológicos nocivos que alteran las funciones cerebrales, no puede ser otra que el modo antinatural del funcionamiento psíquico, promovido por las desfavorables condiciones generales de la vida social, que impiden el natural y armónico desenvolvimiento de las funciones esenciales del psiquismo.

Si nos limitamos a la terapia individual y particularizada, es poco lo que se puede lograr a nivel de salud mental, además de aliviar provisoriamente la urgencia del caso. No obstante, hay que reconocer que es posible lograr resultados favorables al respecto.\*

De todas maneras, la psicoterapia jamás puede ser más que un método de “emergencia”. Lo que hace falta es la prevención de los trastornos mentales. La terapia psicológica apunta siempre a combatir lo que es un efecto (sea éste un problema específico y aislado, o una inadecuada y enfermiza estructura de la personalidad global del sujeto). Pero sabemos que para extinguir un efecto se deben desarticular las causas que lo generan. Si se “arranca” el efecto, manteniendo intactas las causas, es evidente que aquél se reproducirá con regularidad. La causa general de los trastornos mentales no consiste, obviamente, en maleficios innatos masivos, ni en caprichos de los enfermos. Sólo radica en las negativas condiciones de la vida social, que obligan a un funcionamiento antinatural del psiquismo. Por más que las circunstancias casuales hagan que un individuo adquiera una enfermedad mental y otro no, dadas constantes las condiciones generales de la sociedad, aparecerá en cada generación un porcentaje regular y necesario de enfermos mentales. Si se afirma que los que adquieren la enfermedad mental son los que tienen predisposición para ello, tal predisposición no nos ayuda en nada a los fines explicativos de la etiología de la enfermedad mental. Sólo es equivalente a imaginar un salón lleno de gente con todas las entradas de aire herméticamente cerradas. Cuando comience a faltar el oxígeno, no todos resultarán asfixiados simultáneamente, sino que primero les tocará a algunos. Pero no se trata de una “predisposición a la asfixia”. Quizás los prime-

---

\* La terapia individual, más allá de los casos en que se lograría un efectivo cambio de la conducta y de las actitudes del sujeto, mayormente hace “bien” porque en el marco de ella se daría satisfacción a algunas necesidades insatisfechas del individuo. Fundamentalmente serían las correspondientes a los impulsos de comunicación y de aprobación. Durante las sesiones de psicoterapia, el paciente logra muchas veces comunicar contenidos íntimos que nunca había tenido oportunidad de manifestar, y que los llevaba como una molesta carga. Luego, está el hecho de que la confianza, las palabras y demás expresiones del psicoterapeuta, a menudo hacen que el paciente deje de sentir culpa, vergüenza, humillación, y comience a aceptarse a sí mismo, lo que se traduce al logro de una cierta autoestima con la que no se contaba antes.



ros afectados puedan ser asistidos con respiración artificial o con otros métodos de urgencia. Pero si se abren las ventanas no hará falta hablar de predisposiciones.

El problema se ve mejor enfocándolo desde su esencia más general, esto es, concibiéndolo como una lucha concreta entre dos fuerzas que tienden a resultados contrarios y excluyentes. Supongamos que un sujeto normal tiene una resistencia a la enfermedad de magnitud 100. Por su parte, el conjunto de factores que conforman el medio social desfavorable, como fuerza activa que acciona contra cada individuo tendiendo a provocarle la enfermedad mental, llegaría en nuestros tiempos a tener, por ejemplo, un poder de magnitud 90. Esto implica que todavía es superior la resistencia del sujeto normal, por lo que la influencia nociva del medio social adverso no alcanza a vencer esa resistencia para desencadenar la enfermedad mental como efecto. En cambio, quien a causa de circunstancias casuales, o de cualquier tipo, ha tenido un desafortunado desarrollo psicológico, y a quien consideramos un individuo con predisposición a la patología mental, tendría una resistencia de 80 por ejemplo. Aquí es superior la fuerza activa de la influencia hostil del medio en relación a la resistencia a la enfermedad con que cuenta el sujeto, produciéndose por tanto el trastorno mental como efecto, o como resultado de la lucha. Pero si transformamos aquel medio social, de modo que deje en todo sentido de ser hostil para el funcionamiento psíquico, ello significa que reduciríamos a cero su poder 90 como fuerza activa que tiende a trastornar el psiquismo. En tal caso, tanto el que posee predisposición (resistencia 80) como el sujeto normal o sin esa predisposición (resistencia 100), se hallarían lejos por igual del riesgo de trastorno mental, ya que con una resistencia 1 sería suficiente para que no se desarrolle la enfermedad.

La solución definitiva de los trastornos mentales, sea de una manera u otra, sólo puede consistir en la transformación de la vida social. Entre los fenómenos negativos, generados por las condiciones del medio social, que contribuyen a la sola infelicidad en los mejores casos, y a la enfermedad mental en los peores, se encuentran como ejemplo los siguientes: problemas de comunicación, falta de reconocimiento a la persona, frustraciones en las aspiraciones personales, ausencia de metas comunes, deterioro de los valores, soledad, insatisfacción con el trabajo, ansiedad, depresión, ausencia de motivos de alegría, carencias afectivas. Todo eso, y otros fenómenos negativos, se reducirían sensiblemente con el mismo hecho de la adecuada organización de las actividades sociales y el trabajo (sobrentendiéndose la premisa de la seguridad y tranquilidad materiales). En la tribu no existía

nada de aquello. Allí el psiquismo funcionaba con armonía. Pero la desviación del trabajo, respecto a su forma natural, es como la ruptura del engranaje principal, que desorganiza el movimiento de toda la cadena de funciones psíquicas. Por eso, la adecuación de la forma de las actividades sociales solucionaría quizás todo aquello junto. Esto no es magia, pero es parecido a ello, puesto que la colocación en su lugar del engranaje principal, y su puesta en funcionamiento, arrastraría tras de sí al conjunto de elementos y engranajes menores que dependen de él, que se desarrollaron y estructuraron alrededor de él. El trabajo en su forma natural fue, durante la larga evolución de la especie, el timón que orientó el desarrollo de las funciones psicológicas esenciales. Por ello, todo comenzaría a funcionar con su máximo esplendor si las actividades sociales y el trabajo recuperan su forma o carácter perdidos, si se logra que sean vividos nuevamente como un juego, un deporte, un entretenimiento, un arte, una ciencia, una aventura, al mismo tiempo.

Hasta la propia enfermedad orgánica o corporal suele ser otro de los efectos negativos de la forma inadecuada de las actividades sociales. Al no estar el abundante placer del entusiasmo que ellas en su forma natural generan, el mismo es reemplazado por el tabaquismo, la gula, el alcoholismo, la drogadicción, arruinando la salud fisiológica.

La situación general es como si suponemos que se ha caído el parante central de la carpa de la sociedad. Así, la arrugada carpa nos cubre a todos y no nos permite movernos con comodidad. Todos levantamos el brazo empujando la carpa hacia arriba, pero ésta cae nuevamente al soltarla. En cambio, si ubicamos correctamente el parante central, la carpa social recuperaría como por arte de magia su plena extensión en todos los aspectos psicosociales. Los miles de pliegues y arrugas de cada sector y de cada rincón de la sociedad recuperarían simultáneamente su plena extensión. Aquella transformación general del carácter del trabajo y de las diversas actividades sociales no sería más que levantar y colocar en su lugar el gran parante central; implicaría poner en movimiento el engranaje principal; significaría abrir todas las ventanas para que circule la hermosa brisa primaveral de la nueva sociedad humana.

## LA PREMISA DEL SOCIALISMO

Para hacer realidad lo visto en el capítulo anterior, sobre la posibilidad de una transformación general en la naturaleza y el carácter del trabajo y las actividades sociales, es indispensable, primero, el paralelismo de los intereses materiales en toda la sociedad y la justa distribución de los productos del trabajo, así como **del trabajo mismo**, es decir el equitativo reparto de las cargas. Los trabajadores, por ejemplo, no pueden sentir una plena satisfacción moral por ganar en aquellas competencias por el mejor rendimiento, si son conscientes de que sus esfuerzos están siendo usados y manipulados por las patronales para aumentar los niveles de explotación y de ganancias. Ese solo hecho, que no es algo insignificante si tenemos en cuenta que abarca a toda la clase trabajadora, que es la mayoría de la sociedad, ya nos muestra que todo aquello, planteado bienintencionadamente, es impensable sin el socialismo.

La condición del socialismo, del socialismo científico como lo entendió Marx, significa, entre otros elementos que enseguida observaremos, que el poder social se encuentra en forma directa en manos de los trabajadores. Esa es la única garantía de justicia social y ausencia de explotación. El proletariado es la única clase que no puede explotar a otra, por constituir el único objeto posible de la explotación. Cuando se habla de socialismo, pero donde en los hechos no se ejerce la voluntad, el poder real, protagónico, de los trabajadores concretos, no se trata de socialismo, sino simplemente de alguna de las formas por las que se consigue continuar con el engaño, la injusticia, los privilegios y el sometimiento de los trabajadores. Solamente a través del poder y el liderazgo reales de la clase trabajadora, y a nivel mundial, se podrá poner fin a la marginación, la injusticia y el hambre en el mundo, para recién entonces hacer pensable y **honesto** cualquier otra propuesta o iniciativa tendiente al mejoramiento de la vida y de la sociedad.

No es que resulte divertido “hacer política” a esta altura del libro. Hubiera sido preferible no tener la necesidad de penetrar en un terreno tan polémico, donde los distintos intereses y las pasiones de las posturas políticas e ideológicas ya asumidas, por lo general hacen de los argumentos científicos lo

menos importante. Sólo se trata de que es la obligación llevar la propuesta hasta el final. Es decir, manteniendo el encuadre científico que aquí se pretende tener, que en este caso es todo lo importante, corresponde mostrar lo que sería el camino lógico y científicamente viable para alcanzar aquella transformación de la vida social. De lo contrario, todo lo dicho no sería más que una utopía, una fantasía irrealizable, o, peor aún, una estupidez teórica. En tal sentido, es muy acertada la opinión de Marx, de que la cuestión no es solamente interpretar o entender el mundo, sino que (sobre todo desde los intereses de los perjudicados por cierto estado de cosas) de lo que se trata es de transformarlo.

De todas maneras, lo que se tratará en este último capítulo puede considerarse si se quiere como un apéndice, como un punto de vista por fuera de la teoría psicológica, a la que ya podemos dar por terminada.

Lo que motiva el siguiente desarrollo es la certeza, basada en los argumentos científicos del marxismo, de que la transformación en la estructura de las relaciones económicas de la sociedad, a cargo de la clase trabajadora, es una condición previa, algo que se debe **hacer primero**, para luego poder pensar más seriamente en cualquier otro mejoramiento significativo de la vida laboral y social, como sería, en este caso, lo propuesto en el capítulo anterior.

Hay quienes, a pesar de ver con simpatía la orientación histórica del marxismo, en el sentido de augurar y promover el fin de las injusticias, se dejan llevar fácilmente por la opinión de que la sociedad que vivió Marx ya no existe, y que por lo tanto lo que podía ser válido en aquel entonces hoy es anticuado como forma de pensar. El argumento de esto es la presunta modificación en la constitución de las clases sociales, el gran desarrollo tecnológico, con los consiguientes cambios en la forma de vida y de trabajo, la complejización de la vida social y económica, la mayor incidencia del capital financiero, y otros fenómenos, algunos más nuevos que otros. Pero esto es no saber distinguir lo esencial de lo que no lo es. Tal manera de pensar es lo mismo que si dijéramos que debido a los profundos cambios de la vida moderna, a las nuevas motivaciones y necesidades de las personas, la ley general del psiquismo ya ha perdido vigencia y es “obsoleta”; que quizás podía ser válida en la época de Epicuro, pero no ya en nuestros tiempos “tan avanzados”.

Lo cierto es que toda la nueva complejidad de la vida social y económica no ha alterado en lo esencial la estructura básica de las relaciones de producción o económicas. Dicha esencia general es la misma desde la época de la esclavitud, y es la existencia de una clase dominante, propietaria de las

tierras y demás medios de producción, y otra desposeída de dichos medios, que es la que trabaja, y que para poder subsistir debe aceptar obligadamente las condiciones de trabajo y de explotación que impone esa clase propietaria. Luego se agregan otras capas sociales, de mayor o menor número de integrantes (pequeños comerciantes, profesionales, cuentapropistas en general), que consiguen subsistir de otra manera, pero que son **periféricas** respecto al proceso central de producción. Estas capas medias, en lo esencial, dependen de la **distribución** de lo producido, y por tanto son económicamente neutras (aunque políticamente ambiguas) en esa lucha desigual entre aquellas clases que tienen que ver directamente con la producción.

Ha habido cambios importantes en la superestructura de la actual sociedad capitalista, pero se ha mantenido invariable su base material, su estructura económica, su esencia. Los fenómenos nuevos del capitalismo son sólo eso: fenómenos; la esencia es la misma.

### 1. El materialismo histórico

Observemos porqué la clase trabajadora es la única en condiciones de reemplazar a la clase capitalista o burguesía en la conducción de los destinos de la humanidad. El materialismo histórico, como ciencia de la sociedad, nos lo explica. Repasemos brevemente la idea central de lo planteado por Marx al respecto. En primer lugar, el elemento condicionante y determinante de la vida de la sociedad, y antes que nada de su propia existencia, es la producción material. Toda la sociedad depende de esa producción y de su distribución. Esto todavía no ha cambiado, y no cambiará mientras haya una sociedad formada por hombres con necesidades para satisfacer. Luego, en base al análisis de ese elemento esencial que es la producción, especialmente material, surge la deducción, la necesaria aceptación del hecho, sugerido por el sentido común y demostrado por la historia, de que solamente las clases relacionadas en forma directa con la producción, y dentro de éstas las que tienen la propiedad, el control sobre los medios fundamentales de producción, son las que ejercen el poder económico, y por añadidura el poder político. Por tanto, son las que conducen la sociedad. La clase que dirige la producción, que es **dueña** de ésta, es, obviamente, la que también dirige la distribución, el destino de los bienes producidos, de los que depende el resto de la sociedad.

Desde que surgió la sociedad dividida en clases, las clases que tenían el papel dominante terminaban siendo reemplazadas por otras, cada vez que se agotaba la capacidad de cierta formación economicosocial o sistema econó-

mico, que ellas dirijan, de favorecer el progreso de las fuerzas productivas en su tendencia al ininterrumpido desarrollo. Mirándolo en forma resumida, esas clases fueron: en principio los esclavistas, luego la nobleza real y los feudales, y hasta hoy la burguesía o clase capitalista.\*

El reemplazo en el poder político del Estado, de la vieja clase dominante por la nueva, así como del sistema económico y de relaciones de producción y distribución que aquella dirigía, ha sido siempre el resultado de la necesidad de establecer nuevas relaciones de producción que se ajusten mejor a las exigencias y condiciones del nivel alcanzado por las fuerzas productivas, a las que el antiguo régimen no se podía ajustar. En otros términos, el factor desequilibrante, que va “presionando” y obligando al cambio de los sistemas económicos, a través de las revoluciones sociales, es ese incremento ininterrumpido de las fuerzas productivas. Este es un elemento que es anterior a cualquier análisis, y viene operándose desde los antecesores del hombre hasta hoy. Así, el nuevo sistema de relaciones de producción, encabezado por otra clase dominante, surge como adaptación, como adecuación a cierto nivel alcanzado por las fuerzas productivas, y destraba el obstáculo que significaba el régimen anterior, permitiendo, a esas fuerzas productivas, su avance más acelerado. Pero luego, cuando se llega a un punto determinado de ese desarrollo, tal sistema, que en un principio favorecía el progreso, comienza a convertirse en la nueva traba que impide su continuación. Tal es el momento en que se abre una nueva época revolucionaria, tendiente a modificar las relaciones de producción, de modo de adecuarlas al nivel alcanzado por las fuerzas productivas. Por eso Marx llamó a las revoluciones sociales las “locomotoras de la historia”; porque eran las que retiraban el obstáculo que significaba el viejo régimen económico, por medio de desplazar del poder a la clase dominante que lo sostenía, para que, con el nuevo esquema, las fuerzas productivas avanzaran rápidamente en ese primer

---

\* No es necesario considerar, en este enfoque, el accionar político de los gobernantes de turno. Los políticos que acceden a los cargos de gobierno, aunque aparenten poseer grandes iniciativas, por las razones señaladas no pueden hacer nada que no sea avalado por esa clase dominante. Pero por lo general son individuos que en los hechos, o sea una vez terminados los discursos, están para ejecutar la voluntad de la clase que ostenta el poder económico. Esto decían Marx y Engels: “*el gobierno del Estado moderno no es más que una junta que administra los negocios comunes de toda la clase burguesa*”. (Marx y Engels, **Manifiesto del partido comunista**. Editorial Anteo. Buenos Aires 1983. Pág. 37). Pero actualmente los políticos son muchas veces los propios burgueses directos, que al no ocuparse ya de dirigir y administrar directamente sus propiedades, destinan su “tiempo libre” a la política y utilizan los cargos como las oficinas ideales para mejorar sus negocios.

período de la nueva sociedad, como “recuperando” el tiempo perdido por la acción del obstáculo.

Estas relaciones dialécticas entre un factor cuantitativo en continuo crecimiento, que en su avance va provocando o exigiendo cambios cualitativos del sistema que lo contiene, no es una propiedad exclusiva de la historia, sino que ésta se ajusta a una ley más general. Para que tengamos una idea clara de lo que significa esa ley universal de la relación entre un factor que progresa ininterrumpidamente, y el carácter necesario del cambio o salto cualitativo del sistema que lo contiene, veremos un ejemplo de otro campo de la realidad donde se presenta con toda simpleza, ésto es: los cambios de marcha de un vehículo. Considerando un aumento progresivo de la velocidad, una aceleración continua, en principio será adecuada la primera marcha. Luego, ante el incremento de la velocidad, esa marcha, que era el sistema de engranajes en funcionamiento más adecuado, pasa a ser un obstáculo, una limitación para el progreso de la velocidad, y debe ceder el paso a la segunda marcha, la que significa un cambio cualitativo en la relación de los engranajes que accionan. Esta dará todo lo que tiene para dar, hasta que llegará un punto en que se convierte también en una limitación a ese progreso, correspondiéndole el turno a la tercera, y así sucesivamente. Lo mismo se puede decir, por ejemplo, de la necesidad del cambio de vestimenta de un niño, para hacerla corresponder a su nivel de crecimiento; o, también, de los sistemas de entrenamiento de un atleta, que se deben ir reemplazando según el nivel alcanzado en el progreso de su rendimiento.

Claro que en la historia de la sociedad no es tan lineal el proceso, sino que se produce a modo de **tendencia histórica**, la que puede ser influida de distintas maneras, e incluso contrarrestada, a causa de la complejidad de los factores que intervienen en los fenómenos sociales. Pero lo que es seguro aquí, a pesar de esos complejos factores, es que el sistema de turno, sus relaciones de producción, cuando ya dieron todo lo positivo que podían dar, se transforman en una traba, constituyendo un obstáculo objetivo a ese progreso.

El capitalismo, en sus comienzos, con la revolución burguesa que abrió el paso al desarrollo de la industria, fue el elemento que permitió el progreso de las fuerzas productivas y de la vida social, destrabando el freno, el impedimento del sistema feudal. Pero actualmente ya ha dado todo lo positivo que podía dar, y se ha convertido desde hace un tiempo en el nuevo freno, en un obstáculo para el progreso material y cultural de la sociedad, para el mejoramiento de la vida de la humanidad. Las tendencias que se observan son inclusive hacia el retroceso de los pueblos, y a una situación de trabas y

de crisis casi permanentes, que obstaculizan de manera absurda el aprovechamiento racional del enorme potencial de las fuerzas productivas que se ha alcanzado con los avances de la ciencia y la tecnología. Tal situación nos demuestra que a ese potencial de las fuerzas productivas le queda muy “ajustado” el capitalismo; no le permite desplegarse.

Las crisis comerciales o de superproducción relativa, por ejemplo, inherentes al capitalismo, son el efecto de la contradictoria situación de que el crecimiento de la producción en ciertas ramas de la industria, llega a un límite en que, agotados todos los esfuerzos de la promoción y la publicidad, se terminan los compradores. Esto se debe a que las grandes mayorías, por las propias leyes del sistema, no tienen ni pueden tener el poder adquisitivo para acceder fácilmente a esos bienes. Por tal motivo, se debe interrumpir abruptamente la producción en determinados rubros, con los consecuentes cierres de plantas de fabricación, despidos masivos, caídas en las bolsas de las acciones de las empresas correspondientes, y demás circunstancias derivadas. En cambio, si el límite de la producción no fuera el mercado, o la capacidad de compra de la población, sino las necesidades de toda la sociedad, aquella superproducción no podría significar jamás un elemento negativo, sino todo lo contrario. Simplemente favorecería su fácil acceso para las mayorías. Y si la superproducción llegara al punto de sobrepasar la satisfacción de todas las necesidades, sólo se reduciría en forma equilibrada la jornada de trabajo, lo que permitiría disfrutar más el tiempo libre.

Hay algunos casos en que el límite del mercado coincide con la capacidad de consumo, es decir, la saturación del mercado llega junto a la saturación de las necesidades, a la posibilidad de su consumo. Pero esto ocurre con productos de muy bajo precio (por lo general de mala calidad), accesibles prácticamente a todo el mundo, y no con lo **importante**, con lo que hace al mejoramiento de la vida de los pueblos, como por ejemplo: la construcción de viviendas (cómodas y de buen material), la producción de alimentos en buena cantidad y calidad, medicamentos, vestimenta, libros, útiles escolares, etc.; sin excluir los bienes y servicios de gran confort, que indudablemente mejoran la calidad de vida, y que hoy constituyen privilegios para pocos individuos, pero que podrían estar al alcance de todos sin la acción de las mencionadas trabas.\*

---

\* Tal vez alguien pueda horrorizarse imaginando el hecho de que si todos tuvieran lujos, éstos dejarían de ser tales, y por tanto nadie podría ostentarlos. Pero era la decisión no penetrar mayormente en los posibles desajustes del normal y saludable funcionamiento psíquico, como sería en este caso la severa distorsión de los valores



Así, la producción creciente de todo aquello que podría mejorar la vida de la humanidad, a pesar de contarse con la posibilidad material dada por ese gran desarrollo del potencial productivo, mientras haya capitalismo, será siempre considerada “desaconsejable” por cualquier estudio de mercado o “márketing”.

Por todo ello, se hace clara la necesidad del cambio. Otra clase debe dirigir la sociedad y en el marco de nuevas relaciones de producción. Pero como ya vimos que sólo las clases que participan directamente en el proceso central de producción, son objetivamente las que pueden conducir la economía, y por consecuencia el resto de la vida social, solamente queda, fuera de las clases dominantes que se sucedieron en la historia, **los trabajadores** en general. Estos conforman la otra clase ligada directamente a la producción, y tan ligada que es la que produce prácticamente **todo**. Por eso es la destinada a dirigir la sociedad, por el hecho de ser la que puede controlar y hacer funcionar la producción. Al tener el control y la dirección de la producción, se ejerce por tanto el control sobre el destino en la distribución de lo producido, así como en la determinación de qué y cuánto producir, y qué apoyar y fomentar en relación a actividades como el arte, el deporte, la ciencia, la salud, la educación y la cultura en general. Todo ello, en base a las necesidades e intereses de los trabajadores y de toda la sociedad.

Estas razones, sobre el carácter necesario de que, bajo la premisa de un cierto nivel del potencial alcanzado por el desarrollo de las fuerzas productivas, los trabajadores sean los que asuman el poder económico, social y político, para dar un nuevo impulso al progreso, es el fundamento clave del socialismo científico. Es el “método” realista que no contemplaban las bienintencionadas pero ingenuas tendencias ideológicas a las que Marx y Engels llamaban “socialismo utópico”. Estas se basaban solamente en confiar en la buena voluntad de los hombres en general, sin tener en cuenta las distintas condiciones materiales, tanto del desarrollo de las fuerzas productivas, como de las relaciones objetivas entre los hombres con respecto al proceso de producción y distribución sociales.

Dejemos a Lenin que opine sobre todo esto:

*...“Marx profundizó y desarrolló totalmente el materialismo filosófico, e hizo extensivo el conocimiento de la naturaleza al conocimiento de la sociedad humana. El materialismo histórico de Marx es una enorme*

---

morales y espirituales de una típica y no del todo generosa personalidad burguesa de la época. Pero si hay que responder, diremos: exacto, lamentablemente eso pasaría.

*conquista del pensamiento científico. Al caos y la arbitrariedad que imperaban hasta entonces en los puntos de vista sobre historia y política, sucedió una teoría científica asombrosamente completa y armónica, que muestra cómo, en virtud del desarrollo de las fuerzas productivas, de un sistema de vida social surge otro más elevado”* (Lenin V.I. **Tres fuentes y tres partes integrantes del marxismo**. En: Lenin V.I. **Obras Completas**. Editorial Cartago. Buenos Aires 1970. Pág. 209)

## 2. Desvirtualización del socialismo

Con respecto al llamado “socialismo real”, al de la práctica, el hecho de su temprana deformación, que derivó en su mal funcionamiento y su posterior derrumbe en muchos países, luego de un primer período verdaderamente auspicioso como lo fue el de los primeros años de la revolución bolchevique, ha llevado, en muchos casos, a la convicción de que en la práctica “eso” nunca puede funcionar. Pero los fracasos no siempre son una prueba de la imposibilidad del éxito. Muchas veces solamente indican la presencia de errores o problemas a superar. La situación sería equivalente, por ejemplo, a lo que sucedía en los comienzos de la aviación. Allí, en las pruebas iniciales, ante la sorpresa de los diseñadores, la teoría era refutada severamente por la práctica. Los primeros modelos volaban unos pocos metros y caían estrepitosamente. En ese entonces, probablemente debían haber quienes afirmaran que tales aparatos “nunca” podían volar. Pero con motivo de esos fracasos, se fueron corrigiendo los errores y superando los problemas, hasta que finalmente se logró algo que los estudios científicos veían que reunía las condiciones para que fuera materialmente posible.

Por eso, una vez corregidos los errores, y mejorada la capacidad de prever y controlar ciertas circunstancias adversas de la lucha política e ideológica que deben afrontar los trabajadores, el socialismo científico, la verdadera democracia en definitiva, que es el ejercicio real del poder y la voluntad del pueblo trabajador, puede ser una realidad. Son los trabajadores del mundo, y en especial de las sociedades más industrializadas, quienes tienen el futuro de la humanidad en sus manos.

Entre los errores a corregir, se podría contar el no haberse tomado del todo “en serio” que los contenidos y la orientación social de la conciencia y la voluntad de los hombres están determinados por su existencia material. No se puede confiar porque sí en la buena voluntad, sin tenerse en cuenta la base material, los intereses concretos y cotidianos de los hombres. Esto se traduce a la necesidad de que sean los trabajadores mismos los que impongan sus intereses y su voluntad, y no supuestos representantes, como la

llamada clase dirigente, o burocracia, fácilmente corrompible por no compartir esa existencia material, cotidiana, de los trabajadores.

Corresponde hacer la salvedad de lo sucedido en los primeros años de la revolución bolchevique, liderada por Lenin, porque allí sí se tenía en cuenta esta situación, y por eso se hacía hincapié permanentemente en la consigna: “todo el poder a los sóviets”, que eran los organismos de los propios trabajadores. Pero luego, con el posterior triunfo interno del grupo de dirigentes encabezado por Stalin, que evidentemente pensaban distinto, se dejó “sin efecto” aquella consigna tendiente a consolidar el ejercicio directo del poder y la voluntad de los trabajadores.

Y este no es un factor menor. Es la diferencia entre socialismo y su caricatura, su ausencia. Implica la diferencia entre un extremo y otro en relación al poder de decisión de los trabajadores. De hecho, es la opresión y el sometimiento por parte de una minoría dominante, convertida prácticamente en una clase social distinta a los trabajadores, que es la que manda y decide, y vive mejor en lo material.

Claro que los trabajadores, por el sólo hecho de no estar bajo el dominio directo de la burguesía, tenían un nivel de vida superior al de los proletarios del capitalismo tomados en su conjunto (seguridad de trabajo, vivienda, salud, educación, etc.). De eso no se olvidan los obreros, empleados, y toda la clase trabajadora que está sufriendo el retorno al capitalismo, que es hacia donde finalmente tendía a conducir el accionar de esa minoría acomodada. Pero el socialismo verdadero, el que es obra y acción del proletariado como clase, significa el ejercicio real de su voluntad, empleando su poder de decisión democráticamente, como resultado de amplios debates organizados por los propios trabajadores, para disponer qué se hace y qué no en cuanto a lo que concierne a sus vidas y a la de toda la sociedad.

Como es sabido, en aquellos países ya no había nada de eso, es decir, no estaba lo esencial que define al socialismo. En otras palabras, el socialismo no se define por el hecho de que las empresas, por ejemplo, sean propiedad del Estado. De lo que se trata es de ver qué clase social ejerce el poder y el control de ese Estado y dispone sobre la vida de la sociedad. Es socialismo cuando esa clase es la trabajadora. Pero allí los trabajadores solamente obedían. Cualquier iniciativa de abajo hacia arriba se perdía en la impotencia o chocaba con la opresión y la omnipotencia de los dirigentes políticos “preparados” para decidir lo que convenía o no.

Sin embargo, algunos pueden creer, influidos por las valoraciones degradantes hacia los trabajadores, que éstos no están capacitados para “semejante” tarea de conducción. Pero ello es algo que, fuera de ese desprecio, no tiene otro fundamento. Entre millones de trabajadores, sobrarían individuos

talentosos y abnegados en todas las áreas para aportar en lo que hace a la vida económica y social. Por supuesto que harían falta, por ejemplo en el caso de la producción material, los ingenieros, que son los que más saben al respecto. Pero éstos no deciden qué se produce, ni cuánto ni para quiénes. Ellos solamente asisten técnicamente a quienes le encomiendan la tarea, a quienes mandan. Se trata sencillamente de que los distintos especialistas (ingenieros, arquitectos, administradores de empresas, economistas, y los expertos en las diversas ciencias, que serían sólo trabajadores especializados, pero en iguales condiciones económicas que el resto), en vez de servir y asesorar técnicamente a los capitalistas (al respecto no más capacitados que cualquier obrero), servirían a los intereses de la nueva clase dominante, a lo que ésta considere que es conveniente para la sociedad.

Lo importante es que los que ejerzan funciones de dirección en lo económico y político, los que formen parte de organismos que ejecuten decisiones, con el apoyo técnico de los especialistas, y en función directa de los mandatos y el control permanente de las bases, además de ser responsables y capacitados, sean trabajadores y **no dejen de serlo**. Pero si eventualmente, y por un período limitado, deben dejar sus puestos de trabajo luego de haber sido elegidos por sus compañeros para cumplir ciertas responsabilidades, deberán instrumentarse los medios para que en ningún caso dejen de compartir las condiciones materiales de vida de la clase trabajadora. Todo interés por mejorar el propio nivel de vida debe significar **inevitablemente** el esfuerzo por contribuir a mejorar el de los trabajadores y el de toda la sociedad. Más adelante (punto 13) volveremos sobre las condiciones que hacen a la posibilidad realista del exitoso y responsable ejercicio real y directo de la voluntad de los trabajadores.

### 3. Esencia del valor económico

Hay que reconocer que todo esto se ha ido muy lejos, como escapándose de las manos con respecto a los fines originales del libro, que en principio era sólo mostrar una teoría psicológica. Pero existe la confianza de que se sabrá entender que el materialismo dialéctico, como método filosófico y científico general, descubierto y desarrollado por Marx y Engels, y que es el aplicado desde un comienzo en el presente desarrollo teórico, favorece el surgimiento de derivaciones que avanzan con vida propia, atravesando, tal como lo hace la misma realidad, las fronteras artificiales entre una ciencia y otra. Si bien son útiles esos “cortes” que hacemos de la realidad (división de las ciencias), y que se ajustan aproximadamente a los distintos niveles cualitativos de la organización de la materia, así como a los diversos

aspectos de la vida humana, no por eso debemos olvidar que la realidad objetiva es una sola continuidad, una sola interrelación general. Fuera de esas barreras “provisorias” establecidas a los fines prácticos por la subjetividad humana, no hay motivos valederos para detenernos en algún punto de la continuidad que va desde los reflejos del sistema nervioso, pasando por los impulsos, bipulsiones, aparatos, hasta los fenómenos sociológicos, que en última instancia son el modo en el que funcionan los distintos elementos psicológicos del conjunto de individuos que forman la sociedad. Tampoco hay un estricto punto de separación entre lo que va desde los remotos tiempos de las tribus primitivas, donde se formó la estructura esencial de nuestro psiquismo con toda la gama de necesidades y tendencias esenciales, y lo que, en base a ello, debería ser el futuro de la sociedad y de la vida humana.

Aquellas derivaciones han marchado por sí solas, siguiendo los carriles lógicos del desarrollo teórico, hasta empalmar en este caso con el camino “asfaltado” del materialismo histórico, camino que vale la pena seguir, porque estamos tratando con la mejor argumentación científica disponible sobre la posibilidad de un futuro más prometedor para la humanidad.

En lo que sigue, observaremos porqué es más correcto hablar de clase trabajadora en general, haciendo equivaler su significado al de clase obrera o proletariado, como una única clase sometida por igual en el sistema capitalista. Las nociones de clase obrera o proletariado siempre estuvieron más ligadas a lo que sería la parte de los trabajadores que se desempeñan en la industria, en la producción material; mientras que el concepto de clase trabajadora, por lo general ha sido más “difuso”, sin una delimitación clara, y hasta se lo ha ligado incorrectamente a la idea de “clase media”. Pero lo que haremos es ver porqué debe extenderse y ampliarse la noción de proletariado o clase obrera en general, al concepto más exacto, más científico, de clase trabajadora.

Para que se entienda esto, debemos necesariamente detenernos en el análisis de lo que significa el trabajo como elemento creador de valor económico. La importancia de considerar este punto radica en que se trata del elemento básico para la explicación del funcionamiento de la sociedad. El trabajo como creador de valor económico es el factor más esencial sobre el que se basa el funcionamiento de la economía y de toda la vida social. El **valor** (económico o de intercambio), entendiéndolo correctamente, es decir como elemento generado por el trabajo, equivale a la ley general en relación a la explicación del funcionamiento psíquico. Es el factor cuyos movimientos y

relaciones dan orden lógico a todo el funcionamiento de la economía y de la vida social.

Decíamos que para entender correctamente el concepto de clase trabajadora, era necesario tener en claro lo que es el valor, como elemento generado por el trabajo. Pero a su vez, para comprender plenamente lo que es el valor, es indispensable primero ir a su esencia, a la base última del fenómeno.

Del mismo modo que los distintos fenómenos psicológicos tienen su base en la fisiología del sistema nervioso, la economía en general, y en este caso el acto de determinar el valor de los bienes o productos del trabajo, tiene su raíz en el único lugar posible, que es el mismo en el que tienen su raíz todos los valores, sean o no económicos: en las leyes psicológicas generales de las que ya hemos tratado.

Comencemos por el principio. La realidad más palpable de cualquier sociedad es que se compone de hombres concretos. Estos vivencian una serie de necesidades, y tienen la capacidad de trabajar para producir aquello que les dé satisfacción. Tales necesidades, como ya sabemos, tienen su esencia, en última instancia, en el funcionamiento de la ley general del psiquismo; es decir, los seres humanos procuran suprimir el displacer y lograr el placer. Luego, y dejando de lado lo que es menos esencial o general (bipulsiones, aparatos, etc.), dicha tendencia general se ramifica en los impulsos o necesidades primarias, como las formas particulares en que existe. Por su parte, tales impulsos se fijan, según las distintas circunstancias de vida, una diversidad de metas-medio y metas-fin, que son los variables caminos que llevan a darle satisfacción a los impulsos y a cumplir con aquella tendencia general. Como habíamos observado oportunamente (cap. 7, punto 6), esas metas-medio y metas-fin de los impulsos, como aspecto variable de la motivación, eran las que podíamos llamar: necesidades adquiridas, y que desde el enfoque sociológico e histórico se traducen a lo que se entiende como **nuevas necesidades** histórica y socialmente determinadas.

La propia complejización de la sociedad va diversificando esas nuevas necesidades y haciéndolas más numerosas y variables. Así teníamos por ejemplo: zapatos, lavarropas, transportes, bebidas, información, colchones, licuadoras, entretenimientos, cacerolas, enseñanza, teléfonos, etc. Si consideramos cada bien material o servicio de tipo específico que se producen y consumen, y que por tanto constituyen nuevas necesidades histórica y socialmente determinadas, probablemente superemos el millar, pero suponemos que son mil.

La fórmula, en términos generales correcta, de la determinación del valor económico de esas “cosas”, y que Marx empleó como base de sus desarrollos teóricos, consiste en la **cantidad de trabajo** humano necesario, promediado socialmente, para producir un determinado bien de uso (o sea que satisfice alguna necesidad), y que a su vez pueda ser un bien de cambio, esto es, que se pueda intercambiar por otro bien que haya requerido una cantidad de trabajo similar.

La **medida** de la cantidad de trabajo surgiría de combinar básicamente tres factores: duración, intensidad y riesgo. Cualquier otro elemento que tenga que ver con la consideración de la cantidad de trabajo, y por tanto con la evaluación de su valor, se reduciría en última instancia a esos factores básicos o esenciales. El riesgo incluiría: peligro directo (ejemplo: trabajo en altura), insalubridad, y también debemos incluir aquí responsabilidad, que no es más que el mayor riesgo de que algo salga mal y a lo que luego habrá que responder. La intensidad incluiría lo desgastante del trabajo, el grado de comodidad-incomodidad de las condiciones generales del trabajo, así como la insalubridad, e incluso a veces la excesiva responsabilidad, que supone un estado de continua tensión, factores que también aquí tendrían su participación. Pero para simplificar se considera sólo el factor restante: la duración, el **tiempo de trabajo**, como indicador de su cantidad, porque en los hechos es el elemento de más peso, de más incidencia general en el cálculo.

Pero ¿porqué el trabajo ?. Porque, de la misma manera que se toma la duración de éste y se “desprecia” el resto de factores cuando se determina su cantidad, el propio trabajo en sí mismo, junto a su producto, se toman como lo más importante y representativo socialmente de algo más esencial y general: el placer-displacer. Es decir, el trabajo es displacentero, es un esfuerzo y un tiempo “perdido” en sí mismo; pero que es **compensado** (o recompensado) por el carácter placentero del producto, de su resultado, del bien generado y de su capacidad de satisfacer una necesidad. Así, el trabajo, considerado en su proceso completo, en términos generales es anímicamente **neutro**; o sea, la molestia del esfuerzo en sí (displacer), considerado aislado, es compensado por el beneficio que supone el producto o su resultado (placer). Por eso el esfuerzo del trabajo “vale” la “pena”, o sea, lo que “vale” es la “pena” del esfuerzo o sacrificio, porque crea algo bueno que satisfice alguna necesidad. De tal manera, el proceso de la creación del valor económico tiene como elementos: causa = sacrificio = negativo = displacentero = **trabajo**; efecto = beneficio = positivo = placentero = **producto**. En síntesis, las cosas “valen” lo que “cuestan”.

Hay veces que puede ser un poco displacentero o un poco placentero ese balance total (en el capítulo anterior hemos tratado sobre cómo hacer para que sea placentero). Por ejemplo: se agrega en mayor o menor medida el entusiasmo y la agradable “idea” de lo próximo a lograr, lo que neutraliza y supera el sacrificio, o bien es mayor el resultado displacentero. Pero para hacerlo más simple hay que suponerlo neutro en cuanto al balance del proceso total. Así entonces, si alguien trabaja para elaborar un bien determinado, y al finalizar se le “rompe” el producto, o se lo quitan y salen corriendo, quedaría sólo el displacer del esfuerzo realizado y del tiempo perdido, sin la recompensa equilibrante del producto.

La importancia de la duración del trabajo en la determinación del valor reside, por un lado, en que es el indicador de la “extensión” del despliegue del esfuerzo, como elemento fundamental que hace a su cantidad. Pero por otro lado, y especialmente en el trabajo que se “vende”, es decir el que no se hace para disfrutar directamente su resultado, sino para su intercambio, también significa invertir un **tiempo** destinado a ello, y que por tanto no se puede ocupar en otra cosa. Se enajena una parte, un “espacio” de la vida, siendo por ello también una pérdida, algo que se sacrifica, que se entrega. Dicha pérdida es un hecho negativo, y se suma como elemento **displacentero** a lo que es el esfuerzo en sí.

De tal modo, lo que hace al trabajo proveedor de valor es, en definitiva, la cantidad de displacer invertido durante el tiempo que lleve la generación del bien o producto. Por eso veíamos los tres factores que hacen a la “cantidad” de trabajo: duración, intensidad y riesgo; porque hacen a los elementos cuantitativos del displacer, que la ley de la decisión toma en consideración cuando compara las distintas opciones, como por ejemplo, qué otro bien (o por cuánto dinero) intercambiarlo para que sea equivalente a ese esfuerzo, sacrificio o molestia, o al menos para que no sea inconveniente o un “mal negocio”. Por ello, lo más básico que se tiene en cuenta es la conveniencia-inconveniencia de ciertos intercambios, el beneficio del producto en relación al perjuicio del esfuerzo que supone obtenerlo, su intercambio o no por otro, etc., y según la ley de la decisión. Se intercambia placer por placer o displacer por displacer. Y la cantidad de trabajo cuyo producto se intercambia, aunque muy importante y de categórica incidencia económica-social, es sólo uno de los posibles elementos “negociables”. Estos abarcan hasta las más íntimas relaciones humanas (reciprocidad en el intercambio de favores, o el exigir equidad en el reparto de las tareas domésticas, compensación por un perjuicio ocasionado, etc.).



Por tales razones, cuando se trata de considerar la cantidad de trabajo que contienen los bienes o productos, esto tiende a ser muy exacto al momento de promediarse socialmente. Es la mejor de las computadoras la que hace los cálculos: el cerebro, en sus funciones de procesar los datos para la ley de la decisión. Así, cuando se trata de los bienes a intercambiar (promediando otros factores, como la oferta y la demanda) la cantidad de trabajo, y en especial su duración, es lo que más influye, como resultado de un acuerdo social implícito, por ser lo más representativo de todo aquello. Esto siempre se tomó así, y es plenamente válido como medida práctica en los desarrollos teóricos económicos generales. Pero si de comprender la esencia se trata, la economía misma, aunque se manifieste como cantidad de beneficio-perjuicio económicos, ganancia-pérdida, más caro - más barato, conveniente-inconveniente, etc., en el fondo, y en esto es igual que cualquier cosa que haga a la vida humana, no es más que el movimiento de placer-displacer. Y no es de extrañar que sea así, cuando ya habíamos aceptado que nada puede salir de la ley general o de la decisión.

El esfuerzo como elemento displacentero puede inclusive crear un valor no intercambiable, o sea no económico, pero de igual naturaleza esencial como valor material. Por ejemplo, si un sujeto hace ejercicio físico para mejorar su estado corporal y su salud, allí encontramos el mismo mecanismo. El esfuerzo de la gimnasia, o de correr, etc., produce un beneficio, implica satisfacer una necesidad, que es la de mantenerse en "forma". La diferencia con respecto al trabajo es que el producto del esfuerzo no es intercambiable. El beneficio o recompensa del sacrificio que supone el someterse al displacer del esfuerzo y del "tiempo" invertido en ello es sólo individual. No se puede hacer ese esfuerzo y "transferir" el resultado positivo a otro individuo. Pero si imagináramos que eso fuera posible, entonces sería como un trabajo más, y hasta se podría "vender el producto". Así, el que quisiera tener un buen estado corporal y fisiológico, pero no está dispuesto a hacer el esfuerzo de la gimnasia, y/o no dispone de ese tiempo, entonces "compraría" el producto. El valor del mismo, nuevamente, estaría dado por la cantidad del esfuerzo o sacrificio de quien lo genere, es decir, en última instancia por el **displacer** invertido en ello. De ese modo, dicho "trabajo" tendría la recompensa de un dinero, como elemento esencialmente placentero, equivalente al beneficio del buen estado corporal y fisiológico que se "entrega".

Pero al no ser transferible o intercambiable el producto de ese esfuerzo, no es un bien material **económico**, no es **valor económico**, sino un bien o valor material **no económico**. En otras palabras, todo esfuerzo tiende a crear

bienes o valores materiales (obviamente no consideramos aquí los valores morales o espirituales, etc.), pero para que además de materiales, sean bienes o valores económicos, tienen que ser **intercambiables** o permutables. Solamente en función del intercambio es cuando se cuantifica el valor, cuando se lo hace objetivo por medio de hacerlo intersubjetivo, y sólo allí pasa a adoptar el carácter de valor económico.

Por tal motivo, en la vida social, el displacer del esfuerzo y del tiempo empleado durante el despliegue de ese sacrificio que es el trabajo, en relación al beneficio del producto, son elementos generalizados, promediados y estandarizados, y que por tanto, dada su regularidad, adquieren autonomía y carácter de ley económica, como lo es la determinación del valor según la cantidad de trabajo empleado.

#### **4. El trabajo como creador de valor económico**

Desde la esencia más general del valor económico, y que es la misma esencia de todos los valores (placer-displacer), tenemos enfrente un mejor panorama para apreciar el rol del trabajo y su cantidad como elemento determinante del valor de los productos. La conclusión que se deriva por el momento, a los fines de explicar porqué debemos considerar a la clase trabajadora en general como una única clase en la que sus miembros comparten idénticas condiciones, es que todos los trabajos destinados a dar satisfacción a alguna de las “mil” necesidades, son creadores de valor económico. Así, aunque sea un trabajo que corresponda al rubro de los servicios, y cuyo producto es “inmaterial”, ejemplo: un servicio de noticias, siempre genera valor económico, por el hecho de ser un trabajo cuyo producto o resultado da satisfacción a una necesidad; en este caso a la necesidad del impulso de curiosidad. Como se ve, esto no se diferencia esencialmente, considerando el psiquismo y sus impulsos, con el trabajo que produce alimentos, y que dan satisfacción al impulso alimenticio. Así por ejemplo, si hay un grupo de padres que viven aislados en el campo, que producen bienes materiales, ejemplo: alimentos, y con eso pagan a un maestro para que enseñe a sus hijos, hay un claro intercambio de valor, de trabajo material, concreto. Hay, y esta es la clave, una recíproca satisfacción de necesidades a través de los respectivos trabajos. El maestro satisface la necesidad de los padres (impulso fraterno), al beneficiarlos educando a sus hijos. Eso lleva trabajo, y como el mismo genera valor económico, el docente recibe su equivalente en productos alimenticios, que suponen una

cantidad de trabajo similar. Si a esto le agregamos el dinero como instrumento de cambio (o la “sal” si queremos), veremos que da lo mismo que el maestro reciba los alimentos, o bien el dinero por su trabajo, y con los mismos billetes compre los alimentos a esos padres, o que prefiera ir con el dinero al poblado a comprar un mueble, y luego el carpintero compre con esos billetes los alimentos a aquéllos.

El valor de intercambio de los bienes, productos, servicios, que satisfacen alguna necesidad, está determinado, entonces, por la cantidad de trabajo que requiere su producción o provisión. Pero esta “fórmula” sólo es válida considerando constantes otras circunstancias, las que rara vez lo son, sino que casi siempre influyen quitándole pureza a su manifestación. Uno de esos elementos es la productividad del trabajo, que no siempre es la misma. Por eso, el valor de mercado de cierto producto no surge directamente de la cantidad de trabajo que empleó, por ejemplo, un individuo particular, sino que se trata del promedio social del tiempo de trabajo que requiere su producción. Así, si ese individuo utiliza métodos anticuados y demora 8 horas para construir una mesa, en otro lugar puede suceder que con el empleo de técnicas adecuadas un sujeto demore 4 horas para hacer la misma mesa. Si suponemos estos dos casos como extremos equidistantes de lo que sería la media social, el valor de mercado de ese tipo de mesas, su precio, sería el equivalente a 6 horas de trabajo. Por eso, el que fue más eficiente obtiene una ventaja, que es poder vender a un precio de 6 horas de trabajo lo que le llevó 4. Esas 2 horas que gana respecto al promedio son las mismas que pierde el que demoró 8 horas. Pero fuera de los casos extremos de mínima y máxima productividad, la mayoría de los carpinteros, en el ejemplo, se ubicarían alrededor del promedio, demorando aproximadamente las 6 horas. Por lo tanto, el valor de los bienes no está determinado por la cantidad de trabajo en un caso particular, sino por la cantidad **media** de trabajo necesario para su producción.

La otra circunstancia que también había que considerar constante o promediada, para que la cantidad de trabajo sea el factor directamente determinante del valor, es el de la oferta y la demanda, o sea, hay que considerarlas estabilizadas, de manera que se anulen mutuamente en su influencia. Porque cuando no es así, obviamente, será más valioso algo que se necesita y no se consigue. Al constituir un elemento muy necesitado (o sólo muy deseado), el que quisiera adquirirlo estará dispuesto a sacrificar **más trabajo** o esfuerzo (displacer) para obtenerlo. Y de ello se puede aprovechar su poseedor. Pero en general, y a modo de ley del mercado, hay una tendencia a la rápida estabilización de la oferta y demanda. Ante tal situación de gran conveniencia, inmediatamente se “despiertan” muchos, hasta

que en poco tiempo ese objeto tan difícil de obtener queda al alcance de todos, y termina valiendo sólo el trabajo que lleva producirlo. Es decir, se estabilizan y se anulan entre sí la oferta y la demanda, quedando otra vez el trabajo y su cantidad como factor determinante del valor. Excepto, por supuesto, que aquel individuo, a través del poder de la fuerza, o de otros métodos, impida la competencia de los otros. Allí estaríamos ante un caso de monopolio, donde el producto se vende por encima del valor generado por el trabajo. Pero obsérvese que incluso aquí, considerando el precio artificialmente elevado, el mismo igual se mide por la cantidad de trabajo (aunque se exprese en dinero) que esté dispuesto a **sacrificar** o entregar el que quisiera obtenerlo. Sin embargo, estas son situaciones que salen de las leyes de la autorregulación y mutua anulación de la oferta y la demanda del mercado, y son casos equivalentes a la extorsión de un secuestro, donde se exige el pago de una cantidad sin ninguna base de intercambio de trabajo. De todas formas, se podrá apreciar que inclusive aquí el valor a pagar es también una cantidad de trabajo socialmente promediada en el valor del dinero.

En definitiva, la cantidad de trabajo, promediado socialmente, es el elemento determinante del valor, considerando siempre una situación normal de mercado, de libre negociación e intercambio de los productos del trabajo o de su equivalente en dinero. Claro que esto no siempre sucede en el capitalismo actual, donde los poderes monopólicos ejercen un papel extorsivo sobre los precios. Pero como estamos analizando la esencia del valor del trabajo, debemos comenzar por lo más simple, y considerar una situación de libre mercado o “libre competencia”, donde en general el precio coincide con el valor real de los productos, determinado por la cantidad promedio de trabajo que se requiere para generarlos.

## 5. El modo de producción capitalista y la plusvalía

Lo que hemos visto hasta ahora es la determinación del valor en general como categoría económica, y su aplicación a cualquier trabajo cuyo producto satisface alguna necesidad. Y como podremos notar, según los impulsos que conocemos en el hombre, de los que se derivan aquellas “mil” necesidades adquiridas, pero reales y concretas en una sociedad dada, no sólo la producción material les da satisfacción, sino todos los trabajos. La única diferencia, y que no es algo menor si lo miramos en otro sentido, es que la producción material, o que genera bienes de uso materiales, objetos concretos, se orienta a satisfacer las necesidades más básicas para la vida, además

de proveer lo indispensable para la infraestructura y el funcionamiento de la sociedad, y de allí su importancia especial.

Pero veamos qué pasa cuando todo esto se aplica al modo de producción y apropiación del capitalismo. Cuando un capitalista, que es propietario de los medios de producción, de los medios e instrumentos de trabajo, emplea trabajadores, encontramos que para obtener alguna ganancia, como es sabido, no les paga el equivalente al valor que producen. Si así fuera, simplemente no le quedaría nada. Por eso les paga menos. Por ejemplo, luego de vender el producto, y una vez deducidos ciertos costos de lo invertido, de lo que queda (que es el nuevo valor producido), les paga por ejemplo el 50% al conjunto de los trabajadores y el 50% restante es su ganancia, es decir, la **plusvalía**, que Marx definió como la parte del valor producido por el trabajo que no recibe su equivalente en salario, y que (si todo lo demás coincide con los promedios sociales) se traduce a la ganancia del capitalista.

En términos puramente económicos, esa es la explotación, es la apropiación de plusvalía, como característica esencial de las relaciones de producción capitalistas, del modo de funcionar el sistema capitalista. Ahora, es curioso que este mecanismo de generación de valor y sustracción de plusvalía, por lo general, se lo atribuyera únicamente a la producción de bienes materiales, como si los obreros industriales fueran los únicos generadores de valor y plusvalía. De ser así, esa plusvalía, como parte no reintegrada a los obreros industriales, del valor generado por su trabajo, sería la única plusvalía disponible como valor genuino, para repartir al resto de la sociedad; para con eso, por ejemplo, pagar los sueldos a los trabajadores en general. Siendo así, estos últimos estarían en algún sentido distanciados y hasta enfrentados económicamente con aquéllos, que al parecer serían los únicos que producirían valor económico.

Pero veamos cómo son las cosas. Aunque es cierto que los alimentos, por ejemplo, que toda la sociedad consume, surgen únicamente del trabajo de los obreros industriales o rural-industriales del ramo, a su vez los maestros son los “únicos” que proveen educación básica a todos los niños de la sociedad, incluyendo a los hijos de esos obreros. O también, los médicos y enfermeros atienden a todos los demás, incluyendo a los obreros que producen alimentos. Esa atención o servicio de salud vale más que los medicamentos “materiales” aislados. En otras palabras, tales trabajadores de la salud satisfacen, con su trabajo material y concreto, una necesidad de todos. Por lo tanto su trabajo tiene el mismo valor económico. Es una **cantidad de trabajo vivo que genera valor**, que es intercambiable. Ello significa que es susceptible de generar plusvalía. Así, en el modo y las relaciones de produc-

ción capitalistas, si el dueño de una clínica, por ejemplo, emplea médicos, enfermeros, administrativos, personal de limpieza, como sus trabajadores, toda ganancia que extraiga será producto de la explotación económica, de haberles pagado a sus empleados menos del valor generado por su trabajo. En otros términos, la generación de plusvalía y la explotación implicada son propiedad del modo de producción capitalista y no del “tipo de trabajo”. Todo trabajo vivo, concreto, material en definitiva, que satisface alguna necesidad, es creador de valor y, en el capitalismo, de plusvalía. Esto es aplicable a todos los trabajadores asalariados cuyo producto de su trabajo, sea material o no, es intercambiable o factible de ser vendido por el propietario o empleador. Desde el momento en que se cumple un trabajo que cubre alguna necesidad, ya genera valor, es un **bien**, una **mercancía** (sea o no un objeto material) que es intercambiable o que se puede vender. Y si lo recibido en salario es menor que el valor total de ese producto o servicio intercambiable que ha creado el trabajo, entonces hay explotación y plusvalía.

El “secreto” está en los impulsos correspondientes a la estructura psicológica del hombre y en las “mil” necesidades derivadas de ellos. Los productos materiales sólo satisfacen unos pocos impulsos, ejemplo: el alimenticio, de bebida (cuesta trabajo producir agua potable), de calefacción (abrigos, calefactores, combustibles). A esto se puede agregar la construcción de viviendas, de muebles, utensilios, que hacen a la necesidad de protección (impulso de conservación) y de comodidad, y algún impulso más o parte de un impulso. Pero quedan varios impulsos, o necesidades primarias en el sentido de que son del mismo nivel básico de los impulsos, que también reclaman satisfacción. Así por ejemplo, el impulso de curiosidad tiene necesidad de medios de información, y ello supone miles de trabajadores que se desempeñan en esa función, a cambio de un salario. El mismo impulso de curiosidad, más el fraterno de los padres, fundamentan la necesidad de aprendizaje o instrucción de los niños y jóvenes. Para eso hacen falta miles y miles de trabajadores de la educación (maestros, profesores, personal de limpieza y mantenimiento, trabajadores del transporte escolar). Luego, el impulso recreativo y de variación buscan su satisfacción en todo lo que implique entretenimientos, y allí encontramos miles de trabajadores asalariados de radio, televisión, revistas, espectáculos artísticos y deportivos, de mantenimiento de plazas y espacios verdes para el esparcimiento, etc. El impulso de comunicación necesita los correos y teléfonos, y para dar satisfacción a ello son necesarios miles de trabajadores. Los medios de transporte de pasajeros satisfacen al menos el impulso mediador; son precisamente medios para algo importante, como por ejemplo dirigirse al trabajo o

a cualquier parte. Los trabajadores del turismo cumplen con la satisfacción del impulso de descanso, asistiendo en todo lo que requieren los centros vacacionales. Los trabajadores que distribuyen las mercaderías, así como los empleados de comercio, cumplen con la necesidad de trasladar, acercar, separar y colocar a la vista las mercaderías en los centros de distribución. Los consumidores pagan el trabajo que supone ir a buscarlas a las fábricas. Se amontonarían millones de consumidores en las fábricas si no hubiera quienes se ocupen de todo lo que hace a la distribución de los productos. Luego están los trabajadores de las empresas que proveen energía eléctrica, producto de “dudosa” existencia material, a diferencia del agua corriente o gas natural, pero que se los incluye por igual en el rubro de los servicios. A esto habría que agregar los trabajadores de las empresas de recolección de residuos, y muchos más que trabajan en los distintos sectores de servicios.

La materialidad o no de los bienes de uso y de cambio que producen los distintos trabajos es algo irrelevante. En términos absolutos todos son materiales porque no existe nada fuera de la realidad material. Y tanto un alimento que se ingiere, como la satisfacción de cualquier necesidad, terminan por igual en las vías del sistema nervioso del consumidor, estimulando los centros cerebrales **materiales** que hacen al estado de satisfacción de la necesidad. En el caso de los servicios, al tratarse de trabajos que satisfacen necesidades, y que por tanto producen valor económico, y por eso son intercambiables, en el modo de producción capitalista también generan plusvalía (parte no pagada de ese valor producido), y por consecuencia explotación de los trabajadores. Los dueños de las empresas respectivas, que venden esos servicios, los venden a su valor real. O sea, el precio es el del valor creado por el trabajo material, concreto, de “carne y hueso”, realizado por los trabajadores. Pero para obtener sus ganancias, sólo pueden hacerlo con el habitual procedimiento de “práctica”, que es pagar a los trabajadores la menor fracción posible del valor económico (de venta) producido por su trabajo.

En el caso de los muchos trabajadores asalariados que trabajan para empresas o reparticiones del Estado, la situación es la misma. El Estado capitalista, al momento de dar empleo y fijar el salario de sus trabajadores, se basa en los precios del mercado laboral; es decir, mira los precios en la “subasta de proletarios”. Así, si en promedio los trabajadores del resto de la sociedad producen un valor de 5 pesos en una hora de trabajo, el Estado burgués no pagará eso, sino por ejemplo los 2,50 pesos que se paga en promedio en el resto de trabajos privados. La diferencia es plusvalía, la misma

que se obtiene del resto de la clase trabajadora, pero que el Estado introduce en la bolsa mayor de los impuestos que recauda, pasando desapercibida.

Por otra parte, fuera de los trabajos realmente útiles y que satisfacen necesidades de todos, hay en el capitalismo muchos trabajos volcados a satisfacer necesidades que solamente son de los propios capitalistas, y que hacen a sus negocios y manejos diversos, actividades éstas que esencialmente no son de utilidad para el resto de la sociedad. A ello se agregan muchos gustos, caprichos, excentricidades de la clase burguesa, que son costosísimos en cuanto al esfuerzo y la cantidad de trabajo que requieren, y que son el resultado de no saber qué hacer con tanto dinero de la plusvalía extraída al proletariado. Los trabajadores que se emplean para esto, como todo trabajo, generan valor; y si son empleados de una empresa que ofrece tales servicios, una parte de ese valor será la plusvalía que quedará para el empresario.

Esos bienes y servicios, en general, son superfluos desde el punto de vista de los trabajadores. Son una pérdida de capacidad productiva y de trabajo. Hay diversos trabajos que deben dejar de hacerse en el socialismo, para volcar esos mismos esfuerzos, que implican el desperdicio de millones de horas-hombre, a aumentar la producción de lo que tienda a satisfacer necesidades más elementales o prioritarias, o por lo menos “razonables”. Ya que el trabajo, el esfuerzo, es lo que **vale**, son los propios trabajadores, y no los que no trabajan, los que deben decidir cómo conviene invertir esa fuerza de trabajo, y hasta donde es realmente necesario.

Hay que reconocer que en el caso de un capitalista “tradicional”, que maneja y dirige personalmente su empresa, sea de producción de bienes o de servicios, su trabajo también genera valor. Es el trabajo de coordinador de las tareas, y muchas veces se arremanga y ayuda. Pero dicho valor constituye una mínima fracción de sus ganancias. Por ejemplo, si cuenta con 100 trabajadores, por lo que cada uno aporta aproximadamente el 1% del valor total producido, su participación en la creación de dicho valor sería también cercana al 1%; o concedámosle el 2% si imaginamos que dedica muchas horas a la empresa, lo que significaría el doble de trabajo. En tal caso, al obtener de ese nuevo valor producido (sin contar lo que sería la recuperación de otros costos) una ganancia del 50%, como habíamos supuesto en la anterior hipótesis, quiere decir que solamente aportó como máximo el 2% con su trabajo, y el restante 48% es plusvalía, es trabajo no pagado a sus obreros. Cada uno de ellos recibió alrededor del 0,50% del valor generado por el conjunto, y no cerca del 1% con el que su esfuerzo aportó a la creación del valor producido.



Con respecto a los grandes capitalistas, a los principales accionistas de importantes empresas, al no ocuparse de la dirección y la administración de las mismas, no aportan valor, sino que sólo proceden a retirar sus dividendos, que implican plusvalía de “máxima pureza”.

En una situación similar están los beneficios de los intereses que obtienen los capitalistas financieros, que por haber prestado el dinero a los empresarios para que éstos hagan el “trabajo sucio” de obtener la plusvalía, simplemente reciben la devolución de lo invertido más una parte del “botín” de la plusvalía extraída a los trabajadores, como era el “trato”.

Hasta el interés que genera un inocente depósito bancario, que parece surgir de la “magia” del dinero en su capacidad de reproducirse, surge del mismo mecanismo. El banco recibe los depósitos y los presta al empresario. Este procede a retirar la plusvalía, explotando la única fuente de riquezas de la que dispone, que es la parte del trabajo no pagado a los obreros. Luego, de lo extraído devuelve al banco lo recibido en préstamo más el excedente tratado. El banco a su vez devuelve al depositante lo que puso más la fracción tratada del mismo “botín”, que lógicamente será menor que el excedente recibido de manos del empresario. Tal diferencia es lo que queda para el banco.

Pero a todo esto, ¿cuál es la situación de los trabajadores del banco ?. ¿Ellos también “viven” de la plusvalía extraída a aquellos obreros ?. En primer lugar, no hay dudas de que los banqueros obtienen ganancias de esos negocios, y, hablando siempre en términos de promedios sociales, toda ganancia surge de la plusvalía. Pero ¿dónde se origina la plusvalía o ganancia del banquero ?, ¿en el circuito cuyo origen es la obtención de plusvalía por parte de aquel empresario, o en el trabajo no pagado a sus trabajadores bancarios ?. La respuesta a esto es muy importante: surge del trabajo no pagado a sus propios obreros de corbata. Pero veamos algo que es aún más importante: el porqué.

Supongamos que lo que recauda el banco, cifra surgida del interés cobrado al empresario menos el interés que el banco paga a sus depositantes, es de 1.000 pesos. Restémosle algunos costos que tiene la entidad bancaria, sin considerar todavía el sueldo de sus trabajadores, y quedarían por ejemplo 500 pesos. Esta última cantidad es el valor que generó la actividad del banco, es decir, es el valor producido por el trabajo de muchas horas realizado por sus empleados. Pero el banquero no les pagará esa cifra. ¿Qué “gracia” tendría ?. Les abonará, por ejemplo, 250 pesos, y los restantes 250 serán su ganancia.

Pero todo ese dinero, ¿no era plusvalía obtenida del trabajo de los obreros de aquella empresa ?. Para responder a esto, primero debemos tener en

cuenta que estamos hablando de un caso de aquellos en que se trata de trabajos que esencialmente son de escasa utilidad para la sociedad en general, y fundamentalmente sirven a los capitalistas. Pero como estamos hablando del sistema capitalista, son trabajos que satisfacen una necesidad, no importa de quien, en dicho sistema. Para que sea más fácil, imaginemos que el banco es propiedad de los trabajadores bancarios; ellos se reparten toda la utilidad. Y por otro lado, imaginemos también que aquella empresa que solicitó el crédito es propiedad de los obreros. Aquí, entonces, no hay ningún capitalista. Sólo hay dos empresas que trabajan y generan valor, pero no plusvalía, ya que en ambos casos cada trabajador recibiría el 100% del valor generado por su trabajo. Ahora, esa empresa de los obreros pide a los trabajadores-banqueros un financiamiento, y lo pide porque tiene **necesidad** de ello. En el sistema económico donde está dicha empresa, muchas veces se necesita ese servicio. Pero ofrecer dicho servicio, satisfacer tal necesidad, lleva **trabajo**. Hay muchas tareas internas del banco, hay cajeros, personal de maestranza y de mantenimiento, atención al público que realiza sus depósitos, etc. Por eso, no se trata de una usura ni nada parecido; simplemente aquellos obreros-empresarios **pagan dicho trabajo**, y al precio de mercado. ¿Con qué lo hacen ?, con **trabajo**, porque ellos generan con su actividad laboral un valor determinado, materializado en los productos que elaboran y que luego venden, obteniendo el equivalente en dinero. De ese valor, pagan a los trabajadores-banqueros el servicio prestado con su trabajo; pago éste, consistente en el interés o excedente que se suma a la devolución de la cifra prestada. Por lo tanto, todo lo que hay es un intercambio de trabajo, de valor real, es trabajo por trabajo.

Así como los obreros-empresarios, cuando venden sus productos obtienen a cambio el valor de su trabajo, por cuanto dichos productos satisfacen alguna necesidad al que los paga, sin importar a qué se dedica el comprador, de la misma manera, los bancarios-banqueros reciben como pago el equivalente al valor de su trabajo, el cual también satisface la necesidad de quienes lo abonan, sin importar, aquí, si son obreros o capitalistas.

De tal manera, hemos visto un puro movimiento de valor, de trabajo por trabajo, sin ninguna plusvalía. Pero las cosas no son así, sino que hay un banquero ( o dueños accionistas de un banco que es lo mismo, pero no hace falta complicarse) y un empresario. Estos se quedan con una parte del valor generado por sus respectivos trabajadores asalariados, es decir, tanto uno como otro extraen plusvalía.

Podemos suponer, inclusive, otra situación más esclarecedora de porqué la ganancia del banquero surge de la explotación del trabajo de sus empleados. Imaginemos por un lado al banquero y sus trabajadores, y por otro a aquella

empresa volcada a la producción material, pero sin capitalista, o sea con obreros-empresarios que se reparten el producto de su trabajo. Así, éstos solicitan el crédito por tener esa necesidad, y luego trabajan y venden sus productos, devolviendo el préstamo más el excedente o interés, que es el pago del servicio. Allí no habría ninguna plusvalía en lo que respecta a los obreros. Ese pago que hacen al banco es como uno más de sus distintos costos para su funcionamiento, como lo es, por ejemplo, el pago de la energía eléctrica. Pero el banquero sí se queda con una parte del valor que generó el trabajo de sus propios “obrerros”. Parte ésta que es la única plusvalía que se puede encontrar en todo el proceso.

Pero para ir más lejos todavía, supongamos que lo que produce esa empresa dedicada a la producción material son muebles, útiles y máquinas especiales para los bancos. Entonces el banquero, que se propone invertir sus ganancias abriendo nuevas sucursales, destina ese dinero, o sea el capital surgido de la plusvalía extraída a sus trabajadores, en comprar los muebles o máquinas a dicha empresa. Y así, volviendo a nuestro interrogante inicial, que era si los trabajadores bancarios “vivían” de la plusvalía extraída a los obreros de la empresa, podríamos decir que aquí es lo contrario, que tales obreros dependen o “viven” de la plusvalía surgida de la explotación de los trabajadores bancarios por parte del banquero.

Por eso, la plusvalía y la explotación económica implicada es una propiedad del modo de producción capitalista y no de la naturaleza de uno u otro trabajo concreto del que se deriva aquélla. Quien vende un determinado producto o servicio, recibe un dinero cuyo valor proviene siempre de algún trabajo anterior. Será plustrabajo o parte de trabajo no pagado (plusvalía) si el comprador es un capitalista, o será trabajo pagado (salario) si el que se apoya en el mostrador es un trabajador asalariado. Pero al que vende el producto, eso es lo que menos le interesa. No tiene un tabique separador en su caja para poner de un lado plusvalía y del otro lo que no lo es. Si le preguntara al cliente si piensa pagar con plusvalía o no, seguramente le responderá: ¡no, en efectivo!, y se irá quizás con la creencia de que la plusvalía es el nombre de una nueva tarjeta de crédito. El vendedor, por el producto que entrega recibe por igual todo dinero porque sabe que tiene valor. Pero como todo valor es producto del trabajo, la procedencia última de todo dinero y de su valor es siempre el esfuerzo de los trabajadores en general.

Como conclusión, toda plusvalía surge del trabajo real, concreto, de todos los trabajadores sobre los que recaiga el modo de producción capitalista, sin distinción del tipo de trabajo ni de la “elegancia” en la vestimenta que pueda exigir el empleador.

## 6. Conceptos de clase trabajadora, proletariado y clase obrera

Ampliando nuevamente el enfoque, encontramos que en el capitalismo hay una clase que es la propietaria de los medios de producción y de los **puestos de trabajo**. Fuera de los pocos cuentapropistas, pequeños comerciantes, profesionales, el resto de la sociedad es una sola clase de proletarios, cuya característica esencial, y que es la que la define, es que no disponen de **medios de trabajo**, por lo que están obligados y atados por las cadenas invisibles que descubrió Marx en el sistema capitalista, a aceptar necesariamente la “natural” condición de trabajar para esa clase propietaria, recibiendo sólo una parte, y la menor posible, del valor real de su trabajo. En esto no hay ninguna diferencia entre trabajadores industriales y no industriales. Es más, tanto unos como otros experimentan una constante rotación de un sector a otro, y ni siquiera notan la diferencia. Solamente perciben que son exigidos y explotados por un salario mínimo en ambos casos, y es totalmente casual que se les extraiga plusvalía en uno u otro sector de la producción general de bienes y servicios.

En definitiva, los muchos millones de trabajadores que se desempeñan fuera de la producción material comparten idénticas **condiciones de clase** y de explotación económica, con sustracción de plusvalía, que los obreros industriales. En ambos casos, tales trabajadores no tienen nada aparte de su fuerza de trabajo para vender, y al precio que los patrones dispongan. Y en general tienden a “disponer” que sea bajo ese precio; sobre todo cuando los índices de desocupación (es decir la cantidad de seres humanos desesperados que no consiguen una fuente de vida) son “satisfactorios”. Tal situación social está siempre presente en el capitalismo, por ser útil a la clase capitalista, al cumplir la función reguladora de mantener bajo el precio en las “vidrieras” del mercado de proletarios. Ello obliga a estos últimos a competir entre sí por los limitados puestos de trabajo. Y hasta tienen que contentarse por haber conseguido un trabajo, a sabiendas de que serán exprimidos, porque la otra opción que les ofrece el sistema, sin hablar del recurso del delito, es la inanición propia y de sus hijos, es decir, aparece el “tironeo” de la cadena invisible, que obliga a trabajar para esa clase propietaria, teniendo inclusive que dar las gracias por haber sido aceptado.

Es evidente que la solución es que la clase trabajadora, ocupados y sin trabajo, o sea el proletariado en general, los que no tienen ningún derecho sobre los medios de producción y de trabajo, con todo respeto desplacen del poder a esa clase que se ha apropiado de algo tan importante como son los medios de producción y de trabajo, de los que depende la vida de todos,

procediendo a su expropiación. Esto último, según el diccionario, significa: “desposeer legalmente a un propietario por razones de utilidad pública”. Pero obsérvese que ni siquiera sería eso, sino simplemente recuperar la posesión de algo que los trabajadores deben reclamar como suyo. Todos los medios de producción y los grandes capitales fueron creados por el trabajo del proletariado; son la parte no pagada del valor de su trabajo. Si a ello se agrega una generosa indemnización, que por lo tanto debe considerarse como un regalo, los miembros de aquella clase deberían darse por satisfechos. En resumen, los trabajadores no necesitan la presencia de esa clase social para organizar su vida y su futuro, sino todo lo contrario. Únicamente podrán hacerlo liberándose de ella.

Dicha expropiación se refiere siempre a los medios fundamentales de producción, a las grandes fábricas, bancos, empresas, que aunque su número no sea muy grande, su movimiento económico hace a la casi totalidad. No es necesaria la expropiación de las empresas menores, ni mucho menos a quienes trabajan por cuenta propia en pequeños talleres o comercios. Sólo se trata de que si el Estado en manos de la clase trabajadora garantiza la plena ocupación, asegurando un pago aproximado al valor total creado por el trabajo, esos empresarios no conseguirán “buen precio” en los mercados de proletarios, donde escasearía la “mercadería”. Por lo tanto, ante la opción de ganancia “cero”, que resultaría de pagar el valor real del trabajo, terminarían por sí solos prefiriendo ser expropiados e indemnizados, para sumarse luego a las filas de la clase trabajadora, aportando sus conocimientos y esfuerzos no ya a las disputas y peleas con los trabajadores, competidores, proveedores y clientes, sino solamente al bien social.

Volviendo al concepto de clase trabajadora, el haberse identificado al proletariado con la clase obrera industrial, probablemente responda a que hace un siglo y medio, cuando Marx y Engels elaboraron sus desarrollos teóricos, el proletariado volcado a la producción material era la mayoría absoluta de los trabajadores asalariados o proletariado en general como clase, y su consideración era suficiente para describir la dinámica de la lucha de clases entre proletarios y burguesía. Era lo fundamental. Una distinción que se hacía, pero no en la vida y las condiciones de explotación de los trabajadores, sino en las teorías económicas, era entre la producción de bienes materiales **perdurables** y susceptibles de acumulación o capitalización, ejemplo: fábricas, máquinas, elementos de trabajo y todo lo que haga a la infraestructura de la industria, agregándose productos o mercancías perdurables y por tanto acumulables como capital comercial; y por otro lado la producción de bienes materiales **no perdurables** ni capitalizables como

tales (alimentos o artículos de uso común cuya acumulación es inconveniente por su rápido deterioro, o por ser superados por las modas o por aparecer con rapidez modelos nuevos y mejores). Pero tal distinción no salía del marco de lo que era la producción material. En cuanto a las otras necesidades derivadas de los impulsos cuya satisfacción no implicaba el consumo de objetos materiales, eran menos ramificadas, más sencillas, y tenían por lo general soluciones más “caseras”, o sin una gran importancia económica de conjunto para el modo de producción capitalista. Y la parte de los servicios que tenían alguna presencia en la sociedad eran realizados mayormente por lo que hoy conocemos por **cuentapropistas**. Es decir, no había prácticamente **empresas de servicios**, con un capitalista y sus asalariados, sino que eran individuos con algún oficio que trabajaban personalmente ofreciendo servicios diversos, por lo que obtenían aproximadamente el total del valor de su trabajo.

Marx no le prestó mucha atención a los servicios, por lo señalado acerca de la escasa importancia que representaban para el modo de producción capitalista. El criterio que él adoptaba para distinguir entre trabajo productivo e improductivo se basaba en el punto de vista del movimiento del capital, es decir, sólo era productivo el trabajo que caía dentro del modo de producción capitalista, donde el capitalista obtenía plusvalía para la acumulación. Así, el trabajo de un carpintero que fabricaba un mueble y consumía el valor obtenido de su venta era trabajo no productivo, por no servir a la acumulación capitalista. Mientras que ese mismo carpintero, construyendo el mismo mueble, realizaba trabajo productivo si lo hacía como asalariado de un capitalista que obtenía de él una plusvalía destinada a la acumulación, al acrecentamiento de capital. Pero dado que la segunda modalidad era la que coincidía con la producción material, y la primera, es decir el trabajo por cuenta propia, coincidía en general con el rubro de servicios o producción no material, entonces, y como una medida práctica de simplificación, se tomaba la producción material como trabajo productivo y el de servicios como trabajo improductivo. Sin embargo, en los siguientes párrafos extraídos de su obra póstuma: “Teorías de la plusvalía”, cuyos manuscritos Engels pretendía publicar como un cuarto tomo de El Capital, Marx demuestra lo bien que entendía la situación; aunque como se podrá notar, debió esforzarse para encontrar ejemplos de algo que casi no existía:

*“...Por consiguiente, el proceso de producción capitalista no es simplemente la producción de mercancías. Es un proceso que absorbe trabajo impago, que convierte materias primas y medios de trabajo -los medios de producción- en medios para la absorción de trabajo impago.*

*De lo que se ha dicho se sigue que la designación del trabajo como **trabajo** productivo nada tiene que ver con el **contenido determinado** del trabajo, su utilidad especial, o el valor de uso particular en que se manifiesta.*

*El mismo tipo de trabajo puede ser **productivo** o **improductivo**.*

*Por ejemplo, Milton, quién escribió el Paraíso perdido por 5 esterlinas, era un **trabajador improductivo**. Por otro lado, el escritor que produce materiales para su editor en estilo fabril es un **trabajador productivo**. Milton produjo el Paraíso perdido por la misma razón que un gusano de seda produce seda. Fue una actividad de su naturaleza. Más tarde vendió el producto por 5 esterlinas. Pero el proletario literario de Leipzig que fabrica libros (por ejemplo, Compendios de Economía) bajo la dirección de su editor, es un **trabajador productivo**, pues su producto se encuentra subsumido desde el comienzo bajo el capital, y nace sólo con el fin de acrecentar ese capital. Una cantante que vende su canción por su propia cuenta es una **trabajadora improductiva**. Pero la misma cantante a quien un empresario ordena que cante con el fin de ganar dinero para él es una **trabajadora productiva**, pues produce capital.” (Marx Carlos. Teorías de la plusvalía. Editorial Cartago. Buenos Aires 1974, tomo I pág. 339).*

Y unas páginas después:

*“...Por ejemplo, si hago reempapelar mi casa y los empapeladores son asalariados de un amo que me vende el trabajo (...), para el amo que hace que esos obreros empapelen, ellos son trabajadores productivos, pues le producen plusvalía (...). Este proceso de producción no es sólo un proceso de producción de **mercancías**, sino un proceso de producción de **plusvalía**, de absorción de sobretrabajo, y por lo tanto un proceso de producción de **capital**” (Idem pág. 343).*

Más adelante:

*“...Puede decirse (...) que es una característica de los **trabajadores productivos**, es decir, de los trabajadores que producen capital, que su trabajo se realiza en **mercancías**, en riqueza material. Y entonces el **trabajo productivo**, junto con su característica determinante -que no tiene en cuenta para nada el **contenido del trabajo** y es independiente por entero de dicho contenido-, recibirá una segunda definición, distinta y subsidiaria.” (Idem, pág. 346).*

Esa “segunda definición” es la que originó la confusión. Lo que en aquella época era sólo una coincidencia del concepto de trabajo productivo, es decir creador de plusvalía, con la producción material, se tomó como la definición auténtica. Pero la auténtica, cuya característica determinante, como dice Marx, no tiene en cuenta para nada el contenido del trabajo, se ignoró casi por completo. Y esa característica determinante del trabajo productivo, en la

acepción económica que entendía Marx por trabajo productivo, no es otra cosa que el trabajo asalariado que genera plusvalía.

Veamos por último el siguiente pasaje referido a los servicios:

*“...También aquí el modo de producción capitalista se encuentra sólo en pequeña escala, y por la naturaleza del caso sólo puede aplicarse en pocas esferas. Por ejemplo, los maestros de establecimientos educacionales pueden ser simples asalariados del empresario del establecimiento; muchas de estas fábricas educacionales ya existen en Inglaterra. Aunque en relación con los alumnos estos maestros no son **trabajadores productivos**, lo son con relación a su empleador. Este cambia su capital por la fuerza de trabajo de ellos, y se enriquece gracias a este proceso.\* Lo mismo ocurre con empresas tales como teatros, lugares de diversión, etc. En tales casos, la relación del actor con el público es la de un artista, pero en relación con su empleador es un **trabajador productivo**. Todas estas manifestaciones de la producción capitalista en esta esfera son tan insignificantes en comparación con el total de la producción, que se puede prescindir por completo de ellas”. (Idem, pág. 347).*

Y hasta hoy se ha seguido “prescindiendo por completo de ellas”, a pesar de que la esfera “insignificante” de los servicios ya ocupa a alrededor de la mitad de los trabajadores asalariados.

Esa clasificación de los trabajos en productivos e improductivos sólo debe tomarse como una distinción técnica muy específica, y limitada al contexto de la ciencia económica, como categorías relacionadas al movimiento del capital y su razón de ser, que es su acrecentamiento por medio de la sustracción de plusvalía. Pero en relación a la creación de valor, todo trabajo cuyo producto sea intercambiable y satisfaga alguna necesidad, genera valor de acuerdo a su cantidad, y en esto no hay diferencia entre un trabajo cuyo valor producido se consume totalmente y otro que se consume parcialmente quedando una parte de ese valor en poder del capital para su acumulación.

---

\* Un ejemplo similar ya fue utilizado por Marx en el tomo I de El Capital: ... “Un maestro de escuela, por ejemplo, es un trabajador productivo, no porque forme el espíritu de sus alumnos, sino porque trabaja (...) para enriquecer al propietario de la escuela. Que éste haya colocado su capital en una fábrica de lecciones en lugar de invertirlo en una de salchichas, eso es cosa de él. Por lo tanto la noción de trabajo productivo ya no encierra sencillamente una relación entre actividad y efecto útil, entre productor y producto, sino además, y sobre todo, una relación social que hace del trabajo el instrumento inmediato de la valorización del capital”. (Marx Carlos. **El Capital**. Editorial Cartago. Buenos Aires, 1974, tomo I pág. 487-488)



En ese otro sentido, todos los trabajos serían productivos, es decir, en el sentido de crear valor.

En conclusión, en los distintos rubros de los servicios hay millones y millones de trabajadores igualmente proletarios como los trabajadores industriales, y sometidos a las mismas condiciones de explotación económica, o bien de angustiante desocupación cuando son despedidos, por no ser fácil vender lo único que tienen para vivir que es su fuerza de trabajo.

El no haberle prestado mayor atención a la esfera de los servicios, como se ha visto, no puede ser considerado un error de Marx, como tampoco fue un error suyo el no haberse ocupado del problema de la “capa de ozono”. Sólo ha sido un mal entendido relativamente “moderno”, pero que llevó a un cierto estancamiento teórico en relación al análisis científico de las clases; sobre todo teniéndose en cuenta la gran dimensión que han adquirido los servicios, incorporándose al modo de producción capitalista, a las relaciones de producción: capitalistas-asalariados, o burguesía-proletariado. Ello ha significado perderle “pisada” al desarrollo objetivo de la lucha de clases. A los trabajadores no industriales mayormente se los vio como pertenecientes a una falsa “clase media”, y en una irreal doble condición; por un lado de explotados, pero en sentido “figurado”, por el hecho de trabajar mucho y recibir poco; y por otro, al no entenderse con claridad la situación, como ¡explotadores!, como si vivieran de la plusvalía surgida del trabajo ajeno de los obreros industriales, lo que es un completo error, pero donde todo llevaba a tomarlo así. Esta absurda situación ha dado lugar, inclusive, a que se diga que el proletariado (mal entendido como la clase obrera industrial) es relativamente un sector minoritario respecto al resto de la sociedad, y por lo tanto “sin mayores perspectivas revolucionarias”.

#### **7. El proletariado industrial en relación al resto de la clase trabajadora**

El proletariado en general, todos los obreros y trabajadores, ocupados, desocupados, e inclusive trabajadores jubilados, es decir, todos los que en el capitalismo carecen de derechos sobre los medios de producción y de trabajo, constituyen un solo grupo homogéneo en su condición social, y por ello corresponde concebirlos como pertenecientes a una misma clase, ampliamente mayoritaria en la sociedad. La parte de ese conjunto, que es lo que conocemos como clase obrera industrial, tiene no obstante un lugar de especial importancia, porque de ella depende el funcionamiento de las grandes fábricas, las fuentes de energía, la extracción y el procesamiento de las materias primas, la provisión de alimentos y demás bienes elementales; y

esto es, igual que antes, fundamental para la sociedad. Otra característica de este tipo de producción con producto material, y que lo hace más importante y esencial para la sociedad, es que allí se encuentran los rubros del trabajo social que generan bienes perdurables, sin consumo inmediato, y que por tanto son factibles de ser producidos para la acumulación, es decir para formar y acrecentar capital genuino como auténtico **trabajo acumulado**. Aquí se “fabrican” las fábricas, los edificios, máquinas, materiales e instrumentos de los que se valen todos los demás trabajos. No hay trabajos de elaboración de productos o de prestación de servicios que no requieran medios de producción o de trabajo materiales. Quizás pueda exceptuarse alguno, pero hasta una escoba o un lápiz son indispensables para el menor servicio.

Los otros rubros de la producción material que generan productos **no perdurables**, como por ejemplo alimentos frescos o con fecha de vencimiento muy limitada, estarían en el mismo plano que los servicios, por cuanto se trata de trabajos cuyo producto o resultado se consume totalmente, y no es posible su acumulación. En cambio aquella parte de la producción material que genera productos **perdurables** es el sector de la actividad laboral que crea valor o plusvalía acumulable en forma genuina; aunque también se incluyen, en esta parte de la producción material, los productos de consumo perdurables que no son de infraestructura o medios de trabajo, sino sólo mercaderías no perecederas en general, y por lo tanto susceptibles de acumulación.

Este sector del proletariado industrial es el único que genera valor real acumulable, y que en el modo de producción capitalista es **plusvalía acumulable en capital genuino**, existente en la “materia física”. En este tipo de acumulación material se reduce toda la riqueza real, verdadera, existente en la sociedad. En cambio el valor que se acumula en capital circulante, sea dinero u oro ya existente en la sociedad (que es la base del dinero y que teóricamente lo respalda), no es acumulación genuina de trabajo acumulado para la sociedad, sino sólo para su poseedor, y en su relación con los poseedores de los bienes materiales acumulados. Es decir, el dinero como bien de cambio significa que su poseedor puede entregarlo al dueño de un establecimiento fabril y éste recibirlo y entregar la fábrica al primero. Pero para la sociedad en su conjunto no hay ninguna diferencia. En este sentido, sería siempre más “productivo” en términos absolutos el trabajo cuyo producto material se destina a la acumulación de valor materializado en bienes reales y perdurables. Sin embargo, si aquel poseedor original del dinero, lo obtuvo por ejemplo a través de una empresa de servicios, extrayendo plusvalía de sus trabajadores, tal dinero excedente es tam-

bién trabajo acumulado, y tiene el mismo valor que el plusproducto material que acumuló el capitalista industrial, y por eso son intercambiables. De hecho, ese capitalista industrial vende sus productos para convertirlos en dinero. Y si el comprador es el capitalista dueño de la empresa de servicios, ejemplo: se trata de máquinas utilizadas para los servicios que presta, al hacerlo con la plusvalía obtenida de sus trabajadores, éstos por consecuencia serían creadores de la plusvalía que se materializa en esas máquinas como acumulación genuina de capital material. Mientras tanto, los obreros del capitalista industrial crearon originariamente una plusvalía material, pero ahora convertida en dinero, que era el fin que perseguía el capitalista industrial; es decir, esos obreros crearon dinero, valor circulante. Así, ambos grupos de trabajadores crearon un valor excedente o plusvalía totalmente equivalente, y por eso intercambiable en forma indistinta entre los capitalistas.

Entonces, de la plusvalía general que los capitalistas obtienen de todos los trabajadores, una gran parte la consumen ellos mismos, y la otra se conserva como capital acumulado, sea en forma de bienes perdurables (o no perdurables “en tránsito”) o de dinero. De esos dos tipos de capital, el único “real”, pero sólo enfocando la sociedad en su conjunto y los bienes que allí existen, es el primero, el materializado en bienes. El otro, el dinero, es solamente valor acumulado pero en forma de circulante, de **poder adquisitivo** sobre los mismos bienes que hay en la realidad, pero sin “aportar” nada nuevo a lo que existe. Esas dos formas de plusvalía global que los capitalistas no consumieron, son sin embargo **reales** desde las leyes del valor como trabajo acumulado, y por eso son intercambiables entre los capitalistas. Son, por igual, producto de la parte no pagada del trabajo material y concreto de los trabajadores en general.

Como se ve, desde el punto de vista del proletariado, y de la explotación de la que es objeto, se trata de una diferencia puramente formal, no esencial, entre las características de un tipo de trabajo u otro, pero que produjo una enorme confusión respecto a la situación y a las condiciones generales de la clase trabajadora. En este caso, el motivo de confusión habría sido el identificar lo que es creación de valor y plusvalía materialmente acumulable, con creación de valor y plusvalía en general.

Observemos a lo que se puede llegar por una errónea concepción de base. Los trabajadores que producen bienes perdurables y acumulables como capital genuino, como por ejemplo la construcción de la infraestructura de la industria, de las máquinas y herramientas, materiales, etc., y que lo concebimos como el trabajo más valioso y el realmente productivo en términos absolutos, resulta que lo que producen “no sirve”, no es apto para el “con-

sumo humano”, para la satisfacción de las necesidades. A los propios trabajadores que producen eso, no les sirve, no lo pueden consumir. Lo que hacen es fabricar las máquinas, herramientas y medios de trabajo para que los otros trabajadores produzcan los bienes y servicios que “sirven”, que son “útiles” y se consumen. Los que producen alimentos, por ejemplo, con las herramientas y máquinas que aquellos proveen, deben producir más de lo que consumen para que aquéllos se alimenten. Los trabajadores de los distintos servicios deben proveer de los mismos a todo el mundo, incluyendo a tales trabajadores “productivos”. Así, el absurdo al que podemos llegar es el de decir que aquellos obreros en realidad son unos “vivos”, que sólo proveen los materiales, herramientas, máquinas e instalaciones, para que los otros trabajen y los provean de lo que necesitan.

Además de la equivocada interpretación surgida de la distinción entre trabajo directamente acumulable y no acumulable, hay otro motivo más que también contribuyó al mal entendido. Esto es, que siempre se le atribuyó más valor a la producción material, o de mercancías “corpóreas”, aunque sean bienes no perdurables, por lo que significa el comercio entre regiones, y sobre todo el comercio internacional como fuente de divisas. Es decir, salvo excepciones, los servicios no se pueden exportar. Por consiguiente, no pueden ser fuente de riqueza para un país a través de su exportación (exceptuando el caso de que una empresa de servicios se instale en otro país, y luego de extraer la plusvalía, transfiera sus ganancias al país de origen. Pero está claro que eso no sería exportación en el real sentido del término).

Por lo tanto, un trabajo que por un lado no genera un producto factible de acumulación material como capital genuino, que por otro no crea un producto que se pueda exportar o vender a otra región, y que en general no hace a lo más elemental para la vida, da toda la impresión de ser algo “improductivo”, sin capacidad de generar valor económico. Y al no crear valor económico, tampoco podría generar plusvalía, ya que ésta es una parte de dicho valor. Entonces, si así fuera, los trabajadores dedicados a ello, técnicamente, no podrían ser objeto de explotación económica.

Toda esta equivocada interpretación ha llevado nada menos que a excluir, o al menos quitar importancia, a una parte en muchos casos mayoritaria del proletariado, lo que ha significado la falta de una sólida unidad de la clase trabajadora para cumplir su tarea histórica de cambiar la sociedad.

Observemos el siguiente esquema, que sintetiza lo analizado hasta aquí sobre la esencia del valor económico y sus manifestaciones en la estructura económica de la sociedad. En todos los casos, las figuras (rectángulos) mayores son la esencia más general de lo incluido en las figuras menores, que son formas particulares de lo mayor:

<p><b>Placer-displacer</b>, como base de toda determinación de valor, sea o no económico</p>
<p>Cantidad de <b>trabajo en general</b>, cuyo producto o resultado satisface necesidades (materiales o no), como factor fundamental, promediado socialmente, que determina el valor económico o de intercambio</p>
<p>Cantidad de <b>trabajo que produce bienes materiales</b> (perdurables o no perdurables), que por lo general, exceptuando inmuebles, son susceptibles de intercambio interregional o internacional.</p>
<p>Cantidad de <b>trabajo que produce bienes materiales perdurables</b>, como elementos de acumulación y formación de capital genuino. Enfocado desde la sociedad en su conjunto, es el único trabajo realizado directa y totalmente para la acumulación de valor materializado, real. Es donde se produce toda la infraestructura, los medios e instrumentos de producción y de trabajo necesarios para el resto de actividades laborales. <b>Aquí se “materializa” la plusvalía surgida de todos los demás trabajos</b>, que no es consumida por los capitalistas. También, en este sector se generan todas las mercancías perdurables, acumulables como capital comercial genuino, las que a su vez pueden ser o no medios de producción (máquinas, etc.), y que son intercambiables entre regiones o países.</p>

**8. El valor económico del trabajo en el socialismo**

Veamos cómo se aplica todo esto en el socialismo. Si bien lo que veremos es aplicable en lo esencial a cualquier sociedad socialista, para evitar elementos perturbadores surgidos de las relaciones entre el socialismo y los países capitalistas, imaginemos el socialismo generalizado, es decir, sin relaciones económicas con el capitalismo. En tal caso, la acumulación de dinero por parte del Estado no tendría sentido fuera de su función de circulante facilitador de la distribución y de los intercambios, sobre todo en la vida común. Todo trabajo acumulado útil sería el de los bienes materiales concretos, y en especial los que conforman los medios e instrumentos de producción.

Bajo estas condiciones, se podría decir que no haría falta que el trabajador de servicios, por ejemplo, reciba menos del valor de su trabajo, ya que no tiene ninguna utilidad acumular un valor excedente en dinero. Esto porque, como dijimos, sólo interesa la acumulación de bienes materiales perdurables que hacen a la infraestructura de la producción, como las fábricas, máquinas, etc. Entonces, los obreros industriales de tales ramos, aparentemente, serían los únicos que deberían producir más de lo que consuman, de modo de acumular esos bienes indispensables para la sociedad en su conjunto. Pero ello no tiene porqué ser así. Dado que ya vimos que por el solo hecho de dar satisfacción a las distintas necesidades, todos los trabajos generan

valor, sea éste materialmente acumulable o no, simplemente se repartirían las cargas. Esto quiere decir que en vez de percibir el obrero industrial, por ejemplo el 80% del valor creado por su trabajo y el 100% el trabajador de servicios, ambos recibirían el 90% de lo producido en términos de valor, y en forma de dinero o valor de cambio. Así, el 10% que “ceden” los trabajadores de servicios, para que los obreros industriales perciban el 90% y no el 80%, significa que los primeros estarían aportando en igual medida que los segundos a la creación de esos bienes de acumulación material para el funcionamiento de la sociedad.

Debe notarse que ese 10% del valor creado por el trabajo, que en el ejemplo aportan todos los trabajadores, aunque se trate de una suerte de plusvalía social necesaria, no es “explotación”, ni significa una pérdida de propiedad sobre ello. Solamente pasa a ser la fracción de la propiedad común que corresponde a cada uno. Los trabajadores siguen siendo dueños, **propietarios** de tales bienes comunes, como son las fábricas, máquinas industriales, edificios, etc. que constituyen los medios de producción y de trabajo.

Como se podrá deducir, no es cierto que sea siempre indispensable la “inversión de capitales” para cualquier emprendimiento. No hace falta el dinero previo, sino el **trabajo** previo. En el capitalismo, ese dinero anticipado se emplea para comprar las instalaciones, maquinarias, materiales, instrumentos, de lo que se va a emprender, así como para solventar los gastos de salarios, etc., hasta el momento de la venta y la recuperación y acrecentamiento del capital invertido. Pero como se puede ver, lo que en realidad hace falta no es el dinero, sino **lo que se compra con él**; esto es, el **trabajo acumulado** real: las instalaciones, máquinas, herramientas, materiales, etc., previos, así como la fuerza de trabajo.

El socialismo no necesita ningún capital de inversión en forma de dinero. Sólo se emplea el siempre disponible y constante **circulante normal** que perciben todos los trabajadores en el marco de la plena ocupación. La “inversión” socialista es sólo la del trabajo que crea aquellos medios de producción. Dichos medios son todo lo que hace falta para los emprendimientos, es decir, el **trabajo** previo que los crea, que es seguido sin “alteraciones” por el trabajo posterior que los utiliza para la producción de aquello de lo que se trate. En todos los casos, suponiendo siempre la premisa de una tierra utilizable y de las materias primas que ofrece la naturaleza, lo que hace falta no es la función “mágica” de la inversión de capitales, sino **trabajar**.

Todo esto funcionaría así mientras siga siendo necesario el trabajo en el marco de la plena ocupación. Pero el propio desarrollo sin trabas de las

fuerzas productivas, así como de la automatización de la producción, con la consiguiente superabundancia de bienes y servicios, permitirían ir disminuyendo la jornada de trabajo, a la vez que el dinero circulante, como instrumento organizador de la distribución, se tornaría cada vez más innecesario.

## 9. El dinero

Sabemos que originariamente toda transacción se resolvía en el trueque directo entre los productos del trabajo. Tanto en los orígenes del intercambio como en las actuales transacciones el mecanismo básicamente es el mismo: trabajo por trabajo. Al dinero sólo se le asigna valor por ser trabajo convertido en valor circulante. Por eso, todo lo que el dinero puede comprar es a su vez trabajo, sea éste materializado en mercancías, o encarnado en servicios como mercancías “inmateriales”. En términos generales no se puede “gastar” en otra cosa que no sea trabajo. En todos los casos se paga el esfuerzo invertido en eso que se compra. A su vez, el dinero que se recibe, también en términos generales, se lo recibe a cambio de entregar una cierta cantidad de trabajo contenido en aquello que se vende u ofrece.

Por eso, comenzaremos el análisis prescindiendo del dinero. Por ejemplo, al no existir éste, cierto individuo podría fabricar sillas, hacer muchas sillas y luego con eso comprar lo que necesita, que son los diferentes bienes que han producido los otros. Claro que sólo podría tener éxito si los demás le aceptan las sillas, si las necesitan. Pero imaginemos que igualmente las aceptan, debido a que de lo contrario no podrían “sacarse de encima” lo que ellos han producido demás, y porque en todo caso podrán usarlas luego como valor de cambio. Saben que al menos tienen valor, porque contienen trabajo materializado auténtico. Así, se termina aceptando a las sillas como “moneda de cambio”, porque demostraron ser mejor que “nada”. El valor de una silla sería, por ejemplo, de dos horas de trabajo, como promedio social de lo que lleva construirla. Entonces, habría una gran circulación de sillas como medio de pago, porque tienen **valor**, contienen el equivalente a dos horas de trabajo medio. Si alguien juntó muchas sillas, puede por ejemplo comprar una vestimenta que al sastre le llevó doce horas de trabajo, entregándole seis sillas, que en caso de tener la suerte de que sean apilables, el sastre las colocará en un rincón y seguirá trabajando. El carpintero, ante tal situación, se verá motivado para construir más sillas, y con ellas saldrá a comprar todo lo que necesite. Por su parte, quienes las reciban a cambio de sus productos, usarán ese “dinero” para todos los intercambios. Pero llegará un momento en que se darán cuenta de que es muy engorroso el sistema, que las sillas, además de ser muy incómodas, han comenzado a deteriorarse con

tanto movimiento y a perder su valor. Por otro lado, son un problema con los “vuelos”, y lo peor es que ya hay demasiadas. Así, se llega a la conclusión de que no son necesarias en tal cantidad. Muchos se dedicaron a construir las y hay una verdadera sobreacumulación. Ya nadie produce otras cosas, y por lo tanto no hay qué comprar, o en qué invertir. De ese modo, terminaron devaluándose porque nadie las quería.

Entonces, se “decide” reemplazarlas por la sal. Esta se puede dosificar para facilitar los vuelos. Además, también tiene valor real, que es el trabajo de conseguirla, trasladarla, refinarla, y es menos incómoda para su circulación. Así, circuló mucho tiempo la sal, hasta que ya eran muchos los que se dedicaron a su recolección. Se encontraron nuevos lugares donde abundaba, siendo cada vez más fácil la tarea de conseguirla, y terminó devaluándose por su excesiva acumulación.

Finalmente fue desechada como instrumento de cambio, y se terminó adoptando el oro (y/o la plata) para esa función. Se encontró la ventaja de que dicho metal era más escaso en la naturaleza, además de no deteriorarse como fue, en el ejemplo imaginario, la suerte de las sillas. Otra ventaja era que se podía dosificar acuñando monedas de distintos valores según su peso. Lo positivo de este metal era que su contenido, su peso, era un fiel indicador de la cantidad media de trabajo real invertido en la explotación de las minas. Tenía un valor auténtico, intercambiable por el equivalente en trabajo. Por todo ello, pasó a ser el instrumento de cambio universal.

Con el tiempo, y en la búsqueda de más comodidad, se procuró reemplazar su circulación. Esta debía hacerse en bolsas especialmente reforzadas, y por lo general se exponían al robo, además de ser incómodo en sí mismo su transporte. De tal modo, a alguien se le ocurrió firmar papeles y entregarlos a modo de **vales**, que indicaban cierta cantidad de oro. El **peso**, que es el nombre de muchas monedas, significa que tales papeles indicaban claramente una cantidad del metal sobre la que tenía derechos el poseedor de esos “vales”. Luego, el propio Estado se “entusiasmó” con la idea, y comenzó a emitir esos vales, que finalmente se convirtieron en el dinero que hoy manejamos. Ello significaba simplemente que el poseedor era **dueño** de una parte del oro que el Estado que los emitía tenía atesorado, y con lo que respaldaba ese dinero. Cualquier poseedor, cuando lo quisiera, podía cambiarlo por su oro.

Esto siempre fue así, hasta que la gente se “olvidó”. Los que “sabían” y entendían eso se fueron muriendo, y las nuevas generaciones se encontraron con que circulaba dinero y que éste era muy “importante para la vida”. El dinero y el trabajo aparecieron así como cosas totalmente distintas. Inclusive los gobernantes de los distintos Estados también se fueron “olvidando” que



al emitir dinero estaban entregando un título de propiedad sobre el oro que el Estado tenía atesorado, y comenzaron a fabricarlo con toda “soltura” para cubrir sus necesidades, como cubrir déficits, pagar sus propios sueldos, comprar armamentos, u otorgar subsidios a los grandes amigos empresarios, que suelen ser agradecidos y dejan una “propina” para los funcionarios que hicieron la gestión.

De tal manera, la gran cantidad de dinero que existe en el mundo es algo más insólito que aquel “acopio de sillas”. Estas al menos tenían valor, contenían trabajo acumulado. El dinero no tiene ningún valor intrínseco, excepto el respaldo “teórico” del oro, el cual sí contiene trabajo acumulado. Por tanto, al no ser real ese respaldo, es dinero “falso”; es decir, más allá de la falsificación “genuina”, que también existe en buena cantidad, el dinero “auténtico” también es falso en términos absolutos, por no tener respaldo. Son documentos públicos de propiedad sobre un oro inexistente, salvo en una mínima proporción respecto a las cifras astronómicas de dinero circulante. Sin embargo, todo ese dinero, incluyendo el falsificado, es aceptado por el efecto de una ilusión colectiva. Es la **confianza** en un respaldo inexistente la que lo termina **respaldando**; o sea, **se confía en el respaldo de la confianza**. Pero esto es como si alguien que se hiciera pasar por un millonario comenzara a emitir cheques, por supuesto sin fondos, y todos confiaran en ellos, utilizándolos sin la menor sospecha en una larga cadena de pagos. Así, llegaría un momento en que el último de la serie iría a cobrarlo al banco, siendo el único que “tomaría conciencia” de la situación. Si suponemos que el cheque no tuviera vencimiento, entonces la situación sería idéntica a lo que sucede con el dinero. El cheque circularía indefinidamente como valor real. Por eso, si un individuo decidiera dirigirse al Banco Central del Estado a exigir su oro a cambio de esos papeles con números impresos, probablemente recibiría las burlas del caso y sería acompañado amablemente por el personal de custodia hasta la puerta de salida. Pero si mucha gente se contagiara de ese nuevo tipo de “fiebre del oro” y procediera a exigirlo, a la vez que procurara deshacerse del dinero “falso” adquiriendo propiedades o bienes materiales diversos, se daría el fenómeno de que nadie querría recibirlo. Todos buscarían hacerse del oro o de los bienes, antes de que aquél se devalúe en mil o diez mil veces. Y en esa carrera de “desprendimiento” habrá quienes se queden con esas inmensas montañas de papeles, habiendo perdido todos sus bienes.

Pero por ahora continúa el respaldo de la confianza, de la sola **fe**, como volátil fenómeno psicológico con expresión sociológica. Es la confianza en una falsedad, pero confianza al fin, y se actúa según ello. Sobre esa base funciona la economía. Este fenómeno es tan contagioso que hasta los que

tienen en claro la falsedad, de todos modos “confían en la confianza”, es decir, en que seguirá, al menos por un tiempo, esa confianza general como respaldo. Dicho fenómeno es tan contagioso como su contrario. Cuando se inicia la desconfianza, se hace incontrolable. Por ejemplo, durante las grandes crisis que afectan esa base de confianza nadie quiere tener el dinero. Este demuestra, en tales casos, su total carencia de valor real, intrínseco. Distinto es el caso del oro, por ejemplo, del que nadie tiene la intención de desprenderse durante una crisis.

Mientras dura esa confianza general, se entregan bienes muy valiosos, con mucho trabajo acumulado en ellos, a cambio de aquellos papeles que no contienen nada de valor, excepto el trabajo del ya “musculoso” operador que gira la manija de la máquina que los emite.

Esta ilusión colectiva significa que el dinero tiene el respaldo de una fantasía. Si embargo, los poseedores de las enormes montañas de dinero, los capitalistas financieros, que no pueden perder tiempo en cuestionarse “tontearías”, procuran aumentar ese dinero, quieren una rentabilidad.

Ese capital no sólo es “falso” por lo ya señalado en cuanto a la falta de respaldo, o a la “falsificación verdadera”, sino que en muchos casos se trata de dinero contable, bonos a futuro o diversos compromisos de pago. En gran parte, esto significa contar como real lo que es sólo una anticipación, en varias veces, del valor de los productos que supuestamente se crearán y se venderán en el futuro.

Hay que aclarar que otra cosa distinta al análisis del dinero en sí mismo como elemento de cambio, o al cuestionamiento sobre su falta de valor intrínseco, es el hecho de la acumulación de **valor real**, producto de la plusvalía anterior no consumida ni aplicada al nuevo ciclo de producción. Ese valor excedente, o **sobreacumulación de capital**, cuando es superior a toda posibilidad de ser volcado con algún éxito al nuevo ciclo productivo, se transforma también en algo ficticio, en números abstractos que giran en el circuito financiero y que no representan nada real. Esa parte excedente de valor, al no poder cumplir su función dentro del sistema capitalista, que es la de reiniciar un nuevo ciclo de producción que pueda concluir en la venta de lo producido, se termina autodestruyendo como valor, se “desvanece”, se convierte en **capital ficticio**. Y esto se revela en las pérdidas económicas que ocurren en las grandes crisis periódicas, pérdidas que no tienen como contrapartida la ganancia de nadie, sino que se trata de la sola extinción de un valor que en realidad ya había dejado de ser tal. Las crisis actúan como el “sinceramiento” forzoso que tarde o temprano la realidad exige a los libros contables.

Pero aquí es necesario detenerse a analizar la relación entre el capital financiero como valor real surgido de la plusvalía acumulada, y el dinero en sí mismo como elemento sin ningún valor real. Porque en principio se nos aparecen dos grandes montañas de dinero que parecen desvinculadas entre sí. Una **real**, que es la plusvalía acumulada en el capital financiero global que hay en el mundo, como producto de la parte no pagada y no gastada del valor genuino producido por los trabajadores. Y la otra montaña es la **irreal**, es decir la cantidad astronómica de dinero "falso", que es el resultado de muchas décadas de emisión sin respaldo en todo el mundo. Esas dos montañas son muy parecidas en tamaño. Pero el parecido no es casualidad. Se trata de que en realidad son dos caras de lo mismo. Es la misma masa de dinero que es real e irreal al mismo tiempo; es real de un lado e irreal del otro. Pero mejor veamos esto de cerca.

Supongamos que un Estado necesita construir un gran edificio. Entonces contrata a una empresa constructora para que lo haga. Una vez terminada la obra, el dueño de esa empresa pasa por "caja" a cobrar según el precio establecido. El Estado le paga con dinero "recién fabricado", recién sacado de la galera. Esos billetes, como sabemos, no tienen ningún respaldo material, concreto, por cuanto ya pasó de "moda" la costumbre de emitir dinero con respaldo material. Ahora se usa es el respaldo "mental". La nueva modalidad es creer porque sí en el dinero. Entonces el empresario lo recibirá sin problemas y con toda naturalidad. Si el valor total del edificio es de 10 millones de pesos, por ejemplo, el empresario, con el dinero recibido, comenzará por reponer sus costos. Supongamos que gastó 5 millones de pesos en materiales y en todos los elementos necesarios, sin contar el salario de sus trabajadores. Luego, al conjunto de los trabajadores, cuyo esfuerzo generó el resto del valor, o sea los otros 5 millones de pesos, les pagó, por ejemplo, 2,5 millones de pesos. De esa manera, obtiene una plusvalía o ganancia de 2,5 millones de pesos. Este es su nuevo capital. Es un capital agregado, que es producto de una plusvalía real, es valor acumulado auténtico, producto del **trabajo concreto** (sin importar que ese trabajo haya sido de sus obreros y no de él). Pero al mismo tiempo, y según hemos visto, es dinero "falso", porque el Estado pagó con "nada", inventando el dinero, es decir, pagó con un título de propiedad sobre un "buzón".

En base a ese sencillo ejemplo, no es difícil continuar el razonamiento y llegar a la conclusión de que la gran masa de dinero que hace al capital financiero que hay en el mundo es **real** e **irreal** al mismo tiempo. Durante muchas décadas, los Estados fueron lanzando el nuevo circulante de manera continua, como una vertiente inagotable, capaz de contrarrestar y superar

cualquier inflación, y aplicándolo al pago de sus proveedores, los sueldos de los empleados estatales, y todo aquello que necesitara o que deseara gastar un Estado aunque no tuviera recursos genuinos, hasta que se formó una montaña inmensa de valor irreal. La mayor parte de ese dinero, luego de circular en la sociedad, termina en manos de los grandes capitalistas, y constituye la “sustancia” del capital financiero. Es una cantidad enorme de títulos de propiedad sobre un buzón inexistente (que debería ser una gran montaña de oro puro), y que el Estado fue entregando a cambio de trabajo y de cosas de valor.

Todo el dinero que hay en el mundo, exceptuando la pequeña fracción correspondiente al oro atesorado, no puede ser otra cosa que eso. ¿De qué otro lugar podría surgir el dinero, o cualquier tipo de valor de cambio que pudiera haber en la sociedad, sino de la originaria creación espontánea por parte de los Estados?. Ese dinero emitido, una vez efectuado el primer gasto o pago que hace el Estado, continúa circulando en los diversos circuitos de transacciones, hasta que termina su ciclo en manos de los capitalistas financieros, por ser los que finalmente acumulan la gran masa de plusvalía convertida en dinero, en valor de cambio.

Es cierto que si alguien es poseedor de una fortuna de muchos millones de pesos, por lo general no cuenta con los billetes concretos, sino que es un dinero contable que figura en sus cuentas bancarias. Pero esos números que figuran en las cuentas representan un dinero existente que se encuentra circulando, y que en cualquier momento se puede retirar. Cuando el dueño de ese dinero abrió sus cuentas, depositó los billetes concretos o algún valor que los representaba, como por ejemplo un cheque u otro papel equivalente, el que a su vez tenía los fondos originales en dinero. Los cheques sin fondos, por ejemplo, no sirven, no “engañan” a nadie. El dinero, de una u otra forma, tiene que estar. Por eso, exceptuando los documentos que representan compromisos de pago a futuro, y que suelen considerarse como activos financieros, en todos los demás valores contables el dinero concreto, los billetes, siempre están detrás. Aunque el dinero no tenga respaldo ni valor alguno, como ya hemos observado, los demás papeles, paradójicamente, siempre tienen que tener el respaldo del dinero. Tales documentos, así como las diversas operaciones contables, sólo se utilizan para facilitar la circulación, tal como era la función del dinero en su origen, cuando representaba al oro. Por tal motivo, y a los fines prácticos, podemos prescindir de los diversos papeles y valores contables, manejándonos como si solamente circulara el dinero. Lo único que habría que agregar a esto es el conjunto de los papeles que son promesas de dinero futuro, basados en

presuntas ganancias que se obtendrán, cuya consideración es importante porque representa mucho valor ficticio, y porque su fragilidad y volatilidad es un factor decisivo en las crisis, por ser lo primero que se derrumba al quedar en evidencia su falsedad.

Todo el capital financiero existente a nivel mundial, más allá de su naturaleza ficticia, procura una rentabilidad, quiere acrecentarse. Pero esto se logra únicamente financiando la producción. La rentabilidad financiera depende de la plusvalía que extraigan las empresas industriales o de servicios, y apostando siempre a tales ganancias a realizarse con la venta. Es el único “embudo” por donde debe pasar esa gigantesca masa de dinero para lograr su propósito. Tal inversión puede ser directa, encarando una empresa determinada o comprando acciones de empresas ya existentes, o indirecta, financiando a las empresas, ya sea por los propios medios, o a través de depositar en un banco para que luego éste lo haga. De todo esto se espera, en definitiva, obtener un excedente. El mismo será **ganancia** (o dividendos de acciones) si la inversión fue directa en la empresa industrial, o será **interés financiero** si la inversión en la producción fue indirecta a través de haber prestado el dinero. En todos los casos se trata del excedente que espera el capital financiero.

Todos los capitales, como se ve, apuestan al mismo “número”, a una prometedora **plusvalía**, expresada en la tasa de ganancia de las empresas, y sobre todo apuestan, primero que nada, a que **haya ganancia**. Pero esto no siempre es fácil, porque depende de la **venta** de los productos. Y como la sobreacumulación de capitales que hay en el mundo debe desoír cualquier estudio de mercado y volcarse necesariamente a la producción en general, para no quedar “ocioso” sin obtener ningún rédito, ocurre que se torna exagerado el impulso, y eso lleva, tarde o temprano, a que se produzca más de lo que realmente se puede vender en un mercado donde abunda la pobreza. Por lo tanto, se saturan los mercados de tales productos, produciéndose las conocidas crisis comerciales o de sobreproducción. Estas actúan como los alfileres que hacen estallar esas enormes burbujas llenas de confianza y expectativas. Allí caen las acciones de las empresas, se cierran las fábricas, nadie puede pagar las deudas contraídas en cadena, todos pierden un dinero que en el “fondo” no tenían, y los peores males los sufren **los trabajadores**.

#### 10. Ley de la tendencia a la disminución de la tasa de ganancia

El obstáculo para el progreso de la producción y del mejoramiento de la vida, que significa el capitalismo, no sólo se presenta en el mecanismo

recién observado de los límites del mercado, como causa de las crisis de sobreproducción relativa, sino que hay otro factor que se suma a ello, y que tiene gran importancia su consideración. Se trata de lo que descubrió Marx, y que llamó: “ley de la tendencia decreciente de la tasa de ganancia”.\* Esto significa que, como resultado del propio desarrollo de la industria, al ser cada vez mayor el capital invertido en infraestructura, grandes maquinarias, etc., y a su vez tomar menor cantidad de obreros gracias a las nuevas capacidades de las máquinas, se presenta el hecho de que por más que se los explote y se les extraiga toda la plusvalía posible, será siempre cada vez menor el **trabajo vivo**, único proveedor de valor agregado y de ganancias (tomando siempre el promedio de productividad social) en relación al total invertido. Tal situación hace que la tasa de ganancia, es decir la proporción del excedente obtenido con respecto al total invertido, tienda a reducirse. Ello, en alguna medida, tiende objetivamente a desalentar el desarrollo ininterrumpido de la productividad de las maquinarias industriales, obstaculizando su progreso hacia la automatización de la producción. Si imaginamos que las máquinas, dirigidas por computadoras, hicieran todo el trabajo sin la presencia de ningún trabajador, quienes invirtieran en ello, excepto que se valgan de la extorsión monopólica, obtendrían ganancia **cero**. Es decir, no habría ningún aporte de nuevo valor (trabajo) para agregar a los productos, fuera del transmitido sin modificaciones por el trabajo muerto (o anterior) acumulado en las máquinas y en todo lo invertido.

Quizás los primeros que lo hicieran obtendrían alguna ganancia por la exclusividad, que inicialmente sería una ventaja normal de la mayor productividad y no un monopolio. Pero si tales medios de producción comenzaran a generalizarse y todos los capitalistas del ramo hicieran lo mismo, debería ir bajando el precio, hasta que el progresivo aumento de la competencia haría acercarse a la ganancia cero. Claro que no se llegaría a esto en la realidad, puesto que antes de llegar a ese punto, se decidiría abandonar ese destino de la inversión. Precisamente eso es lo que en cierta medida habría ocurrido desde hace un tiempo, y por eso el progreso en tal dirección sería actualmente menor que el que podría existir si no fuera por aquel factor, es decir, por el hecho de que ese tipo de progreso cada vez encuadra menos en lo que hace al motor impulsor de la producción capitalista: la tasa de ganancia. La inversión para la investigación científica y tecnológica en alguna proporción se desvió hacia otros destinos, como inventar nuevos

---

\* Marx Carlos. **El Capital**. Editorial Cartago. Buenos Aires, 1974. Tomo III cap. 13, 14 y 15

productos (de informática por ejemplo), creando y renovando nuevas necesidades. Con ello se obtienen ganancias más considerables dadas por la exclusividad, no sólo “normal” o provisoria, sino también monopólica, a través de los llamados derechos de propiedad intelectual y por tanto de fabricación.

Pero esta “salida” es también provisoria a la larga, porque una vez vendidos los derechos, o rechazados y desconocidos como tales por los competidores, se vuelve a la misma situación, expresada en el abaratamiento del producto, y en el marco de la tendencia a la automatización de su producción.

Durante el proceso orientado hacia la mayor automatización es cuando actúa el factor que impulsa el desarrollo de la llamada tecnología de punta. Es decir, los que van a la cabeza en esa carrera obtienen durante su disputa una mayor tasa de ganancia respecto al promedio del ramo, por el hecho de su mayor productividad, del mayor rendimiento con menos horas de trabajo empleadas. Estos logran más ganancias que el promedio, que es el determinante de los precios, a costa de la menor tasa de ganancia de los rezagados, que deben emplear más horas de trabajo para producir lo mismo. Pero tal situación es siempre temporaria, porque al cabo de un tiempo se tiende a emparejar el nivel de productividad, a la vez que se produce el gradual acercamiento al límite de la automatización de la producción. Ello provoca nuevamente la caída de la tasa media de ganancia del rubro, a causa de la escasez de trabajo vivo disponible que resulta del proceso.

Por eso, el capitalismo tiene una doble pared como obstáculo insalvable para el progreso. No puede favorecer el desarrollo de dos elementos importantísimos para la humanidad: 1- la superabundancia de bienes y servicios para cubrir todas las necesidades. 2- la automatización de la producción, que permita disminuir el trabajo y aumentar el tiempo libre. Por un lado está el límite del mercado (superproducción relativa), es decir hay menos compradores que necesitados. Y por otro, está el límite en la propia producción, en la inconveniencia de quienes tienen el poder económico, de desarrollar “demasiado” la producción automatizada, porque sería no disponer de trabajo vivo, único lugar de donde surge el nuevo valor y la parte de éste que es la plusvalía y la ganancia del capital.

Esa ley de la tendencia a la baja de la tasa de ganancia, determinada por el aumento de la proporción de trabajo muerto o acumulado en la infraestructura y en las máquinas, etc., transmisible sin agregados al valor del producto, ha motivado a los inversores capitalistas a buscar alguna salida a la situación de crisis que la situación descrita supone, es decir, a procurar

alguna solución por fuera de la nada fácil lucha por imponer el propio monopolio, como única manera de poder vender a “buen precio”. Una salida, la más “tradicional”, es la superexplotación del cada vez más reducido número de operarios, sometiéndolos a ritmos infernales de trabajo. Para facilitarlos, las patronales, con la ayuda de los dirigentes gremiales “consustanciados con los tiempos modernos”, impulsan la derogación de leyes laborales que en alguna medida favorecían a los trabajadores. Pero eso tampoco resulta suficiente para contrarrestar el efecto de la reducción de la tasa de ganancia, debido a los propios límites biológicos de los escasos trabajadores empleados. Pero la salida, aunque provisoria, finalmente se encontró. La inversión comenzó a volcarse cada vez más hacia el campo de los servicios. Aunque tales inversores muchas veces no entiendan muy bien porqué, al menos comprueban que allí es mayor la tasa de ganancia. Y ello se debe a que en esta esfera es menor la inversión en capital constante o trabajo materializado transmisible sin agregados al valor del producto, y más amplia la parte que hace a la actividad humana, al trabajo concreto de los trabajadores, que es lo que crea nuevo valor, y de donde se extrae la plusvalía o ganancia. Esto ha llevado a inventar servicios cada vez más abundantes e insólitos, creando nuevas necesidades, antes inimaginables.

Pero los propios servicios, por su parte, también están siguiendo el camino hacia la mayor automatización. La provisión de energía eléctrica, gas natural, agua corriente, teléfonos, que los capitalistas han ido “arrancando” del Estado para su explotación “eficiente”, son servicios muy cercanos a su automatización total, donde todo trabajo humano se va reduciendo a tareas cada vez menores de mantenimiento. Sin embargo, aquí el efecto de la disminución de la tasa de ganancia se contrarresta por la condición monopólica que supone contar con una clientela “cautiva”. No es fácil superponer diez o veinte cableados y cañerías de empresas distintas. Y cuando lo hacen, después de destruir las ciudades, se ponen de acuerdo en cobrar caro. Por eso, las considerables ganancias que obtienen esos inversores significa que encontraron su salida en el amparo de tal situación monopólica.

Tales negocios llegan hasta lo más descabellado, como por ejemplo lograr que los gobiernos (fáciles de convencer porque están a cargo de quienes son parte de los negocios) permitan la apropiación privada de los caminos o rutas (que ya están “automatizados”), obligando a quienes sólo pretenden transitarlo a entregar su dinero, a cambio de un supuesto mantenimiento (que en general ya fue pagado al cargar combustible o al comprar el vehículo, a través de los impuestos allí incluidos para tal fin). Y en poco tiempo habrán empresas “eficientes” que se apoderarán exclusivamente de



las redes cloacales, instalando dispositivos de “bloqueo” para los que no pagan, dispositivos éstos que por supuesto serán abonados por los “consumidores”.

Como se ve, se está a un paso de la explotación privada y “eficiente” del consumo del aire. Este es el camino capitalista al que llevaría la automatización, es decir, el camino de la feroz disputa por imponer el propio monopolio, como única manera de obtener ganancias “razonables”. Si hacemos el ejercicio de imaginar que toda la producción sin excepción se encuentra automatizada en un 100%, y con una capacidad de generar una superproducción absoluta e indefinida de todos los bienes y servicios imaginables, de continuar el capitalismo, se llegaría al total absurdo de que nadie podría trabajar. La desocupación también llegaría al 100%, y por lo tanto no habría con qué pagar los bienes y servicios. Estos sólo serían consumidos por la clase propietaria. Y como dicha clase sería además dueña de todas las tierras, etc., el resto ni siquiera podría comenzar de nuevo la historia. De esta situación, a la necesaria aceptación de que se deben **expropiar** los medios de producción, pasando a ser propiedad social, hay un solo paso lógico. Por eso, la única manera en que puede continuar el capitalismo es a través del freno y el retroceso, evitando toda racionalidad y todo progreso para la vida humana.

Decíamos que los servicios estaban siguiendo también el camino hacia la automatización. En muchos sectores, la aplicación de las nuevas tecnologías va permitiendo que el cliente comience a atenderse solo, pulsando botones (cajeros automáticos, correo electrónico, lavaderos automáticos de automóviles, etc.). Ello implica que se empieza a prescindir de una buena cantidad de trabajo vivo, aumentando la inversión en instalaciones, maquinarias, sistemas computarizados, y todo lo que favorece el autoservicio. Tal situación va llevando por sí sola a “cerrar” la salida que se había encontrado para mejorar la tasa de ganancia (y para evitar la hiperdesocupación), apareciendo nuevamente el “peligro” de su automatización total. Y esta vez, al parecer, excepto la confrontación por imponer el monopolio propio, no queda ninguna salida nueva a la inversión capitalista, en su interés de al menos mantener los niveles de la tasa de ganancia, de la que a su vez depende la rentabilidad de todo capital financiero. Porque a esta situación, no sólo se agrega el factor ya señalado de las siempre severas limitaciones del mercado o sobreproducción relativa, a causa del cada vez más escaso poder adquisitivo de las mayorías (con más desocupados, etc.), sino que aunque los consumidores sean los más adinerados, hay también otro límite al que ya prácticamente se está llegando, y lo constituyen los propios **impul-**

**sos.** Las posibles necesidades del hombre son el nuevo “obstáculo”. No quedan muchas más necesidades para inventar, a excepción de que se hagan transformaciones “obligatorias” en la estructura del cerebro.

### 11. Impotencia del capitalismo frente a las necesidades superiores del hombre

Las necesidades que quedarían por satisfacer se encuentran por fuera de la “competencia” del capitalismo. Este es absolutamente impotente frente a las necesidades morales y espirituales, de humildad, equidad, de interesarse por el bienestar general, de desarrollar ideales comunes y lograr una vida social más justa y sana. Todo ello es **jurisdicción del socialismo**. No hay “mercado de valores” ético-morales, espirituales, de responsabilidad social, de justicia, respeto, altruismo, franqueza, racionalidad. Este es un mercado cerrado a la voracidad del capital, es la parte mala e “improductiva” que tiene el hombre en la estructura de sus necesidades. Los únicos ideales comunes que puede contribuir a desarrollar el capitalismo son los referidos a su desaparición, a su remplazo por una sociedad más justa y solidaria.

Debe tenerse en cuenta que al decir: necesidades **morales-espirituales**, no se trata de un “par” de necesidades más, que se podrían agregar a aquellas mil necesidades derivadas, de las que habíamos hablado. Si tenemos en cuenta la estructura del psiquismo humano, encontramos que aquellas mil nuevas necesidades sólo hacen, en términos generales, a uno solo de los cuatro campos de valores o intereses absolutos del hombre. Lo económico equivale a lo que entendíamos como el interés material individual. Se refiere a lo que habíamos concebido como el aparato del bienestar personal, que es uno de los cuatro campos de valores e intereses que hacen a la felicidad integral del ser humano. Esto quiere decir que el capitalismo solamente puede favorecer la satisfacción de la cuarta parte de lo que hace a los intereses o necesidades del hombre. Y dentro de esto, cuando mucho a una minoritaria cuarta parte privilegiada de la sociedad. Por lo tanto, dicha satisfacción se reduciría al 1/16 de las necesidades de la humanidad.

La falta de condiciones para la satisfacción de las necesidades y tendencias superiores, que implica el capitalismo, también explica el a veces desconcertante hecho de que miembros de la clase burguesa, que a pesar de tener sus mansiones con todos los lujos y comodidades imaginables, vivan infelices, ansiosos, deprimidos, “vacíos” en su interioridad, y terminando muchas veces en el suicidio. Ello se debe a que la felicidad, más allá de una mínima seguridad material y la posibilidad de experimentar ciertos goces

materiales, depende, entre otras circunstancias, del resto de necesidades y motivaciones esenciales y absolutas del hombre, es decir, de todos los elementos que hemos heredado de lo que eran las relaciones sociales en la vida de una tribu, como por ejemplo: el interés por el bien común, la espontánea voluntad de ayudar a los compañeros, el sentirse iguales uno con el otro, el saber compartir no sólo los bienes sino los “momentos” con amistades sinceras y desinteresadas, el luchar por objetivos e ideales grupales y trabajar con un generoso entusiasmo en ello. Al no haber nada de esto en la vida típica de un burgués, sólo le queda aspirar a mejorar su situación a través de la adición aritmética de su dinero, con el pobre razonamiento de que a mayor cifra más bienestar, siendo imprevisible en lo que puede terminar ese callejón sin salida.

Aquellas tres cuartas partes restantes de la estructura motivacional del psiquismo humano también pueden a su vez tener miles de ramificaciones en los distintos hechos y condiciones de su manifestación en la vida social y en las relaciones humanas. Tales necesidades superiores del hombre, basadas en elementos morales y espirituales, son insobornables por su propia naturaleza, son elementos hostiles al capitalismo. Pero lo peor es que el capitalismo es hostil con ellas. Su ley fundamental, que es la de la selva social, obliga a la desconsiderada lucha de todos contra todos, y esto impide su natural funcionamiento. Por ello, las **virtudes personales**, como la sinceridad, la humildad, el compañerismo, la lealtad, la responsabilidad social, la generosidad, el respeto, la justicia, son “mercancías” devaluadas y ridiculizadas por el sistema, sólo aceptables, y hasta cierto punto, en los sermones del religioso. Luego, los ideales de **bienestar social** o grupal, junto a todos los valores allí implicados, son elementos sin “importancia”, cuando lo que se impone es aquella ley fundamental, donde los más poderosos, además de pelear entre sí, están siempre atentos para unirse y aplastar a los más indefensos. Y respecto a las virtudes, identificaciones e **ideales morales de grupo**, en esto no tiene toda la “culpa” el capitalismo. La falencia al respecto responde en buena medida a las propias características antinaturales de las grandes sociedades modernas en relación a la vida de una tribu, para la que se formó el psiquismo humano. Fuera de ciertos sentimientos regionales, deportivos o nacionales, pero en general sin compromiso personal directo, no hay reemplazantes genuinos para la identificación con la propia tribu y/o con los subgrupos de ésta en el plano moral, así como para cubrir la necesidad de emulación y competencia natural en ese mismo plano moral. Pero de esto precisamente hemos tratado en el anterior capítulo, y es uno de los aspectos más importantes al que daría solución la aplicación del nuevo

carácter de las actividades sociales y el trabajo. Inclusive cubriría un aspecto fundamental de lo que es el propio **bienestar material** (que era el campo donde tenía alguna “injerencia” el capitalismo), por el hecho de hacer agradable el trabajo, sintiéndose entusiasmo y “ganas” de trabajar, a lo que se agregaría, como “yapa”, el aumento de la productividad del trabajo. Pero es cada vez más claro que todo eso sólo es posible bajo la premisa del socialismo, del poder de la clase trabajadora, y siempre y cuando sean los propios trabajadores quienes lo implementen. Esto, en el marco de haber establecido previamente las reglas con respecto a la producción y la distribución, y en función de sus intereses y los de mejorar la vida de la sociedad. Si hubiera algún intento en el capitalismo, no pasaría de ser uno más de los ya conocidos métodos similares que se aplican para aumentar la plusvalía y las ganancias, que son detestados por los trabajadores cuando tienen el grado mínimo de conciencia de la situación.

En conclusión, sólo el socialismo, el gobierno de la clase trabajadora, y a nivel mundial, puede orientarse firmemente y sin obstáculos a dar satisfacción a todas las necesidades del hombre, y de toda la humanidad, hasta hoy insatisfechas. Es el único camino posible para desarrollar la producción de bienes y servicios hacia la **automatización** y la **superabundancia absoluta**, que permitan la libertad del hombre para poder disfrutar la vida y la práctica de las diversas actividades que reemplazan naturalmente al trabajo, como son el juego, el deporte, el arte, la ciencia, o lo que al “hombre” se le dé la gana. Inclusive **trabajar** si eso es lo que prefiere, ya que el trabajo sería a la vez todo aquello junto; sería un entretenimiento; se lo haría principalmente con la motivación con la que se realiza libremente una obra de arte. Todo esto, siempre, en un marco de salud social y fraternidad de las relaciones, garantizadas por una niñez feliz y una verdadera educación humanística, centrada en el desarrollo de las virtudes personales y de todos los valores morales-espirituales que favorecen la vida social y las relaciones humanas.

## 12. Papel del proletariado de los países más desarrollados

De todo lo que acabamos de ver, lo que se rescata de acuerdo a nuestro interés original, y con lo que procedemos a retomar definitivamente el camino que nos conduce a la transformación de la vida social, es la existencia de una sola clase trabajadora o proletariado, como clase ampliamente mayoritaria, cuyos miembros comparten idénticos intereses objetivos. Esa clase, y sólo ella, es la que tiene en sus manos la posibilidad y la responsa-

bilidad de llevar a cabo la tarea. Dicha tarea significa nada menos que dar por comenzada la verdadera historia humana; poniendo fin, al mismo tiempo, a lo que en un futuro se concebirá como la última etapa del increíblemente bárbaro proceso prehistórico de civilización humana.

Decíamos que el proletariado constituye una clase esencialmente homogénea y ampliamente mayoritaria. La característica fundamental que comparten sus integrantes es la de encontrarse sin derechos sobre los medios de producción y de trabajo, y sometidos sin distinciones a las condiciones de explotación capitalistas y/o de desesperación por no conseguir los medios de vida. Esta situación real, objetiva, no es “creación” del marxismo. Si Marx hubiera sufrido una grave lesión cerebral en su niñez, igual habría capitalismo y explotación, y también sería cierto que sólo la unidad y la decisión de todos los proletarios del mundo sería la única solución posible para la creación de un mundo mejor y más justo. Resulta totalmente impensable, desde la existencia objetiva de esa situación, cualquier otra forma de lograr justicia, que no implique el rol protagónico de la clase trabajadora, es decir, de quienes sufren tal injusticia. No puede haber otra manera de imponer las condiciones que permitan vivir en una sociedad que contemple las necesidades humanas, si no es con el predominio de otros valores e intereses, distintos a la ganancia capitalista.

La burguesía, además de ser muy poderosa, es una clase “loca”. Y como no entiende razones, durante los cada vez más cuestionados y “aburridos” consejos de los religiosos (que inclusive tienen el “atreimiento” de acusar al capitalismo calificándolo de “salvaje”), sólo piensa en las ganancias y riquezas, sin importarle el ya abaratado “costo moral”. No hay “terapia sociológica” para la fobia al trabajo y la adicción compulsiva por la ganancia y la “vida fácil”, de una clase social con todo el poder en sus manos. Por eso son ingenuas, cuando no malintencionadas, las posturas seudorrevolucionarias que sostienen que hay que esperar una transición gradual del capitalismo al socialismo, basada en una mágica “humanización” del capitalismo, hasta su conversión en socialismo. Para ello habría que sentarse a esperar que los poderosos capitalistas se “conviertan al marxismo”. Por eso, sólo la clase trabajadora puede ser convincente, a través de su unidad y del ejercicio del inmenso poder que dicha unidad le confiere.

La importancia de tener esclarecida la raíz económica del porqué hay una sola clase trabajadora o proletariado radica en que con ello se puede vislumbrar el verdadero eje de la lucha de clases, focalizando correctamente el “centro de gravedad” del proletariado como clase revolucionaria. También es importante esta consideración para el adecuado desarrollo de la **conciencia**

**cia de clase**, que es un elemento de primera importancia para que los trabajadores se propongan cambiar la sociedad.

Veamos las razones del especial papel del proletariado de los países más desarrollados. El motivo principal, a los fines de lo que aquí se está planteando, es, en principio, el hecho casi obvio de que allí donde se encuentran estos trabajadores reside el centro de lo que es la base del poder económico, el núcleo del dominio sobre la producción preponderante de la época, cuya posesión es estratégica en todo sentido, y tiene una decisiva influencia y repercusión globales en toda la periferia. Y luego, porque siguiendo la lógica y las leyes del materialismo histórico, y al contrario de lo que a veces puede parecer, allí es donde se cumplen más sobradamente las condiciones objetivas indispensables para el exitoso cambio del poder de clase y del sistema económico. Ello es así, porque es en esos centros donde se hacen más claras las limitaciones del capitalismo, donde se hace más amplia y notoria la diferencia entre lo que se produce y lo que realmente se podría producir para satisfacer las necesidades de toda la humanidad. Con ese desarrollo concreto, palpable, del potencial productivo, la clase trabajadora puede manejar con éxito la producción, garantizando el claro mejoramiento en cuanto a la satisfacción de las necesidades de la sociedad, que es el motivo fundamental por el que debe asumir el poder social. Mejoramiento este, que el sistema vigente ya ni siquiera puede prometer, por haberse trabado y enredado en sus propias contradicciones funcionales. Por eso, en esta época, y en las sociedades con mayor capacidad productiva, es donde y cuando se cumplen con más plenitud aquellas condiciones objetivas, materiales, para darle racionalidad a la producción y a su distribución. También allí, y bajo tales premisas, es donde se puede evaluar y planificar con cierta facilidad y realismo sobre el aspecto cualitativo de qué es más conveniente producir y desarrollar, según las prioridades de las necesidades sociales y humanas en general. Por su parte, tales condiciones de previo desarrollo de la capacidad productiva de la sociedad facilitan la posibilidad de reorganizar el contexto general de la actividad laboral, con el propósito de hacer más agradable y humano el trabajo. Todo esto es algo que el criterio basado en la sola irracionalidad de hacer lo que indique la tasa de ganancia o el mercado, no está en condiciones de considerar.

Otra de las razones sobre la importancia del papel de los trabajadores de los centros más desarrollados es que ellos tienen en general un mayor nivel de instrucción y de acceso a los conocimientos de las ciencias. Pueden asimilar en mayor grado la influencia cada vez más general de la concepción científica del mundo. Su adopción en el modo de pensar de los pueblos, al menos en nuestros tiempos, va en aumento según el desarrollo general de la

sociedad. En otras épocas, las concepciones de la ciencia no eran lo predominante en la manera de pensar de los pueblos, además de ser más rudimentarias y menos convincentes, por lo que no lograban imponerse. Pero hoy, mientras más desarrollada se encuentre una sociedad, más influencia tiene el modo de pensar que dimana de los conocimientos sobre el hombre y la Naturaleza. Esto permite que los trabajadores estén en mejores condiciones de comprender su lugar en la sociedad y en la historia, así como su misión en ella; es decir, tienen una mayor capacidad básica para contrarrestar el cotidiano aluvión ideológico que tiende a impedir que se entienda con claridad algo que es sencillo en definitiva, como por ejemplo que no hay seres superiores e inferiores, sino un grupo de vivos que consumen y derrochan sin producir nada, lo que obliga a tener que trabajar más horas de lo necesario sólo para satisfacerlos. Por su parte, ese mayor grado de conciencia significa también una condición favorable para encarar con un mejor panorama el rol protagónico en la conducción de la nueva sociedad.

Por otro lado, es cierto que esos trabajadores, en comparación con otros proletarios del mundo, están en una mejor situación económica; aunque no así en lo moral por ejemplo, ya que son menospreciados por las valoraciones del capitalismo; son los “tontos perdedores” del sistema. Sin embargo, la condición de estar un poco mejor en lo material podría ser considerada como negativa a aquellos efectos, y donde se podría pensar que el hecho de ser algo así como los esclavos “acomodados” del palacio imperial los hace más conservadores. Si bien dicho factor puede tener su influencia, la misma sería muy limitada. Fuera de la gigantesca influencia de la ideología imperante, que llega hasta el último rincón de la sociedad con un efecto destructivo y a veces desolador sobre la conciencia de los trabajadores, no habría otro motivo importante que los haga más desinteresados por los cambios con respecto a los proletarios de los países menos desarrollados, también muy conservadores según las circunstancias.

En términos económicos, los proletarios de las sociedades capitalistas más industrializadas, en realidad son de los más explotados en cuanto a la generación de riquezas y ganancias para los capitalistas, y cada vez en mayor escala. La mayor productividad del trabajo, permitida por la aplicación de los más avanzados medios tecnológicos en los distintos rubros, hace que aquéllos produzcan mucho más de lo que consumen. Son en definitiva los desposeídos, los pobres de su sociedad, porque, al igual que en cualquier otro aspecto, el **promedio social** es el determinante de esa condición. Al estar en peores condiciones que el resto de clases o capas sociales, adquieren automáticamente la condición de una pobreza relativa, pero sufrida como

absoluta, y sólo calmada por los sueños y fantasías de riqueza y salvación individual. Aspiraciones estas, promovidas por los valores e ideales del “egoísmo” que la burguesía dominante generaliza en la sociedad, y con los que los trabajadores son engañados en su conjunto como clase. Pero fuera de las falsas ilusiones, **son trabajadores**, y lo más probable y realista es que sigan siéndolo. Por eso, en los hechos, en la realidad cotidiana, tienen mucho menos de lo que les corresponde. Con su trabajo crean todas las riquezas que otros disfrutan y dilapidan. Por ello, aunque no sean tan pobres si se los compara con los millones que sufren hambre en el capitalismo, al menos lo son en el reparto de las **cargas**. Son los “burros” que reciben todo el peso encima. Son los que están obligados a **trabajar** en una cultura en la que los valores dominantes contienen las reminiscencias y resabios de la esclavitud, donde el trabajo no era para los hombres libres. Para éstos era un deshonor trabajar. Eso era para los animales y los esclavos. ¿No es pobreza esta condición de tener que hacer todo el sacrificio mientras los otros sólo consumen y satisfacen el “impulso de rascado”?. Porque es indudable que se podría producir lo mismo si todos trabajaran media jornada, en vez de que uno esté obligado a trabajar la jornada completa y el otro “nada”. ¿Qué importa si uno y otro tienen lo mismo en lo material, cuando uno sufre el perjuicio del esfuerzo y de la pérdida de un **tiempo** de vida y de libertad entregados en intervalos de muchas horas diarias, y el otro disfruta de libertad absoluta?. Si en vez de igualarlos en lo material, como acabamos de hacer, los igualáramos en libertad, nos quedaría que uno igual tendría todos los bienes a su disposición, mientras que el otro no tendría nada. Eso es pobreza. Es por ello que los burgueses, en el día de los trabajadores, que ellos llaman “día del trabajo”, brindan y festejan por esa inagotable fuente de sus riquezas que es el trabajo ...ajeno. Toda esta situación de básica injusticia es de por sí indignante. Y la notable firmeza de las luchas y las huelgas que suelen llevar adelante los trabajadores de aquellos países demuestran que el hecho de tener mucha paciencia, y a veces un poco de “pereza” respecto a su misión histórica como clase, no quiere decir que les guste ser tomados por tontos.

Pero no tiene sentido el adoptar como propios los valores ajenos a la clase trabajadora. La “salvación” no es pasarse al bando contrario para dejar de trabajar y disfrutar del trabajo ajeno. Por un lado, porque no hay mucho “cupo”. No todos los trabajadores pueden ser burgueses. Pero además no es necesario dejar de trabajar. Es muy valioso ser trabajador. Hace falta que alguien trabaje. Hay que reafirmar los propios valores de la clase, del trabajo, de aportar al bien común, de vivir con solidaridad. El supuesto “éxito” de pasar al bando contrario implicaría obtener alguna riqueza mate-



rial, pero sería también adquirir la peor pobreza de valores. No hace falta el “salvavidas individual” cuando el barco es muy grande y sobra lugar para todos los trabajadores.

Los ideales comunes orientados a lograr una nueva sociedad, en realidad no son más difíciles de alcanzar que aquellas ilusiones y sueños individuales. Los valores e ideales burgueses, que esencialmente son los del egoísmo “activo y consecuente”, suelen aparecer como los valores de toda una cultura o de un país. Pero no hay que olvidar que la clase dominante tiende a **generalizar** sus valores, y a veces terminan siendo adoptados por toda la sociedad, aunque para la mayoría trabajadora no signifiquen nada en su vida cotidiana. Pero hay otros valores e ideales mucho más dignos y reconfortantes para el ser humano, más saludables, y que son los que corresponden a los intereses y a la vida de los trabajadores. Estos no son otros que los valores positivos absolutos del hombre, como la justicia, la abnegación, el **trabajo** que hace al bienestar de todos, el luchar por ideales comunes. Todo eso es motivo de risa para la ideología burguesa.

En síntesis, los trabajadores de las sociedades más desarrolladas, con sólo tener medianamente esclarecida su condición social y su deber histórico, lo que implica el rechazo a la naturaleza deplorable de los valores e ideales egoístas inculcados, pueden ejercer un confiable y seguro liderazgo del poder mundial de los trabajadores. Pero si eventualmente no lo fueran, y el liderazgo lo ejercieran trabajadores de otros países menos desarrollados, lo que constituiría un camino más difícil, al menos serían siempre esencialmente confiables como parte imprescindible para el éxito del proletariado en su misión histórica de transformar el mundo.

### 13. Democracia y dictadura

Puede existir algún temor de que en la nueva sociedad, a pesar de las grandes ventajas que se vislumbran, se pierdan algunos elementos que se consideran positivos, sobre todo por estar acostumbrados a ellos. Pero esto no tiene porqué ser así. Si ha sucedido antes, ha sido por las mismas razones ya señaladas sobre la desvirtualización del socialismo, originada principalmente por el triunfo político de una casta de dirigentes que finalmente se consolidó en el poder, haciendo desaparecer el elemento esencial que define al socialismo: el poder de decisión de los propios trabajadores. Dicha capacidad de decisión se la fue arrogando cada vez en mayor grado esa burocracia dirigente, ajena a los trabajadores, ejerciendo una presencia asfixiante, que terminó impidiendo el funcionamiento de la auténtica democracia que

es el **socialismo real**, verdadero, el ejercicio de la voluntad directa de los trabajadores.

A los fines de evitar que se produzca tal situación, es importante que los trabajadores, con la ayuda de los conocimientos de las ciencias, se propongan como primera prioridad la creación de mecanismos eficaces y realistas en cuanto a la posibilidad de su funcionamiento, que garanticen el control y la ejecución de las decisiones de las bases, de los propios trabajadores. Uno de los instrumentos tendientes a asegurar ese control y ejercicio permanentes de la voluntad de los trabajadores podría ser, por ejemplo, la simple medida de fijar, cada cierta cantidad de tiempo (cada un mes, por ejemplo), media jornada de trabajo dedicada a la realización de asambleas, con la presencia de especialistas que aporten datos y ayuden a pensar con realismo. En tales órganos de discusión, se evaluaría cómo se están haciendo las cosas, si hay que revocar o no a alguien de su puesto, si hay que modificar los ingresos que se perciben por determinada función, etc., y donde los propios trabajadores lleven preparadas sus propuestas e iniciativas, ante la obligatoria presencia de representantes de organismos encargados de recoger y ejecutar los mandatos.

Si tales propuestas tuvieran un alcance más general, donde es claro que deben intervenir en la decisión el resto de trabajadores, en principio parecería necesario habilitar grandes estadios para realizar asambleas más representativas. Pero, obviamente, además de no ser suficiente para albergar a millones de trabajadores, sería imposible que todos hagan uso de la palabra. Sin embargo es indispensable que todos intervengan y opinen. Una solución para esto sería, por ejemplo, que las iniciativas correctamente argumentadas, y surgidas en calidad de mandatos de las asambleas realizadas en los lugares de trabajo, sean elevadas reuniéndose con otras propuestas similares originadas en el resto de asambleas de la región o del ramo de trabajo, para ser debatidas en niveles mayores. Las exposiciones de tales propuestas y los debates sobre las mismas se realizarían en esos niveles más amplios, a modo de asambleas representativas de delegados, con la presencia de los propios impulsores, acompañados por quienes los asesoren y asistan técnicamente, así como de los que se opongan a las iniciativas y/o tengan la **función** de objetarlas. Estos debates serían presenciados a través de pantallas gigantes durante las asambleas reglamentarias y normales en los propios lugares de trabajo. Una vez finalizado el debate de la asamblea representativa, se pasaría a debatir internamente en cada asamblea de fábrica o de lugar de trabajo, emitiéndose finalmente los votos. La votación afirmativa en esta última instancia sería la única vía por la que se consideraría apoyada una iniciativa, resultando en tal caso una decisión política concreta a llevar a la práctica.

Por supuesto que las iniciativas podrían surgir de los distintos sectores de la sociedad, o de cualquier individuo en definitiva. Pero en todos los casos las **decisiones** serían adoptadas o rechazadas por los propios trabajadores mediante el mecanismo visto.

Todo lo dicho no debe ser tomado como si fuera el producto de una gran elaboración. Simplemente apunta a mostrar una posible dirección que debería tomar el estudio del problema. Y esto último sí requiere atención. Porque lo visto en el ejemplo no significaría una pérdida inútil de tiempo y de capacidad productiva como lo vería “escandalizada” la patronal burguesa. Se trata del **corazón** del socialismo. Si no hay un ejercicio real y directo del poder y la voluntad de la clase trabajadora, sencillamente no habrá socialismo; no habrá ninguna **garantía** de justicia ni de ninguno de los elementos esenciales que lo definen.

En relación al sentido, a la “idea” del ejemplo recién mostrado, hay que detenerse en la importancia que tienen algunos detalles, como por ejemplo que las asambleas se realicen en el **lugar** y en el **horario** de trabajo, es decir, que sean una **responsabilidad como parte del trabajo**. Ello garantizaría la presencia real en la discusión y en las decisiones. Porque es claro que si, por ejemplo, se convocan asambleas de manera imprevista, en otro sitio y fuera del horario de trabajo, eso no es realista, es una trampa a la democracia. Si en tal caso no concurriera “nadie”, los dirigentes convocantes dirán: ¿para qué molestarnos, si nada les interesa y sólo quieren quedarse en su casa a beber unos tragos y ver televisión? ¡Mejor decidir por nuestra cuenta!. Ese sería el engaño, sería una muestra de cómo evitar la democracia obrera. Después del agotamiento de la jornada laboral, es natural preferir descansar y disfrutar lo que queda del día. Las propias leyes psicológicas determinan que se prefiera eso casi sin dudar.

Debe notarse que lo que subyace a ese simple hecho: la concurrencia o no a las asambleas, es aplicable, en lo esencial, a todos los órdenes y niveles de la vida social y política. Existe una infinidad de artimañas posibles para evitar la intervención directa de la clase trabajadora en las decisiones. Pero al mismo tiempo, se pueden encontrar los antídotos, es decir cada una de las contra-artimañas a las que los trabajadores y los verdaderos dirigentes obreros deberán prestar mucha atención. Porque de la **creatividad**, y de la adecuación a las propias leyes de la conducta humana en última instancia, depende el surgimiento y la implementación de métodos científicos para que esa intervención y control directos de la clase trabajadora **funcionen**, pero con autonomía en el tiempo y sin decaer en ningún momento.

Si funciona realmente esa democracia de los trabajadores, no puede haber el menor riesgo de perder nada positivo, ni nada habrá que impida incor-

porar elementos que mejoren la vida. En tal caso, sólo se haría lo que los propios trabajadores dispongan. Así por ejemplo, si ellos determinan que debe haber iglesias y libertad de culto, o si consideran que la familia no debe alterarse en absoluto, o si quieren formar distintos partidos políticos, simplemente harán su voluntad; y así con cada aspecto de la vida social. Si por ejemplo se “extrañan” los grandes y luminosos carteles de la publicidad comercial, se puede decidir conservarlos, y hasta darles más colorido, cambiándoles, si se considera oportuno, sus chocantes mensajes por frases, pensamientos, poemas o pinturas artísticas. Nada que se considere positivo para la vida puede quedar excluido.

Lo único que los trabajadores deberán asegurarse de no perder, y que si lo pierden se les escaparía de las manos todo lo conquistado, es el poder económico, el control sobre la producción y su distribución, así como el necesario poder político y todo lo que haga a su condición de clase dominante. En otros términos, deben aprender de lo que hoy hace la burguesía, deben respetar la sabiduría de la “experiencia”. La clase capitalista permite, por ejemplo, la libertad de los partidos políticos, pero siempre y cuando se ajusten a la condición de no amenazar seriamente su poder económico, su calidad de clase dominante. Si suponemos, a modo de hipótesis, que en un país capitalista, inclusive de aquellos en los que se presume que hay “mucho democracia”, ganara las elecciones por amplia mayoría un partido obrero que propone la expropiación y el control por parte de los trabajadores, de las grandes fábricas y de todos los medios fundamentales de producción, en el momento de disponerse de buena fe a llevar adelante tales medidas apoyadas por el voto y la voluntad populares, automáticamente se esfumaría la “democracia” como tragada por la tierra.

Sucede que los capitalistas podrán tener muchos “defectos”, pero no son tan estúpidos. Por eso, en tal caso, por altas razones de “patriotismo” y de “justificada necesidad”, se haría presente de inmediato, y con una coordinación institucional propia de la experiencia del poder, el fundamento originario y a la vez el recurso último, siempre vigente y en estado latente, del dominio de una clase: la **fuerza**. La propia historia reciente demuestra que el pronóstico de tal hipótesis todavía no ha fallado.

El voto, en el sistema burgués, es inútil a los fines del proletariado. Por una parte, sabemos de los muchos millones que invierte la burguesía en sus enormes campañas electorales, presentando sus candidatos (“enfrentados”) como las únicas opciones, y asegurándose, mediante la importante ventaja de ser los propietarios de los medios de difusión, de que sean “correctas” las decisiones electorales. Pero si llegara a fallar este confiable método hasta hoy bastante exitoso, y tales decisiones del electorado fueran “incorrectas”,

quedaría igualmente el recurso del método recién mencionado. Por eso, los trabajadores, más que a las elecciones burguesas, deben prestar atención a su organización como clase, a sus propios métodos de lucha.

La democracia capitalista perdura el tiempo que consiga mantener el éxito de su gran aparato ideológico en su función de confundir a los trabajadores, en su tarea de garantizar la improbabilidad de resultados electorales “indeseables”. Pero como se podrá apreciar, así “cualquiera” es democrático. Porque de igual modo, los esclavistas, por ejemplo, aunque tenían el recurso de la fuerza y del látigo siempre a su alcance, tampoco lo usaban cuando no era necesario. ¿Para qué hacerlo ante la obediencia y la sumisión?. Sólo se lo empleaba “excepcionalmente”.

Por ello, lo único que necesita asegurarse la clase trabajadora es lo esencial, su condición de clase dominante, el poder político y el control sobre la producción y la distribución. Todo lo demás, mientras más variado y colorido, mejor.

Pero analicemos qué es la democracia. Apelando nuevamente al diccionario, y como todos sabemos, proviene del griego *demokratía*: *démos* = pueblo, *kratos* = autoridad, o sea autoridad del pueblo. Pero está claro que fuera del comunismo primitivo de la tribu, históricamente la autoridad real, de hecho, siempre ha estado (con voto o sin él) en una clase minoritaria: la propietaria de los medios de producción.

Aquel significado original de democracia se ha tergiversado, y actualmente se lo entiende, en general, como lo contrario a dictadura. Pero obsérvese que si la dictadura es la forma en la que el pueblo ejerce su autoridad sobre algunos individuos antisociales, y de acuerdo al significado del término, seguiría siendo una completa democracia. De todas maneras, aceptemos por un momento el sentido que ha adquirido el concepto, y concibámoslo como se entiende hoy, esto es, como sinónimo de voto y elecciones entre partidos políticos libremente constituidos. Pero esto no lo analizaremos sino desde la realidad, desde la previa consideración del hecho de que hay una clase dominante en la sociedad. Así, desde el momento en que existe esa dominación, ya hay una dictadura en términos absolutos. Esa clase “dicta”, o en forma “dura” (dictadura) o “blanda” (democracia), pero igual dicta. Son las dos formas por las que la clase dominante gobierna o manda y establece sus reglas y sus leyes. Por ello, puede haber **dictadura burguesa** o **democracia burguesa**; pero son dos formas de ejercer la dictadura absoluta. En ambos casos, la burguesía, que es la propietaria de hecho de la producción y de todos los medios de trabajo, dispone sobre la vida económica, y por consecuencia sobre lo más general y esencial de la vida social. Entonces, cuando hay una clase dominante, tenemos que existe una

básica **dictadura absoluta** (o condición dictadora si se quiere evitar lo de “dura” como elemento de confusión), y luego **dictadura** o **democracia relativas**, como dos posibles formas de aquella condición absoluta. Esto es igual que la relación del movimiento y reposo relativos de la materia, que son dos formas de lo que es movimiento absoluto.

Ahora, si el poder está en manos del proletariado, ocurre lo mismo pero a la “inversa”. El poder o dictadura absoluta de la clase trabajadora puede ocurrir también en forma de dictadura o democracia relativas, pero sin salir de esa dictadura absoluta, que es su condición de clase dominante. Por eso, cuando el poder de la clase trabajadora (o de cualquier clase dominante) se ve amenazado, allí adopta la forma de dictadura relativa, que se suma a la básica dictadura absoluta. Y cuando no hay riesgo (esto ocurriría plenamente si el socialismo triunfa en todo el mundo, desapareciendo el hostigamiento del imperialismo burgués), habrá democracia y libertad política.

Pero hay algo más. En plena dictadura de los dos tipos (absoluta y relativa), ejercida por cualquier clase social, la misma es tal respecto al resto de la sociedad. Porque dentro de la clase que impone la dictadura, por lo general hay **democracia interna**; es decir, entre los miembros de dicha clase discuten y resuelven democráticamente cómo ejercer esa dictadura para “afuera”. Así, si es el proletariado la clase, veremos que la más dura de las dictaduras para afuera, o sea para la burguesía remanente, etc., es a la vez, o **debería serlo**, la máxima democracia obrera, donde todos los trabajadores decidan democráticamente, con los métodos más perfeccionados posibles, qué se hace en la sociedad o cómo se emplea ese poder de la clase.

Por último, aún suponiendo esta última situación, que sería la peor de las “porquerías” según el punto de vista burgués, sería todavía democracia plena en términos objetivos y absolutos si volvemos al significado original, y único válido en definitiva, del concepto de democracia, que es autoridad del pueblo. Pero como ya no estamos en la antigua Grecia esclavista, donde los esclavos, los que trabajaban, no eran parte de ese “pueblo”, debemos actualizar el concepto y hacerle un pequeño agregado: **autoridad del pueblo trabajador**, de la clase trabajadora, amplia mayoría del pueblo, y por ser la que trabaja, es la clase que tiene **autoridad moral** para decidir sobre el destino de los productos del trabajo.

Sin embargo, como ya lo habíamos dicho, no es siempre necesaria esa dictadura absoluta y relativa de la clase trabajadora. Esto por lo general es necesario en los primeros momentos luego de haberse conquistado el poder, el que, obviamente, se debe consolidar; o también ante la seria amenaza y el hostigamiento externo de la burguesía imperialista, como lo sería, por ejem-

plo, el caso sufrido durante toda su historia por el socialismo cubano. Pero en la medida en que los trabajadores tengan consolidado el poder social, asegurándose de que no volverá la explotación y la inseguridad de trabajo sobre ellos, deben ir ampliándose cada vez más las libertades políticas. Sobre todo (y esto se puede hacer igual en épocas de amenaza para el poder del proletariado) en la formación de otros partidos de la misma clase trabajadora, que aporten elementos a la discusión colectiva sobre qué le conviene más a dicha clase. Esto, hasta lograrse la libertad absoluta, garantizada por el normal y saludable desarrollo de los valores naturales del hombre en toda la sociedad, recuperándose el interés y la responsabilidad por contribuir al bienestar común, en un marco de salud moral, equidad y racionalidad. Este gradual proceso supone la agudeza para distinguir entre los “fantasmas” y los verdaderos peligros sobre la condición dominante de la clase trabajadora.

#### 14. El insuperable poder de la clase trabajadora

Son bastante comunes las expresiones tales como: “el mundo es injusto”; “una minoría de la humanidad se queda con la mayoría de las riquezas, y viceversa”; “con todo lo que se gasta en armamentos se podría poner fin al hambre y la desnutrición en el mundo”; “se está destruyendo cada vez más la naturaleza”; “la humanidad ha perdido los valores e ideales, y no tiene rumbo”; “millones de niños mueren por causas fácilmente evitables”. Pero todas estas reflexiones, aunque incuestionables como verdades, son inconclusas, les falta “algo”. Es como si algún poder extraño les hubiera amputado el final, la conclusión. Porque si existen, tal como es el caso, sobradas condiciones materiales para evitar tales situaciones, quiere decir que en algún lugar está el problema, algún obstáculo parece haber. Falta encontrar la causa, o identificar al **responsable** si lo hubiera. Porque aquellas expresiones, que son tan ciertas, por lo general son seguidas, a lo sumo, por vagas reflexiones como: “qué ironía de la vida”; “qué mundo éste”; “qué barbaridad”; “lo que son las cosas”. Y luego de ello... asunto terminado.

Pero con eso no hacemos nada. Lo que hace falta decir es que hay un responsable que salta a la vista. Es bastante grande y se ve desde cualquier ángulo: el **sistema capitalista**, y en especial la **clase capitalista**, que es la que gobierna al mundo, así como todos los gobernantes y políticos que sirven a esa clase y al mantenimiento del capitalismo. Dicha clase es la que dirige la economía, la que es dueña de los medios de vida, la que dispone sobre la producción y la distribución, y la que, no en las palabras sino en los hechos, solamente le interesa mantener y acrecentar sus ganancias y privile-

gios. Y de esto último no hay que olvidarse. No se puede humanizar lo inhumanizable como es el interés por la ganancia, que es la esencia del sistema capitalista. Para humanizar al capitalismo habría que hacer que deje de ser tal. Todo un absurdo.

Entonces, luego de identificar al agente causal, al responsable de las calamidades del mundo, el paso siguiente es buscar la solución, es ver cómo combatir la causa del problema. Afortunadamente existe la solución, y es la que está explicada y demostrada en la ciencia del materialismo histórico, pero que si se busca bien, se puede encontrar también en el sentido común. Esto consiste necesariamente en la tarea histórica de la clase trabajadora, de todo el proletariado, de desplazar del poder a aquella clase en todo el mundo, e instaurar las nuevas reglas y los nuevos valores e ideales para la vida y la sociedad.

Sabemos del inmenso poder, especialmente militar, de la gran burguesía en su actual fase imperialista, desarrollado fundamentalmente para resguardar sus intereses, privilegios y monopolios, es decir su condición de clase dominante en el orden mundial, y que lo exhibe periódicamente en carácter de advertencia hacia quienes intenten poner en duda tal condición. Pero todo ese enorme poder, que resulta eficaz frente a enemigos fabricados por la provocación, y ubicados en ciertos territorios, es inútil frente al enemigo real con el que la historia ha desafiado a la burguesía, y que se encuentra en todas partes y en todos los rincones: los trabajadores.

Claro que la burguesía cuenta con otros métodos más “urbanizados” para conseguir sus propósitos, y constituyen realmente una dificultad para la clase trabajadora. Pero poniendo todo en la balanza, el proletariado tiene potencialmente un poder varias veces superior para los fines de esa lucha. Si bien no se puede llegar a la ingenuidad de creer que no haría falta cierta capacidad de autodefensa por parte de los trabajadores, es de suponer que inclusive con métodos pacíficos, propios de la clase obrera, sería posible ejercer exitosamente ese enorme poder. Solamente basta imaginar cierto desarrollo de la conciencia de clase, más una correcta organización y dirección, agregando la plena firmeza en los propósitos, que permitan llevar adelante, por ejemplo, una exitosa huelga general, con movilización, de todos los trabajadores del mundo, y se verá el poder inconmensurable que reside en sus manos.

Obsérvese que ese hecho imaginario, que en realidad sería algo materialmente simple y fácil con el supuesto de la indispensable organización y claridad de lo que se quiere, estaría a un paso del objetivo. Porque si se realiza con éxito esa medida, de acuerdo a todo lo que ello implicaría,



después de un par de ensayos confirmatorios del propio poder, sólo habría que dar un paso más y resolver, por ejemplo, llevar a cabo simultáneamente en todo el mundo, y en el mismo día, la toma pacífica de **Todo**. Así, al día siguiente, luego de superados algunos inconvenientes surgidos del desordenado intento de la burguesía de controlar lo incontrolable, comenzaría la tarea y la responsabilidad de cambiar la vida de la humanidad.

Hasta podríamos seguir imaginando, ya que esto es “fácil”. Con la premisa de aquella gran organización que permitiera la exitosa huelga general con movilización en todo el mundo, se podría inclusive fijar y anunciar con bastante antelación la fecha de la revolución mundial. Esa anticipación permitiría la adecuada distribución de las tareas y responsabilidades en los lugares de trabajo, así como la planificación de la producción y su distribución, el cambio de moneda, etc. Frente a esto la burguesía nada podría hacer a pesar de esa antelación. La propia fecha establecida de manera irreversible para ese gran acontecimiento histórico, en el que a nivel mundial se reemplazarían las fichas para barajar y dar de nuevo, provocaría el creciente entusiasmo y la expectativa de todos los trabajadores del mundo, que sería un fenómeno sociológico con el efecto de una “bola de nieve” en continuo crecimiento. Ello crearía inclusive cierto pánico en los defensores del capitalismo, y un derrotismo similar al acontecimiento de la espera del cometa Halley en 1910. Se trataría de un fenómeno indescriptible, que por sí mismo aseguraría el éxito del gran paso adelante. El fervor popular y la contagiosa certeza de la decisión a llevar adelante, que tendrían el cada vez más sólido respaldo de la confianza general convertida ya en seguridad plena, llegarían a un punto en que la propia burguesía preferiría no ofrecer mayor resistencia.

Prácticamente todo lo dicho hasta acá está resumido, y hasta se podría decir “concentrado”, en dos conocidas frases de Marx, que sólo requieren un poco de atención: “la liberación de los trabajadores será obra de los trabajadores mismos”, y “proletarios de todos los países uníos”.

De lo que hemos tratado se desprende, sobre todo teniendo en cuenta que el mundo en muchos aspectos es cada vez más “chico”, la necesidad de una organización internacional del proletariado, cuya característica fundamental sea la claridad del objetivo, su inquebrantable voluntad de cumplir con su responsabilidad histórica revolucionaria, de lo que depende el futuro de la humanidad. De lo contrario, de no ocurrir con buenos resultados esta alternativa, sólo quedaría esperar para los próximos años más retroceso, más selva social, más derrota obrera con pérdida de derechos y tendencia a la esclavitud, muchos millones de desocupados, aumento de las enfermedades

generadas por la miseria, mayor destrucción del planeta, probables guerras entre países burgueses, surgidas de la hostilidad de la competencia por los mercados limitados, muchísimos niños hambrientos y sin futuro; en síntesis, más barbarie. Y para que se vea que no hemos cambiado de “tema” con relación al planteo del capítulo anterior, habrá que olvidarse de toda felicidad social, entusiasmo, salud mental, transformación del trabajo y de las actividades sociales, y demás “tonterías”. Pero no hay porqué desalentarse. Son dos las posibilidades que se abren para la humanidad.\*

### 15. Conveniencia y realismo de la posibilidad del socialismo científico

Existen todas las condiciones para creer que el socialismo científico, basado en el poder real de los trabajadores, con todas las dificultades que supone, así como la posterior sociedad sin clases y sin Estado, constituyen un camino posible y realista. Lo confirman, en principio, los innumerables argumentos de Marx, en parte aquí resumidos (de manera inevitablemente

---

\* Toda “tercera posición” es falsa o al menos inconsistente. Es siempre un intento de impedir que los trabajadores sean los que impongan sus intereses y su voluntad. Se trata de pseudo-socialismos que quieren que los esclavos “estén mejor”, pero no plantean terminar con la esclavitud. No quieren que dejen de ser esclavos. Pero además, las tendencias que muestran los factores determinantes y condicionantes de las crisis del capitalismo, que hacen que se vayan cerrando las salidas para mejorar o al menos mantener los niveles de las tasas de ganancia, que es de lo que depende la rentabilidad de todo capital financiero, y donde hay muchísimo poder económico-político, nos lleva a suponer que las opciones no son entre el cambio o el no cambio. Lo que se puede vislumbrar es que entraremos a una situación de bifurcación entre dos posibilidades: socialismo o barbarie; entendiendo la barbarie como el preocupante futuro de la previsible aparición de formas de brutalidad sobre la condición humana, como es la regresión a la esclavitud, con jornadas de 14 o 16 horas de trabajo, sin descanso semanal, y con desocupados hambrientos que esperarán en las puertas la suerte de reemplazar al que ya no soporta la exigencia. También es esperable el desarrollo de probables guerras entre intereses monopólicos de las burguesías que controlan los respectivos Estados, en las que cada uno procurará superar su crisis eliminando al competidor, para así imponer su propia condición monopólica. Y esto no es producto de la pura imaginación. Ya sucedió en las tremendas guerras de las más “civilizadas” sociedades del siglo XX. Si no se han repetido hasta ahora, no ha sido por la falta de **condiciones económicas**, sino en gran parte por la existencia de un enemigo común que mantuvo relativamente unida a la burguesía mundial, como lo fue la “amenaza” del socialismo y de los movimientos obreros revolucionarios, hoy provisoriamente derrotados por aquélla.

incompleta).\* Pero también lo avala todo lo tratado aquí sobre el psiquismo humano; no tanto en lo que hace al contenido afirmativo, sino sobre todo por lo que se deduce que no existe de todo aquello que la ideología dominante ha pretendido hacer creer, por ejemplo, con los conceptos de “instintos” y “necesidades del individuo”. Dichos conceptos siempre fueron presentados como un solo “paquete” sin abrir, y sobreentendiéndose que su oculto contenido (por supuesto “antisocial”, “malvado” y “egoísta”) era descalificador para el marxismo, que lo refutaba plenamente. Pero una vez abierto el paquete, y volcados los distintos elementos, se puede encontrar que su contenido era algo relativamente sencillo, sin mayores misterios, y que, por el contrario, era reafirmatorio de la **conveniencia** para la vida, así como de la **posibilidad realista** del socialismo y de la ulterior sociedad sin clases. Ello debía ser así en definitiva, porque toda la estructura esencial del psiquismo humano se formó durante la evolución de la especie, en medio del natural comunismo primitivo de la tribu. Por eso, volver a una sociedad donde no haga falta vivir “pertrechados” para afrontar la selva social, y en la que funcionen plenamente los valores y no haya lugar para quienes tengan “preferencia” por el trabajo ajeno, no sería más que recuperar una de las más importantes condiciones naturales de vida, perdida hace muchísimos años. Sería el reencuentro con un clima social de salud moral y espiritual casi desconocido por la civilización en su conflictiva historia.

Finalmente, y volviendo a la propuesta del anterior capítulo, de la transformación del contexto general de las actividades sociales y el trabajo, adecuándolos a las necesidades humanas, así como a los requerimientos del desarrollo productivo de la sociedad, podríamos considerarla, desde nuestra ubicación histórica, como una segunda etapa importante del progreso social, luego de la reorganización general de las relaciones económicas con la consolidación y generalización del socialismo. En tal sentido, las diversas ventajas para la vida social que tendría su implementación, como por ejemplo el mayor entusiasmo por el trabajo, y también por la vida misma, contribuirían a mejorar el socialismo y ayudarían a despejar el camino de la humanidad hacia la sociedad sin clases y sin Estado, hacia la comunidad con autorregulación moral, espiritual y racional, es decir, hacia el logro de lo que Marx concibió como el ideal comunista.

Dicho ideal, si repasamos lo tratado oportunamente sobre las aspiraciones de cualquier tribu primitiva, veremos que es el ideal más natural del hombre.

---

\* Véase Marx Carlos, **El Capital**, Editorial Cartago, Buenos Aires 1974; Marx C. y Engels F. **Obras escogidas**, Editorial Ciencias del hombre, Buenos Aires 1973; Lenin, V.I. **Obras completas**, Editorial Cartago, Buenos Aires, 1970.

Consiste, entre otros elementos, en la seguridad material y la libertad frente a los apremios de las necesidades más básicas para todos, como premisas para el logro de la felicidad social y la plena realización del ser humano. Supone el desarrollo de la producción maquinizada y automatizada, con el debido cuidado y protección de la naturaleza, hacia la superabundancia de bienes para toda la sociedad, en función de la progresiva libertad de cada uno frente a las exigencias del trabajo, para que la atención se vuelque cada vez más hacia las variadas actividades recreativas, deportivas, educativas, turísticas, artísticas, científicas. Se trata pues del campo más fértil para la verdadera libertad del individuo.

**INTERNET**

El texto completo del presente libro está disponible en la dirección: [www.fresina.ndh.com.ar](http://www.fresina.ndh.com.ar) y en <http://ar.geocities.com/albertofresina> . El reintegro sugerido por esta entrega es el aporte voluntario del lector, que desde ya se agradece. Opciones:

1- Envío de un valor por vía postal, a nombre del autor, dirigiendo correspondencia a Casilla de Correo N° 270, Correo Central, Mendoza, Argentina, código postal 5500.

2- Depósito o transferencia a la Caja de Ahorro N° 356000171-7 de Alberto Fresina, en el Banco de la Nación Argentina, sucursal Mendoza.

Comentarios sobre el contenido: [albertofresina@yahoo.com.ar](mailto:albertofresina@yahoo.com.ar) - [fresina@ndh.com.ar](mailto:fresina@ndh.com.ar)

## BIBLIOGRAFIA BASICA

- Best y Taylor. **Bases fisiológicas de la práctica médica**, 10ª edición.  
Director: John R. Brobeck. Editorial Médica Panamericana.  
Buenos Aires 1982
- Darwin Charles. **El origen de las especies**. Editorial EDAF. Madrid 1985
- Darwin Charles. **El origen del hombre y la selección en relación al sexo**.  
Editorial Albatros, colección Los Grandes Eruditos. Buenos Aires  
1943
- Desmond Morris. **El hombre al desnudo**. Ediciones Nauta. Barcelona  
1980
- Diem Carl. **Historia de los deportes**. Editor Luis De Caralt. Barcelona  
1966
- Engels Federico. **Dialéctica de la Naturaleza**. Editorial Cartago. Buenos  
Aires 1987
- Engels Federico. **El origen de la familia, la propiedad privada y el  
Estado**. Editorial Cartago, Argentina y Editorial Letras, México,  
1985
- Epicuro. **Carta a Meneceo y Máximas capitales**. Edición y material  
didáctico de R. Ojeda y A. Olabuena. Editorial Alhambra. Madrid  
1985
- Freud Sigmund. **Obras completas**. Amorrortu Editores. Buenos Aires 1988
- Hegel G. W. **Ciencia de la lógica**. Edición Librería Hachete. Buenos Aires  
1956
- Lambert David. **El hombre prehistórico**. Editorial EDAF. Madrid 1988

- Lenin V.I. **Cuadernos Filosóficos**. Editorial Ayuso. Madrid 1974
- Lenin V.I. **Obras completas**. Editorial Cartago. Buenos Aires 1970
- Malthus Robert. **Primer ensayo sobre la población**. Ediciones Altaya. Barcelona 1997
- Marx Carlos. **El Capital**. Editorial Cartago. Buenos Aires 1956
- Marx Carlos. **Teorías de la plusvalía**. Editorial Cartago. Buenos Aires 1974
- Marx Carlos y Engels Federico. **Obras escogidas**. Editorial Ciencias del hombre. Buenos Aires 1973
- Marx M. H. y Hillix W. A. **Sistemas y teorías psicológicas contemporáneos**. Editorial Paidós. México 1992
- Morgan Clifford T. **Introducción a la psicología**. Ediciones Aguilar. Madrid 1972
- Morgan Lewis H. **La Sociedad primitiva**. Ed. Colofón
- Nizan Pablo. **Los materialistas de la antigüedad, Demócrito - Epicuro - Lucrecio**. Editorial Hemisferio. Buenos Aires 1950
- Pavlov Ivan. **Reflejos condicionados e inhibiciones**. Ediciones Península. Barcelona 1975
- Sheptulín A. P. **El método dialéctico del conocimiento**. Editorial Cartago. Buenos Aires 1983
- Skinner B. F. **La conducta de los organismos**. Editorial Fontanella. Barcelona 1979
- Whittaker James O. **Psicología**. Nueva editorial Interamericana. México 1984

## INDICE

<b>PARTE I: DESARROLLO DEL MARCO TEORICO.....</b>	<b>5</b>
---	----------

### CAPITULO 1

<b>LA SELECCIÓN NATURAL Y EL ORIGEN DEL PSIQUISMO HUMANO.....</b>	<b>7</b>
---	----------

1. La selección natural aplicada al hombre.....	9
2. La selección sexual.....	13
3. Selección natural de tribus y selección sexual.....	15
4. Subordinación de la selección sexual a la selección natural de tribus.....	16
5. Conclusiones.....	17
6. Consideraciones complementarias.....	22

### CAPITULO 2

<b>LEYES GENERALES DEL PSIQUISMO.....</b>	<b>27</b>
---	-----------

1. El concepto de lucha.....	27
2. La contradicción psicológica básica.....	29
3. Leyes derivadas.....	30
4. Objeciones a la ley de la decisión.....	32
5. La esencia de la elección.....	35
6. Recuento de las leyes fundamentales.....	35

### CAPITULO 3

<b>LAS TENDENCIAS PARTICULARES.....</b>	<b>37</b>
---	-----------

1. El detalle de los impulsos.....	39
2. Vías secundarias que llevan al placer.....	41
3. Vías libres productoras de displacer.....	44
4. Los impulsos y su peso diferencial en la motivación.....	45
5. Los impulsos y la contradicción psicológica básica.....	46

## CAPITULO 4

<b>CONSIDERACIONES METODOLOGICAS.....</b>	<b>47</b>
1. Los niveles del psiquismo.....	47
<b>PARTE II: DESARROLLO ESPECIFICO.....</b>	<b>51</b>

## CAPITULO 5

<b>EL NIVEL REFLEJO.....</b>	<b>53</b>
1. Substrato neurofisiológico del placer y displacer.....	53
2. El sistema nervioso y la contradicción psicológica básica.....	54
3. El sistema de mantenimiento autónomo.....	56
4. La constancia del trabajo neuronal.....	58
5. La forma de actuar el sistema de mantenimiento autónomo.....	64
6. Formas de vida y actividad de las neuronas.....	66
7. Lo psíquico y su relación con el sistema nervioso.....	70
8. Pasividad de lo psíquico.....	71
9. Las células receptoras de lo psíquico.....	73
10. Influencia del placer y displacer en el sistema nervioso.....	74
11. Los reflejos dirigidos.....	76
12. La tendencia dirigida.....	78
13. Clasificación de los reflejos.....	81

## CAPITULO 6

<b>EL SISTEMA DE IMPULSOS.....</b>	<b>83</b>
1. Los microimpulsos.....	83
2. Vías no naturales de intenso placer.....	84
3. Los impulsos particulares.....	86

## CAPITULO 7

<b>FUNCIONAMIENTO DE LOS IMPULSOS.....</b>	<b>113</b>
1. El impulso mediador y las metas-medio y metas-fin.....	115
2. El aprendizaje y los impulsos.....	117



3. Lucha entre los impulsos.....	119
4. Lucha en el interior de un impulso.....	121
5. Particularidades funcionales de los impulsos.....	122
6. Los impulsos y los fenómenos históricos y sociales.....	124

## **CAPITULO 8**

<b>LAS TENDENCIAS SUPERIORES.....</b>	<b>129</b>
1. Lo innato y lo adquirido.....	129
2. Los mecanismos de valores.....	132
3. Estructura de las bipulsiones básicas.....	145
4. Particularidades del nivel de las bipulsiones.....	147

## **CAPITULO 9**

<b>EL SISTEMA DE BIPULSIONES.....</b>	<b>151</b>
1. Las bipulsiones particulares.....	160

## **CAPITULO 10**

<b>FUNCIONAMIENTO DE LAS BIPULSIONES.....</b>	<b>207</b>
1. Las bipulsiones y la contradicción fundamental del psiquismo.....	207
2. La esencia acumulada, en las bipulsiones, del funcionamiento de los impulsos.....	217
3. Flexibilidad funcional de la bipulsión del rendimiento personal.....	219
4. Las relaciones humanas y el funcionamiento del sistema de bipulsiones.....	220
5. La bipulsión ética y las relaciones humanas.....	224
6. Valores relativos o adquiridos.....	225
7. La fuente de los valores relativos.....	228

## **CAPITULO 11**

<b>LA MACROPULSION.....</b>	<b>231</b>
1. El trabajo y las actividades sociales complementarias.....	235

<b>CAPITULO 12</b>	
<b>VALORES VIRTUALES E IDEALES.....</b>	239
1. Los aparatos.....	239
<b>CAPITULO 13</b>	
<b>ESTRUCTURA DE LOS APARATOS.....</b>	265
1. Hechos concretos y condiciones virtuales.....	265
2. Impulsos y bipulsiones que forman la estructura de los aparatos...	265
3. Componentes funcionales de los aparatos.....	278
<b>CAPITULO 14</b>	
<b>FUNCIONAMIENTO DE LOS APARATOS.....</b>	287
1. Los ideales.....	287
2. Substrato anímico del movimiento de los aparatos.....	289
3. Clasificación de los ideales y distribución de sus elementos anímicos básicos.....	294
4. La contradicción fundamental del psiquismo y los aparatos.....	296
<b>CAPITULO 15</b>	
<b>EL MOVIMIENTO GLOBAL DEL PSIQUISMO.....</b>	301
1. Recuento de las tendencias necesarias.....	301
2. Las tendencias necesarias y lo consciente e inconsciente.....	302
3. Relación entre los impulsos y las tendencias superiores.....	308
4. Papel directriz de los aparatos.....	311
5. Los ideales comunes y su papel regulador del funcionamiento psíquico.....	314
6. El trabajo: centro de convergencia motivacional.....	315
7. Unidad y superposición funcionales de las tendencias.....	316
 <b>PARTE III: CONCLUSIONES GENERALES Y TRANSFORMACIÓN DE LA VIDA SOCIAL.....</b>	 317

## CAPITULO 16

<b>TRANSFORMACION DEL TRABAJO Y DE LAS ACTIVIDADES SOCIALES.....</b>	<b>319</b>
1. El concepto objetivo de felicidad.....	319
2. Condiciones generales para el saludable funcionamiento psíquico	320
3. Aplicaciones en las diversas actividades.....	325
4. Ventajas del sistema desde el punto de vista psicológico.....	328
5. Ventajas del sistema en relación al progreso de la productividad material y cultural.....	335
6. La ley universal del progreso.....	337
7. Factores de los que depende la aceleración o desaceleración del progreso.....	340
8. Condiciones para la aceleración del progreso en el rendimiento del trabajo y las actividades sociales.....	341
9. El ejemplo de Grecia.....	342
10. La unidad de lucha y cooperación.....	343
11. Leyes de la dialéctica, trabajo y psiquismo.....	344
12. Sobre la aplicación del sistema.....	345
13. Salud mental.....	349

## CAPITULO 17

<b>LA PREMISA DEL SOCIALISMO.....</b>	<b>353</b>
1. El materialismo histórico.....	355
2. Desvirtualización del socialismo.....	360
3. Esencia del valor económico.....	362
4. El trabajo como creador de valor económico.....	368
5. El modo de producción capitalista y la plusvalía.....	370
6. Conceptos de clase trabajadora, proletariado y clase obrera.....	378
7. El proletariado industrial en relación al resto de la clase trabajadora.....	383
8. El valor económico del trabajo en el socialismo.....	387
9. El dinero.....	389
10. Ley de la tendencia a la disminución de la tasa de ganancia.....	395
11. Impotencia del capitalismo frente a las necesidades superiores del hombre.....	400
12. Papel del proletariado de los países más desarrollados.....	402
13. Democracia y dictadura.....	407

14. El insuperable poder de la clase trabajadora.....	413
15. Conveniencia y realismo de la posibilidad del socialismo científico.....	416
BIBLIOGRAFIA BASICA.....	419



La vida psicológica humana muestra una gran riqueza en relación a la diversidad de los estados de ánimo, propósitos, actitudes, sentimientos, emociones, ideas, necesidades, intereses, valores, ideales. Todo ello se presenta en forma tan variable, errática e imprevisible, que pareciera no responder a ninguna lógica. Esta situación, de tener enfrente a un fenómeno tan desconcertante como es la mente humana, llevó, después de algunos intentos muy valiosos pero sin el éxito suficiente, a desalentar en los últimos tiempos la construcción de sistemas teóricos generales que den explicación al acontecer psíquico. Inclusive se llegó a sospechar que en la vida psicológica del hombre, y en especial respecto a las funciones superiores más complejas, no rige ley alguna.

En este libro se demuestra que con un adecuado enfoque materialista, con la ayuda de las herramientas del materialismo dialéctico, y desentrañando el proceso de formación del psiquismo humano ocurrido durante la lenta transformación del mono en hombre, es posible avanzar en el conocimiento de las leyes que dan orden lógico al aparente caos de fenómenos psíquicos. De ese mismo conocimiento, se derivan a su vez las conclusiones sobre cómo debería ser la vida social para que el conjunto de elementos psicológicos naturales y esenciales funcionen saludablemente.